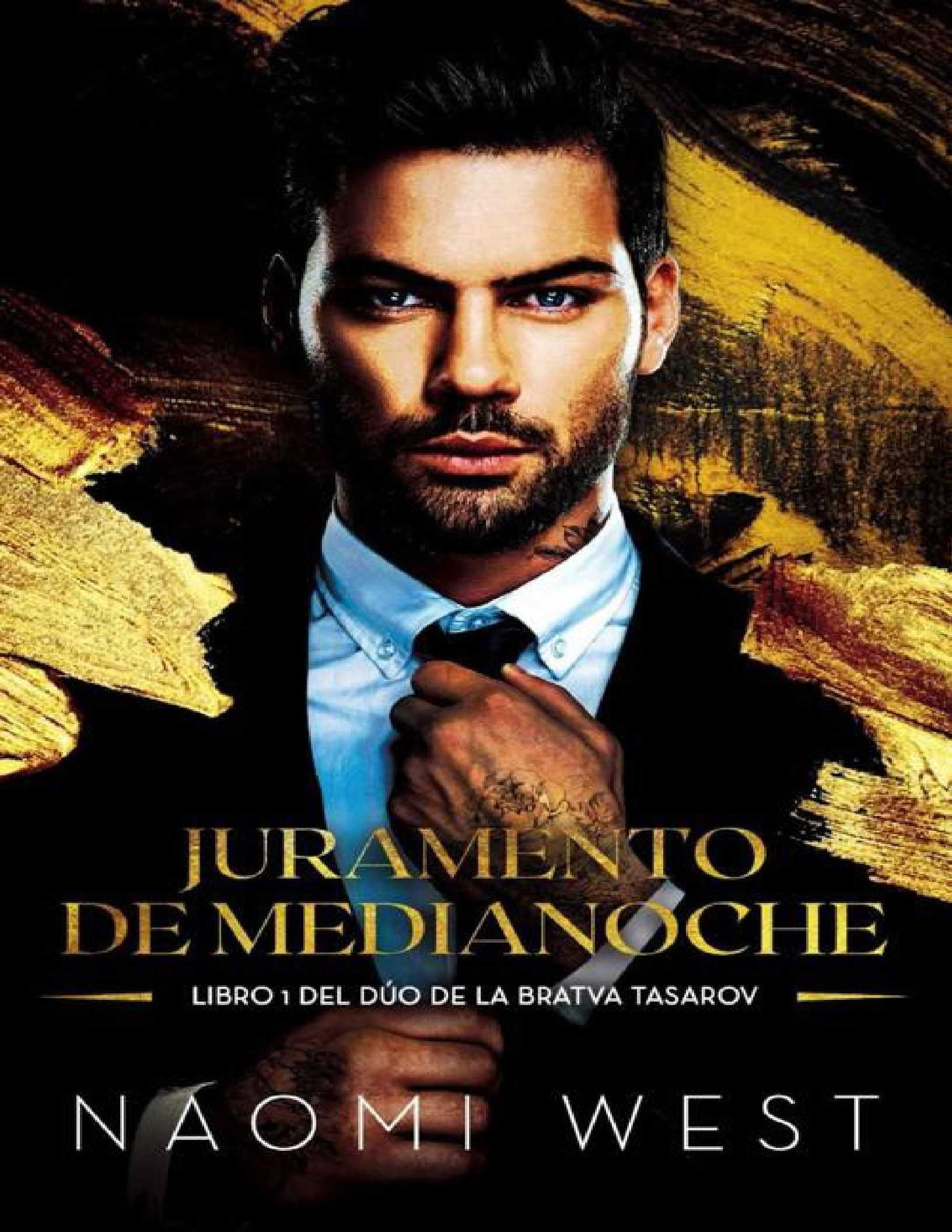

JURAMENTO
DE MEDIANOCHE
LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA TASAROV
NAOMI WEST

JURAMENTO DE MEDIANOCHE

LA BRATVA TASAROV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Juramento de Medianoche

1. Emery
2. Adrik
3. Adrik
4. Emery
5. Adrik
6. Emery
7. Emery
8. Adrik
9. Emery
10. Adrik
11. Emery
12. Adrik
13. Emery
14. Adrik
15. Adrik
16. Emery
17. Emery
18. Adrik
19. Emery
20. Adrik
21. Emery
22. Emery
23. Adrik
24. Adrik
25. Emery
26. Adrik
27. Emery
28. Emery
29. Adrik
30. Emery
31. Emery
32. Adrik
33. Emery
34. Adrik
35. Emery
36. Adrik
37. Emery
38. Emery
39. Adrik
40. Adrik

41. Emery
42. Emery
43. Adrik
44. Emery

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

JURAMENTO DE MEDIANOCHE

UN ROMANCE DE LA MAFIA RUSA (LIBRO 1 DEL DÚO DE LA BRATVA TASAROV)

Mi prometido me está gritando en público.

Pero estoy acostumbrada.

Mi rol aquí es lucir bonita a su lado y comportarme bien para que no lastime a mi hija enferma.

A lo que no estoy acostumbrada es al hombre que viene a mi rescate.

Adrik Tasarov es la belleza personificada.

Tiene una mandíbula que podría cortar cristal y ojos que podrían derretir acero.

Lo mejor de todo: mi prometido le tiene un miedo absoluto.

Así que, cuando Adrik me pide bailar, digo que sí.

Y cuando me pide hacer un poco más que eso, vuelvo a aceptar.

Luego, viene el momento crucial.

Adrik me ofrece un matrimonio falso para sacarme de mi matrimonio real.

Y así digo las dos pequeñas palabras que sellan mi destino: “Sí, acepto”.

Pero poco sé que estoy haciendo un trato con el diablo.

Ahora soy prisionera en una hermosa mansión.

Puedo tener cualquier cosa que quiera, excepto mi libertad.

Pero tengo un as bajo la manga.

Algo que mi falso esposo no sabe.

Algo que cambiará todo.

Su bebé en mi vientre.

JURAMENTO DE MEDIANOCHE es el primer libro del dúo de la Bratva Tasarov, de la exitosa autora de romance y suspenso de la mafia, Naomi West. La historia de Adrik y Emery continúa en el Libro 2, MENTIRAS DE MEDIANOCHE.

EMERY

Prometido es una palabra tan cruel.

No debería serlo. Debería ser hermosa. Un vínculo, una promesa. Eso es lo que significa la palabra, después de todo. La busqué una vez. *Prometido viene de promesa, que significa "voluntad"*.

Pero en mi vida no es nada de eso.

En mi vida es igual a unas esposas.

Y lo único peor que estar esposada al hombre que se hace llamar mi prometido es verme obligada a desfilar en otro acto de recaudación de fondos como la cara bonita y en blanco que usa para mostrar al mundo lo trastornado que no está.

Hago lo que se supone que debo hacer en esta situación: sonreír como una muñeca Barbie drogada con Xanax, darle palmaditas en el brazo, acariciar su frágil ego y reírme de los chistes escalofriantes de todos sus desventurados donantes.

Y esas cosas están haciendo lo que se supone que tienen que hacer: ayudar a esa gente a olvidar que la fealdad exterior de mi prometido palidece en comparación con los horrores que lleva dentro.

"Fealdad exterior" podría ser un eufemismo. Mi futuro marido, el estimado senador Malcolm Waters, tiene arrugas en el entrecejo más viejas que yo, ojos azules turbios como espuma de estanque, pelo como una planta engrasada. Honestamente da náuseas verlo.

Pero ¿el hombre detrás de la cara?

No hay palabras para describir lo malo que es.

—Emery —ronronea con su aliento caliente y húmedo contra mi cuello—, estoy seguro de que conoces al Sr. y la Sra. Graveston. Son de mis mayores contribuyentes.

Me guía hacia una pareja de mediana edad, que rebosa seda y diamantes. Sus extravagantes ropas deberían ayudar a que destaquen, pero tienen el mismo aspecto que cualquier otra pareja de trepas sociales y demasiado ricos para su propio bien de esta sala.

No podría distinguirlos ni aunque mi vida dependiera de ello.

—No —digo simplemente—, no los conozco.

La Sra. Graveston balbucea como si hubiera escupido su bebida. No le debe gustar ser irrelevante.

—Aún no hemos tenido el placer de conocer a su esposa —dice el Sr. Graveston, haciendo todo lo posible por suavizar las cosas. Dios no quiera que moleste al senador Waters.

—Prometida —le corrijo—. No soy su mujer. No estamos casados.

—Todavía no —la mano de Malcolm en mi cadera se tensa en una garra de advertencia. *Compórtate o si no...*—. Con el gran paquete legislativo que hemos estado preparando, me temo que tuve que dejar de lado mis deseos personales por el bien del pueblo. Pero pronto será oficial. Y ustedes dos estarán invitados, por supuesto.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo —asegura el Sr. Graveston.

—Definitivamente no —afirma la Sra. Graveston—. Todavía oigo a la gente hablar de la fiesta que montaste después de las elecciones de mitad de mandato.

Malcolm se ríe complacido. —La fuente de champán fue un éxito.

Me alejo de él, fingiendo que veo a alguien que conozco al otro lado de la habitación. Me suelta la mano y, de repente, vuelvo a respirar.

Me alejo un paso, dos pasos, y siento que mi pecho se vuelve más y más ligero con cada metro de distancia que pongo entre el senador y yo.

Siempre es así. El éxtasis de inhalar aire fresco. La adrenalina de preguntarme si es el momento de salir corriendo.

Y siempre termina como...

Esto.

La mano de Malcolm me aprieta la muñeca, dura y cruel.

—¡Ay! —protesto.

Pero le importa una mierda si me hace daño. Me acerca. Sus zapatos de vestir me pisan los dedos de los pies, pero me abraza tan fuerte que no puedo apartarme.

—Vuelve a avergonzarme así —sisea—, y verás lo que pasa.

—Yo no he hecho nada —intento apartar el brazo, pero me aprieta aún más. Gimoteo—. Por favor, para. Me haces daño.

—Entonces me estoy haciendo entender —su sonrisa es viciosamente afilada a mis ojos, pero cualquiera que lo viera no notaría nada malo—. Si crees que ponerte un vestido de zorra y estar deprimida en esta habitación es suficiente para cumplir nuestro trato, entonces eres más tonta de lo que pensaba.

—Tú elegiste este vestido —digo bruscamente.

Es un vestido de terciopelo negro. Los tirantes son finos y el escote es holgado, me cae sobre los pechos, pero me llega a media pantorrilla. No es un vestido de manga larga y cuello alto como los que llevan muchas otras esposas y novias de políticos, pero está bien. Suficientemente adecuado.

Malcolm me suelta la muñeca y me arrastra un dedo por el brazo hasta el hombro. Sigue el corte del vestido por encima de mi clavícula y luego más abajo.

Permanezco inmóvil todo el tiempo que puedo, tratando de obligarme a respirar.

Estamos en una sala llena de gente. La gente está mirando. No puede hacerme daño.

Pero, cuando su dedo se acerca a mis pechos, me aparto de él con tal brusquedad que golpeo accidentalmente a un camarero que pasa.

Una bandeja con copas de champán vacías tintinea peligrosamente antes de que una se caiga y se haga añicos en el suelo.

Me vuelvo hacia el joven camarero, horrorizada —Lo siento mucho. Permíteme...

—Yo me encargo, señora —dice el chico. Se vuelve hacia Malcolm y hace una media reverencia —. Senador Waters, ¿puedo ofrecerle algo?

—Una prometida de reemplazo —balbucea—. Preferiblemente una que no sea una puta vergüenza.

El camarero se ríe torpemente. Mi cara arde de rabia, pero me muerdo la lengua. Sé lo que pasará si no lo hago.

Me viene a la cabeza la misma pregunta que siempre me hago en momentos como este: *¿Cómo terminé aquí?*

Conozco perfectamente las respuestas. Simplemente las desprecio.

En cuanto se va el camarero y alguien viene a recoger el vaso, Malcolm me agarra del brazo y me lleva a la barra. Sonríe y charla con la gente mientras avanzamos, sin soltarme ni una sola vez.

En la barra, hace señas al camarero y pide dos copas.

—No quiero —protesto.

—Me importa una mierda lo que quieras —me responde—. Quizá un poco de alcohol te ponga a tono.

Las palabras calan más hondo de lo que él cree. Intento poner una expresión neutra, pero por dentro se me revuelven las tripas con recuerdos oscuros que he intentado olvidar con todas mis fuerzas.

Coge una copa de vino tinto de la barra y me la tiende, pero yo me quedo mirándola. Sus fosas nasales se agitan. Si estuviéramos solos, me obligaría a tomar la copa, a la fuerza.

Quizá también usaría la fuerza para algo más.

En cambio, aquí en público, sólo sonríe. —Recuerda por qué estamos aquí, cariño.

—Ah, sí, la crisis de los sin techo que tanto te preocupa —Me resisto a poner los ojos en blanco —. Qué caritativo eres, querido.

Sacude la cabeza. —No, me refiero a otro caso de caridad. Uno que podrías llegar a sentir más personal.

Me paralizo. No puede querer decir...

Pero sí, así es. Cuando le miro a los ojos, sé exactamente lo que quiere decir.

Me tiende de nuevo el trago. —Si insistes en portarte mal, seguro que mi amigo del equipo de investigación puede encontrar a otra niña enferma que necesite su ayuda. Después de todo, hay muchas niñas enfermas por ahí. ¿Qué hace que la tuya sea tan especial?

Se me revuelve el estómago, pero me trago mi desagrado y cojo la copa.

Malcolm me dedica una sonrisa de suficiencia. —¿Ves? ¿No ha sido fácil? Tu hija recibe los cuidados que necesita y tú sólo tienes que escuchar.

Y traicionar cada instinto de mi cuerpo. Fácil.

Finjo beber un sorbo de vino, pero Malcolm está demasiado ocupado charlando con el hombre trajeado que tenemos al lado como para darse cuenta. Aprovecho para volver a poner distancia entre nosotros.

Le doy la espalda y contemplo el salón de baile. Pongo los ojos en blanco. ¿Un salón de baile, en una casa privada, en el año de Nuestro Señor 2022? Las maravillas nunca cesan.

O tal vez son horrores que no cesan. Nunca recuerdo el dicho.

Dos mujeres con vestidos ornamentados en horribles tonos verdes y morados se detienen a mi lado. Sigo su mirada hacia arriba y veo intrincadas pinturas de dioses y diosas en los techos abovedados. La mayoría están desnudos, con algunos genitales desproporcionados.

Algunas las reconozco de una asignatura optativa de mitología que cursé en el instituto. La escena que tengo justo encima representa a Ares y Afrodita, retorcidos por la pasión. Su hijo, Eros, está en el cuadro inferior, tumbado en la cama junto a su esposa mortal, Psique.

—¿Crees que son originales? —pregunta la mujer de verde—. ¿O papel mural?

—Son caros —responde su amiga—. Eso es todo lo que sé.

—Por supuesto que lo es. Estamos hablando de los Tasarov, después de todo. Gente con dinero infinito.

La mujer de púrpura agacha la cabeza, pero no baja la voz. —He oído que están... *conectados*. ¿Crees que es verdad?

—Con una casa así, me creería cualquier cosa.

Las dos mujeres se alejan. Vuelvo a mirar a mi alrededor cuando se han ido. Nunca había visto tanto oro en mi vida. También creería cualquier cosa que me dijeran sobre el dueño de este lugar,

sea quien sea.

De repente, una mano húmeda se posa en mi espalda. —No te estás bebiendo el vino.

—Te dije que no quería nada —siseo.

Malcolm acerca su boca a mi oído, y cada sílaba me produce el peor de los escalofríos. —Y te dije que el futuro de tu hija depende de que me escuches, maldita pe...

—Hola —dice una voz profunda y aterciopelada, interrumpiendo a Malcolm a mitad de su arenga.

Levanto la vista. Me mira un hombre alto, moreno y con la mandíbula más afilada que he visto nunca.

Por un segundo, casi imaginé que había salido directamente de uno de los cuadros del techo. Un dios cobró vida, con líneas afiladas y piel dorada.

Excepto que ha cambiado su toga por un traje de Armani perfectamente confeccionado. Nunca he visto a nadie llevar una prenda tan bien. Y parece que el desconocido lo sabe. Sus ojos brillan con una arrogancia penetrante.

Antes de que pueda decir nada, Malcolm me rodea. —Hola, señor...

—Me alegro mucho de volver a verte —interrumpe el hombre, cogiéndome la mano e ignorando por completo a Malcolm—. No tenía ni idea de que estarías aquí esta noche.

—¿Se conocen? —interviene Malcolm.

¿Nos conocemos? Bueno, estrictamente hablando, no. La respuesta es “no” también en todos los demás sentidos de la palabra.

Pero este desconocido me mira como si se alegrara de verme. Y, a pesar de no tener ni idea de quién es, yo también me alegro de verlo.

Dudo que sea la única mujer con esa opinión. La mitad de las mujeres en esta sala tienen sus ojos pegados a él en adoración abierta en este momento.

La otra mitad me mira como puñales celosos.

—Así es —dice con firmeza, sin darme tiempo a formular una respuesta—. Somos viejos amigos, ¿no es así?

Quedo muda, pero lo veo como lo que es: una oportunidad.

Y aun así, dudo. No tengo ni idea de quién es este tipo. Podría estar loco. Podría ser un asesino. Podría ser un asesino loco.

Pero, si no estoy de acuerdo con él, me quedaré con Malcolm. Eso facilita las cosas.

Que se joda el malo conocido. El bueno por conocer parece mucho más atractivo.

—Me alegro de volver a verte —le digo, apretándole la mano. Me tira hacia delante, más lejos de Malcolm. Me gusta a dónde me está llevando. *A cualquier sitio menos aquí.*

—Baila conmigo —murmura.

No es una pregunta.

Se inclina y me levanta la mano. Me siento como una princesa y, entre tanto oro, ¿quién dice que no lo soy?

Me sonrojo. —Me encantaría.

No necesito girarme para saber que Malcolm está furioso. Prácticamente puedo sentir el calor de la mirada que me lanza a la espalda. Pero no se atreve a interrumpirme por miedo a montar una escena.

La gente se separa a nuestro alrededor mientras caminamos entre la multitud hacia el centro de la pista de baile. Una vez en nuestro sitio, el desconocido se detiene y me gira hacia él. Una de sus manos está en mi cintura y la otra sostiene mi mano en alto.

Sin mediar palabra, empezamos a bailar.

Nunca fui una gran bailarina. En el instituto, tenía suerte de balancearme de lado a lado con un chico sin caerme.

Pero con este desconocido estoy flotando. Me arrastra, me engatusa, hace que me funda con él como si siempre hubiera estado hecha para seguirle el paso.

Como si hubiera nacido para hacerlo.

Cuando me hace girar con elegancia, veo a Malcolm por el rabillo del ojo, echando humo a un lado. No se atreve a acercarse más.

Tiene audacia, sin duda. Y no es tímido frente a una multitud. Así que no estoy segura de lo que está esperando.

Cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que hay muchísima gente.

Y lo que es peor, todos nos están mirando.

No me doy cuenta de que dije esto último en voz alta hasta que el desconocido responde. —No, todo el mundo me está mirando a mí —dice con frialdad—. Pero *yo* te estoy mirando a ti.

No miente. Sus ojos grises y azules se clavan en mi cara. —Soy Adrik —dice.

Sí, claro. No nos han presentado.

—Hola, Adrik. Soy...

—La última víctima de Malcolm —termina por mí—. Sé quién eres, Emery Montague.

El asombro debe leerse claramente en mi cara porque Adrik ríe entre dientes. —No te sientas demasiado halagada. Lo sé todo sobre todo el mundo. Dime una cosa: ¿lo amas?

Me pongo blanca como un fantasma y me muerdo la lengua. Sigo sin saber qué decir.

Llevo tanto tiempo viviendo con miedo a mi prometido que el silencio es mi defecto. Retirarme es mi primera y mi última opción.

Claro que lo amo. Estamos comprometidos. ¿No es eso lo que hace la gente que está enamorada?

Pero las palabras, esas mentiritas simples y bonitas, las que me digo a mí misma, lo que las convierte en las más insidiosas de todas, no llegan.

Adrik se inclina hacia mí y me susurra al oído —Dime la verdad, Emery —como sigo dudando, añade—: O, si no, puedes mirarme y dejar que lo vea en tus ojos.

Sacudo la cabeza y deshago el hechizo que está tejiendo. ¿Hace calor aquí o soy yo?

Soltando una risa afilada como un malabarista con cuchillos, Adrik se endereza hasta alcanzar su estatura completa. Y así, la tensión disminuye ligeramente. Lo suficiente para que pueda volver a respirar.

—Quizá deberíamos encontrar una pregunta más fácil para empezar —sugiere.

—¿Qué te gustaría saber? —le pregunto—. Quizá te responda.

Su ceño se arquea ligeramente. No sé si está ofendido o impresionado por mi arrebato de confianza. —Para empezar, me gustaría saber si estás disfrutando de la fiesta.

—Más bien la estoy soportando, diría yo.

—¿Qué es lo que falla? ¿La empresa o el local?

—Las dos cosas —miro a mi alrededor y arrugo la nariz—. Quiero decir, estamos en una gala benéfica a favor de los sin techo, ¿y eligen *este* lugar?

—¿Qué tiene de malo? —pregunta.

—Podríamos vender una de las cinco arañas de cristal que cuelgan del techo y destinar el dinero a acabar con la crisis de los sin techo, literalmente, en este mismo instante. Pero, en lugar de eso, estamos todos bailando al son de una orquesta en directo y comiendo entremeses absurdamente pequeños que cuestan una fortuna. Estoy bastante segura de haber visto pan de oro en los huevos endiablados.

—Bueno, que no te avergüence responderme.

Adrik parece realmente divertido.

Y estoy disfrutando de su atención mucho. Demasiado.

—Bien, no me avergüenza. Detesto estar cerca de este tipo de gente —continúo—. El tipo de cerdos enfermos e ilusos que tienen todo el dinero del mundo, pero creen que aparecer en una recaudación de fondos de caridad por trimestre fiscal y entregar una pequeña fracción de su dinero solo para propósitos tributarios es todo el bien que necesitan hacer en el mundo. Es repugnante.

Me sonrojo todavía más cuando me doy cuenta de lo exaltada que estoy. —Algo así, en cualquier caso.

Arquea una ceja irónica. —¿No encuentras aquí a nadie que te haga cambiar de opinión?

—¿Alguna de las personas obscenamente ricas creyéndose gacelas en el salón de baile real de una mansión literal me hace cambiar de opinión sobre que las personas ricas son egoístas? —resoplo—. No. Es seguro decir que nadie me ha hecho cambiar de opinión.

Adrik suspira melodramáticamente. —Y yo que pensaba que los millones que doné a la beneficencia el año pasado habrían cambiado las cosas. Qué tonto.

Me pongo rígida de inmediato. Oh, no. Oh, no, no, no.

Pero aún no ha terminado.

Se inclina hacia mí y sus palabras me susurran en la piel. —Pero no seguiré tu consejo de vender mis arañas de cristal. Me gustan. Y tú estás preciosa bajo su luz.

Incluso con su experta dirección, tropiezo en la pista de baile. Estoy demasiado ocupada metiéndome el pie en la boca para bailar.

—¿Esta es tu casa? —consigo decir.

—Lo es —sonríe—. Soy Adrik Tasarov. Lástima oír que no te gustan los entremeses.

Si el suelo pudiera abrirse y tragarme entera, estaría bien.

—No, me... me gustan —tartamudeo—. Solo... dije que eran demasiado pequeños. Pero están buenos. Me gustó el de champiñones y parmesano... um.

—Palmiers —me ofrece. Ahora estamos quietos en medio de la pista de baile, pero sus ojos bailan divertidos.

Me hundo en sus brazos. Me doy cuenta de que no me ha soltado. Su mano se aferra a mi cadera, débil pero posesiva. —Lo siento mucho. No debería haber dicho eso, no lo sabía. Si lo hubiera sabido, habría...

—¿Mentido? —Adrik frunce el ceño con desagrado—. No me interesan las mentiras. Demasiada gente me dice lo que quiero escuchar. Lo que creen que quiero oír. Prefiero la verdad.

Miro a Malcolm, que sigue de pie a un lado de la pista de baile. Tiene los ojos brillantes y asesinos.

Pero se queda inmóvil.

Es la primera vez que veo a Malcolm negarse algo a sí mismo. Mi suposición es que tiene todo que ver con mi pareja de baile.

Y así, como si las nubes se abrieran y el sol se asomara por fin entre el gris, veo una salida.

Miro a Adrik. —Siento lo que dije.

—¿Era verdad?

—¿Qué?

—¿Lo decías en serio? —pregunta.

Su voz es de pronto solemne y seria. Me siento como una niña llamada al despacho del director.

Recuerdo lo que esas mujeres dijeron antes: *Esos Tasarov, están... conectados*. La mirada de este hombre dice que conoce la violencia en términos íntimos.

Es como si él conociera mis pensamientos antes que yo. Así que le digo la verdad.

—Sí —susurro—. Cada palabra.

Levanta la barbilla y me hace girar de nuevo en el baile, deslizándose con la música como si nunca hubiéramos parado. —Entonces, no te disculpes. Nunca te disculpes por decir la verdad.

—Bien —digo. Me armo lentamente de valor—. ¿Puedo decirte otra verdad, entonces?

Sonríe. —No nos dejemos llevar. No estoy seguro de que mi pobre y frágil ego pueda soportarlo.

—No se trata de ti —le digo—. Y, si lo fuera, sería que tú podrías ser la única persona aquí que podría hacerme cambiar de opinión sobre el tipo de gente que hay en estas fiestas.

No dice nada. Pero no me empuja, así que lo tomo como una buena señal.

—Es sobre mi... prometido —la palabra aún me sabe amarga en la boca.

Justo a tiempo, Malcolm se atreve a dar un paso adelante en la pista de baile. Me mira fijamente, con la amenaza clara en sus ojos.

Tal vez sea el dinero de Adrik o sus "conexiones"..., pero Malcolm obviamente no quiere que hable con él.

Eso hace que quiera aferrarme a Adrik aún más. Todo el tiempo que pueda. —Di lo que quieras y no te contengas —dice Adrik—. Nunca pude soportar a un matón. Y el senador Waters es un matón en su mejor día.

Malcolm se acerca unos pasos más, esquiva a las parejas que hacen piruetas en un gran círculo. No estoy segura de lo que pasará cuando llegue. Lo último que quiero es un altercado.

No antes de saber lo que quiero.

No antes de tener un plan.

Aprieto el bíceps de Adrik, haciendo todo lo posible por ignorar los evidentes músculos que ondulan bajo su traje. Necesito mantener la cabeza despejada para lo que viene a continuación.

—¿Crees que podríamos hablar... en algún lugar más privado?

Adrik me hace girar hacia fuera y de nuevo hacia atrás, apretándome contra su pecho. Una mano áspera se desliza por mi columna. Huele rico, dulce y mentolado.

Pensándolo bien, puede que ya no tenga la cabeza despejada.

Luego, gira a mi lado y me ofrece su codo. —Como quieras. Ven conmigo.

Malcolm está a unas cuantas parejas de distancia, todavía abriéndose paso por la pista de baile. Sin tiempo que perder, deslizo la mano por el brazo de Adrik y dejo que me saque del salón.

Ya he dado el salto y no hay vuelta atrás.

De la sartén al fuego.

ADRIK

Follarse a la cita de otro invitado probablemente sea de mala etiqueta.

Por desgracia para el ilustre senador Waters, me importa una mierda la etiqueta. Me daré un festín con el dulce coñito de su prometida, y luego iré a reírme en su cara con su sabor en mis labios.

Conduzco a Emery por el pasillo central de la casa. La última puerta es mi despacho. La abro y la acompaño dentro.

—¿Una copa? —pregunto. Señalo mi carrito de bar—. Tengo... bueno, tengo whisky.

—No, estoy bien —se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Cae hacia delante inmediatamente.

—Puedo hacer que un camarero te traiga algo de la fiesta —le ofrezco—. ¿Champán? ¿Vino?

Ella niega con la cabeza. —En realidad no bebo.

Eso explica que Malcolm hiciera todo lo posible por meterle una copa en la mano reacia. Verlo tocarla sonriente como un muñeco de ventrílocuo era casi demasiado. Era claro para cualquiera que prestara atención que Emery estaba con Malcolm en contra de su voluntad.

Pero nadie más prestaba atención.

Solo yo.

—Entonces no bebo —le digo. Me hundo en mi asiento y la miro por encima del borde del vaso.

Emery está de pie en medio de la oficina. Tiene las manos entrelazadas detrás de la espalda. Se mueve inquieta, mirando a todas partes menos a mí.

Dejo que el silencio haga el trabajo por mí. Ella se retuerce en él, incómoda.

Entonces, finalmente, habla. —No quiero juzgar, pero...

Me río. —¿Esta eres tú no juzgando? Creo que me llamaste… Mmm ¿cómo fue?... Ah sí, “cerdo enfermo e iluso”. No me gustaría ver qué pasa cuando juzgas.

Se sonroja y se ríe, pero se le pasa rápido. Hay mucha tristeza aquí. Si fuera más amable, le preguntaría cuáles son sus penas.

Pero, como soy Adrik Tasarov, lo que voy a hacer es sacárselas con mi polla.

—Solo iba a decir que, echando un vistazo a tu casa, pareces el tipo de hombre que disfruta de la calidad —dice ella—. Pareces el tipo de hombre que puede tener lo que quiera.

Me encojo de hombros y bebo un sorbo. —No te equivocas.

—Y sé que no nos conocemos bien, pero... —se muerde el labio inferior. Es un gesto irreflexivo para ella, pero hace que mi polla se retuerza de deseo—. Me preguntaba si podría pedirte un favor.

Su vestido negro cae bajo sobre sus piernas, pero el material se ciñe a su figura. Deja muy poco a la imaginación. El escote es bajo, lo que deja ver su suave pecho.

Pero el punto culminante es la profunda caída en la espalda. Es una extensión interminable de piel blanca y cremosa. Puedo ver los hoyuelos en la parte baja de la espalda, justo por encima de su trasero.

Quiero meter mis pulgares en esos hoyuelos, agarrar esas caderas y golpear con mi...

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Agarro el vaso de whisky con tanta fuerza que creo que se romperá.

—Vete a la mierda —ladro—. No voy a hacer negocios esta noche.

—Por suerte, estoy aquí por placer —arrulla alguien desde el otro lado de la puerta. La voz es obviamente masculina, pero juega a ser femenina.

La única persona que conozco tan idiota como para hacer eso es...

—Mi hermano —le digo a Emery con una mueca—. Ponte cómoda. Ahora vuelvo.

Se sienta en el sofá del rincón, fuera de la vista de la puerta. Salgo al pasillo con mi hermano.

Yasha intenta asomarse a mi alrededor y echar un vistazo a Emery, pero cierro la puerta antes de que pueda.

—¿Qué quieres? —gruño.

—¿Interrumpo algo? —no parece arrepentido en absoluto—. Sabes, como uno de los anfitriones y el hijo mayor Tasarov, realmente deberías estar por ahí mezclándote con nuestros invitados.

—Estaba a punto de mezclarme con una invitada.

Se ríe. —Bueno, menudo favor de fiesta estás repartiendo. Habrá muchas mujeres felices si pretendes mezclarte con cada invitada que...

—No tengo tiempo para esto —interrumpo—. En realidad, lo que no tengo es paciencia. Si solo estás aquí para molestar, entonces, discúlpame mientras yo...

—Papá quiere vernos. A los dos.

Estudio su expresión, pero no hay ningún indicio de lo que podría tratarse. —¿Ahora?

Yasha se encoge de hombros. —Es lo que dijo. Soy el mensajero enviado a buscarte.

Hay una nota de amargura, pero la oculta bien. Yasha siempre fue hábil para ocultar sus verdaderos sentimientos. Es una habilidad útil cuando no lo mete en problemas.

Suspiro y lo sigo por el mismo pasillo que acabo de recorrer con Emery. Pero, en lugar de volver hacia el salón de baile, Yasha me guía hacia el interior de la casa.

Puede que Vadim Tasarov haya abierto las puertas de su casa para esta fiesta, pero ni muerto asistiría. El encanto nunca fue uno de sus puntos fuertes. A lo largo de los años me ha repetido que en eso me parezco a mi madre.

—Una sonrisa más afilada que una espada —decía siempre—. La de tu madre era igual de mortífera.

Prefiere las sombras. El misterio es la marca de mi padre. La gente teme lo que no conoce, y nadie conoce del todo a mi padre.

Ni siquiera sus hijos.

Cuando entramos en su despacho, está sentado en el sillón, junto a la chimenea. Tiene la chaqueta del traje echada sobre el brazo y los primeros botones de la camisa desabrochados. Está más informal de lo que le he visto en años.

—¿De qué va esto? —pregunto irritado—. ¿No puede esperar esta reunión familiar hasta que no esté entreteniendo a tus invitados?

—Pronto serán tus invitados —entona sin levantar la vista de las llamas.

Yasha me mira con los ojos entrecerrados. La alegría de hace un momento ha desaparecido.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

Se vuelve hacia nosotros, su expresión estoica como siempre. —Me estoy muriendo.

Hay un silencio antes de que Yasha sacuda la cabeza. —¿De qué coño estás hablando, papá?

—Cáncer —dice. Señala sus pulmones y su estómago—. Estoy plagado de él. El médico dice que me quedan unos meses, si tengo suerte.

De repente, es como si se disipara la niebla y pudiera verlo con claridad por primera vez en mucho tiempo. Parece demacrado, con mejillas y ojos hundidos, labios pálidos, y su columna vertebral, normalmente rígida, está curvada, casi como si no tuviera fuerzas para sentarse recto.

Mientras crecía, me decía que la confianza era cuestión de proyección. "*La gente ve lo que tú quieres que vean*". Nunca entendí del todo lo que eso significaba hasta ahora.

—Que se joda ese médico —le digo—. Pediremos otra opinión. Hay al menos diez hijos de puta engullendo nuestro licor en la otra habitación. Llamaré a uno de ellos y...

—Me muero —suelta. Se levanta de la silla de un salto. Se mueve con rapidez, pero es evidente que algo le afecta y se tambalea sobre sus pies. Yasha se lanza hacia delante para ayudarle, pero padre le aparta la mano de un manotazo—. ¡Bah! Déjame en paz, muchacho, estoy bien. Es hora de poner mis asuntos en orden.

—No —sacudo la cabeza—. No. No puedes rendirte y ya

—No me rindo. Estoy pasando la antorcha —da un paso adelante y pone una mano en mi hombro—. Te preparé para esto, Adrik. Estás listo para liderar la Bratva. Estás listo para ser Jefe. Pero...

—Pero ¿qué? —ladro.

Sonríe. —De repente, has cambiado de tono.

Hago una mueca. —¿Se supone que debía alegrarme por esta noticia? —es lo más cerca que hemos estado de decir "*te quiero*".

Asiente. —Estás casi listo. Solo hay una cosa que debe suceder antes de que oficialmente ponga a la Bratva bajo tu control.

Pongo los ojos en blanco. —Dime a quién tengo que matar.

—Tienes que casarte.

Lo miro fijamente, esperando a ver si es su primer intento de broma. No hay momento como el presente, supongo.

Pero solo me devuelve la mirada, con los ojos inyectados en sangre y llorosos.

—Un líder necesita una esposa —continúa—. Yo necesitaba a tu madre. Ella me sostuvo de un modo que mis lugartenientes nunca pudieron. Además, me dio a ustedes dos. Herederos para continuar el linaje.

Aprieto los dientes. —No necesito nada más que a mí mismo —gruño—. Estoy jodidamente seguro de que no necesito una mujer que me guíe. Dan más problemas de los que valen.

—No todas —Yasha interviene—. Sé más de esto que tú, ¿verdad, Adrik? Parece que has fracasado en ese frente.

Hay un borde en sus palabras. Probablemente porque ya está casado.

Aunque nunca lo admitirá, le duele que papá ni siquiera le considere una opción para sustituirlo. Sobre todo, porque Veronika está embarazada desde hace poco.

Yasha ya ha hecho un heredero. Tiene todas las piezas en su lugar.

Pero yo soy el primogénito. La Bratva es mi derecho. Y no hay un solo hombre en este planeta que pueda quitármelo.

Ni siquiera mi propio hermano.

—Esto no tiene nada que ver con *ella* —le siseo, negándome a decir en voz alta el nombre que mantuve enterrado en mi pasado—. Esto tiene que ver conmigo. Estoy bien por mi cuenta.

Padre respira hondo. Le retumba en el pecho. —He dejado claros mis sentimientos. No cambiaré de opinión. Si quieres liderar, toma una esposa. Si no... quemaré esta Bratva hasta los cimientos cuando me vaya.

Sin decir nada más, pasa por delante de Yasha y de mí y entra en el pasillo.

Yasha se mueve para irse también, pero antes se detiene y me da una palmada en el hombro. —Nunca has tenido problemas para encontrar una mujer. Esto debería ser fácil para ti. La verdadera prueba es si la mujer que elijas puede sobrevivir al compromiso.

Sabiamente, sale corriendo de la habitación antes de que decida darle la paliza que se merece.

Mientras camino de vuelta a mi despacho, la tensión me recorre el cuerpo. Mis puños están apretados, mis pasos pesados.

Oigo el ruido de la fiesta en la otra habitación, pero sé que no volveré a unirme a la multitud. Ahora no estoy en condiciones de estar rodeado de gente.

Pero cuando cruzo la entrada, un hombre se despega de la pared y tropieza conmigo.

—¡Nuestro amable anfitrión! —espeta el hombre—. Pensé que te habías escapado por la noche. Pero me alegro de verte. ¿Te apetece una copa?

Tardo un segundo en ubicar al hombre, pero, cuando lo hago, me doy cuenta de lo borracho que debe de estar para pensar que es buena idea acercarse a mí en un pasillo por lo demás vacío.

—Concejal Bowman —digo. Aprieto los dientes, inclino la cabeza—. En realidad, me escapé de la fiesta. No volveré. Buenas noches.

Me muevo para pasar junto a él. Pero, cuando voy, su mano vuela para agarrarme.

Incluso si no estuviera borracho, yo sería más rápido que él. Y, como está borracho, se mueve como si pisara melaza. Le arranco la mano del aire y le doblo el brazo detrás de la espalda, presionando su codo lo suficiente como para que note lo cerca que está de rompérselo.

Grita de asombro, aunque sus ojos están vidriosos. Puede que ni siquiera recuerde esta interacción por la mañana. Tal vez debería darle un poco de dolor como recordatorio...

—Si quieres conservar esa mano, te sugiero que no vuelvas a tocarme —le gruño en la cara. Apesta a alcohol—. Sobre todo, porque sé que has usado esta misma mano para hacer tratos con la mafia de Volandri. ¿Y aun así tienes la osadía de cruzar la puerta de mi casa? Lo llamaría osadía si no fuera tan jodidamente estúpido.

El hombre está temblando ahora, su cuerpo tiembla. Puede que se mee encima. Sería divertido, si no supiera cuánto pagué por la alfombra sobre la que estamos.

—Esta noche, te dejo con una advertencia —le digo—. Termina tu asociación con los Volandris y no acabaré con tu vida.

Antes de que pueda decir otra palabra, lo tiro al suelo y me alejo dando pisotones. Quise decir lo que le dije a Yasha antes: no tengo paciencia para nada de esta mierda.

ADRIK

Huelo a Emery antes de verla.

Casi había olvidado que seguía en mi despacho. Parece que pasaron días, aunque solo han sido minutos.

Está justo donde la dejé, nerviosa al borde del sofá. Tiene una pierna larga, extendida a través de la alta abertura de su vestido. Su piel es suave, sus músculos delgados. Prácticamente puedo sentir cómo se flexionaría y se movería bajo mis manos. La forma en que temblaría como si la estuvieran electrocutando cuando la penetre.

Hace media hora, le habría lamido el cuerpo desde los dedos de los pies. La habría devorado pedazo a pedazo solo porque podía.

Y cuando me saciara y acabara en su pecho desnudo, la habría devuelto a la fiesta, usada y desaliñada para que la encontrara el senador Waters. Un puto regalo perfecto.

Pero ahora...

—Sigues aquí —digo con frialdad.

Podría reavivar el fuego, si quisiera. Incluso podría ayudar a quemar parte de la rabia que me recorre.

Pero ya no estoy de humor. Incluso con las notas de vainilla de su perfume flotando por la habitación.

—¿Va todo bien? —pregunta, jugueteando con el dobladillo de su vestido.

—De maravilla. Tengo trabajo que hacer. Puedes encontrar el camino de vuelta a la fiesta —señalo la puerta—. Es donde está toda la gente. No puedes perderte.

Sus ojos se abren de par en par. No sé si de sorpresa, decepción o pánico. Teniendo en cuenta con quién vino, podría ser todo lo anterior.

—Pero íbamos… quería pedirte un favor —se levanta y avanza hacia mí, pero se detiene a medio camino, insegura—. Íbamos a hablar.

Miro su vestido y lo reconsidero.

Deslizar los tirantes por sus hombros sería tan fácil. Dos movimientos de mis dedos y estaría casi desnuda delante de mí. Se me aprietan los pantalones al pensar en ello.

Esta noche es una mierda. Tal vez un polvo rápido no sería tan mala idea. —Íbamos a hacer mucho más que hablar, Emery.

—Oh —se sonroja. Sus mejillas están rosadas y se muerde el labio inferior—. Yo no... yo no... bueno, pedí hablar contigo porque... necesito algo.

Se hace la inocente, pero puedo ver la comprensión en sus ojos: sabe lo que quiero. Lo mismo que han querido de ella todos los hombres de sangre caliente que ha conocido.

—Seguro que sí. Todas las mujeres que piden una audiencia privada conmigo necesitan algo —digo burlonamente.

No estaba seguro de que pudiera seguir sonrojándose, pero el color se desliza por su cuello y su clavícula. Me gustaría echar un vistazo por debajo del escote de su vestido y ver exactamente hasta dónde llega el rubor.

Respira entrecortadamente. —Yo no... yo no te pedí que... no estoy aquí para acostarme contigo, maldita sea.

Admiro su audacia. Pero ya agoté mi reserva de paciencia para esta noche. Si quiere negarse, bien. Pero que sea en un lugar fuera de mi vista.

—Entonces, quieres dinero —sugiero—. ¿O necesitas que mate a alguien por ti? ¿A cierto congresista, quizás?

Emery se queda perfectamente quieta. Parece que adiviné. Me trago una sonrisa burlona. —Así que es eso. Quieres que lo mate.

—¡No! —grita—. No, Dios, no. Yo no he dicho eso. No quiero eso.

Pongo los ojos en blanco. —Entonces, ¿qué quieres, Emery? Tuve una noche muy larga. No tengo tiempo para evasivas. Dime lo que quieres o...

—Quiero a Malcolm fuera de mi vida —dice de repente—. No muerto, sino simplemente... fuera.

—Entonces, reserva un vuelo de ida y acaba con esto.

—No puedo.

Ahora está temblando. ¿Cómo puede una mujer con un vestido así seguir siendo una violeta encogida? Está asustada por sus propios deseos.

—Claro que puedes —replico—. Si no quieres salir corriendo en mitad de la noche, hazlo en su cara. Llévalo a cenar fuera, dile que tiene que buscar en el campus otro coñito tonto para follárselo y déjale la cuenta. Si te da problemas, monta una escena. Nada asusta más a un político que una escena pública.

Es la razón por la que Malcolm me dejó bailar el vals con su cita por todo mi salón de baile: está obligado por la opinión pública. Tiene que gustarle a la gente. Si no, no consigue sus votos o su

dinero, y entonces se queda sin trabajo.

Pero yo no soy un servidor público. No necesito gustarle a nadie en este planeta. Puedo operar como me plazca.

Y ¿si a la gente no le gusta? Pues los reto a que me lo digan.

—No puedo —repite. Aprieta las palabras entre los dientes—. Si pudiera manejar a Malcolm por mí misma, entonces no me habría ido de la pista de baile con un extraño. Pero él te tiene miedo.

Inclino la cabeza hacia un lado. —¿Tú me tienes miedo, *kiska*?

Su expresión cambia. La incertidumbre se dibuja en sus rasgos antes de endurecerse, con la mandíbula apretada.

—¿O no sabes lo suficiente como para tenerme miedo? —quiero reírme, pero no lo hago. Estoy más asombrado que ofendido por su ingenuidad—. ¿Sabes siquiera quién soy?

—Eres Adrik Tasarov —murmura.

Sacudo la cabeza. —No te pregunté si sabes mi nombre. Te pregunté si sabes quién soy. A qué me dedico.

Se aparta de mí, más cerca de la puerta. —No importa. Malcolm te tiene miedo y yo necesito ayuda. No me importa de dónde venga.

Desesperación. Eso es lo que veo. Pura, cruda, que todo lo consume.

Quizá Emery no tiene miedo de todos sus deseos. En este sentido, sabe exactamente lo que quiere. Pero no está segura de cómo conseguirlo. Así es como, sin saberlo, se mete en la boca del lobo.

Por desgracia para ella, yo tengo ganas de jugar con mi comida. —¿Qué crees exactamente que puedo hacer por ti?

Se lleva las manos a la cabeza y tira nerviosamente de sus anillos. —Mi hija es discapacitada. Nació con una... enfermedad. Empeora cada día, pero hay un ensayo de un fármaco experimental. Malcolm la metió en el programa y la está ayudando, pero... si pongo fin a nuestro compromiso, hará que la echen del ensayo.

Parpadeo con asco. El hombre es una puta cucaracha. —Te está chantajeando.

—Sí —casi solloza—. Sí. Quiere una esposa guapa y sumisa que lo siga en la campaña y lo haga más atractivo. Si termino las cosas, él no me ayudará más. Mi hija morirá. Así que no, no puedo huir. Por eso.

—Una historia desgarradora —digo.

Dejo que esas palabras perduren con la suficiente sinceridad como para que ella empiece a preguntarse si tal vez me está convenciendo. Si hay esperanza.

Luego, añado—: ... Pero he oído cosas peores.

Ella se inclina hacia adelante, en estado de shock. —¿Qué?

—He oído cosas peores esta semana, en realidad. Todos los que vienen a mí tienen una historia triste. ¿Crees que eso te hace especial?

—Pero esto… esto no es una historia triste. Es la verdad. Es... ¡es mi vida!

—Y no tengo palabras para expresar cuánto lo siento —digo con desagradable sarcasmo—. Pero no me siento detrás de este escritorio porque voy por ahí repartiendo desinteresadamente todo por lo que he luchado a los menos afortunados.

—Dijiste antes que construiste esa biblioteca y... el banco de alimentos. Tú donas —balbucea—. ¡Hay una recaudación de fondos para caridad en la otra maldita habitación!

—¿Crees que es un acto desinteresado? —me río, sorprendido por su ingenuidad—. ¿Crees que soy un caballero de brillante armadura? ¿Crees que no lo hago todo porque me beneficia? Por supuesto que no. El mundo no funciona así. Financio una biblioteca con mi apellido grabado en la fachada y la policía acepta alejarse de mis malditos asuntos. Pago un hospital y el ayuntamiento aprueba mis permisos de urbanismo. Es el costo de hacer negocios. Dinero que entra, dinero que sale. Un equilibrio perfecto.

—El bien y el mal no deberían ser un acto de equilibrio.

—El bien y el mal —me río por lo bajo—. Qué pensamiento tan binario. Tan simplista. Tan aburrido. Todo tiene matices, Emery. No existe la gente buena ni la gente mala. Solo hay personas. Y algunos de nosotros estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario para conseguir lo que queremos. No creo que tú seas uno de ellos. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Por la forma en que me mira, boquiabierta, no creo que lo entienda.

Suspiro. Ya no doy más explicaciones. —Me aburre esta conversación. Ayudarte no me beneficia, así que no lo haré. Por favor, vete.

Doy un paso adelante para indicarle que se dirija a la puerta. Espero que se mantenga firme o que huya como una rata de aguas crecidas.

En cambio, hace algo que me sorprende.

Emery da un paso adelante, se pega a mí y me agarra del brazo. Habla en un susurro feroz, deprisa, como si temiera perder el valor si no suelta todas las palabras enseguida. —Mi padre tiene dinero. Malcolm no solo quiere casarse conmigo por mi aspecto. Quiere mi dinero. Te daré una parte si...

Resoplo y hago un gesto a mi alrededor. Mi despacho es más discreto que el resto de la casa, pero sigue destilando una riqueza evidente. —¿Te parece que necesito tu dinero?

Se aferra a mí con ambas manos y sus dedos se clavan en mis bíceps. Cualquier otra persona que intentara esto, ya estaría de rodillas frente a mí, retorciéndose de dolor.

Esa imagen es tentadora. Emery de rodillas...

—Por favor —me suplica. Se arquea hacia mí y ofrece una vista aún mejor de la parte delantera de su vestido—. Te daré todo lo que pueda.

—No tienes nada de lo que necesito. ¿Dinero? Lo tengo. ¿Coño? Lo tengo. Por lo que veo, eso

significa que no tienes nada para ofrecer.

Se estremece ante mis duras palabras. Desgraciadamente para la damisela, ya no tengo nada que hacer.

—Ahora sal de mi maldito despacho —le doy un empujoncito hacia la puerta y le doy la espalda.

Pero cuando me dejo caer en la silla detrás de mi escritorio y me doy la vuelta, veo que no se movió. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Una se escapa y corre por su mejilla, como un río de diamantes.

Es realmente llamativa. Esas curvas, ese pelo. Hecha para ser tratada con dureza. Nacida para ser rota.

Pero no esta noche. O, al menos, no por mí.

Ordeno una pila de papeles, cojo un bolígrafo y empiezo a leer. Ella sigue sin moverse del centro de la habitación.

Quizá no entienda que esto es caridad en sí misma. El hecho de que no la arrastre de raíz es tan generoso como cualquiera de los millones que dono.

Pero parece que Emery no sabe captar una puta indirecta.

Se vuelve hacia mí. —Por favor, Adrik —susurra con una voz tan diminuta que apenas puedo oírla desde donde está.

Dejo el bolígrafo en el suelo con fuerza. Un cuadro en la esquina de mi escritorio tiembla. Alargo la mano para sujetarlo.

El marco es de madera maciza teñida de oscuro. En la fotografía, mi padre está de pie junto a mí. Solo tengo catorce años, pero ya tenemos la misma estatura.

Sin embargo, no lo sentía así en ese momento. No era solo mi padre, era mi jefe. Más grande que la vida misma.

Todavía no puedo creer que pronto se vaya. No puedo creer que haya llegado el momento de que yo tome las riendas.

Si me caso, claro.

La furia que bullía en mí se calma cuando veo a Yasha como un niño regordete en mis brazos. Se contonea tanto que sus brazos y piernas aparecen borrosos en la foto. Siempre fue así, rebosante de energía y alegría.

Hasta que dejó de ser así.

Hasta que se lo arrebataron.

Entiendo que quieras proteger a la gente que quieres. Del cáncer. De los depredadores. Del dolor.

Es la base de la Bratva. Es en torno a lo que he construido mi vida.

Pero creo en lo que le dije a Emery: no puedo permitirme ayudar a cada historia triste que se

arrastra a mi oficina cuando no hay nada para mí.

¿Por la familia? Sí.

¿Por extrañas, sin importar lo follables que sean? No. Diablos, no.

Me pongo en pie, salgo una vez más de detrás del escritorio y me planto frente a ella.

Me mira, levanta una mano temblorosa y la apoya en mi codo.

—Por favor, Adrik —susurra de nuevo.

Esa vocecita lastimera hace que mi polla palpite dolorosamente. Cada vez es más difícil ignorar lo que ocurre dentro mío: el hambre y el compromiso con mi deber por igual.

Los hechos son simples. Ella es soltera. Guapa. Y hará cualquier cosa por mi ayuda.

Quizá podamos llegar a un acuerdo.

—Te dije que hay un equilibrio —le digo de pronto. Giro su mano entre las mías y paso el pulgar por el suave interior de su muñeca—. No reparto favores sin recibir algo a cambio.

—Di tu precio —jadea—. Te dije que tengo dinero, y...

—Presta atención, *kiska*. No necesito dinero —le sujeto la muñeca con una mano y uso la otra para acariciarle la curva de la garganta. No se da cuenta de lo que está haciendo.

Vendiendo su alma al diablo. Ofreciéndose como un cordero al matadero.

No sabe con qué facilidad se romperá cuando llegue el momento.

El aire entre nosotros está tenso. Su pecho se agita con cada respiración.

Prácticamente puedo ver su corazón latiendo en la garganta, palpitando de miedo y expectación.

Pero yo estoy perfectamente tranquilo.

Esto es para lo que nací.

—Entonces, ¿qué necesitas? —pregunta, con voz apenas más que un ronco graznido. Sus ojos verdes se clavan en mí.

Sonrío con maldad. —Necesito una esposa.

EMERY

UNAS HORAS MÁS TARDE

Me paro frente a la puerta de mi apartamento e intento sacudirme la noche, aunque sé que eso no es ni remotamente posible.

No me sacudiré nada de esto en mucho tiempo. Todavía puedo sentir la mano de Adrik en mi garganta.

Puedo oír sus palabras en mi oído como si estuviera detrás de mí incluso ahora, susurrándomelas.

"*Necesito una esposa*".

Ahora que estoy sola, casi puedo reírme de lo absurdo. Casi.

¿Pero Adrik? No se estaba riendo. Ni lo más mínimo.

Se quedó inmóvil y me miró fijamente de un modo que me hizo sentir que la realidad se derretía por los bordes. Como si el fondo de la habitación, todos los colores, el ruido, las formas y las sombras se disiparan en una niebla.

Pero Adrik nunca se disipó. Se quedó donde estaba, constante e inflexible. Inamovible. Inmutable.

De pie frente a él, completamente a su merced, me sentí consumida por él. Envuelta en él. Fue un milagro que haya conseguido mantener la cabeza y el vestido puestos.

Me aprieto la frente con la palma de la mano y respiro hondo.

Todo esto tiene que quedarse aquí. A *est*e lado de la puerta. De *este* lado de mi vida.

Una vez que entre, solo una cosa importa.

Saco las llaves y abro mi apartamento. Nada más abrirlo, oigo la televisión a bajo volumen.

La habitación está a oscuras. La única luz procede de la pantalla del televisor. Mis ojos tardan un momento en adaptarse.

Entonces, veo a Isabella sentada en su silla de ruedas al otro lado del sofá. Me sonríe.

—¡Mamá! —se desplaza con el joystick integrado en el brazo. La silla de ruedas solo tiene unos meses, un regalo de Malcolm, con algunas ataduras repulsivas, pero ya puede manejarla como una campeona.

No tengo ni idea de lo que haremos cuando le quede pequeña. O, mejor dicho, qué *tendré* que hacer para que Malcolm le dé a una niña enferma lo que necesita.

Pero no puedo pensar en eso ahora.

—Hola, cariño —le doy un suave beso en la mejilla y la estabilizo en el otro lado con la mano. A estas alturas del día, los músculos de su cuello suelen estar cansados. Se pone "flojita", como a ella le gusta llamarlo entre risitas—. ¿Qué haces todavía levantada?

Mira a nuestra vecina de mediana edad, que duerme en el sofá. —Barb se quedó dormida —explica en un susurro infantil que me hace sonreír—. No quería despertarla.

—Pero esa es la mitad de la razón por la que está aquí, tontita. Para ayudarte a ir a la cama.

—¡Pero si ni siquiera tengo sueño! —argumenta—. Y quiero que me acuestes tú. Tú sabes hacer las almohadas mejor.

Le lanzo mi mejor mirada de *mamá sabe que eres un mentirosita,* pero ella se limita a sonreírme. El lado derecho de su boca se inclina un poco hacia abajo. Los músculos de ese lado no consiguen mantener la simetría.

Amo esa sonrisa desigual más que a la vida misma. La he amado desde el momento en que nació y la sostuve contra mi pecho desnudo. Apenas era una rosita de pan cuando me miró y esbozó esa sonrisa por primera vez.

Muchas cosas cambiaron desde entonces.

Algunas cosas mejoraron. Otras, no.

Pero, desde que empezó el ensayo del fármaco experimental hace tres meses, las cosas se han mantenido relativamente igual. Hemos estado en un hermoso estado de estasis.

Es casi suficiente para dar esperanzas, incluso a una cínica como yo. —Ve a tu habitación, zorrillo. Te veré allí.

Se va, con el motor de la silla zumbando por el pasillo, mientras despierto a Barb. —¿Ya es hora de irse a casa? —murmura la mujer, secándose los ojos—. Isabella fue un ángel. Cayó rendida.

Ni siquiera me molesto en corregirla. Puede que Barb no sea la mejor opción como niñera, pero es la única que me puedo permitir: gratis.

Me estremezco al recordar cómo le tiré el dinero de mi padre a Adrik para que me ayudara. Como si no tuviera ya suficiente para varias vidas.

Fue vergonzoso. Y también una mentira directa. Puede que sea la heredera de la fortuna Montague, pero el dinero no es mío hasta que me case. Así que bien podría estar quemado por completo, porque, si encuentro la manera de salir de mi pesadilla de Malcolm Water, nunca voy a tener marido.

Además, por muy fácil que me hiciera la vida el dinero, no lo quiero. No quiero ser el tipo de persona a la que le importa más los ceros que la gente que la rodea. El tipo de padre que era mi padre, que se preocupó más por cómo afectaría la violación de su hija a su imagen pública que por cómo afectó a su hija real.

Cierro los ojos, apartando demasiados viejos recuerdos, y le abro la puerta a Barb. —Gracias de nuevo por cuidarla.

—Ni lo menciones, cariño —dice somnolienta con un gesto por encima del hombro—. Cuando quieras.

Cierro y atranco la puerta tras de mí. Ni siquiera me quito el vestido de gala antes de ir a la habitación de Isabella. Ya es tan tarde que está medio dormida cuando la levanto de la silla de ruedas y la acuesto en la cama.

—¿Bailaste? —murmura mientras coloco una almohada entre sus piernas y acomodo la que está debajo de su cabeza como a ella le gusta.

—Lo hice —le digo—. Di vueltas y vueltas solo por ti.

La verdad es que fue Adrik Tasarov quien dio las vueltas. Su fuerte mano rodeaba la mía y la otra me sujetaba por la espalda.

Podría permitirse una flota de sillas de ruedas para Isabella. Un equipo de médicos personales. Una cama especializada para mantenerla cómoda. Un cuidador a tiempo completo para vigilarla.

Pero pensar en él no tiene nada que hacer aquí. Cerré de golpe esa puerta cuando me dijo lo que me costaría atravesarla.

Le beso la frente. —Grita si me necesitas, ¿vale, calabacita?

—Te quiero, mamá —dice mientras se le cierran los ojos.

Se me aprieta el corazón. —Yo también te quiero, amor mío.

No tienes ni idea de cuánto.

Volveré a su habitación al menos un par de veces a lo largo de la noche para ayudarla a reajustarse y a darse la vuelta. Pero, si me voy a dormir ahora, podré dormir varias horas seguidas.

El problema es que no estoy cansada.

Mi cuerpo está agotado y mi mente gira a cien por hora desde que Adrik interrumpió mi velada con Malcolm, pero sigo sin imaginarme ir a dormir.

Demasiadas pesadillas acechan.

Me quito el vestido, lo tiro a un rincón del armario y me pongo mis leggings favoritos y una camiseta holgada. Me recojo el pelo en una coleta y me dejo caer en el sofá.

De vuelta con mi ropa normal, en mi apartamento normal, es extraño pensar que esta noche ha ocurrido de verdad. Todo parece tan lejano. Tan imposible.

Saco mi teléfono y busco “Adrik Tasarov” para intentar averiguar la verdad que se esconde bajo la fachada cuidadosamente construida que muestra al mundo.

Pero antes de hacer clic en el primer enlace oigo girar el pomo de la puerta de mi casa.

Me pongo rígida. ¿Estoy alucinando? La cerré. Juro que la cerré.

Pero estoy helada. Solo puedo ver con horror cómo el pomo gira lentamente en un sentido y luego en otro.

Entonces, oigo el sonido de una llave.

Quizá sea el casero. O Barb. Excepto que el casero no debería venir a mi apartamento en mitad de la noche y Barb no tiene llave.

Mi mente lucha por encontrar explicaciones mientras la llave se desliza y empieza a girar.

Para cuando me doy cuenta de que necesito moverme, necesito hacer *algo*...

Es demasiado tarde.

La puerta se abre y Malcolm Waters está de pie en mi salón.

—¿Qué demonios...?

—La putita llegó bien a casa, por lo que veo —dice—. No tenía ni puta idea, ya que me dejaste en la fiesta.

Malcolm aguanta bien el alcohol. No se le enrojecen los ojos ni las mejillas. No arrastra las palabras ni tropieza.

Solo se pone *malo*.

—Malcolm, no pasó nada. Yo no...

—¿No hiciste qué? —gruñe—. ¿No me dejaste explicando tu ausencia a los curiosos toda la noche? Le dije a la gente que no te sentías bien, pero te vieron irte con él. Me miraron como... como si sintieran lástima por mí.

—No pasó nada —repito—. Eran negocios, lo juro.

Su suave barbilla se ahueca mientras me lanza una mirada incrédula. —¿Ese es el tipo de negocio en el que estás metida ahora, Emery? Una chica respetable como tú no debería prostituirse con escoria como Tasarov.

—¡No me he prostituido con nadie!

—Qué se yo —ladra—. Mi propia maldita prometida, y nunca te he tenido.

Se está enfadando y gritando. Va a despertar a Isabella.

Me levanto, avanzo y lo toco suavemente el brazo para calmarlo. —Malcolm, por favor. Isabella está durmiendo.

—Entonces tal vez te meta algo en la boca para que te calles de una puta vez.

De repente, se aprieta contra mí, empujándome hacia atrás, hacia el sofá. Sacudo la cabeza mientras el viejo y familiar pánico se apodera de mi pecho y hace un cortocircuito mi cerebro.

—Esta noche… no.

Ni nunca, en realidad. Pero no puedo decir eso ahora. No sin empeorar las cosas, tanto para mí como para mi hija.

—¿El ruso te agotó? —se burla—. ¿Te usó y te tiró a un lado como un puto trapo?

—¿Cómo has entrado aquí? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—Tu casero entiende dónde está el poder.

Me estremezco. Martin me traicionó. Ni siquiera se da cuenta de cuánto.

—Si quieres, puedes quedarte en el sofá a dormir la borrachera —le ofrezco, aún luchando por mantener una apariencia de calma y normalidad—. Te haré un té, y puedes...

—No quiero té —me empuja al sofá y busca la hebilla de su cinturón—. Quiero lo que es *mío*.

El miedo se apodera de mí con tanta fuerza que no puedo moverme. Es como ser aplastada por una anaconda gigante. Mis recuerdos se mezclan con la realidad.

Estoy en mi sala de estar un segundo.

Al siguiente, estoy en la parte trasera de un coche desconocido, gritando.

Vuelvo a ver a Malcolm frente a mí, en la sombra de mi salón.

Luego desaparece y un brazo desnudo con una cicatriz oscura y anudada me rodea la cintura.

Cierro los ojos e intento luchar contra las náuseas que me invaden. Tengo que encontrar alguna forma de salir de esto. De escapar.

Pero no hay nada.

Solo oscuridad.

Solo dolor.

Solo miedo al pasado y una impotencia que nunca, nunca desaparece. Justo cuando coge mis leggings, suena su teléfono.

—Maldición. Estamos en mitad de la noche. ¿Quién demonios es...? —se echa hacia atrás y contesta al teléfono—. ¿Quién demonios te crees que me llamas a…?

Su voz se corta. Es entonces cuando abro los ojos.

Malcolm está frente a mí, con el botón del pantalón abierto. Pero toda su atención está puesta en el teléfono que tiene en la mano.

—¿Cómo conseguiste mi...? —gruñe— ... Bien. —Malcolm se quita el teléfono de la oreja y me lo lanza—. Es para ti.

Lo cojo con dedos temblorosos. —¿Hola? —tartamudeo.

La voz es profunda. Masculina. Confiada. —¿Reconsideras mi oferta?

Malcolm me mira con ojos asesinos. Pero no me toca. De hecho, retrocede y mira nervioso a su

alrededor.

Está asustado.

Porque Adrik Tasarov es el que está al teléfono.

Estoy tan aliviada que podría llorar. —Sí —admito—. Sí, lo hice.

—Eso pensé —si es posible escuchar una sonrisa de suficiencia, entonces escucho una en la voz de Adrik—. Diez minutos debería ser tiempo suficiente.

—¿Suficiente tiempo para qué?

—Para recoger tus cosas —dice—. Te espero fuera. Corre.

ADRIK

Sale a la calle como una soñadora perdida en una pesadilla. Sus ojos parpadean por la acera, viendo amenazas en cada sombra.

No está completamente equivocada en ese sentido.

Cuando ve mi vehículo, frunce el ceño. Como si no pudiera entender lo que está viendo. Como si yo fuera a aparecer con algo menos que lo mejor.

El Escalade está blindado y equipado con todas las mejoras posventa conocidas.

Artesanía en cada puntada y tornillo, tecnología de vanguardia zumbando detrás de cada panel.

Emery respira hondo, se reafirma, y cruza la calle rápidamente con Isabella.

Pulso el botón de la puerta trasera cuando se acercan. Se abre suave y silenciosamente, aunque Emery salta y chilla al oír el movimiento brusco. Se agarra al asa de la silla de ruedas de Isabella, dispuesta a huir.

Les doy un brusco tirón de cabeza. —Vamos. Vámonos.

Un elevador desciende, desplegándose ante ellas como una alfombra mágica accesible. Los ojos de Isabella se abren de par en par. —¿Esto es para mí?

Emery no contesta. Estábamos hablando por teléfono, pero me mira como si estuviera sorprendida de verme.

Isabella gira la silla hacia su madre. —Mamá, ¿a dónde vamos?

Parpadea y vuelve en sí. —Estamos, eh... Realmente no he... —busca una explicación antes de darse por vencida—. Hablaremos de ello en el coche, ¿bien, cariño? Ve a la rampa mientras yo tomo las maletas.

Isabella rueda hacia delante. Me bajo para ayudarla con las maletas. No es mucho. Solo dos bolsas de lona y un cojín arco iris con enormes ojos bordados.

—Puedo con esto —dice, alcanzándolas.

Le hago un gesto para que se aleje. —No lo hagas. A menos que prefieras que ocupe mis manos en otra cosa.

Me mira. Veo cómo el pensamiento le recorre la cara: *Me pregunto cómo sería*. Si no la conociera, pensaría que la Sra. Montague tiene pensamientos sucios.

—El cabrón debe haber salido por detrás —deduzco.

Ella asiente. —Salió por la puerta corredera de cristal después de que colgáramos. Salió corriendo, básicamente.

—Cobarde.

Puse a mis hombres a vigilar a Malcolm desde el momento en que Emery salió de mi despacho. Cuando salió borracho, no fue difícil adivinar a dónde se dirigía.

Tardó lo suficiente en hablar con el casero para que le diera una llave como para que yo pudiera tirar la puerta abajo y llevármela por la fuerza antes de que él llegara.

Pero no soy un violador. Tomo lo que quiero, sí, pero quiero que ella elija esto. Y, de una forma u otra, lo hará.

Es solo cuestión de eliminar sus otras opciones hasta que yo sea la única que quede.

Una vez que Isabella está en la furgoneta, Emery ata su silla de ruedas al suelo y a los ganchos del techo. El todoterreno es grande, pero, entre la silla de ruedas y sus maletas, la única plaza libre está en el asiento trasero.

Justo a mi lado.

Cojo un mando de la consola central y se lo doy a Isabella. —Puedes usar esto para controlar las luces.

Pulsa un botón con entusiasmo y el techo se ilumina de color rosa. La niña da un grito ahogado y pulsa todos los botones, convirtiendo el interior del coche en una discoteca.

—Tranquila, Bella —advierte Emery con su mejor voz de madre—. No queremos romper nada. No es nuestro, ¿recuerdas?

Hay algo que me excita la polla. El instinto maternal, la crianza... es tan diferente de mi mundo. Ridículamente.

Lo que hace aún más dulce el hecho de que esté a punto de sumergir a este angelito en un océano de oscuridad.

—Sí, lo es —asiento a Isabella—. Es un regalo. De mí para ti.

Emery fuerza una risa nerviosa. —Está bromeando, Bella. Sé una buena chica, ¿bien?

Le rodeo la muñeca con la mano. Intenta apartarse, pero aprieto con más fuerza.

—Las chicas buenas mantienen las manos bajo control —bajo la voz y pregunto—: ¿Eres una buena chica, Emery?

Isabella está tan ocupada jugando con el mando a distancia que ni siquiera se da cuenta de nuestro forcejeo en el asiento trasero.

Emery retira la mano y me fulmina con la mirada. No parece tan agradecida como debería, teniendo en cuenta que acabo de mandar a Malcolm corriendo con el rabo entre las piernas. Se aparta de mí y mira por la ventana.

Si no soporta mirarme, no pasa nada. Me da mucho tiempo para mirarla.

El vestido de antes ya no está, pero a mi polla no le importa el código de vestimenta.

Los leggings que lleva le sientan de maravilla. El material envuelve los delgados muslos que antes solo podía adivinar bajo el vestido.

Pronto los conoceré bien.

Muy pronto, trazaré cada una de sus curvas con mis dedos.

Pronto tendré esas piernas alrededor de mi cintura y esos labios gimiendo mi nombre.

Pero ahora mismo hay una niña en el coche. Poner a Emery en mi regazo y abrirle los leggings por la costura no es una opción.

Levanto los ojos. Su pelo cae del moño casi con desolación. Me pregunto si se lo habrá hecho Malcolm.

Aparto el pensamiento. No puedo molestarme en salir del coche y buscarlo. Es demasiado tarde para preocuparse de deshacerse de un cuerpo esta noche. Pronto tendrá lo que se merece.

—No puedes decirle esas cosas —dice Emery de repente—. Que el coche es nuestro. Quiero decir, no es...

—Si yo digo que lo es, entonces lo es.

—Las cosas no funcionan así.

—Así funciona mi vida. Por ejemplo: Quería que te casaras conmigo, y ahora, mira dónde estás.

Frunce el ceño mientras las luces que nos rodean pasan del rojo al morado y viceversa. Isabella ríe detrás de nosotros. —No hemos hablado de los detalles.

—Al contrario, lo hicimos. ¿O lo olvidaste? —pregunto—. Déjame que te lo recuerde: estabas siendo asaltada por un puto cerdo borracho, y te propuse matrimonio como salida del infierno.

Se lanza hacia delante y me agarra del brazo. Abre mucho los ojos. No sé si es por lo que he dicho o porque se da cuenta de que vuelve a tocarme. Las yemas de sus dedos están frías contra mi piel.

Con un gruñido de frustración, me suelta e inclina la cabeza hacia Isabella. —Ella no... es demasiado pequeña. No quiero confundirla.

—Muy bien —asiento. Luego, me inclino hacia delante—. Pero recuerda esto: la próxima vez que me agarres, te devolveré el agarre.

Incluso con la luz estroboscópica que parpadea en lo alto, puedo ver el carmesí manchando sus mejillas. Emery aprieta las rodillas como si fuera a contener la marea.

—¿Cómo sabías que Malcolm estaba allí? —susurra.

—Tengo mis maneras.

Frunce el ceño. —¿Me pusiste un rastreador o algo? ¿Tengo un micrófono?

Resoplo. —No necesité llegar a esos extremos para averiguar qué tramaba ese *mudak*.

—¿Así que simplemente adivinaste que iba a venir a mi casa? —pregunta—. Porque lo conozco bien, y no habría adivinado que haría algo así.

—Tan inocente *kiska*. No tienes ni idea de lo que los hombres desquiciados están dispuestos a hacer por una mujer hermosa.

Murmura algo en voz baja que suena como —Imbécil.

—Eso es más cierto de lo que crees —me río—. Pero este imbécil acaba de salvarte la vida.

Ella suspira. —Tienes razón. Lo siento mucho. Te lo agra...

Le hago señas para que pare. —Ahórratelo. No hago nada desinteresadamente. Si quieres venir aquí y demostrarme lo agradecida que estás, adelante. De lo contrario, tu agradecimiento no me sirve.

—Imbécil —vuelve a murmurar.

Solo sonrío.

~

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, estamos casi de vuelta a la casa. Es entonces cuando Emery se mueve. Su mano se extiende hacia mí durante medio segundo. Luego, sus dedos se curvan y la retira.

—¿Podemos...? No estoy lista para volver a tu casa.

—Lástima.

—Por favor —dice ella—. Necesito más tiempo. Todo esto está pasando demasiado rápido.

—Te ofrecí el trato por primera vez hace tres horas. Son dos horas y cincuenta y nueve minutos más de lo que la mayoría de la gente tiene para aceptar mis condiciones.

—Hay... hay cosas que tenemos que resolver.

—No, no las hay —digo bruscamente—. Está todo arreglado. O vienes conmigo o te vas a casa. Si prefieres defenderte del senador Waters en tu apartamento de mierda, adelante. Pero puedes salir y caminar hasta allí.

Menea la cabeza. —Solo quiero decir, ¿no deberíamos esbozar algunas directrices? ¿Reglas o algo así?

—¿Reglas para qué?

Hace un gesto entre nosotros. —Sea lo que sea esto.

—Esto es matrimonio, Emery. Es hora de que lo termines de entender.

Emery mira nerviosamente a Isabella. Está encorvada, dormida en su silla. Tiene los ojos cerrados y el mando de la luz en la palma de la mano.

—Sabes lo que quiero decir —susurra—. Esto no es un matrimonio. Es un... arreglo. Un trato de negocios.

—Como quieras —me encojo de hombros—. Si esto es un trato de negocios, entonces yo pongo las reglas.

—¿Perdón? No voy a firmar para ser una esclava.

—Es una pena. Te verías deliciosa con una correa.

Aprieta la mandíbula e intenta contener el rubor, aunque no lo consigue. —Esto es un trato —repite con firmeza—. Las reglas las decidimos los dos.

—"Trato" implica que puedes ofrecerme algo. Eso es mentira. No tienes nada que negociar. Lo tengo todo. No tienes alternativas. Puedo hacer todas las cosas. Así que no, *kiska*, esto no es un "trato". Es simplemente cómo van a ir las cosas.

Se aparta un mechón de pelo de la cara. —Vaya. "Imbécil" se queda corto. Supongo que acerté en la pista de baile.

—Tu odio está mal dirigido. Yo no creé el juego; solo lo juego bien.

—Así que, como no vivo en una enorme mansión ni tengo un ejército de matones a mis órdenes, no tengo poder —escupe—. ¿Lo entendí bien?

Asiente. —Me alegro de que por fin lo entiendas. Así que estamos de acuerdo: yo pongo las reglas.

—Eso no es lo que yo… yo no estoy de acuerdo con una mierda. ¡Eso no es justo!

—La vida no es justa —digo rotundamente—. Si quieres mi ayuda, tienes que ser útil. En el momento en que dejes de ser útil, ya no serás mi problema. Puedes volver a ser *suya*.

No tengo que decir su nombre para dejar claro mi punto. Emery se estremece al recordar lo que sea que ese bastardo trató de hacerle ahí dentro.

Cruza los brazos, presiona aún más sus pechos y pone a prueba mi autocontrol un poco más. Luego resopla. —Bien. ¿Cuáles son tus reglas?

Expongo las condiciones de forma sencilla. En comparación con otros acuerdos que negocié, este es extremadamente simple. Y con mucho menos derramamiento de sangre.

—Te casas conmigo. Estaremos casados hasta que mi padre muera. A cambio, te protejo a ti y a tu hija de Malcolm Waters.

—¿Y mantendrás a Isabella en el ensayo del fármaco?

—Y eso —confirmo.

Me mira de reojo. —¿Eso es todo?

—Eso es —digo—. No soy un hombre irrazonable, Emery.

No parece convencida. Mueve la mandíbula y aprieta los dientes, pensándoselo. Cuando por fin extiende la mano hacia mí para estrechármela, la agarro por la muñeca y tiro de ella hacia mí.

Un mechón de pelo dorado cae hacia delante y me roza la mejilla. Su aroma a vainilla me inunda la nariz, y noto las puntas endurecidas de sus pezones presionándome el pecho.

—Solo tengo una condición más —digo con voz ronca.

Me mira la boca, con el labio inferior apretado entre los dientes. Puede que se trate de un trato de negocios, pero me mira con ojos de *Tómame* como nunca había visto.

En momentos como este, entiendo cómo los demonios fueron una vez ángeles. Ella tiene pedazos de ambos. No puedo esperar a desentrañar el resto.

De repente, se espabila y se echa hacia atrás. —No voy a consumar este matrimonio, si eso es lo que estás pensando, hijo de puta.

—¿Es eso lo que estabas pensando? —pregunto. Una lenta sonrisa se dibuja en mi cara.

—¿Qué? Yo… no, nada de eso. Yo solo... eso no pasará, ¿entendido? *No* pasará.

—Ahí es donde te equivocas —digo suavemente.

—No voy a aceptar...

Acorto rápidamente la distancia que nos separa, con la nariz pegada a su mejilla y los labios susurrándole en el arco de la oreja. —No necesito tener un contrato para follarte, Emery. Cuando esté dentro de ti, y no te equivoques, *estaré* dentro de ti, será porque tú me lo suplicaste. Porque, sin otra razón que el puro placer de hacerlo, me pedirás que te folle hasta que se te pongan los ojos en blanco, hasta que pruebes colores y veas sonidos. Y lo haré por ti. Todo lo que tienes que hacer es pedírmelo.

Cuando me alejo, Emery no se mueve. Respira agitadamente, con la boca abierta. Pero no se mueve.

Después de unos minutos, encuentra las palabras. —¿Qué quieres, entonces? ¿Cuál es tu “una condición más”?

Me enderezo el cuello. Es hora de superar este último obstáculo. —¿Sabes quién es el padre de Isabella, supongo?

—¿Qué… oh, um, bueno... por qué?

—Que quede claro: me importa un carajo quién sea el *mudak* —gruño—. Pero mientras estemos casados, no debes verlo. Mientras dure nuestro acuerdo, Isabella y tú son mías.

Emery se pone rígida protectoramente. —Déjala fuera de esto.

—Ni de coña —digo—. Ambas son parte de esto. Si lo veo, lo mataré.

—No hay nadie a quien matar —dice en voz baja.

—¿Estás segura? No me mientas y no sobreestimes tus propias habilidades. Porque la última vez que hablamos parecías creer que podías con Malcolm tú sola.

—Eso fue...

—No reconoces el peligro de los hombres en tu vida —continúo—. Y me gusta tener en cuenta todas las posibilidades cuando planifico.

—Pues táchalo de tu lista —responde. Sus ojos miran nerviosos a la dormida Isabella y respira hondo—. No está en su vida. Nunca lo estuvo. ¿Y si lo estuviera? Sinceramente, te dejaría matarlo.

Vuelve a ponerse nerviosa. Se remueve en el asiento y mira hacia abajo. No me importa ponerla nerviosa. De hecho, desentrañar a Emery podría ser mi nuevo pasatiempo favorito.

Pero no me gusta la idea de que otro hombre la asuste. —¿Estás segura?

Emery se sienta derecha. —No será un problema. Somos... somos solo Isabella y yo. Siempre ha sido así.

Me oculta algo. Pero está bien. Tengo mis propias formas de obtener información.

Y, cuando averigüe quién lastimó a Emery, me ocuparé de él como corresponde. Nadie toca lo que es mío.

EMERY

—¿Qué haces levantada en mitad de la noche, chica? —pregunta Jasmine cuando contesta al teléfono—. Pensé que yo era el búho nocturno en esta amistad.

—Normalmente sí, pero necesito un favor.

—Uh-oh. Oigámoslo.

Trabajé en la panadería de Jasmine durante unos meses antes de que fuera evidente que yo era un peligro para los productos de panadería de todo el mundo. Lo dejé, aunque a Jasmine le gusta insistir en que me despidió con causa, pero seguimos siendo amigas.

Está por ver hasta qué punto somos buenas amigas.

—Bueno, tengo que ir a ocuparme de algo, y necesito un lugar para que Isabella duerma esta noche.

—¿Está todo bien?

—Oh, sí, todo está... —miro a Adrik y pierdo completamente el hilo de mis pensamientos.

Es intoxicante. Abrumador. Es la razón por la que insistí en este desvío: si nos lleva a su casa, no se sabe a qué accederé. Porque me veré envuelta en él, en su mundo, en su aroma, en el foco de su atención.

Pero, ahora mismo, mientras aún estoy lúcida y libre, necesito resolver los detalles de lo que implicará mi "matrimonio" con Adrik.

Y no quiero que Isabella se acerque a esa discusión. Sus seis años en la Tierra ya han sido lo bastante difíciles como para añadir más capas de confusión y mierda.

—Mira, Jaz —le digo—, sé que es de última hora. Estoy atada de manos, y...

Al oír la palabra "atada", me vienen a la cabeza las palabras de Adrik. *Te verías deliciosa con una correa*.

Me estremezco. Un sofoco me recorre la piel, pero intento concentrarme. —Estoy en un aprieto, y solo necesito un sitio para que pase la noche. Básicamente ya está dormida.

Isabella lleva una hora dormitando en su silla de ruedas, pero no es bueno que se quede ahí toda

la noche. Siempre se despierta dolorida y rígida.

Necesito que se quede con Jasmine. Esta es mi única oportunidad. Adrik no permitirá otro desvío. Incluso ahora podría cambiar de opinión, chasquear los dedos, y llevarnos hacia su casa, y yo sería impotente para detenerlo. Está siendo extrañamente paciente, sospechosamente, pero puedo sentir que se está agotando.

—Um... hay escaleras hasta mi loft —dice Jasmine—. Y no hay ascensor. Este edificio es viejo, y Dios sabe que no está en regla.

—Puedo llevarla. Se dormirá enseguida, así que no necesitará la silla arriba de todos modos.

—Vale, bueno... claro —dice finalmente—. Puedo hacerlo. ¿Cuándo estarás aquí?

Hago una mueca. —En realidad, estoy aquí ahora mismo. Aparcada fuera.

A través de las ventanas de cristal, veo que la cortina se corre hacia un lado. La luz de la cocina sale al vestíbulo y Jasmine me silba al oído. —¿Estás en ese todoterreno con los cristales tintados? ¿Desde cuándo eres traficante?

Fuerzo una carcajada, pero el caso es que puede que no esté del todo equivocada.

Intento centrarme literalmente en cualquier otra cosa.

—Ha sido una noche interesante —digo, esquivando torpemente una explicación—. Estaremos dentro en un minuto.

Cuelgo. Adrik me fulmina con la mirada.

—No digas ni una palabra —digo—. Tú tienes tu condición y yo la mía. Es esta.

Espero que me desestime. He pasado unos veinte minutos con él y ya sé que siempre se hace con la mayor parte del poder.

Pero de nuevo, nada.

Extrañamente paciente. Extrañamente agradable.

No estoy del todo segura de que me guste.

—Voy a llevar a Isabella arriba, y luego... —me roza y abre la puerta.

—No, no lo harás.

—¿Perdón?

—Yo lo haré.

Salgo a trompicones tras él. —¡No! Espera. Tienes que llevarla de cierto modo para que...

Le desabrocha los arneses de los hombros y empieza a levantarla del asiento.

—Ella no puede reposicionarse, así que tienes que agarrarla por debajo de los brazos y luego...

Adrik se vuelve hacia mí, sosteniendo a una Isabella todavía dormida contra su pecho. —He

llevado un cuerpo inerte antes.

Mi cara se tuerce. —Eso no es tan reconfortante como crees.

Ver a otra persona acunando a mi bebé es... extraño. No hay otra forma de decirlo.

Durante toda la vida de Bella, hemos sido ella y yo contra el mundo. Nunca ha habido nadie más que nos ayude. Nadie para aliviar el peso, literal y emocional.

Solo yo.

Pero ahora Adrik la lleva por la acera como si lo hubiera hecho mil veces antes.

Como si no fuera nada especial.

Cuando llega a la puerta, se abre. Es plena noche, pero Jasmine lleva un vestido blanco y un delantal naranja brillante, que complementa a la perfección su piel morena.

Cuando Adrik entra en el edificio, los ojos de ella siguen sus movimientos. Está asombrada, igual que yo. No puedo culpar a la pobre chica.

—¿Dónde? —gruñe.

Jasmine parpadea. —Oh, um... por el pasillo a la derecha. Ahí es donde encontrarás la escalera —dice—. Mi loft está arriba.

—La mayoría de los lofts lo están —balbucea Adrik. Voltea y avanza por el pasillo.

Jasmine suelta una risita, un sonido raro y agudo que nunca le había oído antes.

Intento seguirlo, pero ella me agarra del brazo y me detiene. —¿Quién demonios *es*?

—Isabella.

—Obviamente —pone los ojos en blanco. Estoy siendo deliberadamente obtusa y ella lo sabe—. Estoy hablando del bombón que *lleva* a Isabella.

—Adrik —digo.

Su nombre sabe a veneno en mi lengua.

Antes de que pueda hacer las preguntas obvias de seguimiento, la rozo y persigo a Adrik y a mi hija.

—¡No creas que hemos terminado de hablar de esto! —sisea detrás de mí.

El loft de Jasmine, encima de la panadería, es un amasijo de muebles de tiendas de segunda mano y cachivaches kitsch. La silla de ruedas de Isabella no cabría aunque hubiera ascensor.

Cuando doblo la esquina, Adrik está bajando suavemente a Isabella al futón. Me apresuro a acercarme justo cuando abre los ojos.

—¿Mamá? —murmura Isabella mientras deslizo una almohada entre sus piernas.

—Shh, cariño, está bien —le susurro—. Te quedarás con Jasmine esta noche. Vuelve a dormir.

Se duerme antes de que pueda terminar de hablar.

Oh, que hermoso ser tan despreocupada como una niña de seis años. Apagarse como una luz.

¿Yo, en cambio?

No sé si volveré a dormir.

—Quiero que sepas que no asumo ninguna responsabilidad por esto —retumba una voz profunda —. Si le pasa algo, será culpa tuya.

Adrik está apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. La habitación está inundada de franjas de sombras azules, y él está tan inmerso en ellas que no sé dónde acaban y dónde empieza él. El pelo negro le cae sobre la frente, pero sus ojos plateados brillan en la penumbra mientras me observa.

Puedo sentir su fría mirada como el hielo derritiéndose por mi espalda. Cualquier rastro de jocosidad del coche hace tiempo que desapareció. El aire está cargado de tensión.

Me pongo rígida. —Estará bien.

—Ella estaría bien en mi casa. Más que bien.

—No puedes estar herido porque no confío en ti cuando...

—¿Crees que estoy *herido*? —ríe burlonamente—. Mujer estúpida. No estoy herido, tengo *razón*. Siempre tengo razón. Así supe que Waters estaría en tu apartamento. Por eso sé que mi casa es el lugar más seguro para las dos. Pero hacemos esta farsa para que te sientas cómoda. No son mis sentimientos los que alimentan esta idiotez, son los tuyos.

No sé qué decir.

No se equivoca. Demostró con creces que puede cuidar de mí. Que puede cuidar de nosotras.

Pero no puedo confiar en que otro cuide de mí. Tengo que ser capaz de cuidar de mí misma. Tengo que ser fuerte por mí misma para poder ser fuerte por Isabella.

Así tiene que ser. Como siempre ha sido. He aprendido esa lección por las malas.

—Estará bien —vuelvo a decir. Salgo al pasillo y cierro la puerta—. Vámonos.

Pone los ojos en blanco. —Por supuesto, después de ti.

Cuando volvemos abajo, Jasmine está sentada en una de las mesas del comedor.

Tiene delante un pequeño plato de galletas y minipasteles.

—Hace demasiado tiempo que no te veo —dice, señalando el asiento de enfrente—. Siéntate. Come algo.

Es un intento mal disimulado de sacarme más información. Pero tengo tanta hambre que ni siquiera me importa. Cojo una tartaleta de chocolate blanco y frambuesa y me la meto en la boca.

—No puedes evitar alimentar a la gente, ¿verdad?

—Por eso me metí en este negocio —me sonríe y luego dirige su atención a Adrik, que ha bajado las escaleras detrás de mí—. ¿Sabías que Emery solía trabajar aquí?

—Ah, ¿sí? —Coge una galleta rellena de natillas y le da la vuelta en la mano.

La forma en que la voltea y la deja deslizarse por las yemas de sus dedos es ridículamente pecaminosa. Antes de este momento, habría dicho que no hay nada sexy en una galleta.

Habría estado muy, muy equivocada.

Incluso Jasmine parece notarlo. Arquea una ceja y suelta un suspiro tembloroso. —¿Cuánto hace que se conocen?

—Parece una eternidad —murmura.

—Aww —dice Jasmine con seriedad. La broma se le escapa de las manos. No se equivoca y no estoy en desacuerdo. Esta noche parece interminable.

—No hace mucho, en realidad —corrijo a toda prisa—. Acabamos de empezar... a trabajar juntos.

—Oh. Entiendo —Jasmine mira de mí a Adrik y luego se inclina hacia él—. ¿Cuál dijiste que era tu apellido?

—No lo dije.

Jasmine espera que responda a la pregunta implícita. En lugar de eso, le da un mordisco a la galleta y se lame las migas de los labios. Odio que mi corazón se acelere al ver su lengua.

—Tasarov —respondo por él—. Pero realmente deberíamos...

—¿Haces tartas de boda? —pregunta Adrik de repente.

El pánico se apodera de mi pecho. Es imposible respirar. Quiero taclear a Adrik por el costado, detener cualquier línea de pensamiento en la que esté.

Pero entonces me vienen a la cabeza más amenazas de Adrik.

Las chicas buenas mantienen las manos bajo control.

La próxima vez que me agarres, te devolveré el agarre.

No parece el tipo de hombre que hace promesas vacías. Y, si me toca de nuevo, no se sabe lo que pasará. No se sabe lo que podría hacer. No se sabe lo que *yo* podría hacer.

—¿Perdón? —pregunta Jasmine, tan sorprendida como yo.

—Pasteles de boda —repite Adrik—. ¿Sabes cuáles? Típicos de las bodas. Se sirven después de la cena. Ese tipo de cosas.

Está siendo un imbécil. No hay ningún atisbo de broma en su voz, pero Jasmine se ríe de todos modos. —Oh, um...

—No —le digo, cortándola—. Ella no hace pasteles.

Vuelve esos ojos oscuros hacia mí. —¿Eres la panadera ahora, Emery?

—Yo trabajaba aquí. No hacíamos pasteles en ese entonces. No te gustaba tratar con novias, ¿recuerdas, Jaz? Las galletas son tu especialidad.

—Bueno, sería diferente si conociera a la novia. ¿La conozco? —no se me escapa el significado de sus palabras.

—No —digo secamente. Adrik la tiene husmeando aún más de lo que ya estaba. Lo último que necesito es que alguien se entere de este extraño acuerdo.

Solo durará mientras viva el padre de Adrik. Antes dijo "semanas", pero ahora se me ocurre que debería obtener algún tipo de confirmación de un médico.

Si firmo un contrato y luego su padre vive y me quedo casada con este megalómano durante años...

Me estremezco. Eso sería el infierno en la tierra.

—Definitivamente puedo hacer pasteles de boda —le dice Jasmine a Adrik, sonriéndole—. Soy más que capaz.

Se mete el resto de la galleta en la boca y devuelve la sonrisa, aunque no hay ni rastro de calidez en ella. —Maravilloso. Estaré en contacto.

Me levanto de la mesa. —Tenemos que irnos. Isabella debería dormir bien. Jaz, si se despierta, ayúdala a darse la vuelta, pero es tan tarde que dudo que se despierte. Dejaré su silla de ruedas aquí abajo...

—Nunca dejas a Isabella en cualquier lugar durante la noche —dice Jasmine—. Lo que sea que estés haciendo debe ser importante.

—O realmente confío en ti. Que es lo que hago. Traeré su silla de ruedas y la dejaré en el rincón de atrás por si acaso.

Me apresuro a salir, desabrocho la silla de ruedas lo más rápido que puedo y doy botes sobre las puntas de los pies mientras espero a que baje la rampa. Cuando lo hace, la subo a la acera y me apresuro a entrar.

Adrik está en el mostrador. Jasmine está detrás de la caja, radiante como si le hubiera tocado la lotería.

—...No puedo creer esto —dice—. Ni siquiera sé qué pulsar en el registro para algo como esto. Yo... ¿estás seguro?

—¿Parezco el tipo de hombre que no está seguro, Jasmine?

No tengo palabras. Mierda, mierda, *mierda*. ¿Qué ha hecho?

Me acerco por detrás. —¿Qué está pasando?

—Acaba de comprar todo mi inventario.

Se me cae la mandíbula. —¿Qué?

—¿Verdad? —Jasmine casi cacarea—. Me dijo que lo entregara en el refugio de mujeres de la manzana. ¿No es increíble?

Si cabe, mi mandíbula se desencaja y cae aún más. Me vuelvo hacia Adrik. —¿Perdón?

Se encoge de hombros y saca una tarjeta de débito negra. Luego la desliza en una cartera de cuero y me mira. —¿Por fin estamos listos? —me tiende la mano.

Parece una invitación. Un gesto dulce.

Pero sé lo que es en realidad. Una trampa.

La próxima vez que me agarres, te devolveré el agarre.

Me meto las manos en los bolsillos y dejo las suyas colgando en el aire. —Lista —grazno.

Jasmine le da las gracias profusamente a Adrik cuando nos vamos. Le recuerdo dos veces que me llame si algo va mal.

Luego, volvemos a la oscuridad de la madrugada.

Cuando salimos, el conductor no está sentado en el coche. Estoy a punto de preguntarle dónde está cuando lo veo rodear el edificio. Entra al círculo de la farola y veo que lleva una pistola en la mano. La lleva en el costado, pero su postura es rígida. Está alerta.

—¿Qué está pasando? —susurro—. ¿Por qué tiene un arma?

—Está barriendo la zona —explica Adrik, sin molestarse en mirarme—. Asegurándose de que todo es seguro.

—¿Por qué no sería seguro?

Adrik sacude la cabeza. —Nada por lo que debas preocuparte. Mientras me escuches, claro.

Quiero más explicaciones, pero sé que no las tendré. Así que paso al siguiente tema.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Hacer qué?

Resoplo. —Sabes muy bien qué. Comprar el inventario de Jasmine. Donarlo al refugio de mujeres.

—Porque te mentí antes —dice.

Se detiene y se vuelve hacia mí. Sus ojos grises y azules se abren de par en par, mirándome directamente al alma.

Me inclino hacia él sin poder evitarlo. Mirarlo es como meterse en un baño caliente.

En cuanto sientes el calor en la piel, quieres sumergirte en él. Quieres deleitarte. Quieres más.

—¿Mentiste? —mi voz suena lejana, soñadora.

Asiente. —Soy un hombre desinteresado. Cuido de las viudas y los huérfanos. Alimento a los

hambrientos, alojo a los sin techo. Me paso el día devolviendo al mundo todo lo que tengo.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que está jugando conmigo. Pero, para cuando consigo fruncir el ceño, Adrik ya me está sonriendo.

—Imbécil —murmuro.

—Tienes que ampliar tu vocabulario —comenta—. Y, si te sirve de algo, prefiero "estratégico". Si tu amiga está en la cocina vendiendo productos de pastelería a mujeres de mediana edad con un subidón de azúcar, no puede vigilar a tu hija.

Lo pienso un momento. —Aún así fue amable de tu parte. Cuidar de Isabella como...

De repente, me rodea. Se mete en mi espacio, con su aliento cálido y fragante. Intento retroceder, pero su mano en mi espalda me detiene, me atrapa.

—No fue "amable" por mi parte; me *sirvió*. Todo lo que hago me sirve de algo —sisea—. Deja de buscar generosidad en mí, Emery. No la encontrarás.

Cuando me suelta, estoy tan desequilibrada que casi me caigo de espaldas.

Pero Adrik ya está subiendo al coche.

EMERY

No hay nadie más en las carreteras. Los edificios por los que pasamos están a oscuras. La mitad de las farolas parpadean en rojo, pero el conductor ni siquiera pisa el freno.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

Adrik se echa hacia atrás, con las piernas abiertas. Pensé que el coche estaría menos estrecho sin la silla de ruedas de Isabella ocupando un montón de espacio.

Pero me equivoqué. Sigue siendo tan grande, tan cercano, tan abrumador. Todo el interior huele a él. Cuero oscuro, menta helada y almizcle. Me estremezco.

—Conduciremos hasta llegar a un acuerdo.

Arrugo la nariz. —No tiene sentido.

—Tú eres quien hizo este plan —me recuerda.

—Bueno, sí, pero...

—Supuse que sabías dónde querías discutir esos “detalles” —lo dice como si fuera absurdo. Como si no fuera una boda falsa la que planeamos—. Tienes un plan, ¿verdad, princesa?

Aprieto los dientes. —Ha sido un poco difícil formular un plan esta noche. Por si no te has dado cuenta, las cosas han estado un poco locas.

Se encoge de hombros. —Esta es una noche normal para mí.

—Estás bromeando.

—No. Es casi como si debieras dejarme los detalles a mí —gruñe sarcásticamente—. Ya que yo soy el que tiene experiencia en este mundo.

—¿Qué significa eso de “este mundo”? ¿Qué mundo?

Me ignora y se inclina hacia delante para hablar con el conductor. —Sigue conduciendo. No haremos más paradas no programadas.

Cuando se echa hacia atrás, se gira hacia mí. Tener toda la atención de Adrik hace cortocircuitos en mi cerebro. Es como tener demasiado oxígeno. Me siento mareada, nerviosa, delirante.

—Ahora escucha con atención, porque esta es la historia que contarás si alguien te pregunta alguna vez. Nos conocimos en una función. Hace unas semanas, digamos. Tú estabas con el senador Waters, pero tú y yo... congeniamos —sonríe de un modo que hace que mi interior se sienta blando—. Ahora, estamos comprometidos.

—Eso es un poco rápido, ¿no?

—Yo diría que te halaga.

—Oh, ¿así que es un *cumplido*? ¿Se supone que soy la mujer que domó a la bestia melancólica?

Adrik se ríe. —No, *kiska* —gruñe—. Si crees que me has domesticado, entonces estás muy jodidamente equivocada.

Hago rodar mis ojos. —Vaya manera de ser la persona que convierte al famoso mujeriego Adrik Tasarov en alguien recto y honesto. Estoy segura de que todas tus novias estarán devastadas.

—Las mujeres con las que me acuesto ni saben ni les importa que existas —dice con frialdad.

Arqueo una ceja. —¿Me estás diciendo que me estoy metiendo en una relación abierta?

—¿Qué importa? Nada de esto es real.

—Pero quieres que la gente piense que es real, ¿no? —pregunto—. Sé que quiero. Y si en cuanto se corra la voz de que sigues follándote a cualquier mujer con la que bailas en alguna fiesta, pareceré patética. Además, Malcolm se dará cuenta. Es escoria, pero no es idiota.

—Puede ser ambas cosas —dice Adrik. Luego, se inclina hacia delante—. Dime, Emery: ¿estás preocupada por eso?

—¿Por qué? —pregunto, aunque se me calienta la piel por la forma en que me mira.

—¿Qué folle con otras mujeres? ¿Qué baile con ellas como contigo? ¿Esperabas ser especial?

Sus palabras atraviesan los pequeños y podridos restos de la romántica que una vez fui.

Vi una oportunidad en Adrik Tasarov. Para escapar de Malcolm. Para ayudar a Isabella.

Pero no estoy ciega. También vi todo el paquete.

Y no estoy muerta por dentro. La parte lujuriosa de mí quiere desgarrarlo con los dientes.

Pero sus palabras no dejan lugar a nada de eso. Me atraviesan el corazón, entre las piernas, y me recuerdan lo que significo para él.

Absolutamente nada.

Levanto la barbilla. —¿Puedo recordarte que insistí en que esto fuera un acuerdo de negocios? El único aquí con esperanzas de que esto se convierta en algo más eres tú. Por eso tengo que dejar claro que tú y yo nunca tendremos sexo.

—Le diré a mi abogado que tome nota —exclama.

Hay que ser idiota para no darse cuenta de que no tiene intención de hacer eso. Puedo oír las sucias palabras que me susurró antes al oído. *Cuando esté dentro de ti, y no te equivoques, estaré*

dentro de ti, será porque tú me lo suplicaste.

Nunca he suplicado por un hombre en mi vida.

Por otra parte...

Nunca he conocido a un hombre como él.

—Ah, y una cosa más —añade—. No debes salir de casa sin que yo o uno de mis hombres esté contigo. Eso va para Isabella también. Necesito saber dónde están las dos en todo momento.

Lo miro boquiabierta, esperando que sonría y me diga que bromea. No lo hace.

—Lo dices en serio.

Suspira. —Quitémonos esto de encima ahora: Yo no hago bromas.

—¿Tú... de verdad quieres que me vigilen todo el tiempo?

Asiente. —Correcto.

Ahora me toca a mí reír. El sonido se parece más a una carcajada. —¿Qué es esto, la Inglaterra victoriana? ¿Nuestras citas también estarán acompañadas? ¿Necesito un permiso firmado para ir a comprar tampones a la farmacia?

—¿Nos estás imaginando teniendo citas, Emery?

Lo desestimo con un gesto de la mano. —No cambies de tema. No puedes encerrarme como a un periquito en una jaula dorada. Me importa una mierda lo rico, elegante y poderoso que te creas.

—¿Prefieres no tener un peso y vivir en un agujero de mierda?

—Al menos sería libre —le espeté.

—Libre de ser violada por Malcolm Waters porque tu casero de mierda le vendió una llave. Ah, sí, el puto sueño americano. La quintaesencia de la libertad.

Sus palabras son como un golpe físico. Me estremezco. Solo entonces me doy cuenta de lo cerca que estamos.

Sin darme cuenta, ambos nos inclinamos hacia el otro, acercándonos con cada vaivén. Ahora, la cara de Adrik está a escasos centímetros de la mía. Su aliento huele a la galleta de limón que comió en la panadería de Jasmine y, a pesar de todo, siento la tentación de inclinarme hacia delante y lamerle la boca.

Probarla por mí misma.

Para ver si el veneno que es Adrik Tasarov es tan dulce como parece.

En lugar de eso, me obligo a apartarme. —No entiendo por qué haces esto tan difícil.

—Solo uno de nosotros está dificultando las cosas. No soy yo.

—¡Entonces explícame! —ruego—. ¡Algo, lo que sea, solo una maldita cosa!

—Hay cosas que no puedes saber. Que no deberías saber —gruñe—. Por tu propio bien y por el mío.

—Perdóname si no confío en ti.

—La curiosidad mató al gato, Emery. Y tener a la policía merodeando alrededor mío y de mi negocio porque hiciste que te mataran no está en lo alto de mi lista de cosas por hacer.

Inhalo bruscamente. —¿Es eso... una amenaza?

—Cuando te amenace, lo sabrás —arremete—. Lo creas o no, en realidad estoy haciendo esto por tu bien. Igual que hice cuando te salvé en la gala, y otra vez en tu apartamento. Deberías estar de rodillas, agradeciéndome.

Odio cómo me habla. Pero más que eso... Odio que tenga razón.

Odio estar en deuda con él. Dos veces ahora.

—Escucha, yo...

Levanta una mano para detenerme. —Ya te he dicho lo inútiles que me parecen las disculpas. Vuelve a mí cuando te sientas agradecida.

Aprieto los dientes. —Escucha, confiar en la gente no me resulta fácil. Nadie en mi vida ha velado por mis intereses. Y aunque me has ayudado esta noche sigo sin conocerte. No sé quién eres, y desde luego no entiendo “tu mundo”, como tú dices.

Me mira fijamente hasta que creo que sus ojos azul grisáceo van a atravesarme. Hasta que empiezo a dudar de mí misma.

¿Estoy siendo estúpida? Si Adrik se echa atrás en este trato, ¿qué voy a hacer?

Malcolm tiene la llave de mi apartamento. La llave de mi vida. La llave de la salud de mi hija.

Si le doy la espalda a Malcolm, entonces mi mano está forzada. No puedo rechazar a Adrik y ciertamente no puedo alejarlo.

Sin Adrik, no tengo nada.

Pero sin mi libertad, tampoco tengo nada.

Estoy atrapada entre dos monstruos sin ningún lugar a donde ir.

—Aceptaré todo lo demás —digo levantando la barbilla—. Pero no me van a vigilar como si estuviera en el corredor de la muerte.

Su lengua se desliza sobre sus dientes blancos como un depredador hambriento. Lo miro a los ojos y trato de ignorar el calor que sube dentro de mí. El modo en que mi cuerpo se siente atraído hacia él, incluso cuando le pido más distancia.

Finalmente, se echa hacia atrás y se encoge de hombros. —Como quieras.

—Yo… —estoy tan dispuesta a seguir argumentando mi punto de vista que tardo un segundo en cambiar de rumbo—. Espera, ¿qué?

—Como quieras —repite—. Si quieres que te maten, es asunto tuyo.

—He sobrevivido bien sola todo este tiempo —respondo.

—"Bien" es discutible. Pero lo dejaré de lado por ahora. ¿Alguna otra demanda?

—Yo... —Sacudo la cabeza—. Pues no. Ninguna. Ni siquiera pensé que estarías de acuerdo en...

—Esto es un trato. No una sentencia de prisión. A pesar de tu dramatismo, no te tengo cautiva —dice—. Prometí cuidar de tu hija y lo haré. Prometí ocuparme de tu prometido y lo haré. Y prometo dejarte correr por ahí haciendo lo que te plazca y lanzándote a situaciones temerarias porque eres demasiado testaruda para evitarlas. Algo que, estoy seguro, harás.

Pongo los ojos en blanco y contengo una sonrisa. Adrik me ha dicho que no es generoso. Que no es desinteresado. Me ha dicho que no busque lo bueno en él.

Pero no puedo evitar encontrarlo.

Malcolm me habría amenazado para darle la razón. En realidad, ni siquiera me habría dado la oportunidad de discrepar. Todo tenía que suceder en sus términos, todo el tiempo.

¿Esto? ¿Negociar? Es... nuevo para mí.

—¿De verdad estás de acuerdo? ¿Así de fácil?

Extiende su mano. —¿Tenemos un trato, Emery Montague?

Estudio sus dedos como si hubiera una aguja envenenada o algo así. ¿Es algún tipo de truco?

Pero ¿por qué Adrik necesitaría engañarme? Todo lo que necesita es una esposa hasta que su padre muera. Con una cara simétricamente perfecta y más dinero que Dios, hay un montón de mujeres dispuestas para elegir. La mayoría de ellas ya le habrían rogado que las bendijera con su polla.

Si a Adrik no le gustaran mis condiciones, se iría. Tengo que asumir que está siendo honesto.

Cuando deslizo mi mano entre las suyas, su calor me envuelve, ahuyenta el frío que lleva calándome los huesos toda la noche. Intento no imaginarme cómo se sentirían esos hábiles dedos recorriendo otras partes de mi cuerpo.

—Tenemos un trato —susurro.

Espero por Dios que no nos haya condenado a todos.

~

CUANDO RETROCEDEMOS por la acera frente a la panadería de Jasmine, la luz de la cocina está apagada. Pero aún tengo la llave de repuesto en mi llavero.

—No quiero despertar a Isabella otra vez, así que...

—Duerme aquí esta noche si quieres —termina Adrik—. O en la acera. En una zanja. Eres libre de irte y hacer lo que quieras, ¿recuerdas? Como acordamos.

Después de darnos la mano, Adrik se quedó callado. Se recostó en su asiento y tecleó en su teléfono como si yo no existiera.

Sacudo la cabeza e ignoro su frialdad. —Te mandaré un mensaje cuando esté despierta. Y entonces podremos... ¿decidir qué hacer a partir de ahí?

Lo miro. Sigue con el ceño fruncido, mirando el móvil.

Me tomo un momento para estudiarlo. Incluso su perfil es impresionante. Su nariz tiene una inclinación perfecta sobre unos labios carnosos y una barbilla fuerte. Me dan ganas de agarrarle la cabeza y girarlo hacia la luz, examinarlo como un diamante, buscando imperfecciones que ya sé que no estarán ahí.

Quizá, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, las cosas serían distintas.

Quizá podríamos haber bailado juntos, hablado, reído. Quizá me habría pedido mi número, y podríamos haber...

Corto el pensamiento antes de que pueda florecer.

Esto es solo un negocio y Adrik es solo un socio. Su aspecto es irrelevante.

Cuanto antes me lo meta en la cabeza, mejor. —Te encontraré más tarde —decido.

Salgo. Aprieta el botón para cerrar la puerta antes de que apenas esté en la acera. El todoterreno se aleja de la acera un instante después.

Recién ahora, mientras el silencio de la noche desciende a mi alrededor como una manta de peso, soy capaz de apreciar lo locamente agotada que estoy. No me siento tan agotada desde que Isabella era bebé.

Sus primeros meses de vida aún me resultan borrosos. Salía del subidón emocional de estar embarazada, recuperándome del trauma del parto y lidiando con una recién nacida con cólicos yo sola sin ningún apoyo.

Mi padre, a pesar de todos los comunicados de prensa que hizo sobre la financiación de la nueva ala de maternidad del hospital en mi honor, no me visitó ni una sola vez. Ni en el hospital ni una vez que estuve en casa.

Exhalo, demasiado cansada para rebuscar en mi mierda emocional ahora mismo.

Mejor metérsela hasta el fondo y guardarla para otro día.

Le envío un mensaje a Jasmine para avisarle que estoy subiendo y no asustarla, y subo las escaleras arrastrando mi cansado trasero.

Futón, sofá, alfombra de felpa... me da igual. En este momento, podría dormir casi en cualquier lugar. Pero no hasta que vea a Isabella.

La puerta de la habitación de invitados está entreabierta. La empujo unos centímetros más para poder asomarme.

Al principio, creo que tengo que dejar que mis ojos se adapten a la oscuridad de la habitación. Parpadeo y entrecierro los ojos para intentar entender lo que veo.

O, más exactamente, lo que no veo. Hay almohadas y una manta en el futón plegado. Pero mi hija no está por ninguna parte.

Seguramente, ella solo... Abro la puerta de golpe y enciendo el interruptor de la luz. Ya no se puede negar: la cama está vacía.

Se ha ido.

El corazón me oprime dolorosamente en el pecho. Es como si me aplastaran los pulmones. Como si la cuerda que me ataba a la tierra se hubiera cortado y flotara en la atmósfera cada vez más tenue, buscando algo, *lo que sea*, a lo que agarrarme.

La adrenalina me recorre. Me quema la necesidad de moverme, de actuar, de cazar al enfermo hijo de puta que se llevó a mi hija.

Giro sobre mis talones y golpeo directamente a Jasmine.

—¡Mierda! —salta hacia atrás y sacude la cabeza—. ¿Qué estás haciendo aquí, Em?

—¿Qué estoy...? ¡Isabella! —tartamudeo—. Estoy aquí por... ¿dónde está? ¿Dónde está Isabella?

Una parte de mí espera una explicación sencilla. *Está en el baño*. Algo bonito e inocente.

Pero eso no es posible para mi niña. Su silla no está aquí arriba. Si no está en la cama, entonces...

—Se fue —dice Jasmine, desconcertada. Es la puntuación de mi peor pesadilla—. Se ha ido.

—¿Qué coño quieres decir con que *se ha ido*?

Jasmine me mira con el ceño fruncido. —Cuando Adrik y tú se fueron, llegó un coche. Dijeron que habían sido enviados para recogerla y llevarla a tu encuentro.

—¡¿Alguien se la llevó y no lo detuviste?! —grito—. ¿O llamaste a la policía?

Malcolm. Oh, Dios. No sé cómo, pero Malcolm debe habernos encontrado. Nos encontró, y vino a llevarse a Isabella.

No tiene sentido y no hay un motivo real, pero no se me ocurre otra posibilidad. ¿Quién más querría llevársela?

—¿Por qué iba a detenerlo? —pregunta ella, todavía desconcertada—. ¿Se pelearon? ¿Pasó algo después de que te fueras?

—Espera, ¿de quién estás hablando?

—¿De quién crees? —Jasmine chasquea—. ¡Adrik! El hombre con el que bailaste el vals aquí esta noche.

El tiempo se ralentiza. Los segundos se pliegan sobre sí mismos, alargándose y doblándose hasta que estoy segura de que se detuvo por completo.

—Adrik me dijo que enviaría un coche para Isabella —dijo—. Él... él me dijo que se encargaría de todo.

—¿Cuándo dijo eso? —pregunto—. ¿Cuándo, Jaz?

—Lo dijo cuando estábamos abajo. Cuando estábamos... —su voz se apaga mientras lo piensa un segundo—. En realidad, tú estabas fuera, cogiendo la silla de ruedas de Bella.

—Justo antes de que comprara todo tu inventario —añado. Jasmine asiente lentamente.

Me sirvió. Todo lo que hago me sirve.

No mentía. Su "buena acción" no había sido más que una distracción. Quería asegurarse de que Jasmine estuviera tan concentrada en adularlo como para no mencionar sus planes de enviar un coche para Isabella.

También explica por qué accedió a todo tan fácilmente. Por qué me dejó salir del todoterreno.

Porque sabía que volvería arrastrándome.

Y, esta vez, todo sería bajo sus condiciones.

ADRIK

Llaman a la puerta de mi despacho antes de que Gavril asome la cabeza por el marco. —Estará aquí en tres minutos. Y...

—¿Y qué?

—...Está furiosa —el hombre parece a punto de cagarse de miedo. Le he visto más valentía con una pistola en la cara.

Sonrío. La mamá oso debe de estar muy enfadada.

—Puedo manejarla.

Gavril se encoge de hombros y cierra la puerta.

Unos minutos después, escucho gritos en el pasillo. A medida que se acerca, me resulta más difícil ocultar mi sonrisa.

Me encanta cuando un buen plan sale bien.

Vuelven a llamar a la puerta. Sospecho que Gavril. Emery no parece de humor para llamar. Antes de que pueda decir nada, la puerta se abre de golpe y Emery entra corriendo.

—¿Qué coño te pasa, maldito enfermo conspirador, manipulador y secuestrador?

Emery está furiosa. Está roja de pies a cabeza, lo que hace que sus ojos verdes resalten todavía más. Lleva la misma ropa que anoche, pero tiene ojeras y arrugas de preocupación en la boca.

—¿Una noche larga? —pregunto inocentemente.

Frunce el labio superior. —¿Dónde está mi hija?

—Lo tomaré como un sí. Me temo que el agotamiento no te sienta bien. Te ves un poco maltrecha.

—¿Dónde está? —sisea—. ¿Qué hiciste con ella?

—Que mecha tan corta —me levanto y camino alrededor del escritorio. Luego me apoyo despreocupadamente en el borde, con los tobillos cruzados—. Está bien.

—¡Te la *llevaste*! —da un paso adelante y me clava un dedo en el pecho—. Te llevaste a mi hija,

bárbaro, psicópata...

Ya es suficiente

Cojo su muñeca y la hago girar, llevándola de nuevo contra mi pecho. La aprisiono con fuerza, aprieto los labios contra su oreja y gruño—: Te dije lo que pasaría si volvías a tocarme. Y siempre cumplo mis promesas.

Inhala profundamente. Sus pechos presionan contra mi antebrazo. Cuando se retuerce, su culo rechina contra mi polla.

Tarareo un lento y profundo sonido de satisfacción en su oído. Es suficiente para que Emery se dé cuenta de lo que está haciendo. Se queda totalmente quieta.

—Así está mejor —murmuro.

Cuando la suelto, se aleja de mí como disparada de un cañón. —¿Dónde está...?

—Isabella está a salvo —le digo—. Como te dije, cumplo mis promesas. Te dije que cuidaría de Isabella. Y así lo hice.

Sus ojos se abren de par en par. Cree que yo soy el monstruo, pero así parece trastornada. Apenas humana. —¡Eso no es lo que quise decir!

—Entonces, te sugiero que la próxima vez seas más específica.

En un instante, se lanza al otro lado del despacho y echa un brazo hacia atrás. Me golpeará.

Corrección: lo intentará.

Dejo que se acerque lo suficiente para que crea que me ganó antes de hacer mi movimiento. Pero, cuando su mano silba en el aire, me salgo de su alcance, vuelvo a agarrarla por la muñeca y le doy la vuelta para que quede atrapada entre el escritorio y yo.

—He sido amable hasta ahora, Emery —gruño en su cara—. No me pongas a prueba.

—¿Esto es ser amable? ¿Estás siendo amable? —lanza una carcajada sin gracia—. Secuestraste a mi hija y me dejaste gritando a las puertas de tu casa toda la noche. ¿Cómo puede ser eso agradable?

—Dijiste que no querías ser vigilada —le explico—. Pero veo todo lo que ocurre en los terrenos de mi finca. Así que, en realidad, cumplí mi promesa. Tal y como me pediste.

—De verdad crees que estás haciendo lo correcto, ¿no? —suelta.

—Yo pongo las reglas. Siempre tengo razón.

—Estás ahí de pie, actuando como si yo fuera la loca. Pero secuestraste a mi hija. ¿Te das cuenta de lo loco que es eso?

—Tu hija está al final del pasillo, en un kart accesible para minusválidos, pasándoselo como nunca, después de pasar la noche en una cama matrimonial, y tú te quejas por ello —le digo bruscamente—. Si uno de nosotros está loco, no creo que sea yo.

Emery parpadea. —¿Un kart?

Asiente. —Te sorprendería lo que puedo hacer en solo unas horas.

—Por eso estabas mandando mensajes. En el coche.

—Tenía planes que hacer.

—Quieres decir niñas que secuestrar —escupe—. Mujeres que manipular. Llévame con ella. Ahora mismo.

La sonrisa desaparece de mi cara. —No acepto órdenes de nadie. Y menos de ti.

—Isabella debe tener cuidado con la actividad física —dice—. Nunca debería haberse subido a un kart sin que yo estuviera allí para aprobarlo. Necesito verla.

Me estoy cansando de repetirlo. De verdad, me estoy cansando de toda esta situación. La niña está bien.

Pero Emery se está convirtiendo en un problema.

Debería haber abandonado esta fachada y haber tomado el control anoche cuando ella rechazó mi protección. Pero estaba tratando de ser amable.

No volveré a cometer ese error.

—Te advertí que no me pusieras a prueba —gruño—. Lo creas o no, antes estaba siendo suave contigo. Te dejé gritar y montar un berrinche, pero a mí nadie me pone una mano encima. Y nadie me falta al respeto.

—¿Y quién coño eres tú para ser tan importante?

—Soy tu prometido —digo con voz ronca—. Soy el hombre con el poder para protegerte. Para conseguirle a tu hija la asistencia médica que necesita. Soy el maldito Adrik Tasarov, y me mostrarás algo de respeto.

—Te odio —escupe.

Sonrío. —Si intentas herir mis sentimientos, no te molestes: no los tengo. Dijiste que no entendías mi mundo, así que déjame darte una pista: aquí, yo soy Dios.

—Eres un demente. Eso es lo que eres.

—Y tú estás inmovilizada contra un escritorio, indefensa, con tu hija bajo mi control —pellizco su oreja con los dientes. Se aparta de mí, pero no tiene a dónde ir. No tiene nada que hacer—. Quizá deberías portarte bien. Demostrarme que puedes ser una buena chica.

Se revuelve para liberarse, pero no es rival para mí.

Suspiro. —Le dije a mi padre que las mujeres daban más problemas de los que valían. Me estás dando la razón mil veces.

—¿Qué esperabas? —suelta.

—Esperaba que hicieras lo más inteligente. Esperaba que dejaras alegremente el apartamento de

mierda en el que te encontré para disfrutar de unas semanas en una mansión. Vacaciones pagas. Pero ni siquiera pudiste hacer eso.

—No soy tu esclava —sisea.

Ahí está de nuevo, la imagen de Emery encadenada. De ella extendida ante mí, indefensa, deseosa y desnuda.

Mi polla se endurece. Como si lo percibiera, se vuelve a agitar y sus caderas se elevan para encontrarse con las mías. Sin querer, gira su cuerpo contra mí. Y sé que siente cada trozo de mi polla dura a través de su ropa.

Sus ojos se abren de par en par. Los míos se estrechan.

—Ruega.

La palabra es un suspiro. Apenas un susurro entre nosotros.

Sus labios rosados se separan. —¡Qué… no! No, no lo haré.

—No para *eso* —le digo, apretándome contra ella hasta que puedo sentir los latidos de su corazón contra mi caja torácica—. Aunque, si te calmas, podemos discutirlo más tarde. Quiero que me ruegues que te deje verla. Suplícame que te deje ver a Isabella.

El horror la invade. Se afloja, se hunde contra mí mientras echa la cabeza hacia atrás. Intenta ver mejor. Ver si hablo en serio.

—¿Qué clase de enfermo...

—El tipo de puto enfermo que tiene todas las cartas —termino mientras me alejo lentamente—. Ahora, ponte de rodillas y ruega.

El color sube a sus mejillas. Sus ojos brillan con lágrimas. No sé si es por la frustración o por el miedo, pero cualquiera de las dos cosas sirve a mi propósito.

Lo que sea que la ayude a darse cuenta de que no tiene poder en mi mundo.

Las lágrimas revelan los tonos verdes de sus ojos. Esmeralda y salvia con toques dorados.

—¿Sabes una cosa? Te ves bonita cuando lloras.

La ira vuelve a arder en ella. Se lanza hacia mí. Me hago a un lado, dejando que su impulso la lleve hacia delante. Luego la sigo y la estampo de cara contra la pared.

Aun así, no se rinde. Emery es como un caballo salvaje. Me empuja a cada paso del camino. Pero está perdiendo energía. Pronto, se dará cuenta de que es más fácil ceder.

Dejarme montarla a mi antojo.

Imágenes diabólicas inundan mi mente. El fuego de Emery es inconveniente, pero me tienta de la peor manera. Cuando finalmente hagamos combustión, Dios...

Qué jodido será.

—Estás perdiendo el tiempo. El tuyo y el mío —le digo al oído—. Esto solo acaba de una

manera: Yo gano. Así que tienes dos opciones. Arrodíllate y ruega... o vete.

Ella fija su mandíbula. Estoy seguro de que está cargando para otra lucha. Pero entonces, se queda sin fuerzas. Me alejo.

Despacio, despacio, despacio, se desliza por la pared.

Hasta que está de rodillas.

Hasta que se gira, mirándome con la mandíbula apretada. Preguntándose si alcanza.

Pero nunca será suficiente.

No cuando puedo ver la curva de su cintura hasta sus caderas.

No cuando su pecho se agita y puedo ver sus pezones asomar por la tela de su camisa.

No cuando ella está aquí y es sumisa y *mía*.

Esta mujer fue hecha para estar de rodillas frente a mí.

Arqueo una ceja, esperando. —¿Y bien?

—Por favor —dice. Su voz apenas es más que un susurro.

Inclino la cabeza y me llevo una mano a la oreja. —¿Qué ha sido eso?

Ella traga. Quiero rodear su garganta con mis dedos. Sentir su pulso bajo mi pulgar.

Traga saliva y vuelve a intentar. —Por favor —dice con voz ronca—. Por favor, Adrik. Te lo suplico.

Estoy dolorosamente duro. El impulso de liberarme y cogerla es...

Pero no. No puedo. No lo haré, en realidad.

Tengo lo que quiero. Y *tendré* a Emery.

Pero no hasta que despierte y se enfrente a esa inevitabilidad. No hasta que pida lo que tengo para darle.

Esto es suficiente por ahora.

Giro sobre mis talones y me alejo de ella. No oigo ningún movimiento, así que miro hacia atrás. —No fue tan difícil, ¿verdad?

Ella entrecierra los ojos, pero, antes de que pueda deshacer todo nuestro progreso con su maldita terquedad, le hago señas para que avance.

—Sígueme.

EMERY

La vergüenza chapotea en mi interior, desbordándose a cada paso.

Caí de rodillas y le supliqué. Le *supliqué*.

El hombre es un psicópata. *Te ves bonita cuando lloras*. Solo un verdadero animal diría algo así.

Y, sin embargo, no puedo apartar los ojos de sus musculosos muslos mientras camina a grandes zancadas delante de mí.

No puedo dejar de ver cómo me evaluó cuando estaba en el suelo delante de él.

Y no puedo olvidar cómo una parte de mí, en el fondo, esperaba que me alcanzara y me tocara.

De repente, deja de andar. Tengo que hacer malabares para evitar chocar con su espalda.

Estamos en la entrada del salón de baile. El lugar donde, hace solo doce horas, nos conocimos.

Parece que pasó toda una vida desde entonces.

Gira para mirarme. —Te lo permito porque confío en que hayas aprendido la lección.

¿La lección? ¿Como si yo fuera una rata que se porta mal? Oh, a la mierda con eso y a la mierda con él y...

—Quizás no. Basándome en tu expresión ahora mismo, no has aprendido nada.

—He aprendido lo suficiente sobre ti para saber que esto fue un maldito gran error.

—El único error sería arruinar este trato, Emery —entrecierra los ojos—. Isabella es feliz. ¿De verdad quieres deshacer eso?

—No me digas cómo cuidar a mi propia hija.

Está en mi espacio en un instante. —No olvides quién manda.

Abro la boca para decir algo de lo que probablemente me arrepienta, pero las palabras mueren cuando oigo un grito a través de la puerta. Instintivamente, sé que es Isabella.

Me he entrenado para conocer su voz. Para despertarme cuando me llama por la noche. Para consolarla cuando está asustada, herida o triste.

Mi cuerpo existe para trabajar en tándem con el suyo desde el momento en que ella nació.

Y ahora, sé que tengo que hacer lo necesario para atravesar esas puertas y verla.

—Así que la pregunta es... ¿serás una buena chica? —pregunta Adrik con voz raposa.

Su aliento me calienta la piel. Se me pone la piel de gallina en los brazos y siento un cosquilleo en el vientre.

Asiento a regañadientes.

—Dilo.

Respiro hondo. —Me portaré bien.

Alarga la mano y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. El gesto sería dulce viniendo de cualquier otra persona. Pero con Adrik es posesivo. Soy una muñeca a la que viste y hace posar a su gusto.

¿Lo que quiero, lo que siento?

No importa.

Satisfecho, se da la vuelta y abre de par en par las puertas dobles.

Anoche el salón de baile estaba repleto de largas mesas llenas de comida y bebida, mesas altas circulares donde se reunía y bebía la gente engreída, y un gran escenario para la orquesta.

Pero el personal de Adrik debe haber trabajado rápidamente después de que la fiesta terminara, porque la habitación vacía ahora parece haber estado así siempre. Fría. Austera. Inquietante.

El espacio parece el doble de grande sin tanta gente ni decoración. Los suelos de madera oscura brillan, reflejan la luz matinal que entra por las ventanas arqueadas del suelo al techo de la pared del fondo. Anoche estaban cubiertas con cortinas de gasa, pero ahora puedo ver a través del cristal los jardines que hay detrás de la mansión.

Pero no tengo mucho tiempo para mirar, porque un kart azul se cruza delante de mí y casi me arranca los dedos de los pies.

Un hombre rubio va al volante. Es alto y delgado, y lleva tatuajes alrededor del cuello. Estoy a punto de preguntarle dónde está Isabella cuando se acerca en un kart rosa lo bastante ancho como para conectarse a su silla de ruedas.

Y está gritando de alegría.

—¡Mamá! —tiene puesto un casco rosa brillante con un cuerno de unicornio dorado en el centro —. ¡Mira esto!

Levanta un joystick con la mano derecha y mueve otro con la izquierda. El coche se desvía por la esquina de la habitación con un chirrido antes de enderezarse. Sale disparada hacia la pared del fondo.

—¡Isabella! —grito mientras ella se dirige directamente a la pared de ventanas—. ¡Detente!

Con una precisión experta que no estoy segura de que deba ser posible, maniobra el siguiente giro de forma impecable.

—No debería conducir eso —jadeo. Siento que el corazón me va a estallar.

Isabella es frágil. Debe ser protegida. Mantenida a salvo del mundo.

Ese es el ritmo al que tamborilea mi corazón hace seis años. Y ahora mi bebé vuela por la habitación, a escasos centímetros del desastre.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —Adrik suspira—. No le pasará nada mientras estén bajo mi protección.

Olvidando todo lo que acabo de ver en el pasillo, giro hacia él y le agarro de la camisa. —¡Sácala de ahí ahora mismo! Tiene seis años, por el amor de Dios. Ni siquiera sabe escribir su nombre, así que seguro que no debería conducir un kart tan rápido. Si algo le pasa, yo...

La mano de Adrik me aprieta el brazo. Una garra de ira. Pero entonces, mira hacia el salón de baile. Hacia Isabella. Sus fosas nasales se encienden.

En lugar de zarandearme como sé que quiere, me quita los dedos de la camisa lenta pero enérgicamente y señala hacia el entresuelo.

No me había dado cuenta antes, pero hay un hombre de pie junto a la barandilla con un mando negro en las manos. Sus ojos están fijos en la acción que ocurre abajo. Mientras maneja el mando, el coche de Isabella lo sigue.

—Está controlando el coche —murmuro conmocionada.

—Sigues olvidando una verdad esencial, Emery: yo controlo todo.

Su coche me adelanta dos veces más. La segunda vez, ni siquiera tiene las manos en los joysticks. Finalmente, el hombre de arriba la detiene frente a mí.

Corro hacia ella, intentando contener mis lágrimas de alivio.

—Hola, cariño —la aprieto y le doy un beso en la coronilla—. ¿Estás bien?

Isabella parece confundida por la pregunta. Después de todo, ¿por qué no iba a estar bien? Desde su punto de vista, la vida es maravillosa.

—Adrik me regaló un coche —chilla, sin poder evitar la emoción—. ¡Es como mi silla de ruedas, pero más rápida! Incluso más rápido que Stefan.

Miro al hombre rubio que está detrás de ella. Levanta la mano en señal de saludo.

Tiene algo grabado en los nudillos, pero no puedo leerlo desde aquí. Probablemente sea lo mejor.

—¿Y quién es Stefan?

La pregunta va dirigida a Adrik más que nada, pero Isabella interviene. —Stefan es el mejor amigo de Adrik. Le pregunté si era más alto que un oso y me dijo que no.

—Oh —es todo lo que puedo decir.

—Pero puede luchar contra un oso —dice Isabella—. Él me lo dijo.

Frunzo el ceño. —Eso es... bueno para Stefan.

El hombre sonríe a Isabella. Hay genuino afecto en ella. No lo culpo: luchador contra osos o no, es difícil no querer a mi hija. Es un ángel.

—¿Puedo llevar el coche a todas partes, mamá? —pregunta—. ¿Por favor?

Le despeino el pelo, lo que hace que arrugue la nariz. —Todavía no tienes carnet de conducir. El coche tiene que quedarse en el salón de baile.

Empieza a hacer pucheros, pero entonces ve a Adrik detrás de mí.

—¿Puedo llevarlo a todas partes? —le pregunta—. ¿Por favooooooor?

—Disculpa —digo, agitando las manos en su cara—. ¿Quién es la madre aquí? ¿Quién pone las reglas?

Oigo a Adrik resoplar detrás de mí, pero lo ignoro. No es momento.

—Yo —respondo por ella—. Yo soy la madre. Yo pongo las reglas.

Isabella frunce el ceño. —Pero es la casa de Adrik. Él pone las reglas en su casa.

—Tiene razón —dice Adrik, que parece demasiado satisfecho con el giro que está tomando la conversación.

—Y ahora vivimos aquí —continúa Isabella—. Así que pone *algunas* reglas.

Frunzo más el ceño y me agacho delante de ella. —Cariño, no vivimos aquí. Nos quedaremos aquí por un tiempo, pero...

A Isabella se le ponen los ojos enormes y le tiembla el labio inferior. —¡Dijo que iba a vivir aquí!

Una extraña calma se apodera de mí. Me giro lentamente hacia Adrik. —Oh, ¿eso te dijo?

La sonrisa que se extiende por su rostro es letal. El tipo de sonrisa que debilita las rodillas y reduce las inhibiciones. Es arrogante y confiada, e incluso ahora no puedo decidir si debería apartarla de un manotazo o quitársela de encima con un beso.

—En realidad, le dije que fuiste tú quien hizo posible todo esto —dice. No se me escapa el doble sentido.

Está decidido: Le quitaré la sonrisa de la cara, sin importar las consecuencias.

—¡Gracias, mamá! ¿Puedes...? Quiero un abrazo —inclina la cabeza hacia mí como hace siempre que necesita un abrazo.

Quiero explicarle que todo esto es un gran error, pero... no puedo. No puedo aplastar sus esperanzas. No puedo confundirla.

Y Adrik lo sabe perfectamente. Sabe que no sería capaz. Por eso le dijo lo que le dijo: porque sabe que haré cualquier cosa para que Isabella sea feliz.

Cualquier cosa, incluyendo seguir adelante con esta fachada de matrimonio con un hombre vicioso que secuestró a mi hija.

Encontró mi debilidad y la está extorsionando por todo lo que vale. Bueno, dos pueden jugar a ese juego.

—De nada, cariño —me acerco y envuelvo un brazo alrededor de sus pequeños hombros, apretándola contra mí—. Pero ¿Adrik te contó la mejor parte?

Ella jadea. —¿Qué? ¡No! ¿Cuál es la mejor parte?

—¿No se lo has dicho? —le pregunto burlonamente—. ¿Estabas esperando a que yo le diera la noticia?

Adrik no responde. Solo me mira atentamente. Se pregunta qué carta estoy a punto de jugar.

Isabella se contonea en su silla, prácticamente vibra de excitación. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Bueno, ¿sabes que siempre quisiste un perro de servicio?

Apenas puedo formular la pregunta antes de que empiece a gritar. —¡Siempre quise un cachorro! ¿Será grande? ¿Grande? Quiero uno grande y esponjoso. ¿Te acuerdas? ¿Como en las fotos?

Isabella me hizo recortar demasiadas fotos de perros de periódicos y revistas para pegarlas en el interior de una caja de cartón. Era la versión infantil de un tablero de sueños. Todos los perros eran labradores o pastores, bestias enormes que nunca habríamos podido tener en nuestro pequeño apartamento.

Asiente. —Igual que las fotos. Se las enseñaré a Adrik antes de que elija tu perrito para que sepa cuál comprar.

Adrik está callado y con cara de piedra. Me invade el triunfo. Lo sigue rápidamente la culpa.

Isabella sigue bailando feliz en el asiento de su kart. Yo sonrío... pero Adrik podría quitarnos todo esto de encima con un chasquido de dedos.

Me siento culpable al instante. En un intento por dar marcha atrás en este juego enfermo de tira y afloja en el que estamos envueltos, ofrecí el sueño de mi hija como sacrificio.

¿En qué clase de madre me convierte eso?

¿En quién me estoy convirtiendo?

Un pavor frío me envuelve y aprieta. Isabella me perdonará cuando todo esto se venga abajo. Con el tiempo, se olvidará de Adrik, del kart, y del perro que nunca tuvo.

Pero no me lo perdonaré.

Y *nunca* perdonaré a Adrik.

Me está volviendo loca. Me está convirtiendo en una versión de mí misma que no reconozco. Alguien que arremete con violencia y actúa de forma temeraria. No hace ni veinticuatro horas que nos conocemos y ya puedo sentir cómo me despoja de mis instintos más bajos. Soy un manojo de rabia y lujuria, y puedo sentir la inminente implosión.

Puede que sea una causa perdida.

Pero no puedo llevar a Isabella conmigo.

Adrik se aclara la garganta. —¿Por qué no me enseñas esas fotos ahora mismo, Emery? Me gustaría verlas.

—¿Quieres decir que… ahora? —pregunto.

—Cuanto antes, mejor —sonríe agradablemente.

A los ojos de Isabella, es solo una sonrisa. Nada más.

Pero yo lo veo como lo que realmente es: una bestia salvaje enseñando los colmillos.

Isabella le devuelve la sonrisa y luego se vuelve hacia mí. —¿Puedo seguir jugando?

Quiero apretarla contra mí y no soltarla nunca. Dios sabe lo que pasaría si lo hiciera.

Pero ella es feliz aquí. Y tengo la sensación de que, dondequiera que Adrik me lleve, la conversación no será apta para oídos pequeños.

—Claro, cariño. Volveré en un rato, ¿sí?

Isabella no me oye. Ya está entrando en el salón de baile. Stefan la sigue de cerca.

Mi corazón late con fuerza contra mi caja torácica mientras me pongo en pie. Cuando me doy la vuelta, Adrik ya está saliendo por la puerta.

Lo sigo hasta el pasillo, pero no lo veo inmediatamente.

Entonces pierdo contacto con el suelo.

O mejor dicho me levantan. Estoy tan conmocionada que no puedo ni gritar. Me quedo rígida mientras me lanzan por los aires y luego, otra vez, me aprisionan contra la pared.

Adrik está delante de mí, encima de mí. Sus labios carnosos se aprietan en una línea furiosa y sus ojos han perdido su azul habitual. Todo lo que queda es un gélido plateado.

—Esto no es un juego, *kiska* —gruñe.

—¿No lo es? —grito—. Le dijiste a Isabella que ahora vivimos aquí.

—Porque es cierto —dice—. Hasta que nuestro matrimonio termine, esta también es tu casa.

—¡Nuestro matrimonio ni siquiera ha empezado!

—No necesito un trozo de papel y un juez para hacer nada oficial. Te di mi palabra. Tú me diste la tuya. Eso es más que suficiente para mí.

Pongo los ojos en blanco. —Tan noble. Especialmente viniendo de un hombre que secuestró a una niña...

Adrik me agarra los brazos y me los pasa por encima de la cabeza, inmovilizándome las muñecas. Mi cuerpo se arquea por necesidad y su pecho se aprieta contra el mío.

Me duelen los pezones. Probablemente por la adrenalina. Pero no porque pueda ver cómo se contraen los músculos de sus antebrazos. Y, desde luego, no porque al ver cómo le sonríe Isabella me duela el corazón por todo lo que nunca pude darle: una figura paterna, un modelo masculino.

No. Es una respuesta puramente química. Feromonas haciendo su trabajo sucio. Y tan pronto como me aleje de él, se disipará.

—Deja de agarrarme. Tú...

—No lo entiendes, joder —dice. Se inclina tanto que no hay lugar en el que no nos toquemos. Nunca estuve tan cerca de alguien con la ropa puesta—. Intentaste pillarme. Vencerme. Pero no hay forma de vencerme. No hay victoria. ¿Qué tan terca eres para no haber aprendido esa lección?

—Ahora debes conseguirle un perro a Isabella, así que lo contaría como una victoria.

—Y entonces se acaba nuestro matrimonio y se lo quito —dice en un tono uniforme—. ¿Qué pasará entonces?

Abro la boca para responder, pero no hay respuesta.

La respuesta es: *Nada*. Entonces no pasa nada. No puedo hacer nada al respecto y él lo sabe.

—Imagina todas las cosas bonitas que puedo darles. Todos los lujos y regalos que nunca tuvieron. Toda una vida de belleza y calma —su mano libre baila por mi mejilla. Su dedo recorre la curva de mi cuello—. Y entonces... te quito todo. Uno a uno, uno a uno.

—¿Por qué...?

—Porque no hay nada que no pueda hacer —dice—. Y, cada vez que te engañes pensando que estás ganando, estaré aquí para devolverte a la Tierra. A la realidad. Me perteneces, Emery Montague. Graba eso en tu pequeño y terco cerebro.

Su tacto quema. No me sorprendería mirar más tarde y ver que estoy marcada, que me ha marcado como suya.

Pero con los brazos inmovilizados sobre mi cabeza y Adrik presionando cada centímetro concebible de mí, sé que no necesita una marca física. Mi cuerpo se levanta para ir a su encuentro, busca más de él. Es consciente de lo que mi mente no acepta.

Que ya soy suya en todo lo que importa.

—Eso nunca sucederá —digo bruscamente—. Nunca cederé. Lucharé contra ti en todo momento.

—Pregúntale a mi última prometida cómo le fue —sisea.

Me congelo.

¿*Última prometida*? ¿Eh?

—¿Qué pasó? —pregunto, sin estar segura de querer saberlo. Se me hiela la sangre en las venas y se me eriza la piel.

Se inclina hacia delante hasta que sus labios rozan los míos. Bastaría el más mínimo movimiento para que nos besáramos.

—Bueno, podrías preguntárselo tú misma —susurra las palabras en mi boca—. Pero tendrías que desenterrarla primero.

Entonces, de repente, su cuerpo y su calor desaparecen. Avanzo a trompicones, intentando encontrar de nuevo el suelo bajo mis pies.

Adrik ya está marchando por el pasillo. No mira atrás.

ADRIK

Oigo a Stefan detrás de la puerta incluso antes de que llame.

—Entra —ladro.

Abre la puerta y se desliza hasta mi despacho. Está más despeinado que de costumbre.

—¿Quién disfrutó más con los karts? —digo con desgana—. ¿Tú o la niña de seis años?

Sonríe. — Diría que está parejo.

Pongo los ojos en blanco. —¿Dónde está ahora?

—Les mostré a ambas sus habitaciones —dice—. Las suites comunicadas del lado este. Supuse que estarían más cómodas en habitaciones comunicadas pues Isabella es tan joven.

Niego con la cabeza. No me importa mucho la comodidad de Emery en este momento.

—También tengo a Gavril contactando con un criador para un perro de servicio. Aunque hay un montón de requisitos para esos animales. Entrenamiento, entrevistas y permisos. Es un lío.

—Paga lo que tengas que pagar para que te lo condonen todo —le digo—. Lo quiero lo antes posible.

Stefan asiente. —Nos ocuparemos de ello.

—¿Y el estado de las cámaras?

Hace un gesto de dolor. —Tuve que mover el culo para traer el kart accesible para sillas de ruedas. No hubo tiempo. Lo siento.

Levanto una ceja. —¿Lo sientes? Eso es nuevo.

—Ahora mismo te comportas como un maldito gruñón. Eso también es nuevo —suspira—. Solo estoy haciendo lo necesario para asegurarme de mantener mis bolas pegadas a mi cuerpo. Ambos sabemos que tienes una inclinación por la violencia cuando estás molesto.

Sé exactamente en qué instancia está pensando, pero lo dejo. Es lo último en lo que necesito pensar ahora mismo.

—Por suerte para ti, descuidar la instalación de algunas cámaras no llega al nivel de merecer

violencia contra tus preciosas pelotas —murmuro—. Pero insúltame otra vez y puede que cambie de opinión.

—No, gracias.

Asiente. —Otra cosa.

—¿Sí?

—No vuelvas a disculparte conmigo. Solo haz tu maldito trabajo.

Me saluda con descaro. —Entendido.

Me doy la vuelta y me paseo delante de mi mesa. —Tenerlas aquí ya es más complicado de lo que debería. ¿Qué estará pensando mi padre?

—Imagino que el Jefe estará pensando que una mujer sería buena para ti.

Me vuelvo hacia Stefan. —¿Tú *crees* que una mujer sería buena para mí?

Espero que se eche atrás de inmediato, Dios sabe que mi tono encierra mucha amenaza mordaz, pero se limita a encogerse de hombros. —Veronika ha sido buena para Yasha. Era salvaje antes de que ella llegara. Ahora es confiable. Bueno, más confiable.

Mi hermano pequeño sabía manejar un armario de licores antes de los trece años. Y el hecho de que no esté plagado de ETS es un milagro en sí mismo.

Pero tenía sus razones para actuar así.

Y yo tengo las mías para no querer casarme. Nuestro padre lo sabe mejor que nadie.

—Yo no soy Yasha —digo—. Y Emery no es Veronika.

Veronika fue criada para casarse con un hombre poderoso. Criada como un caballo de carreras. Tiene el pedigrí y el aplomo.

Pero durante toda su vida ha estado protegida. Protegida de decisiones difíciles y realidades oscuras.

Yasha debería estar agradecido de que yo sea el siguiente en la fila en vez de él, porque Veronika no está preparada para ser la esposa del Jefe.

¿Pero Emery? Emery es... ingeniosa.

La puse de rodillas frente a mí, pero me costó un poco. Casi más de lo que valía la pena. Casi admiraría su espíritu... si no estuviera planeando romperlo por completo.

—Podría deshacerme de ella —cavilo.

Stefan abre mucho los ojos. —¿Estás sugiriendo...? Sin faltar al respeto, Adrik, pero... no puedes matarla. Tiene una hija. Eso va contra el código, ¿no?

—Mi único código es hacer lo mejor para la Bratva —gruño. Luego me relajo—. Pero ahora mismo matar a Emery no es lo mejor. Tampoco es lo que quería decir. Quise decir que podría dejarla ir. Dejarla marchar.

Stefan parece visiblemente aliviado. Ya siente debilidad por la niña. Quizás por las dos. —¿Pero...?

—Pero ella sabe demasiado —termino—. Sabe que mi padre está enfermo. Sabe que está a punto de producirse un vacío de poder. Y, si la dejo salir de esta casa antes de estar al frente, Malcolm Waters la tendrá a ella y a esa información en un instante. El cerdo codicioso probablemente la vendería a los Volandri por no más que una donación de campaña.

—Que se joda Waters. Podemos matarlo. No solo sería lo mejor para la Bratva; sería lo mejor para el mundo.

Niego con la cabeza. —Es demasiado desastre. Es senador. La policía se pondría desagradable. Pasan por alto muchas cosas, pero no lo seguirán haciendo si empezamos a derribar congresistas.

Stefan asiente a regañadientes. Pronto estará casi en la cima de la cadena alimentaria Bratva, junto a mí. Una vez que mi padre pase la antorcha, esta oficina será una sala de guerra. El corazón palpitante de la Bratva.

El destino de los Tasarov se sentará aquí conmigo y mis asesores de mayor confianza, Stefan incluido.

Siempre y cuando tome una esposa.

—Maldición —hago una mueca—. No quiero volver a hacer esto.

Stefan da un paso adelante y baja la voz. —Si te sirve de ayuda, no creo que Emery sea como Sofía.

Solo oír su nombre me pone de los nervios.

En este mundo no hay tiempo para lamentarse. No cambia nada y te frena, te hace dudar de ti mismo.

Pero hasta yo me arrepiento de Sofía.

—No puede ser —digo—. Las cosas con Emery tienen que… no, *irán* bien. No puedo soltarla y no puedo matarla.

—Entonces, ¿qué? —pregunta Stefan.

Sacudo la cabeza y suspiro. —Entonces... tengo que casarme con ella, maldición.

~

OIGO VOCES en la cocina en cuanto salgo al pasillo. Sé de inmediato quién es. Incluso antes de oír la risita infantil.

—¡Está demasiado frío! Hace cosquillas —protesta Isabella cuando entro en la cocina.

Está en su silla de ruedas, aparcada en el extremo más alejado de la isla. Emery está arrodillada a su lado, con una bolsa de hielo en las manos.

—Pero ayudará —dice Emery—. Porque no puedes volver a sentarte en tu silla de ruedas toda la noche.

—Pero es cómoda —argumenta Isabella.

Emery suspira y coloca la bolsa de hielo sobre las piernecitas de Isabella. —No, no es eso. Simplemente no quieres las bolsas de hielo. Pero tienes que tumbarte y estirarte. Hoy estás dolorida porque anoche no dormiste bien. Y el kart probablemente no ayudó.

Isabella jadea. —¿Me dejarás jugar en él?

—No es nuestro juguete. Tendremos que ver lo que dice el Sr. Adrik al respecto, ¿sí?

Entro en la cocina y me acerco a la nevera. —El Sr. Adrik dice que puedes montar en karts todo lo que quieras.

Emery se sobresalta y se pone en pie de un salto. —¡Jesús!

Isabella sólo me sonríe. —¿Ahora mismo?

—¡No! —Emery interrumpe rápidamente—. Ya pasó tu hora de dormir. Necesitas dormir.

—No tengo sueño. Y me duelen las piernas —se queja Isabella.

—Montar más en karts no las ayudará. Así que déjame ponerles hielo, y luego nos vamos las dos a la cama.

Isabella hace un mohín con el labio inferior, pero se encorva un poco, claramente cediendo. Emery le pone compresas de hielo en las piernas y hace todo lo posible por ignorar mi presencia.

Cojo una manzana de la nevera y le doy un sonoro y crujiente mordisco. —¿Cenaron?

—Macarrones con queso —Isabella asiente feliz—. El chef lo hizo especial.

Emery mira hacia atrás por encima del hombro, pero sus ojos se posan en mis pies, no en mi cara. —Nadie tiene que hacerle nada especial. Puede comer lo que coman los demás.

—Entonces, ¿para qué sirve un chef personal? —pregunto—. ¿Si no es para hacer cosas especiales?

—Ya es demasiado quisquillosa —dice Emery con firmeza—. Necesita comer algo más que macarrones con queso en cada comida.

—¿Cocinará el chef para mi perro? —pregunta Isabella.

—Puede que no tengamos perro, Bells. ¿Te acuerdas? Te dije antes que podría no...

—El perro puede comer filet mignon y caviar tres veces al día, si quiere —le digo—. Vivirá como un príncipe.

—O una princesa —dice Isabella—. Si es niña, se llamará Perla. Si es niño, entonces... —arruga la cara en señal de concentración, con los labios torcidos hacia un lado antes de estallar en otra sonrisa—. ¡Travis!

Emery resopla burlona. —¿Travis?

—¡No tiene gracia! —grita Isabella.

—Tienes razón, lo siento. Travis es un gran nombre para un perro —dice Emery, ahogando una carcajada.

Isabella no parece creerle del todo a su madre, pero está tan llena de preguntas que se distrae con bastante facilidad.

—¿Dónde está tu patio trasero? Esta casa es grande. No veo una puerta trasera —dice—. En nuestra casa ni siquiera teníamos puerta trasera.

Emery frunce el ceño. —Sí, la teníamos. Teníamos las puertas correderas de cristal al balcón.

—Pero no teníamos césped. No podíamos tener perro.

Emery se mete el labio superior en la boca, pero no dice nada más.

¿Cuántas veces Isabella pidió un perro y Emery tuvo que decir que no? La mayoría de las mujeres se acobardarían solo por mi riqueza y la casa. Por todo lo que puedo ofrecerles.

Sin embargo, incluso ahora, Emery está luchando. Ni siquiera me mira.

—Bueno, aquí tenemos mucha hierba —dice finalmente—. Puedes llevar a Perla, o a Travis, a pasear todos los días.

Isabella me mira. —A veces, mis ruedas se atascan en el barro. Y mamá no me quiere en terreno irregular por si...

—Hay un sendero pavimentado a través de los jardines —interrumpo.

A Isabella le brillan los ojos azules. —¡Puedo atar la correa a mi silla!

—Bueno —dice Emery—, tenemos que tener cuidado. El perro podría hacerte caer.

Isabella niega con la cabeza. —No. Será un buen perrito. Seguirá mis reglas.

No hablo con un niño desde que Yasha era pequeño. Pero eso siempre fue diferente. Yasha era mi hermano. Nunca tuve que esforzarme con él. Simplemente nos entendíamos.

Y, lo que es más importante, comprendió desde una edad temprana los horrores que podía depararnos la vida. A una edad demasiado temprana, de hecho.

Pero Isabella es diferente.

Es inocente. Pura e impoluta.

De repente, se estremece, y Emery se levanta de un salto. —¿Dónde te duele?

Isabella intenta señalar, pero su mano no coopera. Se la lleva al pecho débilmente, como una flor marchita.

—Usa tus palabras, cariño —Emery empieza a entrar en pánico—. ¿Es tu pierna?

—Mi pierna —gimotea Isabella—. La parte de abajo.

—¿Tu pantorrilla? —Emery coge su pierna y comienza a masajearla—. ¿Esto ayuda?

Isabella se pone tensa de repente. Su sonrisa de hace un momento ha desaparecido. Ahora aprieta los dientes y suda.

Pero a cada pasada de la mano de Emery sobre sus espasmódicos músculos se relaja.

—¿Así está mejor? —pregunta Emery.

Isabella suelta un suspiro tembloroso y asiente. —Mejor —arquea la espalda lo mejor que puede, pero su movilidad es limitada.

—Oh, uh... —Emery mira a su alrededor y luego se levanta—. Voy a buscar una almohada o…

—Toma. Me quito la camisa por la cabeza y me quedo solo con una camiseta gris. Le tiendo la camisa, pero Emery la mira como si fuera radiactiva.

La esquivo y me acerco a Isabella. Doblo la camisa por la mitad y la deslizo por detrás de su espalda, colocándola donde ella parece intentar estirarse.

Me sonríe con timidez cuando está acomodada en su sitio. —Gracias, Adrik.

—Es *Sr.* Adrik —interrumpe Emery. Me mira a mí—. Y él no necesitaba hacer eso.

—Solo Adrik está bien. Y sé que no. Lo hice porque quise. Me sirvió.

—Puedo conseguirle una almohada. Y tú puedes volver a ponerte la camisa —Emery se mueve para sacar la camisa de detrás de la espalda de Isabella.

Intercepto su brazo. Se da la vuelta, con los ojos tan fieros y ardientes como antes en el pasillo. Un toque mío hizo que ese calor volviera a la vida. Ahora arde en su interior.

No durará mucho así.

—Déjala.

—Su silla de ruedas está perfectamente especificada para la forma de su cuerpo. Malcolm pagó por lo mejor que había...

—Malcolm puede irse a la mierda.

Emery vuelve a mirar a Isabella, y luego se inclina con su voz baja. —No puedes decir esas cosas delante de mi hija.

Intenta apartarse de mí, pero la sujeto con más fuerza del brazo. Cierro la pequeña brecha que nos separa. Se arquea para alejarse de mí, pero la parte inferior de nuestros cuerpos está unida. Siento el calor que desprende, que se filtra por mis muslos. Su olor es una droga.

—Y ni siquiera deberías estar fuera de tu habitación.

—Isabella estaba sufriendo.

—Por suerte, lo solucioné —señalo—. Problema resuelto. Vete a la cama.

Los labios carnosos de Emery se contraen en una fina línea. —No soy tu prisionera.

—Todavía no —siseo—. Pero eso siempre se puede arreglar.

Inhala bruscamente y su pecho roza el mío. Buscando la respuesta a una curiosidad, me inclino hacia delante.

La respuesta a mi pregunta es sí. Sus pezones están duros.

—¿O quizá te gustaría? —sugiero—. Estaría feliz de retomar la idea de atarte si tú...

—¿Qué idea? —pregunta Isabella.

Emery se aleja de mí de un salto. Sus manos revolotean sobre su estómago y luego se cierran en un puño. Está nerviosa. Un manojo de nervios andante y parlante.

—Nada. Ninguna idea. Vamos, Isabella —Emery prácticamente grita—. Es hora de ir a la cama.

Se da vuelta para irse, pero mi mano sigue alrededor de su muñeca. La agarro con fuerza y Emery vuelve a mirarme. Sus ojos verdes bajan hasta donde mis dedos presionan la suave carne de su antebrazo. Cuando levanta la vista, sus largas pestañas se agitan.

—Por favor —dice en voz baja.

Arqueo una ceja, sorprendido por cómo esa pequeña palabra me enciende.

Si Isabella no estuviera aquí, arrastraría a Emery más cerca. La subiría a la encimera y me metería entre sus piernas.

Esperaría a que suplicara. Ya está en la cúspide. Aunque no lo admita, puedo ver la verdad enterrada en sus ojos. La realidad de que ella quiere esto empapa sus bragas.

—¿Mamá? —Isabella está junto a la puerta, con bolsas de hielo todavía alrededor de sus rodillas y mi camisa encajada detrás de su espalda.

—Ya voy, cariño —Emery me mira durante un suspiro, su pecho sube y baja.

Quiero que vuelva a rogar como una buena chica. Quiero oír las palabras que salen de sus labios. Un aperitivo de lo que vendrá cuando por fin la rompa.

Pero ya habrá tiempo para eso más adelante.

Por ahora la dejo ir.

En cuanto lo hago, Emery se aleja de mí rápidamente. Se apresura a cruzar la cocina y desaparece en el pasillo con Isabella.

Pero está bien. Déjala que huya. Soy un hombre muy paciente cuando necesito serlo.

EMERY

Isabella es la única persona a la que me acerqué voluntariamente en años. Desde que nació, en realidad.

Y, después de todo ese tiempo, he aprendido a tener miedo.

Porque, si la gente me toca, normalmente significa que quieren hacerme daño.

Debe ser por eso que todavía puedo sentir la mano de Adrik alrededor de mi brazo una hora más tarde. No porque su tacto fuera eléctrico, encendiendo algo dentro de mí que no había sentido en más de seis años...

Sino porque lo odié.

Odié la forma en que su mano se sentía enorme y cálida contra mi piel.

La forma en que su pecho rozaba mis doloridos pezones, enviando un escalofrío a través de mi cuerpo que se concentraba entre mis piernas.

Y odié especialmente la forma en que sus ojos azules se encendían, inmovilizándome, como si su mano no lo estuviera haciendo ya. Hipnotizándome con promesas de todo lo que podría hacerme.

Todo lo que quiere hacer. Todo lo que hará.

Gimo y me revuelvo en las sábanas ridículamente suaves. Pero ni siquiera eso ayuda.

¿Cómo puedo argumentar que estoy “cautiva” cuando mi habitación es más bonita que un spa de lujo? No vivía tan lujosamente desde antes de quedarme embarazada, cuando aún estaba atrapada en casa con mi padre.

Vuelvo a gemir y me tapo la cara con la almohada. Los pensamientos sobre mi padre y mi vida pasada no van a ayudarme a dormir.

Pero, a estas alturas, nada lo hará.

Lo que daría por ser mi hija ahora mismo. Ronca tranquilamente en la habitación de al lado, encantada con su nueva cama asombrosa y su nuevo kart asombroso, esperando con impaciencia el nuevo perro asombroso que Adrik le comprará por la mañana.

Los niños aún no conocen el sabor del miedo. Y a caballo regalado no le miran los dientes.

Yo, sin embargo, no puedo dejar de mirar.

Porque este caballo regalado está muy bien envuelto. Pero tengo que seguir buscando el lado malo. Debajo de toda la belleza superficial de Adrik hay... bueno, algo. Aún no estoy segura. Un enigma que necesita respuestas. Una sombra que necesita luz.

—Es solo adrenalina —murmuro, con la esperanza de que, si lo digo con suficiente convicción, se convierta en verdad—. Eso es todo lo que es. Adrenalina sobrante. Necesito relajarme.

Se me ocurre una forma de ayudarte a relajarte.

Oigo su voz profunda retumbar en mi cabeza. Un escalofrío me recorre la espalda. Si cierro los ojos, casi puedo sentir el movimiento del colchón bajo su peso.

Prácticamente puedo sentir el calor de su cuerpo deslizándose contra el mío. Sus dedos recorriendo mi mandíbula.

En realidad, espera, esos son *mis* dedos.

Se mueven por su cuenta, juegan con una fantasía que no quiero. Una fantasía que no debería querer. Una fantasía que no puedo querer.

Pero si es así, ¿por qué estoy hinchada y dolorida?

Pensar en él alcanza para llevar mi cuerpo al límite. Solo haría falta un empujoncito. Una pequeña burla y caería en el olvido que no sentí en seis interminables años.

—Ha pasado tanto tiempo —susurro—. Necesito esto. Me lo merezco.

Todo el mundo merece esconderse de su miedo, aunque solo sea por un momento. Todo el mundo merece sentirse bien.

Qué buena kiska, me canturrea al oído el Adrik imaginario. *Mira qué bien te portas, esperando mi permiso para correrte.*

Mis dedos recorren mi piel como fantasmas, dan vueltas alrededor de mis pezones, los pellizcan, los amasan. Vacilan al borde de mis bragas.

Puedes hacerlo, si quieres, retumba su voz en mi cabeza. *Solo necesitas pedirlo.*

Gimoteo. —¿Tengo que pedir permiso incluso en mis fantasías?

Siempre.

Adrik se excita cuando le suplico. Cada vez que me hace suplicar, sus ojos se oscurecen. Sus dedos se clavan en mi piel un poco más fuerte, un poco más febriles.

Aunque nunca lo admitiré, a mí también me excita.

Porque, desde el momento en que nació Isabella, tengo miedo. Miro por encima del hombro allá donde vamos. Compruebo cada salida, una y otra vez, preguntándome quién podría estar acechando en la oscuridad.

Adrik me quita ese miedo.

No debo tener miedo de nada si estoy con él. No tengo que encargarme de nada.

Él se encargará de todo.

Todo lo que tengo para darle a cambio es... todo.

Así que cuando esa voz vuelve a murmurarme al oído *suplícame*, lo único que puedo decir es...

Sí.

—Por favor —susurro—. Por favor, tócame.

Afortunadamente, el tacto, el mío, aunque en realidad no parece que esté controlando nada en este momento, baja cada vez más. Deslizo la mano entre mis piernas. Mis bragas están húmedas. El simple roce de mi mano es suficiente para hacerme sisear.

La voz de Adrik en mi cabeza me insta a seguir.

Suplícame.

Suplícame.

Solo tienes que pedírmelo y te daré todo lo que no sabías que querías.

—Por favor —susurro—. Por favor.

El placer se precipita hacia mí como un tren desbocado.

Pero viene con algo más.

A cada segundo que pasa, siento que me tenso más y más. Un apretón que no puedo soltar. Una garra aprisionando mi mente, mi cuerpo, mi aliento, y exprimiendo todo de mí.

En un último intento desesperado, por Dios, estoy tan cerca, rodeo mi clítoris con el dedo. Pero la sacudida de la sensación me provoca una oleada de pánico tan debilitante que casi grito de miedo.

Me estoy ahogando.

Me estoy ahogando.

Me...

Trago un grito y lucho por volver a la superficie. Y cuando abro los ojos, veo que sigo viva.

Tengo que incorporarme y aspirar aire en los pulmones durante un minuto entero antes de poder respirar con normalidad. —Maldición —murmuro.

Hace años que no consigo correrme sin sufrir un ataque de pánico. Pensé que las cosas podrían haber cambiado.

Parece que me equivoqué.

Tal vez estoy demasiado rota para ser curada.

~

ME DESPIERTO con fuertes golpes después de una noche soñando con ello.

Sean cuales sean las dudas que mi yo consciente tenga sobre el sexo, mi yo onírico no las tiene. Sentí que soñaba durante horas interminables con un hombre moreno que me reclamaba una y otra vez de todas las formas en que se puede reclamar a una mujer.

Entonces, esto. Un fuerte ruido en el pasillo.

Abro los ojos y parpadeo para disipar el cansancio. Veo la luz de primera hora de la mañana colarse bajo las persianas. Dormir suena bien, pero es imposible que vuelva a hacerlo ahora.

Me quito el pijama y me pongo unos vaqueros y una camiseta blanca de manga larga.

Entonces, asomo la cabeza por la puerta que da a la habitación de Isabella.

Sigue dormida, con la boca entreabierta. Pequeños ronquidos se escapan a cada exhalación.

Sonrío. Todo lo demás puede ser una pesadilla, pero ella es feliz aquí. Alegre.

Eso tiene que servir para algo.

Cierro la puerta y salgo de mi habitación. En cuanto salgo al pasillo, una nueva ronda de golpes resuena en las paredes. Lo sigo hasta la escalera principal, donde dos hombres con uniformes color crema están instalando...

—¿Qué es esto? —pregunto antes de pensarlo mejor.

Los obreros se vuelven hacia mí. —Perdone si le despertamos —dice el más alto.

—Tenemos órdenes de instalar este elevador lo antes posible.

—No suelo estar en el trabajo hasta dentro de una hora —refunfuña el otro.

El alto le da un codazo en la espalda a su amigo. —Y nos pagan muy bien por las molestias. Estamos encantados de hacerlo.

—¿Adrik ordenó esto?

El hombre más alto asiente. —El Sr. Tasarov, sí. Dijo que era de vital importancia.

—Por eso deberías dejar de charlar y ayudarme —le dice el hombre a su compañero. Me mira por encima del hombro—. Lo siento, Sra. Tasarov, pero tenemos que...

—No, lo entiendo —saludo con la mano—. Los dejo con su trabajo.

Solo cuando me doy la vuelta hago una mueca de dolor. *Sra. Tasarov*. Pronto tendrán razón. Ese será mi nombre.

El shock de caer en la cuenta es casi suficiente para distraerme del asunto que tengo entre manos.

Casi, pero no del todo.

Deambulo por el pasillo, sumida en mis pensamientos. Sigo intentando hacerme a la idea cuando

veo unas imponentes puertas dobles al final del pasillo.

Solo por curiosidad, pruebo el pomo. Abiertas.

Echo un vistazo a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ve. Abro la puerta y me cuelo dentro.

Por un segundo, está demasiado oscuro para ver. De la pared del fondo sale una luz mortecina. Las oscuras cortinas romanas están bajadas para cubrir las ventanas. La habitación huele a humedad, como si no se hubiera usado en mucho tiempo.

Poco a poco, mis ojos empiezan a adaptarse a la penumbra y me doy cuenta de que estoy en un gimnasio.

Mis pies descalzos golpean suavemente el suelo acolchado. Del techo cuelgan sacos de boxeo de varios tamaños, y las paredes están recubiertas de mancuernas.

Tiene sentido que Adrik tenga un gimnasio en casa. Para empezar, esta casa es del tamaño de un parque temático. No me sorprendería que también tuviera una bolera y un autocine.

Me acerco al primer saco de boxeo y le doy un ligero golpe. Es el más grande de los tres y parece que pesa diez toneladas.

Cuando mi puño conecta, el polvo vuela por los aires y una reverberación me sacude el brazo. Es como si acabara de golpear una pared de metal.

—Jesús, ¿para quién es esto? ¿Hércules? —sacudo la mano y paso a la siguiente bolsa. Es más pequeña, pero cuando le doy un puñetazo se levanta más polvo, y luego me golpea la cara como si quisiera devolver fuego.

Me quito de en medio por un pelo y miro mal a la bolsa.

Me acerco al tercer y último saco. Cuando pruebo un puñetazo débil, el saco amortigua el golpe y no intenta atacarme.

Me siento como Ricitos de Oro. —Este es el adecuado.

Practiqué boxeo brevemente en el instituto. Un amigo me convenció para que lo probara un día y me enamoré. Me encantaba vendarme las manos y ponerme los guantes, la magia y el ritual. Me encantaba cómo me sentía después de asestar un buen golpe, cómo mi cuerpo vibraba de energía.

Como si ya no fuera tan frágil. Como si estuviera bien ocupar espacio en este mundo. Me sentía viva...

Hasta que mi padre descubrió que su niña practicaba un “deporte de hombres”.

—¿Qué voy a hacer contigo cuando te rompas la nariz? O te rompas los dientes, ¿eh? —espetó —. El lunes cambiarás al tenis.

—¡No quiero cambiar!

Pero no me escuchó. Nunca lo hizo.

Ni siquiera cuando mi mundo se hizo añicos y nadie estaba cerca para presenciarlo, salvo la

persona que lo hacía, y mi padre era la única persona viva que necesitaba desesperadamente que me creyera cuando le conté lo que había ocurrido.

Tal vez las cosas habrían sido diferentes si lo hubiera hecho.

Aprieto el puño y lanzo otro golpe. Estoy segura de que mi entrenador de boxeo se avergonzaría de mi forma actual, pero me siento tan bien como antes. Me siento igual de poderosa.

Y necesito ese sentimiento. No lo he sentido en tanto, tanto tiempo.

Golpeo de nuevo. Y otra vez. Y otra vez.

Estoy tan perdida en el ritmo de golpear, esquivar, repetir, que tardo un segundo en reconocer que los pasos que resuenan por la habitación no son los míos.

Se me aprieta el corazón. Giro sobre mis talones, con los puños en alto y preparados.

Ahí, por supuesto, está Adrik.

Camina hacia mí con unos vaqueros oscuros y un jersey que le abraza el pecho. Y parece *molesto*.

—Como en casa, ¿verdad? —gruñe—. Fisgoneando donde te da la puta gana.

Suelto las manos, aunque mis instintos me gritan que no baje la guardia. —No estaba fisgoneando. Buscaba hielo para Isabella. Supuse que no te importaría, ya que tienes debilidad por ella.

—¿Perdón?

Reconozco el peligro en su voz, pero lo ignoro de todos modos. Señalo hacia el pasillo. —Veo que están instalando un elevador.

—¿Preferirías que hiciera subir a tu hija a gatas por las escaleras?

Si hablamos de excusas, es plausible. Pero no me lo creo.

Antes de que pueda decirlo, Adrik continúa. —Esta habitación no está abierta para ti.

—Parece abierta —replico.

—No lo está. Fuera.

Me alejo de él y doy otro puñetazo. Hago todo lo posible por parecer despreocupada e impasible, pero mi cuerpo zumba al notar que me acecha. El deseo de girarme y enfrentarlo es abrumador. Deseo y autoconservación en partes iguales.

Un hombre como Adrik tiene que ser vigilado en todo momento. —¿Por qué cerrarías este lugar? Es un gran gimnasio.

—No solo lo voy a cerrar. Lo destruiré.

Me doy vuelta. —¿Qué? Como... ¿demolerlo?

—Eso es lo que significa “destruir”, sí.

—Pero este equipo parece nuevo. Apenas se usó. ¿Por qué comprar un equipo nuevo y luego no usarlo nunca?

Echa un vistazo a la habitación y, por primera vez, me fijo en su expresión atormentada. —Nunca usé esta habitación. Era de mi hermano.

—¿Yasha?

Adrik asiente. —Solía venir aquí. Y ahora ya no.

—¿Por qué no?

Suspira y aparta la mirada de mí, en dirección al grupo de sombras del fondo del espacio. Sigo su mirada, pero no veo nada.

—Vuelve a tu habitación —dice finalmente.

—¿Es ahí donde se espera que me quede? —pregunto—. Si tanto te importan las apariencias, parece que deberías preocuparte por lo que pensará la gente de que tu mujer esté confinada en su habitación.

Sacude la cabeza. —Todos asumirán que te follé hasta que no pudiste caminar.

Me ruborizo. Me odio por apartar la mirada, pero no puedo mantener el contacto visual con él. Si me mira lo suficiente, podrá ver mis sucios sueños escritos en mi cara.

Ahora que lo pienso, quizá ya lo haya hecho.

—Oh, vamos —ronronea viciosamente—. No me digas que ya estás pensando en suplicar, Emery. Supuse que aguantarías más que esto.

Me pongo rígida. ¿Cómo demonios puede leerme tan fácilmente?

Entrecierro los ojos. —En tus sueños.

En *mis* sueños, más bien. Pero lo que Adrik no sabe no me matará.

Se encoge de hombros. —No importa. Estaremos ocupados esta noche, de todos modos.

—¿Ocupados con qué? —pregunto—. ¿Por el perro de Isabella?

—Qué atrevido por tu parte sacar ese tema ahora que estamos solos —camina hacia mí—. Crees que Isabella te mantendrá a salvo, ¿no? ¿Un pequeño escudo que puedes sostener delante de ti y salirte con la tuya?

—Tú fuiste el que accedió a comprarle lo que quisiera.

—Te lo preguntaré otra vez: ¿tengo que hacerla sufrir? Ella sabe que soy un milagro en su vida. Tú eres la que elige hacer de esto una tortura, Emery. Todo podría ser mucho más fácil.

—Pero solo si obedezco todas tus órdenes y mantengo la boca cerrada, ¿verdad? —sacudo la cabeza—. Ese barco ya ha zarpado. No soy esa clase de chica.

Da otro paso hacia mí y vuelvo a notar lo cerca que está. Demasiado cerca.

—Como quieras. Tomaré lo que quiero de ti por la fuerza.

—Pero dijiste que no... dijiste que tendría que pedirlo...

Sonríe. —Saca tu mente de la cuneta, Emery. No todo es sexo. Pero —añade—, si quieres que te extienda en una de estas colchonetas, solo tienes que decirlo.

Doy un tembloroso paso atrás y golpeo algo. Grito de sorpresa antes de darme cuenta de que es solo el saco de boxeo.

Adrik sonríe e iguala mi paso, manteniendo esa delgada distancia.

—O quizá te folle delante de los espejos —reflexiona—. Así podrás ver todo lo que te estoy haciendo. Todo lo que me rogaste que te hiciera.

—Que te follen.

—Di "por favor" y puede que te deje hacerlo.

La necesidad insatisfecha de anoche late entre mis piernas como un segundo latido. Aprieto los muslos. —Déjame en paz. Seré tu falsa esposa, como acordamos, y tú... quédate en tu lado de la casa.

Adrik recorta la última distancia que nos separa con un largo paso. Agarra el saco de boxeo y tira de él hacia delante, aprisionándome entre él y el saco. Su longitud se siente dura en mi muslo. Difícil de ignorar.

—¿Mi lado de la casa? —ríe a carcajadas—. Todos los lados son míos. Toda la casa es mía. Tú eres mía. Estás en mi mundo, Emery. Cuanto antes lo entiendas, mejor irán las cosas. Yo pongo las reglas aquí.

—Sigo siendo un ser humano libre —protesto débilmente—. Puedo elegir.

Él asiente. —Así es. Como esta noche. Mi padre nos acompañará a cenar para conocerte. Espero que elijas comportarte lo mejor posible.

—¿Como un puto perro? Sí, claro.

Ladea la cabeza y me observa. —Tienes la opción: obedecerme... o sufrir.

A pesar de mis bravuconadas, el corazón me golpea el pecho y me sacude la caja torácica. Los labios de Adrik se separan al exhalar. Y, por un delirante segundo, creo que se inclinará para besarme.

Peor aún...

Creo que quiero que lo haga.

Luego, suelta el saco de boxeo.

La pérdida de presión en la espalda me hace retroceder a trompicones, luchando por mantenerme en pie. Cuando vuelvo a levantar la vista, Adrik se aleja de mí.

Antes de cruzar la puerta, mira por encima del hombro y dice—: La elección es tuya. Elige con

sabiduría.

ADRIK

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —pregunta Stefan.

Lo miro desde el otro lado de la mesa. Está de pie detrás del asiento de honor, donde mi padre se sentará en menos de quince minutos.

Y parece preocupado.

—¿Estás dudando de mí? —pregunto.

—Nunca —dice Stefan—. Pero sé que no debo subestimar a tu padre.

Es un error por mi parte intentar dividir las lealtades de Stefan. No importa que Stefan sea mi mejor amigo y mano derecha. Mi padre sigue siendo su jefe.

Por ahora.

—Decirle que me voy a casar no será suficiente. Tiene que verlo. Tú lo sabes.

Stefan asiente—. Eso es exactamente lo que me preocupa. Lo que verá.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, ustedes dos no son exactamente... acogedores.

Estábamos bastante cómodos esta mañana. Cuando Emery estaba entre el saco de boxeo y yo, solo podía pensar en follármela contra él. Dejar que el peso rebotara contra su espalda, metiéndome más dentro de ella. Cómo podría llevarla a las colchonetas y verla gemir en una docena de reflejos diferentes a la vez.

—Se supone que esto no es un maldito cuento de hadas —gruño.

Stefan resopla. —Esa no es la verdad. No estás hecho para hacer de príncipe azul.

—Qué gracioso. Estaba pensando que serías perfecto como un enanito molesto.

Muestra esa sonrisa insolente que tanto le gusta. Luego empieza a darse golpecitos en la barbilla, como si estuviera a punto de compartir algún pensamiento genial con el mundo y todos tuviéramos la suerte de oírlo.

—Estás pensando algo —murmuro—. Odio cuando empiezas a pensar cosas.

—Entonces... ¿no sientes nada por Emery?

Pongo los ojos en blanco. —Por el amor de Dios.

—Hablando como el tipo que tuvo que encontrar a alguien que cría perros de servicio, conseguir un equipo de instalación de telesillas aquí a las seis de la mañana en un fin de semana, y luego conseguir un vestido hecho a medida con las especificaciones de Emery... Sí, pienso que hay una posibilidad de que te guste un poquito más de lo que requiere un matrimonio arreglado.

Aprieto los dientes. —El perro es para Isabella. ¿Sugieres que haga sufrir a la niña por el desafío de su madre?

—No, pero...

—Y el vestido es para la cena de esta noche. Conocerá a mi padre —continúo—. ¿Debo dejar que mi futura esposa se presente en chándal para conocer a Vadim?

Stefan suspira. —No es lo que estoy diciendo, pero...

—Hago lo que tengo que hacer para que esta situación sea vivible, Stefan. No malinterpretes esto como otra cosa. Seguro que no es amabilidad.

Stefan da un paso atrás y levanta las manos. —Mea culpa. Entendido.

Antes de que pueda redoblar la apuesta, la puerta se abre y entra Emery con el vestido en cuestión.

Le queda tan bien como sabía que le quedaría. La tela negra se ciñe a las suaves curvas de su cuerpo y le rodea los tobillos. Sus pechos llaman la atención, resaltados por el escote redondo y los tirantes finos. A lo largo de la cintura lleva un panel de malla con finos refuerzos, que ciñen su cintura y le confieren una impecable silueta de reloj de arena.

Aprieto las manos bajo la mesa. Imagino que las aprieto alrededor de su cuerpo y luego su cuerpo se aprieta alrededor de mi polla.

Stefan silba. —Te ves increíble...

—Fuera —le digo bruscamente.

Se va con esa sonrisa omnisciente en la cara. Tiene suerte de que no se la quite a la fuerza. Tiene aún más suerte de que lo deje salir de la habitación después de silbarle a Emery al salir por la puerta.

—Gracias, Stefan —murmura Emery. Por un momento, parece realmente contenta.

Hasta que se vuelve hacia mí.

El pintalabios rojo brillante y la sombra de ojos ahumada resaltan el verde de sus ojos. La ira también podría resaltarlo. Porque parece absolutamente furiosa.

—¿Quién coño te crees que eres? —sisea mientras avanza hacia mí—. No soy una muñeca para vestir. Soy perfectamente capaz de elegir mi propia ropa.

—Por encantadores que sean tus vaqueros manchados, pensé que esta cena requeriría algo un

poco más bonito.

—Yo misma traje un vestido.

Arqueo una ceja. —¿El que llevabas en mi fiesta? ¿El que Malcolm eligió para ti? —aprieta los labios rojos y mira hacia otro lado.

—Mhmm —continúo—. Eso es lo que pensaba.

—Que te follen —escupe.

—Tal vez más tarde. Si te portas bien.

Antes de que pueda decir nada más, las puertas tras ella vuelven a abrirse. Me pongo en pie y rodeo la mesa para reunirme con Emery justo cuando mi padre atraviesa la entrada.

Por un segundo, creo que Emery se alejará de mí. Pero, en cuanto ve a mi padre, se acerca más.

Quizá realmente escuchará por una vez. Quizá haga lo que le pedí y se porte bien.

Aun así, merece la pena recordárselo. Le apoyo una mano en la parte baja de la espalda y me inclino hacia ella. —Es hora de elegir, *kiska* —le susurro al oído.

Se pone rígida y palidece de pies a cabeza. Reprimo una sonrisa. Mi padre nos mira aburrido durante un segundo. Luego arrastra los pies y se sienta a la cabecera de la mesa.

—¿Vamos a comer o no? —pregunta—. Me muero de hambre.

Suspiro y empujo a Emery hacia delante. —Bienvenida a la familia.

~

NO RECUERDO la última vez que vi reír a mi padre.

Sin embargo, solo esta noche, se ríe al menos tres veces. Cada vez de algo que Emery ha dicho.

"Bizarro" se queda corto.

—...Lo hizo. Adrik me robó de mi cita —dice Emery, sonríe y pestañea a mi padre—. En medio de la fiesta, se acercó, me apartó de mi cita y bailamos.

Mi padre se reclina en su silla, hace girar delicadamente su cuchara de postre entre los mismos dedos con los que le he visto matar hombres.

Ahora apenas consigue alimentarse. Lo disimula bien, empujando la comida en el plato y llevándose pequeños bocados a la boca. Pero está enfermo y empeora.

—¿Ha sido mi hijo un caballero? —pregunta.

—No desde el día en que nací —exclamo.

—Sí, lo ha sido —insiste—. Bueno, al menos para mí es un caballero. No estoy segura de que mi cita comparta esa opinión.

Mi padre se ríe entre dientes. —Así somos los Tasarov. Vamos tras lo que queremos, sin importar los obstáculos.

—Y lo hizo —Emery desliza su silla más cerca de mí. Con una pequeña mirada a un lado, sería capaz de ver directamente la parte delantera de su vestido. Se necesita una enorme fuerza de voluntad para a resistir la tentación—. El compromiso fue un torbellino.

Mi padre bebe un trago y se aclara la garganta. —Sí, me sorprendió.

Su actuación no es convincente. No creo que fuera su intención tampoco. Es un secreto a voces que esto es una farsa, pero nadie lo dirá directamente. Al menos tiene que haber una ilusión. El último deseo de un rey moribundo.

—Especialmente dadas tus... circunstancias —añade.

Siento a Emery endurecerse contra mi costado.

—¿Qué circunstancias serían esas? —pregunto, entrecerrando los ojos.

Mi padre sonríe. Aunque, como de costumbre, no hay ni una pizca de calidez. —Su hija, por supuesto.

Emery y yo nos quedamos estupefactos. Inspira con fuerza, pero hace lo posible por disimularlo.

Me inclino hacia delante. —¿Cómo sabes de Isabella?

—¿Se llama así? —pregunta—. Vi cómo instalaban el elevador y pensé que quizá lo habían hecho por mí. Estaba a punto de arrancar la maldita cosa de la pared cuando me enteré de que ahora vivía aquí una chica lisiada.

Emery se sacude como si la hubieran golpeado físicamente. Pero su cara no delata nada que se esté gestando bajo la superficie.

A pesar de la falta de elocuencia de mi padre, se está comportando.

Tal y como pedí.

Buena kiska.

—Mi hijo te debe querer mucho si está dispuesto a asumir esa carga —continúa alegremente.

—Isabella no es una carga para nadie —gruño en voz baja y peligrosa—. Y desde luego no está "lisiada".

—¡Puaj! —agita la mano—. Ya sabes lo que quise decir.

—No, no lo sé. Pero está olvidado. Siempre y cuando no vuelvas a hablar así de ella.

Mi padre me mira a lo largo de la mesa. Puedo ver la guerra librada en su interior.

Ira por retarlo.

Orgullo por mantenerme firme.

El tipo de audacia que hace desobediente a un hijo es la misma que hace poderoso a un jefe. El

acto de equilibrio entre los dos es... tenso, por decir lo menos.

Al final, suspira y se aparta de la mesa. —Acompáñame a mi coche, Adrik.

Emery se queda en su asiento mientras nos levantamos y nos vamos. Mi padre no le ofrece una despedida, y ella no la busca.

Quizá sobreviva en este mundo después de todo.

En cuanto estamos en el pasillo, los hombros de mi padre se hunden. Durante toda la cena se mantuvo erguido y con la barbilla alta. Ahora que estamos solos, deja caer esa postura regia.

—Eso fue convincente.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

Hace girar una mano débilmente en el aire. —Defender a su hija. Casi creí que amabas a la chica.

—Es una niña. Bastante fácil de defender si...

—La niña no, *durak* —regaña—. Su madre.

Me pongo rígido y aprieto la mandíbula. —Por eso se casa la mayoría de la gente, ¿no?

—La mayoría de la gente tal vez —dice—. Pero tú no, hijo mío. Te casarás porque yo lo hice un requisito previo.

Duda un momento en el vestíbulo antes de volverse hacia las puertas principales. —Podrías quedarte en tu suite esta noche —ofrezco—. Está lista para ti.

Sacude la cabeza. —Estoy más cómodo en mi casa. Con mi propia cama. Y mi propia morfina.

Lo sigo hasta la cálida noche, esperando que diga algo más, pero no lo hace. Mi padre siempre supo cómo manipular una pausa. Nadie puede decir más en un silencio que él.

—Dale las buenas noches a Emery de mi parte —menciona casualmente.

—Te gustó, ¿eh?

—No importa mucho si me gusta tu mujer, hijo mío. Tus sentimientos son más importantes.

Pongo los ojos en blanco. —Puede que te estés muriendo, pero ambos sabemos que no eres tonto.

Suspira. —Quería que te casaras porque creí que sería bueno para ti. Y, por lo que vi de esa mujer, será buena para ti. Incluso si es una prostituta que contrataste y disfrazaste.

—Emery no es...

—Ahórratelo —me interrumpe—. ¿Encontraste una prometida dos días después de que te dijera que necesitabas una esposa? Si no es una prostituta, la secuestraste. Ninguna mujer en su sano juicio aceptaría esto.

—Ella no es...

—Me importa una mierda —el viejo suspira—. Como dije, creo que ella será buena para ti. De todos modos, sí que supo interpretar el papel. Una es tan buena como la otra.

Discutir con él no me llevará a ninguna parte. Y en realidad no me importa lo que piense.

Seré jefe cuando todo esté dicho y hecho. Hasta entonces, puede pensar lo que quiera.

Un coche está parado en la entrada. Cuando nos acercamos, el conductor se baja para abrirle la puerta trasera.

—Cada vez me cuesta más salir de casa —dice, agarrándose a la parte superior de la puerta para mantenerse erguido. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que le costaba andar—. No estoy seguro de volver aquí. Dale mis saludos a tu mujer.

—Eso ya lo has dicho.

—Entonces asegúrate de hacerlo.

—Ella no es mi esposa todavía.

—No, supongo que no —estrecha los ojos—. Pero lo será. Creo que será...

—Buena para mí. Ya lo sé. Ya dijiste eso también.

Sonríe, pero no llega a sus ojos. Son fríos y distantes. Bloques de glaciar ya vueltos hacia el océano abierto. —Ya soy un anciano. ¿Y yo qué sé? Pensé que Sofía también sería buena para ti. Y mira cómo resultó.

Sin decir nada más, mi padre se mete en el asiento trasero del coche.



EMERY ME ESPERA en el pasillo cuando vuelvo a entrar.

—Ya puedes volver a tu habitación —le digo cruelmente—. He terminado contigo.

O no capta la indirecta o prefiere ignorarla. —Gracias —dice en su lugar—. Por decir lo que dijiste. Sobre Isabella. Eso fue... Fue muy amable.

—No lo dije por ser amable.

Paso junto a ella y se pone a mi lado. Tiene que apurarse para seguirme con sus tacones. —Eso no significa que no lo fuera.

¿Mi padre cree que será buena para mí? ¿Cree que esto será bueno para mí? ¿Ser acosado cuando todo lo que necesito es un puto momento de paz?

La rodeo, parándola en seco. —Deja de buscar...

—Deja de buscar algo bueno en mí —dice, con voz risueña—. Lo entiendo. Dios sabe que ya lo has dicho bastante. Y créeme, no lo intento. Pero cuando la gente defiende a mi hija, soy agradecida. Así que te lo agradezco. Haz con eso lo que quieras.

—¿Ya hemos terminado?

Se encoge de hombros. —No lo sé. ¿Terminamos? ¿Le gusto a tu padre o tienes que ir a buscar otra falsa prometida?

Emery no quiere decir nada con ello, pero sus palabras vuelven a traer a Sofía al primer plano de mi mente.

Mi padre acaba de admitir que se equivocó con ella. Pensó que Sofía era la pareja adecuada. Que se integraría perfectamente en nuestro mundo.

Y entonces... no lo hizo.

Emery será igual. Por lo que este falso matrimonio terminará lo antes posible.

No pondré a mi Bratva en riesgo por una mujer nunca más.

EMERY

Al día siguiente, en cuanto Adrik me ve sentada en el asiento del copiloto de su Aston Martin, frunce el ceño.

Es una lástima, porque lo estaba admirando cuando bajaba de la casa. Bajó los escalones y echó un vistazo al cielo, inhalando el aire de la mañana con el rostro más relajado de lo que ha estado nunca cuando está dirigido hacia mí.

Por un segundo, parecía notablemente... humano.

Ahora, ha vuelto a su forma estándar. Frunciendo el ceño y acechando hacia el vehículo como un vikingo listo para saquear.

Antes de que pueda coger el pomo de la puerta, pulso la cerradura.

Sin romper el paso, pulsa el botón de desbloqueo del llavero y abre la puerta de un tirón. —¡Fuera!

—Voy contigo.

—No, no lo harás. Fuera.

Cruzo los brazos. —Oblígame.

Se inclina hacia mí, con su aliento mentolado en la cara, y gruñe—: No hay límite para lo que te haré hacer si yo lo decido, Emery —luego se endereza y suspira—. Pero hoy no estoy de humor para hacer esto contigo. Sal del coche.

Me planteo mantener mi posición. Pero sé lo que pasará si lo hago: Adrik me sacará del coche como si fuera un saco de patatas, me tirará al suelo como un saco de patatas y se marchará sin mirar atrás ni importarle una mierda lo que me pase después, como si no fuera más que un saco de patatas.

De mala gana, muevo una pierna y salgo del coche.

—Buena chica.

Se da la vuelta para ir al asiento del conductor, pero, antes de que pueda irse, cojo su mano y la agarro con las dos mías.

—Quiero ir contigo —suplico—. Por favor, déjame ir.

Sonríe cuando escucha mis palabras.

Pongo los ojos en blanco e intento ocultar mi rubor. —Ahórrame la broma de que un día gritaré esas palabras en tu cama y déjame ir a recoger al maldito perro contigo.

—No es una broma. Es un hecho que me dirás exactamente esas palabras —dice, con un delicioso rumor en la voz. Retira su mano de la mía—. Pero imagino que estaremos en un lugar más excitante que una cama. Porque cuando por fin te rompas será espontáneo. Irresistible. No habrá tiempo para buscar un colchón.

Trago saliva y se me hace un nudo en la garganta. —Solo quiero ayudar a elegir el perro de Isabella. Es importante y quiero asegurarme de que elegimos la mascota adecuada para ella. Además, pareceremos más una pareja de verdad si voy contigo. Seguro que al criador le gustará.

—Me importa una mierda lo que le guste o no al criador —gruñe Adrik—. Y, después de lo de anoche, estoy menos que convencido de que sepas interpretar el papel.

—¿Qué significa eso? —frunzo el ceño.

Pensé que la cena iba bien. Hasta que Vadim dijo que mi hija era una carga, claro. Entonces me dieron ganas de romperle uno de los jarrones azules de la mesa en la cabeza.

No me importa si es un viejo enfermo o no. Si dices ese tipo de mierda sobre mi hija, estás pidiendo una bofetada.

Afortunadamente, Adrik puso a su padre en su lugar antes de que tuviera que hacerlo.

—Cree que eres una prostituta que contraté para que se hiciera pasar por mi prometida.

Me pongo pálida. Bien, ahora definitivamente desearía haberle roto un jarrón en la cabeza. —¿Qué demonios se cree que es esto, *Mujer Bonita*?

—¿Se supone que debo saber lo que significa?

—Olvídalo —refunfuño—. Fue el vestido. ¿Quién se pone un vestido con malla en el medio para conocer a su suegro?

Adrik sacude la cabeza. —El vestido era perfecto.

—Para ti, quizá. Pero no para tu padre. Por eso sé que tengo que ir contigo a elegir este perro, porque en realidad no lo sabes todo, Adrik.

—Estás equivocada, como siempre.

Sacudo la cabeza. —No. Tú...

—Por el amor de Dios, mujer, haz lo que te digo por una vez.

—Eso es irónico, viniendo de ti —me burlo—. No has “hecho lo que te han dicho” ni un solo día en toda tu malcriada vida.

Esa puya cumple su cometido. Presiona el botón correcto.

Se me echa encima en un instante, incluso más rápido de lo que esperaba. Una mano en mi cadera, la otra en mi garganta. Siento la llave del coche clavándose en la suave piel de mi mandíbula.

Pero esa es la menor de mis preocupaciones.

Porque la erección de Adrik se clava en la suave piel de debajo de mi vientre, y eso me preocupa mucho más.

—Me empujas y me picas porque crees que estás a salvo de mí —me suelta en la cara con el gruñido más bajo y venenoso que jamás le oí—. Crees que no haré las cosas que te dije que haré. Pero te prometo esto, *kiska*: hice cosas que ni siquiera puedes soñar. Y pensaré en nuevas cosas especiales solo para ti. Solo para oírte gemir. Solo para oírte suplicar. Solo para oírte gritar.

Me mira fijamente a los ojos durante unas cuantas respiraciones más. Sus manos ejercen una fuerte presión sobre mi piel desnuda. No sé si ardo o tiemblo. Todos mis sentidos se han vuelto locos.

—¿Eso es un sí o un no? —raspo en su cara.

Incluso a mí me sorprende lo desafiante que soy. Es un susurro, pero duro. Lleno de todo el fuego que puedo reunir.

Y, para mi eterna sorpresa... Funciona.

Me suelta y retrocede, dejándome, frotándome cautelosamente la garganta y con dolor entre los muslos.

—Espero que hagas lo que te pido —dice—. Que seas lo que prometiste ser. Sonríe, ríete y revolotea como si no tuvieras dos neuronas que hagan sinapsis. Pero no te atrevas a meterte en mi camino.

—¿Eso es lo que crees que es una esposa?

—Eso es lo que *sé* que es mi mujer.

—Qué encantadoramente progresista.

Solo suspira. —Entra en el coche, Emery. Y no digas ni una maldita palabra.



FIEL A SU PALABRA, Adrik no habla durante el trayecto hasta el criador. Se queda sentado mirando al frente y solo se mueve cuando es necesario para manejar el vehículo. Es casi como si fuera un robot.

Y realmente no sé si lo es. Nunca vi pruebas de lo contrario. Ciertamente explicaría muchas cosas. Como por qué es tan frío. Y por qué parece una fantasía hecha realidad.

Ver a alguien conducir no debería ser una experiencia sexual, pero cuando Adrik baja la mano con confianza para poner el intermitente y luego gira el volante... Dios mío.

La luz del sol resplandece en su piel bronceada, proyecta sombras sobre la extensión de sus antebrazos. Veo sus músculos trabajando bajo la piel, tensándose y estirándose.

Quiero recorrer sus brazos con los dedos. Quiero enroscar mis manos alrededor de sus bíceps, deleitarme con su fuerza. Me tumbaría boca arriba con él encima. Sus brazos me atraparían. Me aferraría a él, apoyada en su cuerpo incluso cuando se deslizara dentro de mí...

—¿Qué estás mirando?

Parpadeo, salgo de mi ensoñación en un instante y me encuentro con Adrik mirándome. Vuelve la vista a la carretera y luego a mí.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Qué estás mirando?

Niégalo, niégalo, niégalo, dice la voz en mi cabeza inmediatamente. *Miente como una bellaca.*

—Te estaba viendo conducir —digo, como si fuera obvio—. No sé cómo hacerlo.

—¿No sabes conducir? —pregunta.

—No suenes tan sorprendido.

—Eres demasiado...

—¿Inteligente? —sugiero—. ¿Completa? ¿Guapa?

—Testaruda —dice en su lugar—. Me sorprende que alguna vez dejes que alguien te lleve a algún sitio.

—Eso casi suena como un cumplido.

—No lo es.

Pongo los ojos en blanco. —Bueno, habría aprendido a conducir, pero mi padre nunca quiso que aprendiera.

—¿Por qué no?

¿Estoy alucinando o Adrik Tasarov me está preguntando por mi vida? Me apresuro a levantar mi metafórica mandíbula del suelo para responder.

—Creo que sabía que, si aprendía a conducir, me subiría al coche y no volvería jamás —le explico—. Quiero decir, podría haberme subido a un autobús en cualquier momento, pero hay algo liberador en un coche, ¿no?

—Supongo.

—No, lo hay —insisto—. Todo lo que necesitas es gasolina y puedes conducir todo el tiempo que quieras. A donde quieras. Impedirme conducir fue su modo de cortarme las alas.

—Te sientes atrapada.

—Ahora mismo no —admito—. Me dejaste venir contigo. Eso es un comienzo.

—No es el comienzo de nada. No te acostumbres.

Me vuelvo completamente hacia él. —¿Por qué no? Este matrimonio es un negocio, no una pena de prisión. Tienes un todoterreno en el que cabe la silla de ruedas de Isabella. También podemos llevarla con nosotros.

—Vaya, qué puta foto —se burla—. Tú, yo, Isabella y un perro, todos cargados en el todoterreno. ¿Dónde crees que vamos en esta fantasía tuya? ¿Crees que los hombres como yo vamos al mercado? ¿Crees que hacemos excursiones al acuario?

Me siento un poco estúpida, pues obviamente no puedo ni imaginármelo en ninguno de esos lugares. Pero me mantengo firme.

—A cualquier sitio. Podemos ir donde queramos.

Sacude la cabeza. —No. *Yo* puedo hacerlo. Eso no significa que sea seguro para ti.

Recuerdo a las mujeres en la fiesta la noche que conocí a Adrik. Sus susurros sobre que estaba *conectado*. ¿Conectado a qué? Nunca me lo dirá, lo sé. Y, mientras insista en mantenerme con la correa tan corta, no estoy segura de averiguarlo nunca.

—Esto es exactamente por lo que quiero que Isabella tenga un perro de servicio.

Me mira, pero no dice nada, así que continúo.

—Para que tenga libertad —continúo—. Cuando esté lista para salir y explorar el mundo, no quiero ser la razón por la que no se sienta segura o capaz. Quiero que sepa que puede hacer y ser lo que quiera.

—Eso está bien, pero...

—Pero ¿qué? —suelto.

—La libertad también puede ser peligrosa.

—Tal vez, pero no lo creo. Además, eso no importa.

—Nada más importa si estás muerto. Así que sí, diría que importa.

—No si es a costa de vivir —alzo la vista y me doy cuenta de que pasamos a una carretera de grava. El edificio está enfrente. Incluso desde aquí puedo ver perros corriendo detrás de vallas de cadenas—. Las jaulas son seguras, pero no puedes vivir tu vida en una.

Adrik solo gruñe.

Aparcamos y salimos, ambos erizados de rabia y frustración contenidas.

La gente que trabaja en el centro de adopción debe estar esperándolo, porque dos de los empleados se apresuran a esconderse en la trastienda antes de que podamos abrir la puerta de cristal. El único hombre que queda traga saliva cuando nos acercamos al mostrador.

—Vengo a recoger a un perro de servicio —Adrik frunce el ceño—. Tasarov.

El hombre sonríe, aunque es de forma temblorosa y forzada. —Sí. Sr. Tasarov. Aquí tengo su nombre. Tiene programada una primera visita para hoy.

—Esto no es una primera nada. Es una última. Hoy me voy con el perro.

No estoy segura de si es posible ver la vida de otra persona pasar ante sus ojos, pero creo que acabo de ver cómo le ocurría al pobre hombre detrás del mostrador.

Hace un gesto de dolor. —Le pido disculpas, señor, pero creo que puede haber habido un error de comunicación. Tenemos un proceso que estamos legalmente obligados a seguir con todas las adopciones. Para registrar un perro de servicio hay protocolos y...

—¿No les pagué lo suficiente, hijos de puta, para que se ocupen de todo eso?

—Ese era el acuerdo, pero...

—No *era*. *Es* el acuerdo.

—Lo siento, señor —el empleado parece mayor que yo, quizá cerca de los treinta, pero es la mitad del tamaño de Adrik. Y por el sudor que le corre por la frente, es muy, muy consciente de ello —el dueño dejó una nota especial en su expediente. Dice que tenemos que seguir el protocolo habitual.

—¿Dónde está el dueño? —la voz de Adrik se entrecorta. La amenaza está implícita.

El hombre vuelve a tragar saliva. —Está... fuera por hoy.

—Entonces *tráelo* por hoy.

—No... no puedo hacer eso —dice el hombre—. Está... fuera de mi alcance.

—El bastardo sin carácter hizo un trato conmigo. Si se echa atrás, quiero que me lo diga en la cara.

—Puedo llamarlo, pero no contesta —gimotea el hombre—. Por favor, señor. Lo siento, pero no sé...

—No tienes ni puta idea de nada, por lo visto.

—Señor, si no...

Adrik avanza sobre el pobre tipo. —Si no ¿*qué*? —gruñe—. Anda. Termina la frase.

Veo cómo la nuez de Adán del hombre sube y baja con el miedo más puro que vi nunca. —Me alegra ayudarlo hoy, señor, pero si monta una escena, no tendré más remedio que llamar a la policía.

Veo el músculo de la mandíbula de Adrik crisparse. El que significa *implosión inminente*. Este enano tonto y orgulloso está a punto de convertirse en una mancha en el suelo si no hago algo.

Adrik abre la boca para hablar. Ahí es cuando me abalanzo.

—¡Cariño! —Me abalanzo hacia adelante y agarro el brazo de Adrik.

Intenta sacudirme rápido, pero lo rodeo con los brazos y me derrito a su lado. Gruñe, pero cede.

—Querido —arrullo—, este pobre hombre solo hace su trabajo. No puede ayudarnos. No es culpa suya ser un inútil.

El labio de Adrik se curva disgustado. —Soy perfectamente capaz de eliminar el problema.

Me muevo alrededor de Adrik, poniéndome entre él y el mostrador. —Vamos, cariño —ronroneo —. Hagamos las entrevistas tontas. Será divertido.

—¿Es así?

Me muerdo el labio inferior y asiento. —Entonces, cuando termine, te lo compensaré.

—¿Es *así*?

La voz de Adrik es grave. Llena de insinuaciones.

Por un segundo, olvido que hay alguien más en la habitación con nosotros. Por un segundo, olvido que estamos fingiendo.

Aprieto los muslos ante la repentina oleada de calor. —Tienes carta abierta —susurro—. Lo que quieras.

Me coge la barbilla. Si otro hombre lo hiciera, podría ser lindo. Cuando Adrik lo hace, es un acto de pura posesión.

—¿Estás segura de que este perro vale la pena, Emery?

Esto es solo fingir. Es un juego. Una actuación. Nada de esto es real.

Y, lo que es más importante, es por Isabella.

Lentamente, asiento. —Sí.

Se agacha para poder susurrarme al oído—: Pues dilo.

Sé lo que está pidiendo.

Y, por una vez, voy a darle exactamente lo que quiere.

Me inclino hacia atrás y le sonrío, intentando ignorar lo mucho que tiemblo de pies a cabeza. —Por favor, Adrik. Por favor.

Él me devuelve la sonrisa. —Buena chica.

~

—GRACIAS POR SER TAN COMPRENSIVOS, Sr. y Sra. Tasarov.

Una mujer de mediana edad llamada Diane nos acompaña de vuelta a través de las perreras y hacia el vestíbulo. La entrevista fue todo lo bien que podría haber ido. Adrik se quedó pensativo y me dejó hablar a mí.

Pero Diane fue de lo más agradable. Juró que la entrevista no era más que una formalidad y selló todos nuestros documentos.

—El cachorro será suyo enseguida —prometió con una sonrisa radiante. Incluso Adrik casi sonríe ante eso.

Pero esa sonrisa hace tiempo que desapareció. Estamos de pie en el borde del estacionamiento.

Y en medio hay un mar de luces rojas y azules de la policía, todas convergiendo hacia una cosa: el coche de Adrik.

ADRIK

La ventana delantera está hecha añicos. Hay cristales esparcidos por el asfalto, brillando como diamantes bajo el sol de media mañana. La mitad de los compartimentos de mi guantera están esparcidos por el techo.

—¿Tenemos algún problema, caballeros? —pregunto mientras me acerco. Emery se aprieta contra mi costado. No sé si es por mí o por ella.

Durante la entrevista con los malditos imbéciles del criador, dejé que Emery me diera un masaje en el brazo y fingiera que me calmaba. Ahí dentro, era una farsa.

Pero ahora, su tacto es lo único que me mantiene atado incluso a la falsa calma.

Por dentro, estoy furioso.

El agente más cercano se vuelve hacia mí. Su bigote parece un único pelo suelto que descansa sobre su labio. —¿Quién es usted, señor? —frunce el ceño.

—El dueño del coche que estás destrozando —le digo—. ¿Quién coño eres tú?

Se lleva la mano al arma de fuego que lleva en la cadera. Emery se pone rígida, lista para la violencia. Tal vez pueda tener éxito en mi mundo, después de todo.

—Recibimos una pista de que este coche fue robado.

Lo sé de inmediato: *Mentira.*

—¿Recibiste una pista sobre una ventana rota también? —pregunto con desgana—. ¿O tu porra simplemente resbaló y cayó sobre ella?

El hombre tiene la audacia de parecer ofendido. —¿Por qué no se hace a un lado conmigo, señor? —mira a Emery—. Y usted puede...

—No te muevas —sujeto su mano con la mía—. Ella se quedará conmigo. Y los dos nos quedaremos con mi coche.

El hombre parpadea sin saber qué decir. Su boca forma una línea casi tan fina como su bigote. —Espere mientras verificamos todo.

Tan pronto como se da la vuelta y camina de nuevo hacia el coche, Emery exhala un aliento

tembloroso. —¿Qué está pasando?

—Ahora no.

—Pero, Adrik... ¿estás en problemas? ¿Has hecho algo? —pregunta—. ¿Se trata de tus... conexiones?

Mi mano se convierte en un grillete de hierro alrededor de su muñeca. —Ahora. No.

Ella asiente temerosa.

La suelto justo cuando un oficial canoso y con barriga cervecera se acerca a nosotros.

—Sr. Tasarov —dice con confianza—. Disculpe. Recibimos una llamada sobre un coche robado y luego encontramos su vehículo con la ventanilla destrozada. Mis hombres supusieron lo peor.

—¿Supusieron que el ladrón podría haber estado escondido en la guantera?

—Procedimiento estándar. Esperaban averiguar a quién pertenecía el vehículo.

—Efectivamente —digo, sonando tan poco convencido como me siento—. Supongo que las matrículas ya no son lo que eran.

El oficial se ríe incómodo. —Están poniendo todo en orden y luego nos iremos.

—Bien. Ahora, aleja a tus hombres de mi puto coche.

Quiere decir algo. Lo veo en el entrecerrar de sus ojos, el aleteo de sus fosas nasales. Pero tiene la sabiduría de contenerse. En lugar de eso, inclina la cabeza y retrocede.

—Que tenga un buen día, señor.

—Púdrete en el infierno —murmuro en voz baja. Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Stefan.

—¿Qué está pasando? —susurra Emery—. ¿Quién denunció el robo de tu coche? ¿Por qué la policía rompió tu ventana?

La ignoro y espero a que Stefan conteste. Lo hace al segundo timbrazo.

—¿Hola?

De fondo oigo una risa. Isabella, supongo, aunque con Stefan nunca se sabe.

—Necesito que recojas a Emery —le digo.

Emery y Stefan responden al mismo tiempo. —¿Qué?

—Pensé que estabas con ella —dice—. Estoy vigilando a la chica.

Hay otra ronda de risitas de fondo, y entonces oigo el estruendo de los karts.

—Tengo que ir a otro sitio ahora —le explico—. La policía está husmeando.

Stefan le dice algo a alguien al otro lado del teléfono y luego la línea se silencia. Debe haber salido al pasillo. —¿Qué quieres decir con “la policía está husmeando”?

—Quiero decir que estos malditos idiotas acaban de romper mi ventana delantera en el estacionamiento y registraron mi puto coche para ver qué podían robar.

—Como si fueras a dejar pruebas incriminatorias en la guantera —resopla.

—Aparentemente, piensan que soy tan estúpido como ellos.

Emery tira de mi brazo. —Adrik, ¿qué está pasando?

Le lanzo una mirada de advertencia y me alejo de ella, girando hacia el edificio del criador. Una pequeña multitud se ha reunido justo detrás de las puertas de cristal. Se escabullen como hormigas en cuanto se dan cuenta de que estoy mirando.

—Están desesperados —digo—. Estoy seguro de que nuestro amigo el senador Waters los envió.

Emery jadea detrás de mí. Me sorprende que haya tardado tanto en atar cabos.

—¿Así que vas a hacerle una visita? —pregunta Stefan.

—Sí. Creo que una pequeña visita acaba de aparecer en mi agenda. Por eso necesito que vengas a buscar a Emery y la lleves a casa.

—Y luego investigar a Malcolm, ¿verdad?

Hay una razón por la que Stefan es mi mano derecha. Siempre va un paso por delante.

—Desentierra algo —le digo—. Lo que sea necesario para sacar a ese cabrón de su maldita miseria.

Hay una larga pausa antes de que Stefan hable de nuevo. —Se trata de Emery, ¿no?

—Ni puta idea.

Tararea sin compromiso, lo que me hace poner los ojos en blanco. Me vuelve loco cuando se pone no verbal.

—Escúpelo, sea lo que sea.

—Nada. Nada, es solo que... ¿estás seguro de que vale la pena? —pregunta—. Isabella es una niña dulce y todo eso. Y Emery es una buena falsa esposa. Pero... ¿por qué enemistarse con un congresista por...?

—No he hecho un nuevo enemigo. Nada ha cambiado.

—Excepto que la policía está tras de ti ahora. Eso es nuevo.

—Sucede. Ya lo sabes.

Suspira. —Sí, tal vez.

—Nada de “tal vez” —le digo enfadado—. Pero si vas a empezar a dudar de mí, encontraré a alguien con algo de puta lealtad para hacer tu trabajo.

No tengo que poner a Stefan en su sitio a menudo, pero se lo toma mejor que la mayoría. Sigue adelante sin perder el ritmo.

—¿Seguro que no quieres refuerzos? —pregunta.

—¿Por un político gordo? —resoplo—. No es necesario. Estaré bien.

—Bien. Estaré allí en un momento.

Cuelgo. En el momento en que lo hago, Emery está en mi línea de visión. —¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué no me dices nada?

—Porque tengo mierda que resolver. No tengo tiempo de explicarte cada decisión que tomo.

—¿Soy tu mujer o no? —suelta.

Levanto las cejas. —No. En realidad, no lo eres.

—Eso no significa que no puedas tratarme como...

—¿Cómo qué, Emery? —siseo en su cara—. Vamos, termina la oración. ¿Cómo crees que debo tratarte?

Emery pone mala cara.

Me acerco. Hace ademán de apartarme, pero yo inclino la cabeza hacia los empleados que aún se agolpan en la puerta principal del centro de adopción. —Tenemos público. No queremos que parezca que nos estamos peleando, ¿verdad? A Diane no le gustará y, si a Diane no le gusta, Isabella no tendrá a su perro.

Gime con rabia, pero su mano cae inerte a su lado.

—Estaré feliz de tratarte como una esposa adecuada... siempre y cuando estés dispuesta a comprometerte con el papel —digo—. En *todos* los sentidos.

—Acaban de entrar en tu coche. ¿En serio estás pensando en sexo?

Ignoro su pregunta. —En mi mundo, todos tienen un rol que cumplir. Cuando estés lista para entrar de lleno en el tuyo, házmelo saber.

Si Emery se arrodillara ahora mismo y me suplicara por mi polla, se la daría. Delante de Diane y la policía y un patio lleno de futuros perros de servicio. Me importa una mierda quién esté mirando.

Tanto mejor tener testigos, en realidad. La policía puede correr y decirle a Malcolm exactamente hasta qué punto su pequeña “prometida” está perdida para él.

¿Cree que es dueño de Emery? Lo espera un rudo despertar.

Emery sale de mis brazos. Sus mejillas están sonrojadas. —Te he oído decir el nombre de Malcolm. ¿Qué tiene esto que ver con él?

—Él orquestó toda esta mierda —explico—. Envió a la policía a buscar pruebas contra mí. Apostaría mis pelotas a que rompieron mi ventana por orden suya. Y también apostaría a que las cámaras de seguridad de este aparcamiento funcionan mal hoy.

Gira nerviosamente los dedos en torno a un mechón de su larga melena rubia. —No estoy segura

de que Malcolm tenga tanto poder. Es un político, no un criminal.

—El hecho de que pienses que las dos cosas son excluyentes es entrañable —digo—. Pero ese tipo de inocencia hace que te maten en mi mundo.

Sus ojos verdes se abren de par en par. —¿Qué ha hecho?

—¿Él mismo? Nada. Hace que la gente haga el trabajo sucio por él. Como esos imbéciles uniformados.

—Pero... son la policía. Hicieron un juramento.

Me río en su cara. —Y luego vendieron su juramento a Malcolm. Solo vale lo que valga en el mercado. Ni un céntimo más.

Parece horrorizada.

Bien. Está empezando a entender.

—Bien, entiendo la parte del "cómo" —susurra—. Pero... ¿*por qué*?

La miro fijamente hasta que suma dos más dos.

—¿Yo? —pregunta incrédula—. ¿Esto es por mí?

—¿De qué otra cosa podría tratarse?

Ella resopla. —¡No lo sé! Nada de esto tiene sentido. Lo único que quiero es que Isabella reciba los cuidados que necesita. No quiero involucrarme en nada de esto.

—Tú ya estabas involucrada en esto —le recuerdo fríamente—. Solo que eras demasiado ingenua para darte cuenta.

—¡No era ingenua!

Exhalo irritado. —Si buscas que cuide tus sentimientos, pierdes el tiempo. Te diré la verdad. Y la verdad es que, si no te espabilas, Malcolm, yo u otro vendrá y te comerá.

Me fulmina con la mirada. —Esto sigue sin tener sentido.

—Tu padre es rico. Malcolm es un gusano de los bajos fondos que quiere un coño bonito para follar y algo de dinero fácil. Tú podrías darle ambas cosas.

Emery retrocede como si la hubiera amenazado con golpearla. —¡No lo digas así!

Avanzo hacia su espacio. —¿Que no diga qué? ¿La verdad? No tengo tiempo para eludir tu delicada sensibilidad, Emery. Estoy tratando de mantenerte con vida. A menos que prefieras que no desperdicie ese esfuerzo.

Aprieta los dientes, pensativa. —Dijiste que te encargarías de Malcolm —dice finalmente—. Cuando empezamos este trato, me dijiste que él no me molestaría más.

—Le envié un mensaje y le dije que se retirara. Decidió ignorar ese mensaje.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Ahora tengo que asegurarme de que mi próximo mensaje sea más fácil de entender para él. Cara a cara.

Se muerde el labio inferior. —No estoy segura de que sea una buena idea.

—¿Crees que ese puto pomposo tiene una mínima posibilidad de lastimarme? —me burlo.

—No, lo sé. No es... —Emery muerde el interior de su mejilla—. Sé que estarás bien.

—¿Entonces estás preocupada por *él*? —es tan ridículo que casi da risa.

—Es que... no quiero que nadie salga herido.

Suspiro. —Maldición, eres agotadora.

—Perdona si no entiendo "tu mundo" —dice, entrecomillando las palabras—. Para mí, todo esto es algo sacado de una película. No puede ser real.

—Es real. Métetelo en la cabeza: Malcolm te está apuntando.

—Entonces deberíamos ignorarlo, y él...

—Subirá la apuesta —termino por ella—. Lo intentará una y otra vez. Hoy es un primer y magro intento. Apenas un llamado a la guerra. Pero si no respondo pareceré débil, y Malcolm lo volverá a intentar. Y si escondo la cabeza en la arena como tú quieres, entonces estoy muerto o en prisión el día de nuestra boda, y tú te conviertes en la Sra. del Senador Malcolm Waters. ¿Es eso lo que quieres?

Emery se estremece.

—Eso es lo que pensaba —respondo—. Así que quítate de en medio y déjame hacer mi puto trabajo.

Justo entonces, Stefan entra en el aparcamiento. Atraviesa el asfalto en diagonal y se detiene detrás de Emery.

Alargo la mano y le abro de un tirón la puerta del acompañante. —Sube.

Me mira fijo. Sus ojos verdes están llenos de una emoción que no puedo descifrar. Hay miedo, pero no sé si es por mí o por ella misma.

A fin de cuentas, no importa.

No cambia lo que tengo que hacer.

ADRIK

No sé si Malcolm me esperaba o no, pero parece sorprendentemente imperturbable cuando abre la puerta.

—¡Adrik Tasarov! —dice con ese barniz cálido de mitin de campaña—. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo sabías que todavía estaba en la ciudad? Se suponía que cogería un vuelo esta mañana, pero, bueno, ya sabes cómo pueden ser las aerolíneas.

—Abre la puerta y déjame entrar, Waters.

Arquea una ceja ante mi brusquedad, pero retrocede hasta la casa, abre la puerta y me hace pasar. —Por supuesto. Adelante.

A la derecha hay un pasillo estrecho con escaleras. De las paredes cuelgan cuadros y las estanterías están decoradas con cachivaches genéricos. Parece una casa modelo, sacada de una revista. Carece por completo de personalidad.

—¿Una copa? —pregunta. Señala un carrito de bar—. Es un poco temprano, pero seguro que tengo zumo de naranja en la cocina. Podríamos...

—Estoy bien.

Asiente y se adentra en la sala de estar. —Debo admitir que no esperaba que aparecieras en persona.

—Y yo no esperaba que enviaras a unos cerdos baratos a arruinarme la mañana —digo—. ¿Supongo que puedo enviarte la factura por una nueva ventana en mi coche?

Se esfuerza por fingir sorpresa, pero no es actor. —¿De qué estás hablando? No sé...

—Sí, lo sabes. Y nos ahorrarás a ambos mucho tiempo y aliento perdido si lo admites.

—Pero realmente no...

Antes de que pueda terminar, estiro el brazo y hago que el reloj de la mesa de al lado salga volando por la habitación. Se rompe contra la pared, y los cristales y los pequeños engranajes saltan por el suelo como cucarachas en busca de un lugar donde esconderse.

Malcolm da un grito de sorpresa, pero luego asienta los hombros con decisión.

—Adrik, no creo que esto sea necesario. Podemos tener una conversación sin que las cosas se pongan violentas.

—¿Podemos? —gruño—. Porque yo lo intenté. Y aun así, Emery y yo salimos y nos encontramos a la policía volcando mis vehículos. Era un número sorprendente de agentes para un simple robo de coche.

—Esto es nuevo para mí, Adrik.

Me irrita la frecuencia con la que dice mi nombre. Un truco barato de político, diseñado para caer bien. Nos gusta la gente que dice nuestros nombres. Psicología humana 101.

Pero he oído mi nombre en los labios de Emery muchas veces, y esa es la única droga que necesito.

—Debes ser estúpido si estás dispuesto a arriesgarte a cruzarme —comento—. No es un riesgo que la mayoría de la gente asuma a la ligera.

Alza las manos. —Creo que hubo un malentendido. Realmente no tuve nada que ver con lo que pasó hoy. Lo siento, desde luego, pero yo...

Antes de que pueda terminar, agarro una botella de licor por el cuello desde lo alto de la barra, la rompo contra la pared y le aplasto el fragmento contra la garganta.

—Yo pensaría mucho si quieres mentirme ahora mismo, Malcolm —respiro, pronuncio las palabras de forma uniforme y clara. No quiero que haya ninguna posibilidad de que me malinterprete.

El vodka le pasa por la nuez de Adán. Su exhalación sale en nubes calientes y su cuerpo tiembla. —Adrik, no...

—Tú y yo no nos tuteamos.

—Sr. Tasarov —balbucea—. ¡Por favor, no lo haga!

—Entonces, dime la verdad. Es tan simple como eso.

—Pero yo no...

Aprieto con más fuerza la botella contra su cuello hasta que una sola gota de sangre roja brillante resbala por su longitud.

—No mientas —le recuerdo—. Ese es el único pecado que no perdonaré.

Lloriquea. —Lo... lo siento. Yo... sí, envié a la policía a registrar tu coche. Solo... estaba celoso. Fue estúpido, y no volverá a pasar.

—¿*Qué* no volverá a pasar? Sé jodidamente claro.

—No interferiré en tu matrimonio —dice—. Emery Montague es tuya. Puedes quedártela.

Aprieto con fuerza la botella rota. —No necesito tu permiso.

—Obviamente no —se apresura a decir—. Por supuesto que no. Ella te eligió a ti. Con razón. Yo

no soy nadie. Ella debería estar contigo.

Retrocedo un segundo. Malcolm se relaja notablemente. Su cuerpo se hunde hasta los huesos y exhala.

Pero, antes de que pueda exhalar del todo, le atravieso el pecho con la botella.

Es un rasguño leve, lo justo para rajar su camisa y sacarle un poco de sangre. Pero el hombre grita como si lo hubiera destripado y se desploma.

—Te libras con una advertencia —le digo mientras se retuerce en el suelo a mis pies—. Pero la próxima vez que caigas en la ilusión de que tienes algún lugar en la vida de Emery o que puedes ir contra mí sin consecuencias... te meteré esta botella por el puto globo ocular. ¿Entiendes?

Malcolm aprieta los ojos y traga saliva. —Sí, lo entiendo. No... me mantendré alejado.

Tiro la botella por encima del hombro. Choca con algo que suena caro detrás de mí, pero no me vuelvo para ver qué es. —Excelente. Entonces, ¿por qué no eres un buen anfitrión y me acompañas a la puerta?

Me mira torvamente durante un largo rato antes de gruñir y ponerse en pie. Entra arrastrando los pies en el vestíbulo, arrastrando sangre, vasos y vodka.

Mientras lo sigo por el pasillo, me fijo en una mesita detrás de la puerta que no había visto antes.

Y veo la flor sentada en la maceta poco profunda. Inmediatamente, me siento transportado atrás en el tiempo.

Estoy de pie en un invernadero de cristal húmedo. Sofía está a mi lado.

—A papá le encantan las flores raras —dice—. Esta morada de aquí es mi favorita.

—¿Una orquídea?

—Una orquídea rara —corrige—. Es una orquídea fantasma. No se pueden encontrar en ningún otro lugar del mundo. Solo en el jardín de papá. ¿No es preciosa?

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando la olla.

Malcolm se estremece cuando me muevo, pero hace todo lo posible por mantener la calma. —Lo siento, ¿qué?

—La flor —la señalo—. Es... interesante.

—Oh, eso. Es... de un amigo. Un regalo.

Arqueo una ceja, pero no digo nada.

Porque no necesito preguntar más. No necesito torturar la respuesta de Malcolm.

He visto esta flor antes.

Lo que significa una cosa: mis enemigos están trabajando juntos.

EMERY

—¿Puede ir la perrera en mi habitación? —pregunta Isabella entusiasmada—. Creo que querrá estar cerca mío a la noche. Podría tener miedo. También podría dormir en mi cama.

—No, cariño. Eso no sería seguro —le digo por lo menos por decimocuarta vez—. ¿Y si el perro se te subiera encima por la noche? No serías capaz de apartarlo.

—¡Ella no haría eso!

—Todavía no tenemos perro —le recuerdo—. No sabemos si será niño o niña. Así que hablemos de todo esto más tarde, ¿vale?

Isabella no paró de hacer preguntas sobre el perro en todo el día. Desde el momento en que Stefan y yo entramos por la puerta principal, ha estado planeando los próximos diez años de nuestras vidas con el animal.

Pero ni siquiera sé cómo serán los próximos diez minutos.

—¿Sabe Adrik si será niño o niña? —pregunta—. ¿Dónde está? Quiero preguntarle.

—Él no está aquí.

—Lo sé, pero ¿*dónde* está?

—No lo sé.

Ella gime. —Nadie me dice nada.

Tengo que resistir las ganas de reír. *Bienvenida al club, pequeña*.

—Volverá más tarde —le digo—. Y cuando vuelva no quiero que lo molestes con todas esas preguntas, ¿de acuerdo, cariño? Es muy amable al aceptar lo del perro. No lo presiones.

Ella frunce el ceño. —Yo no lo molesto. Le gusto.

—Por supuesto que sí. ¿A quién no le gustarías?

Alargo la mano y le aliso el pelo castaño por el cuello. Suele ser un nido de ratas en la parte trasera, donde apoya la cabeza en la silla de ruedas, pero ahora es suave y sedoso.

—¿Quién te peinó?

—Una criada —se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo—. También me ayudó a vestirme. Aquí vive mucha gente. Adrik tiene la mejor casa del mundo.

No hay comparación entre este palacio y nuestro antiguo apartamento. Ni siquiera mi mejor voz de mamá es suficiente para convencer a Isabella de lo contrario, y mucho menos a mí misma.

Pero esto no durará para siempre. E Isabella necesita no ser aplastada cuando despierte de este sueño febril.

Me arrodillo a su lado. —Está bien, pero las cosas no son perfectas. Nunca nada es perfecto. No puede ser todo regalos y paseos en kart y golosinas para siempre, ¿Bien?

Isabella abre la boca para discutir un poco más, pero un golpe en la puerta de nuestra suite la interrumpe.

—Adelante —espero que sea una criada trayéndonos la cena.

No lo es.

Es Adrik.

Intento ignorar el aleteo que siento al verlo. Está muy guapo, incluso en vaqueros negros y camiseta de manga corta. Sus hombros anchos y sus antebrazos delgados y venosos son demasiado para asimilarlos de golpe. Sobre todo cuando no te lo esperas.

Isabella chilla de emoción. —¡Hola!

Adrik no sonríe exactamente, pero sus ojos azules brillan. —Hola, Isabella. ¿Cómo estás?

—¿Mi perro va a ser niño o niña? —pregunta, yendo al grano.

—Dale un segundo, cariño —murmuro.

Ni siquiera me mira. —Aún no lo sé. Pero tengo algo más para ti.

Estaba tan ocupada comprobando si tenía alguna herida, evaluando su cara para asegurarme de que estaba tan perfecto como la última vez que lo vi, que no me fijé en la caja que lleva bajo el brazo.

La sostiene.

—¡Ábrelo, mamá! —Isabella suplica encantada.

Le cojo la caja y deslizo la tapa hacia atrás. Dentro hay un pastel de capas marrón dorado espolvoreado con azúcar en polvo. Como si fuera la peor pesadilla de Jenny Craig.

Isabella jadea. —¿Qué pasa?

—*Medovik* —explica Adrik—. Es un pastel de miel ruso. ¿Te gusta la miel?

Isabella asiente. —¡Me encanta!

—Es azúcar. Claro que le encanta —me vuelvo hacia ella—. ¿Qué se dice cuando alguien te hace un regalo?

Sonríe a Adrik. —Gracias.

—De nada, *lyubimaya* —retumba—. Hoy te robé a tu madre. Quería compensarte.

No me robó exactamente, sino que me permitió involuntariamente acompañarlo, pero eso es semántico. Sigue siendo dulce que pensara en Isabella.

Inusualmente dulce, en realidad.

Tengo la repentina sensación de que otro zapato está a punto de caer.

—Está bien —dice Isabella—. Stefan y yo corrimos en karts. Y la criada me dejó probar el pintalabios. Mamá nunca me deja usar su maquillaje.

—Eso es porque no necesitas pintalabios —dice—. Eres guapa sin él.

Isabella se sonroja de pies a cabeza. —Gracias.

Le guiña un ojo y se inclina hacia ella. —¿Te parece bien si me llevo a tu madre unos minutos más? Necesito hablar con ella.

Isabella parece que va a discutir, pero entonces entra una criada con nuestras bandejas de la cena y un tenedor para que pueda comerse su tarta.

—Francine puede ayudarte con la cena —añade Adrik.

La joven sirvienta de pelo oscuro asiente, y sus ojos se vuelven un poco húmedos ante la atención de Adrik.

Me identifica.

Pero, cuando vuelve los ojos hacia mí, son fríos. Planos. Y su voz, que hace dos segundos brillaba con una irónica calidez, ahora es puro hielo.

—Ven conmigo.

No es una pregunta.

Beso a Isabella en la coronilla y sigo a Adrik al pasillo.

En cuanto nos quedamos solos, me apresuro a alcanzarlo y caminar a su lado en vez de ir detrás como un cachorro pateado. —¿Qué pasó después de que me fui?

—¿No lo sabes ya? —pregunta. No se molesta en frenar.

—No. ¿Por qué iba a saberlo? ¿Se suponía que Stefan me lo iba a decir?

Me adelanta y entra en el comedor. Le sigo el ritmo, respirando agitadamente. Sus piernas son tan largas que cada una de sus zancadas son como dos de las mías.

Prácticamente esprinto para seguirle el ritmo.

Me giro hacia el comedor y ya no está. La habitación está vacía.

—Adr…

PUM. La puerta se cierra de golpe.

Me giro en mi sitio y veo a Adrik de pie frente a ella, bloqueando la salida con su cuerpo. Sus ojos se entrecierran hasta convertirse en rendijas. Solo se ve el más mínimo indicio de gris. Como el filo de un cuchillo.

—¿Sabes que Malcolm Waters trabaja con la mafia Volandri? —pregunta.

—¿Con la mafia de los Vol? ¿Como la *verdadera* mafia?

—Sí, la verdadera mafia —sisea con tanta condescendencia que me deja sin aliento.

Sacudo la cabeza. —No tenía ni idea.

—O eres una gran actriz o la mujer más ingenua que conozco. Todavía no puedo decidir cuál.

—¡Eh, imbécil! Que no me dedique a estar al día sobre... los *bajos fondos criminales* no significa que no tenga ni idea —lo fulmino con la mirada y hago ademán de marcharme enfadada—. No vine aquí para que me insultes, así que, si me disculpas...

Adrik me agarra de los brazos y me empuja de nuevo al comedor. No es suave en lo más mínimo. —Realmente eres muy ilusa si crees que te dejaré ir así tan tranquila.

—¿Dejarme? —resoplo—. ¿Necesito tu permiso para caminar por el maldito pasillo?

Avanza como una víbora. Retrocedo hacia el interior de la habitación y me alejo de él, pero no hay escapatoria. Está en todas partes, absorbe cada gota de aire, borra cada fragmento de luz.

—Necesitas mi permiso para respirar, Emery. Y vas a quedarte aquí y responder a mis preguntas mientras yo tenga preguntas que hacer. ¿Entiendes eso?

No me hables como si fuera idiota, casi digo. Pero me trago la réplica malcriada que tengo en la punta de la lengua. No me servirá de nada ahora. No cuando está tan furioso.

—¿Qué quieres saber? —susurro en su lugar.

—Quiero saber lo que sabes de Malcolm Waters —dice—. Todo lo que sabes. ¿Sigues en contacto con él?

—¿Hablas en serio?

—Responde a la maldita pregunta, Emery.

Tiene la cara roja y los dientes descubiertos en un gruñido. La dulzura de esta mañana es un recuerdo borroso. Un sueño difuso que apenas puedo recordar.

¿Caminar cogidos del brazo por el aparcamiento? ¿Las bromas juguetonas? Eso no puede haber sido real. Es imposible que sea el mismo hombre.

—Claro que no estoy en contacto con él —replico—. No tengo por costumbre estar en contacto con gente que me agrede sexualmente.

—Estabas comprometida con el *mudak*.

—Era una bola de baba, pero la noche que... bueno, la noche que apareciste fue la primera vez

que me puso las manos encima. Fue la primera vez que le temí de verdad.

Casi digo que Adrik me salvó de Malcolm. En ese momento, eso es lo que parecía.

¿Pero ahora? No tanto.

Adrik no es el caballero de brillante armadura que yo creía, y esto no es un cuento de hadas. No hay nada tan claro como héroes y villanos.

En esta historia, tendré que salvarme yo misma.

—Conveniente que eligiera la noche que nos conocimos para venir a buscarte. Muy conveniente.

—¡No fue conveniente! Ocurrió por tu culpa —digo bruscamente—. Malcolm estaba celoso de que nos fuéramos juntos de la fiesta.

—Después de que pidieras hablar conmigo a solas —señala Adrik.

—Después de que vinieras y fingieras que sabías quién era para alejarme de Malcolm —replico —. Adrik, ¿de qué va esto?

Ahora nos miramos fijamente, ambos ardientes y testarudos. Retroceder sería lo más inteligente: estoy en desventaja, abrumada, sobrepasada.

Pero a la mierda con eso. Más que nada porque, *que se joda*.

—Se trata del hecho de que todo ha sucedido demasiado ordenadamente —gruñe—. Puede que tú seas ingenua, pero yo no. Eso no es una coincidencia.

—No, no eres ingenuo. Pero eres un imbécil terco y desconfiado.

Me empujo contra su pecho para intentar separarme. Busco algo de espacio para respirar.

Pero Adrik me agarra de la mano y me tira contra él.

—¡Suéltame! —grito, aunque lucho contra el impulso de apretarme más contra su calor. De dibujar contra su cuerpo tonificado y arrastrar mis dedos por sus abdominales.

Por un segundo, quiero recordar lo que tuvimos esta mañana.

Pero cualquier espejismo de ternura desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Adrik me palpa la garganta y me hace retroceder hasta que mis muslos chocan con la mesa del comedor y no tengo a dónde ir.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con los Volandris? —me espira en la cara.

—Esto es ridículo. ¡Quítate de encima!

—¿Te encargaron infiltrarte en mi casa? ¿Preparaste esto para que te salvara?

—No me has salvado de nada —le espeto—. Tú eres de quien necesito salvarme.

—Puede ser cierto, *kiska*. Pero no hay hombre en la tierra que pueda alejarte de mí.

Adrik desliza la mano desde mi garganta hasta acariciarme la mandíbula. Ahí está de nuevo, ese

destello de dulzura, como un leve toque de azúcar mezclado con veneno. —No puedes mentirme, Emery.

Saca la lengua para mojarse los labios. A pesar de todo, a pesar de todo esto, a pesar de su monstruosidad, quiero inclinarme hacia delante y probarlo.

Ese deseo me asusta más que su mano en mi mandíbula. —No estoy mintiendo.

Se acerca cada vez más, hasta que siento su aliento en mi piel. Hasta que mis sentidos se llenan de él. La vista, el olfato, las sensaciones... todo es Adrik Tasarov.

—Vamos, princesa. No seas tímida.

—No me llames así —grito.

—Pero es lo que eres —canturrea—. Una princesita mimada, adicta al sabor de la cuchara de plata. Pero mi pregunta es: si eres una princesa... ¿quién es tu rey?

—¿Vas a seguir hablando con acertijos o puedo irme? —exijo.

—¡Dime quién te envió a mí! —Adrik ruge. Sus ojos son como soles negros.

—¿Estás loco? ¡Nadie! ¡Ninguno de ellos! Ni siquiera sé quién...

—Debe haber sido alguien que me conoce —reflexiona—. Que conoce mi tipo.

Incluso con todo lo demás, mi mente capta ese pequeño detalle. *Conoce mi tipo.*

¿Qué significa eso?

Aprieto los ojos para concentrarme, para intentar entender lo que dice. —Adrik, no trabajo con ninguna mafia. Ni siquiera sé lo que eso significa. ¿Qué podría hacer por ellos?

—El mundo necesita mujeres —roza mi mejilla con la punta de un dedo. Me recorren escalofríos por la espalda y se posan en lo más bajo—. Para follar. Para producir herederos. ¿Era ese tu trabajo? ¿Sustituir al jefe?

Inmediatamente, levanto una mano para abofetearlo, pero él la atrapa.

—No puedes vencerme, Emery. Y no puedes mentirme —vuelve a decir—. No lo permitiré. No esta vez. Dime la verdad —aprieta mi mano brutalmente, retorciéndola hasta que grito—. Dime. La. Verdad.

—¡Eso hago, Adrik! Es la verdad.

Empieza a invadirme el pánico. La piel me arde, me pica. Necesito espacio. Necesito aire fresco. Me siento claustrofóbica, como atrapada en mi propio cuerpo.

—Déjame ir —ronco—. Por favor. No...

—¿No qué? —presiona—. ¿Que no te exprima la verdad? ¿Que no te ahogue hasta que tu último aliento exhale lo que me ocultas?

—No entiendes...

—No, lo entiendo perfectamente —sisea—. Te abriste camino entre los Volandris y luego decidiste convertirte en espía. ¿Cuánto tiempo llevan planeando esto?

Cada segundo que pasa, se parece menos a sí mismo. Es como si estuviera poseído. Sus ojos se abren de par en par. Sus pupilas prácticamente se comen el azul por completo.

—No estoy planeando nada, Adrik. No estoy...

—Apuesto a que Isabella también era parte del plan, ¿no?

Inmediatamente, me quedo inmóvil. —No hables de mi hija.

—¿Igual que se supone que no debo hablar de su padre? —pregunta—. Se me ocurre una idea. Tal vez el padre de Isabella es mi enemigo. Tal vez dejaste que te metiera un bebé y ahora estás usando a ese bebé para...

Me recorre una rabia que nunca había sentido. No la controlo. Es como el fuego lamiendo yesca seca, una hoguera desde el momento en que comienza.

Antes de que el plan esté completamente formado en mi mente, inclino la cabeza hacia atrás y luego la golpeo hacia delante con todas mis fuerzas.

Mi frente choca directamente contra la cara de Adrik.

Y retrocede.

EMERY

Hay un dolor blanco y cegador.

Luego viene el pánico.

¿Qué he hecho? *¿Qué he hecho?*

Solo tengo un segundo para asustarme. Un segundo para reflexionar sobre lo que significa.

Un segundo solitario e interminable para ver cómo Adrik cae de lado, sus manos suben para agarrarse la cara, no de dolor, sino de asombro por haberlo hecho. No pensó que lo haría.

Entonces me muevo.

Me levanto de un salto e intento avanzar hacia la puerta. Pero en cuanto me pongo de pie mi visión se nubla. Hay estrellas frente a mí. Pequeñas luces parpadeantes en el firmamento de mi cerebro. Estallan como fuegos artificiales.

Nunca le di un cabezazo a nadie. No tenía ni idea de lo mucho que me dolería.

—¡No te muevas! —Adrik brama detrás de mí.

Atravieso la niebla de mi cabeza y me dirijo hacia la puerta, tambaleándome.

Pero ni siquiera crucé la mitad de la habitación cuando siento una mano que me rodea el tobillo.

Grito y caigo sobre la alfombra. A duras penas consigo evitar caerme de bruces. Pero, cuando creo que por fin estoy estable, me arrastra hacia atrás.

—Vuelve aquí —gruñe Adrik—. No hemos terminado todavía.

Me arrastra por el suelo. Se me desabrocha la camisa y noto que la alfombra me quema la piel, pero no me importa nada de eso. Mi único pensamiento es una alarma de una sola palabra: *CORRE. CORRE. CORRE.*

Agarro el suelo y doy patadas con la otra pierna, intentando zafarme de él.

—¡Yo no he hecho nada! —grito mientras me agito—. ¡Déjame ir!

Adrik tira de mí hacia atrás y me voltea con una mano. En cuanto estoy boca arriba, se arrastra sobre mí y me sujeta las piernas al suelo con las suyas. Luego me encadena las muñecas al suelo

con los dedos.

Me arqueo contra su agarre, pero da igual que sea de hierro. No voy a ninguna parte.

—Déjame ir —vuelvo a decir. Pero oigo la debilidad en mi propia voz. Mi momentáneo estallido de adrenalina y agresividad desapareció. Todo lo que queda es agotamiento. Sumisión.

Adrik se acomoda encima de mí. Tiene un moretón creciente en la frente, pero su nariz está bien. No está rota ni nada.

Debe registrar mi confusión.

—La próxima vez, apunta a la nariz —aconseja—. Golpeando así la frente, tienes suerte de no haberte abierto el cráneo.

—Eso explica el dolor de cabeza —murmuro.

Sonríe, pero sin calidez. —Eso no explica por qué pensaste que podías mentirme.

—Adrik —suplico, maldita sea la dignidad—. Nunca te mentí. Te lo juro. No sé quién es el Varandry...

—Volandri —corrige.

—No sé quiénes son —digo—. Lo juro. Malcolm me invitó a esa fiesta en tu casa el día antes. Me presenté y entonces viniste y me sacaste a bailar. Malcolm parecía temerte, así que supuse que era mi única oportunidad de encontrar a alguien con suficiente poder para ayudarme a escapar de él. Eso fue todo. No había otro plan. Yo solo era... un animal ciego buscando una salida.

Me mira fijamente. Puedo ver los cálculos detrás de sus ojos. Está repasando cada interacción, cada momento que pasamos juntos, buscando pistas de mi traición.

—Serías la espía perfecta —dice al fin—. Puedo ver por qué te enviaron.

Exhalo lentamente, como un globo que se desinfla.

—No hay nada más que pueda decir para convencerte —susurro—. No puedo probar que no. Esto no es parte de un plan mayor. Pero no me escucharás, diga lo que diga. Sobre todo, porque parece que no sería la primera vez que los Volandris se infiltran en tu casa.

Es un tiro en la oscuridad. Solo una suposición pura y tonta. Pero tan pronto como lo digo, hay un destello de algo que nunca antes había visto en el rostro de Adrik.

Incertidumbre.

Dolor.

Arrepentimiento.

Al segundo siguiente, ya no está.

—Tú lo sabrías mejor que nadie, ¿verdad? —me aprieta las muñecas con más fuerza. Siento que los dedos empiezan a hormiguearme por la pérdida de sangre.

Sacudo la cabeza. —Yo no... Escucha, si me vas a matar, por favor, ocúpate de... —se me quiebra la voz y la aclaro rápidamente. Trago el pánico que me oprime el pecho. Tengo que soltarlo, aunque sea lo último que diga—. Por favor, cuida de Isabella. Llévala a algún sitio donde la cuiden, ¿vale? Es solo una niña.

La idea de mi hija sola en el mundo...

De ella preguntándose dónde estoy, qué me pasó...

O peor, que ella supiera exactamente lo que me pasó...

Es demasiado terrible para soportarlo. Tengo que apartarlo o me haré añicos.

Adrik sigue inmovilizándome contra el suelo del comedor, pero la violencia ha disminuido. Inhala y exhala profundamente, mirándome fijamente.

Le echo un vistazo y me doy cuenta de que sus ojos vuelven a ser azules. Sus pupilas vuelven a su tamaño normal. Y, por primera vez en varios minutos, reconozco al hombre que tengo encima.

—Adrik —digo con suavidad, casi como si me acercara a un animal salvaje—. Por favor, yo no... No haría... No estoy.

Ahora lo veo: la traición que debió sufrir. Tiene el recuerdo escrito en la cara. Tal vez Adrik tenga razón. Tal vez él es un monstruo.

Pero incluso los monstruos tienen cicatrices.

Levanto despacio la mano izquierda y se la acerco a la cara. Su mandíbula se tensa un segundo, pero se afloja cuando le toco la mejilla.

—No lo he hecho —vuelvo a decir—. No te estoy traicionando. No me atrevería.

Su pelo oscuro es suave como la seda. Fluye entre mis dedos como el agua y deslizo la mano por su nuca.

Me siento como si me dejaran acariciar a una bestia peligrosa. Como si estuviera en la boca del lobo, a un paso de la muerte. Pero es estimulante. Quiero más.

—Adrik —suspiro su nombre.

No se mueve por encima de mí. Su rostro está distante, ilegible. Luego acorta la distancia entre nosotros.

Sucede en un instante. Entre un parpadeo y el siguiente, nos estamos besando. La boca de Adrik está sobre la mía, caliente y feroz, y yo revivo.

Sigue inmovilizándome contra el suelo, pero me arqueo hacia él, entregándome por completo al beso. Lo he negado durante demasiado tiempo. Juré que no lo deseaba, pero ahora mi cuerpo me revela la verdad.

Con la mano libre, lo acerco. Paso una mano por su hombro esculpido. Deslizo la mano por su pecho y siento su pulso martilleando contra mis dedos.

Quiero tocarlo por todas partes a la vez.

Intento levantar la otra mano, pero sigue sujetando mi muñeca. —Adrik —gimo contra su boca —. Suéltame.

Se echa hacia atrás y sus ojos vuelven a estar oscuros. Tiene los labios hinchados por mi culpa. Es una sensación poderosa.

—Mi muñeca —tiro contra su férreo agarre—. Suéltala.

—Debes pensar que soy estúpido.

—¿Tienes miedo de que te haga daño?

Lo ve inmediatamente como lo que es: una burla descarada. Un cebo contundente y obvio. Ambos sabemos que no puedo imaginarlo teniendo miedo de nada, y menos de mí.

—La verdadera pregunta es, *kiska*, ¿tienes miedo de que te haga daño?

Le juré que no mentiría. Y ahora no tiene sentido.

Así que trago saliva y le digo la verdad. —Estoy aterrorizada.

Asiente y gruñe por lo bajo en su pecho. —Deberías.

Su rodilla cae entre mis piernas, separándome tan suavemente que apenas le reconozco. Se agacha y sus labios rozan mi mandíbula, mi nariz. Está en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Imposiblemente cerca, pero no lo suficiente.

—Por favor —digo con voz ronca.

No puedo creer que lo haya dicho. Estoy tentada de mirar a mi alrededor y ver quién ha hablado, porque no puedo haber sido yo.

Pero no hay nadie más. Solo nosotros dos.

Adrik escuchó claramente también. —Dilo otra vez —ordena.

Me agarro a su cintura e intento atraerlo contra mí, pero él mantiene una obstinada distancia entre nosotros.

—Dilo —gruñe—. Por una vez en tu puta vida, sigue las órdenes.

Giro las caderas en busca de esa dulce fricción contra mi dolorido calor, pero Adrik aparta la rodilla. Cada vez que lo alcanzo o me levanto para ir a su encuentro, se desplaza, negándose a darme lo que quiero. Lo que necesito.

Hablaba en serio cuando me dijo que le rogaría por su polla.

Lo desprecio. Quiero demostrarle que se equivoca. Quiero ser lo suficientemente fuerte para alejarme de él...

Pero hace tanto tiempo que no me siento bien. Hacía tanto tiempo que no me tocaban y no sentía nada más que repulsión o miedo.

Así que ahora mismo quiero perseguir este sentimiento. Lo necesito.

—Por favor —gimoteo—. Por favor, Adrik. Tócame.

Vuelve a meter la rodilla entre mis piernas y la mece contra mí, exactamente donde la necesito. Gimo de alivio. Soy como un animal hambriento, arañándolo. Pero ni siquiera me atrevo a avergonzarme. Eso vendrá después, estoy segura, pero ahora es pura necesidad.

Su mano se desliza bajo mi camiseta y me desabrocha el sujetador. Adrik ruge satisfecho. Me toca los pechos y me pellizca los pezones y yo me retuerzo contra su pierna.

Poco a poco, siento que mi cuerpo se relaja. De puntillas hacia el borde.

Esto podría pasar de verdad. Es la primera vez que me atrevo a tener esperanzas.

Incluso sola en mi habitación por la noche con la mano entre las piernas, nunca llegué a creer que fuera a suceder. La esperanza es algo frágil y murió en mí hace mucho tiempo.

O al menos, eso creía.

Pero en medio de toda esta violencia, empiezo a ver un destello de vida. —Tócame —gimoteo de nuevo.

Adrik desabrocha mis vaqueros con un movimiento de sus dedos. Se desliza por debajo de la cintura de mis bragas y me acaricia.

—Sabía que te mojarías por mí —raspa—. Y tenía razón.

—¿Qué estás esperando, un trofeo?

En respuesta, me pasa un dedo por el clítoris. Grito, sorprendida. Apenas me ha tocado, pero ya es demasiado.

Nunca me había sentido así. No con nadie más. Ni sola. Nunca.

El placer es tan intenso que roza el dolor. Me muerdo el labio inferior.

—Ahí está —susurra Adrik. Su aliento me calienta la mejilla—. Eso es lo que estoy esperando. Grita.

Mi primer instinto es resistirme. Debido al lema, para empezar: *jódetejódetejódete*.

Pero también porque todavía tengo mucha vergüenza y culpa envueltas en esto. No puede ser tan fácil desmoronarse, ¿verdad? Un toque, un beso, ¿es todo lo que hace falta para que me deshaga?

Puedo tener esto sin darlo todo, ¿no?

Entonces, Adrik introduce un dedo dentro de mí... Y me desmorono.

—Sí. Dios... sí. Allí. Por favor.

Sin pánico. No se me aprieta el pecho. Sin respuesta de miedo que me impida acabar.

Todo es calor y placer. Me aferro a Adrik y acerco su boca a la mía mientras me mete un dedo. El orgasmo me invade una y otra vez como las olas del mar. Salvaje al principio, luego un poco

más suave cada vez.

Lentamente, me hace volver a la realidad.

Cuando por fin puedo volver a respirar, suspiro. —Eso fue...

—Todavía nada.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir, me coge en brazos, se levanta y me lleva a la mesa.

Todavía me tiemblan las piernas, pero Adrik me pone de pie delante de la mesa y luego me hace girar y me inclina sobre ella.

—Quise hacer esto la noche que nos conocimos —me pasa una mano por la espalda—. Iba a inclinarte sobre mi escritorio, y... bueno, ya verás.

Me separa los tobillos de una patada. Me estremezco cuando el aire frío choca con mi piel enrojecida. Pero no es nada comparado con la electricidad que me recorre cuando Adrik frota su dura longitud contra el interior de mi muslo.

Empiezo a protestar. —Quiero verte cuando… —intento darme la vuelta, pero me coge del pelo y tira de él como si fueran riendas, obligándome a arquear la espalda y a soltar un grito de sorpresa.

—¿Qué me dices? —su voz es de terciopelo en mi oído—. ¿Qué es lo único que te está permitido decir?

Sé lo que quiere oír. —Por favor. Por favor. Por favor.

Cada vez es más fácil decirlo.

—Buena chica —su mano se levanta de mi cadera y un segundo después cruje en mi culo. Grito —. Ahora, sé específica.

Me relamo los labios. Parece una trampa, pero estoy demasiado lejos para echarme atrás. —Tócame —murmuro.

Hace una mueca de decepción. —Ya hemos jugado a eso. Inténtalo de nuevo.

—¡Adrik! —muevo las caderas con frustración—. Por favor.

Me da otra bofetada en el culo. El chasquido resuena en toda la habitación, junto con otro grito. Noto la huella caliente de su mano en mi piel cuando vuelve a tirarme del pelo. Es la mezcla más deliciosa de placer y dolor que experimenté nunca. Cada sensación intensifica la otra. Una se funde con la otra, una y otra vez.

—Tienes que pedir lo que quieres en este mundo, *kiska*. Así que pide. Suplica por lo que quieres. *Ruega por ello*.

Aprieto la frente contra la fría superficie de la mesa. —Adrik, por favor... por favor, fóllame.

Me pasa la mano de la cintura a la cadera, tranquilizándome como a un caballo. —No te detengas ahí, princesa —canturrea—. ¿Qué más quieres?

—Te quiero dentro de mí —me arde la cara al admitirlo, pero llegué demasiado lejos para echarme atrás. Las palabras vienen y no puedo detenerlas—. Quiero darme vuelta y ver lo que me haces. Quiero mirarte a los ojos y saber que eres tú quien hace que me corra. Quiero que me folles como si mi vida estuviera en tus manos.

Los segundos pasan. El silencio en la habitación es pesado, expectante.

Finalmente, Adrik habla. —Buena chica. Pero los mendigos no pueden elegir. Lo tomarás así.

Entonces está dentro de mí.

Jadeo y aprieto las palmas de las manos contra la mesa cuando Adrik se hunde hasta la empuñadura con un salvaje empujón de sus caderas. Se queda ahí, pegado a mí, mientras la conmoción inicial se desvanece y un cálido placer ocupa su lugar.

—Estás tan apretada —grita—. Tan húmeda.

Aunque quisiera decir algo, no encuentro las palabras. Esto es mucho más de lo que imaginé que sería. Podríamos parar ahora mismo y me iría contenta.

Pero aún no ha terminado. Ni mucho menos.

Adrik sale de mí casi por completo antes de volver a entrar. Empieza a follarme una y otra vez, una y otra vez, hasta que me retuerzo sobre la mesa y busco algún asidero para no romperme por completo.

Vuelve a agarrarme del pelo y tira de él, lo único que me mantiene erguida, y cuando lo hace, encuentra una nueva profundidad dentro de mí y vuelvo a correrme.

Me sale a borbotones, fea y hermosa y retorcida y pura y tan abrumadora que ni siquiera me sorprendo cuando una lágrima solitaria salpica la mesa.

Pensé que nunca volvería a tener esto.

—Adrik —gimo y busco detrás de mí. Tengo que tocarlo. Para anclarme a él, a esto.

Me suelta el pelo y me coge por el cuello. Me despega de la mesa y me acerca a él hasta que mi espalda queda pegada a la suya.

Lo siento todo mientras sucede: se pone rígido. Su gruñido se hace más profundo.

Sus embestidas se vuelven más brutales y cada vez más espaciadas.

Y luego me llena una y otra vez. Su orgasmo es casi suficiente para que me corra una tercera vez.

Los dos caemos al suelo en un amasijo de miembros y cabellos sudorosos y enredados. Estoy mojada por él y por mí misma, y siento escalofríos por todo el cuerpo. Solo tocarlo me baja la fiebre. Así lo hago, acariciando lentamente su pecho desnudo.

Me siento borracha de placer. Desatada de todo lo que colgó alrededor de mi cuello como una piedra de molino durante tanto, tanto tiempo.

Solo existe esto. Solo él. No quiero que termine.

Alargo el brazo y rodeo su cuello con la mano. Ahora ya no me cuesta suplicar.

—Por favor, hazlo otra vez.

ADRIK

Por primera vez desde la noche en que nos conocimos, mi cabeza está benditamente despejada, excepto por un pensamiento.

Tengo que largarme de aquí.

—Por favor, hazlo otra vez —Emery está líquida contra mí. Desnuda y vulnerable.

Todo lo que quería.

Ya he oído esta canción antes.

Ya pasé por eso.

No volveré a hacerlo.

Me desenredo y cierro la cremallera de los vaqueros rápidamente. Ella mira a su alrededor, sus ojos verdes parpadean. —Adrik, ¿qué...?

—Una vez es más que suficiente para mí —escupo.

—¿Qué se supone que significa eso?

De repente, intenta cubrirse. Se tapa los pechos con un brazo y aprieta los muslos.

Me doy un tirón de la camisa y me paso una mano por el pelo. —Significa que esto no volverá a pasar.

Enrojece de rabia y dolor, pero yo ya estoy dando vueltas sobre mis talones y saliendo de la habitación.

Unas criadas merodean por el pasillo, demasiado cerca de la puerta del comedor para que sea una coincidencia.

—Tendrán que limpiar la mesa antes de la próxima comida —les ladro al pasar.

Que cotilleen. Me importa una mierda.

En cuanto vuelvo a mi habitación, me dirijo al baño principal y me aseo.

—Maldito idiota —gruño en el espejo—. *Durak*.

Si fuera el tipo de hombre que se arrepiente, no estaría donde estoy en este mundo.

Pero no debería haberme tirado a Emery. No así, no ahora, probablemente no en absoluto.

—Me suplicó —grito, discuto con mi puto reflejo—. ¿No es eso lo que le exigiste?

En mi cuello hay un arañazo de sus uñas. Tengo los labios rojos. Mi pelo está despeinado y alborotado.

Qué oportuno que finalmente se derrumbara y suplicara por mi polla justo cuando la acusé de trabajar con los Volandris. Probablemente era su plan de emergencia por si las cosas se torcían. Como morder una píldora suicida.

Fóllatelo. Distráelo. Haz lo que tengas que hacer para quitártelo de encima.

Cojo mi teléfono y llamo a Stefan.

—Enhorabuena —dice en lugar de saludar.

Hago una mueca. —Las noticias vuelan.

—Lo hace cuando tienes sexo en medio de la mansión. La mitad del personal te oyó. Me acabo de encontrar con una de las criadas recreándolo —se ríe—. Si no exagera, parece que Emery disfrutó.

—Está mintiendo.

Jadea melodramáticamente. —Paren todo, ¿estás diciendo que crees que lo fingió?

—Eso fue lo único que definitivamente no tuvo que fingir —replico—. Me ofende que dudes de mí.

—Oye, todo el mundo tiene sus momentos.

—Hombres menores, tal vez. Yo no.

Stefan resopla. —Bien, ¿a qué te referías entonces, eminencia?

—Malcolm Waters trabaja con los Volandris —le digo—. Vi una orquídea fantasma cuando estuve en su casa.

Hay una larga pausa antes de que Stefan hable. —¿Crees que soy el puto Sherlock Holmes? ¿Se supone que eso significa algo para mí?

—El único otro lugar donde vi una de esas es el invernadero Volandri. Sofía me llevó allí una vez.

—Oh. Oh. Mierda —respira Stefan—. Entonces eso significa que Emery es...

—No lo sé —me apoyo en la encimera del baño y cruzo los brazos—. La interrogué y lo negó, pero...

—¿La interrogaste antes o después de follártela en la mesa del comedor? Muchas gracias por eso, por cierto. Yo como en esa mesa.

Se me viene a la cabeza qué más podría comer en esa mesa. Pero no. No más fantasías con Emery hasta que sepa la verdad.

—La interrogué antes. Las cosas se pusieron... intensas. Ella lo negó, pero quiero vigilarla más de cerca.

—De ahí las cámaras —dice Stefan—. Supongo que por eso llamas. Las instalé en su habitación esta mañana, pero hoy me tuviste corriendo por todas partes, jugando con Isabella y llevando a Emery de un lado a otro. No terminé la configuración de la aplicación.

—¿Cuánto tardará?

—¿Veinte minutos?

—Entonces, ¿qué haces en el teléfono todavía? Mándame un mensaje con los detalles cuando termines.

Stefan acepta y cuelga. Me vuelvo hacia el espejo.

A medida que la adrenalina y las endorfinas desaparecen de mi organismo, empieza a dolerme la cabeza. Sin duda porque Emery golpeó su cráneo contra el mío.

Ella me estaba desafiando, pero maldición si no fue caliente verla pelear. Tan excitante como verla boxear con el saco de boxeo en la sala de entrenamiento.

Odio esa habitación. La odié durante años. Pero verla rebotando sobre sus dedos, con los brazos levantados y listos...

Casi hizo soportable estar allí dentro.

Quince minutos después, Stefan me manda un mensaje. ***Cinco minutos antes de lo previsto. De nada.***

Abro la aplicación e introduzco el código que me envió junto con el texto.

Inmediatamente aparecen cuatro ángulos de cámara.

Hay dos en la habitación de Isabella. Una dirigida a la puerta entre su habitación y la de Emery, y otra en la ventana para asegurarme de que nadie entra o sale sin que yo lo sepa.

Las otras dos están en la habitación de Emery. Una apunta a su puerta, la otra a la cama.

Seguro que ella lo llamaría invasión de la intimidad, pero me importa una mierda lo que piense. La privacidad es peligrosa.

En privado podría acercarse a los Volandris.

En privado podría compartir mis secretos.

En privado podría conspirar contra mí.

Así que no, la princesita malcriada no tendrá intimidad.

No la veo en su habitación, y las cámaras de las habitaciones de Isabella no muestran lo suficiente como para ver a nadie. Así que miro fijamente los fotogramas durante unos segundos,

sin que se mueva nada, salvo el tictac de la hora en la esquina inferior derecha.

Entonces, finalmente aparece Emery.

Suelta un beso en dirección a la cama de Isabella y apaga las luces. Cambio de canal para seguirla de una habitación a otra.

Al cerrar la puerta tras de sí, Emery se apoya en ella durante un largo suspiro, como para tranquilizarse. Luego se acerca a la mesita de noche y coge el teléfono.

—Hazlo —le susurro al teléfono—. Llama a tu contacto. Llama a los Volandris y cuéntales todo.

Pero no lo hace.

Vuelve a colgar el teléfono sin siquiera desbloquearlo y gira hacia su cómoda. Se quita la ropa que hace media hora estaba tirada en el suelo del comedor y se pone unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de tirantes. Mi polla se agita hambrienta.

Entra en el baño y se lava los dientes, el pelo y la cara. Cuanto más dura esta rutina, más me tenso.

Porque estoy seguro, absolutamente seguro, de que va a revelarse. Si miro lo suficiente, se delatará.

Cuando termina en el baño, Emery apaga la luz y se mete en la cama. Hay un segundo en el que el vídeo se oscurece, la cámara cambia a visión nocturna. Luego reaparece en tonos blancos, verdes y negros.

La sábana le rodea la cintura. Se agita de un lado a otro, intentando ponerse cómoda.

—Estás demasiado nerviosa para dormir, *kiska* —murmuro—. No puedes dejar de pensar en eso.

Es imposible que esté lista para apagar las luces y dormirse. Estoy tan seguro de eso como del resto.

Hace media hora, me suplicó que me la follara otra vez. ¿Cómo puede estar ahora...?

Mis pensamientos se detienen cuando veo que Emery desliza la mano por debajo de la cintura de sus calzoncillos.

Se mueve lentamente. Explora. Suspira entre labios ligeramente separados. No hay audio, pero puedo imaginar cómo sonaría.

Se le cierran los ojos. Se arquea hacia su propio tacto.

Y sé muy bien en quién está pensando.

Cierro la aplicación antes de hacer algo estúpido.

Gruño, me quito la ropa y la tiro al suelo del baño. Enciendo la ducha y ni siquiera espero a que se caliente el agua para meterme.

El agua helada me baña. Me obligo a respirar hondo y absorber el brutal mordisco del frío rocío contra mi piel. A sentir cualquier cosa menos esta irritante y palpitante necesidad.

Pero es inútil.

Con la mano pegada a las baldosas, me agarro la polla y descargo mi frustración. Las imágenes inundan mi mente.

Emery retorciéndose en sus sábanas...

Emery desnuda y doblada sobre la mesa de mi comedor...

Emery llevando el vestido sin espalda la noche que nos conocimos.

Con un gemido, bombeo mi momentáneo descontrol al suelo de la ducha.

Pero cuando se acaba, nada cambia. Comí hasta hartarme... pero el hambre sigue ahí.



TODAVÍA ME ESTOY SECANDO el pelo con la toalla cuando cojo el móvil y marco el número de Yasha.

—Cuánto tiempo sin saber de ti, hermano —atiende—. Pasaron unos días.

—He estado ocupado. Todavía lo estoy, en realidad. Necesito un favor.

—Ya veo cómo es. ¿Solo llamas cuando necesitas algo de mí? ¿Qué pasó con el afecto fraternal?

Pongo los ojos en blanco. —Siento un profundo afecto por lo que puedes hacer por mí.

—Los trece años que nos llevamos realmente me dan una ventaja —baja drásticamente la voz y se pone áspero—. Tú simplemente adoptaste la tecnología. Yo nací en ella.

—Sí, sí, basta de voces de cómic. Necesito que investigues unos registros telefónicos por mí.

—¿Eso es todo? —parece decepcionado—. Esperaba algo un poco más emocionante. Pero da igual. ¿De quién es el teléfono?

—Emery Montague. Quiero saber si ha estado hablando con alguien relacionado con la mafia Volandri, incluido Malcolm Waters.

—Espera, espera, espera, Adrik... ¿me estás pidiendo que espíe a tu futura esposa?

—Mi esposa *temporal*.

Silba. —Eso fue rápido. ¿Cuánto tardaste en cerrar el trato después de reunirte con nuestro padre?

—Ya me estaba esperando en mi despacho.

Se ríe. —Dios mío, trabajas rápido. Impresionante. Por eso eres heredero y no yo, supongo.

Bromea sobre ello con bastante facilidad, pero sigo preguntándome cómo debe sentirse. Cómo me sentiría yo si fuera él. *Segundón. Opción de reserva.*

—¿Eso te molesta?

—¿Qué? —pregunta, aunque ambos sabemos a qué me refiero.

—¿Te molesta que yo sea el jefe?

Suspira. —Mierda. ¿Un favor *y* una sesión de terapia? Pensándolo bien, quizá no quiera que me llames más a menudo.

Me paso una mano cansada por la cara. —No disfruto esto más que tú. Pero eres mi hermano. Mi responsabilidad. Te mereces... más de lo que has recibido. De la Bratva. De la vida en general. Así que, si hay algo que quieras... quiero dártelo.

Respira hondo. —Bueno, de todos modos, me ocuparé de esto por ti. ¿Algo más?

No es un cambio de tema tan sutil. Pero lo permito. —No, solo eso. Hazme saber lo que encuentres.

—Por supuesto —dice—. Hasta más tarde, hermano.

Cuelgo y, sin pensarlo, vuelvo a comprobar las cámaras de la habitación de Emery. Es como una compulsión.

Espero verla dormida después de meterse los dedos pensando en nuestra frenética follada en el comedor.

Pero no lo está.

De hecho...

La cama está vacía.

EMERY

¿Cómo sigo en pie?

Debería estar dormida. O tal vez directamente inconsciente. Después de seis años sin un orgasmo, acabo de tener dos en la última hora.

Y, aun así, no puedo relajarme.

Intenté dormirme, pero mi cuerpo zumbaba de energía. Mi mente era un torbellino de preocupaciones, miedos y fantasías. Era demasiado.

Así que estoy de vuelta en el gimnasio prohibido, tratando de encontrarle sentido al armario de armas de la esquina del fondo.

No me di cuenta la última vez que estuve aquí, pero hay equipo de sparring, espadas de esgrima, cuchillos arrojadizos y...

—¿Esos son nunchakus? —murmuro para mis adentros.

Agarro los mangos de madera y pruebo el peso en mi mano. La única vez que vi nunchakus fue en una película. No creía que la gente los usara en la vida real. Estrictamente para los Power Rangers y las Tortugas Ninja Mutantes.

Hago girar torpemente el arma de un lado a otro para sentirla. Luego pivoto con un susurro —¡*Hiyah*! —y arremeto con un golpe salvaje.

Imagino la cabeza de alguien en el espacio que los nunchakus están a punto de aniquilar. La de Malcolm, tal vez. O la de Adr…

No, no me lo estoy imaginando.

Es él.

Los ojos de Adrik se abren de par en par cuando el arma se lanza hacia él. Por un momento, estoy segura de que estoy a punto de matarlo.

Pero debería haberlo sabido.

Se agacha justo a tiempo. El arma atraviesa inofensivamente el aire donde él estaba. Grito y la suelto, y el arma cae estrepitosamente en la esquina más alejada de la habitación.

Juro que Isabella puede oír los latidos de mi corazón cuando Adrik se levanta y se endereza los puños de la camisa.

—Fallaste —dice.

—Lo siento mucho. No sabía que estabas... —corto la disculpa—. En realidad, no deberías haberte acercado sigilosamente.

—Esta es mi casa. Puedo ir a donde me dé la gana —me suelta—. Tú, en cambio, deberías estar en la cama.

Siento que se me calienta la cara. Me doy la vuelta, fingiendo estudiar el armario de las armas. —No podía dormir.

—Así que decidiste golpearte con herramientas que no sabes usar. Inteligente.

Me doy la vuelta y lo fulmino con la mirada. —Oh, como si supieras usar esto.

—¿Crees que no?

—¿De qué le sirve luchar a un multimillonario?

Me hace señas para que me acerque. —Ven si quieres que te enseñe.

Entrecierro los ojos. —Bien. Me preocupaba no tener una segunda oportunidad para romperte la nariz.

—Vamos, ¿por qué querrías hacer eso?

—Porque no combina —cojo otro juego de nunchakus del armario y me doy la vuelta—. Tu cara es perfecta, pero la persona debajo es un imbécil.

Sonríe, lo que me hace estar más decidida. —Deja de decirme lo que sientes y demuéstramelo.

En cuanto termino de hablar, echo el brazo hacia atrás y arremeto contra él.

Estoy segura de que voy a partirle el pómulo en dos.

Pero al instante siguiente, Adrik se ha ido.

No puedo cambiar mi impulso, así que lo sigo torpemente, y luego me apresuro a buscar a Adrik.

Ahora está detrás de mí, todavía sonriendo. —Bonito. Pero no lo suficiente.

—¡Imbécil!

Voy de nuevo a la carga con toda la intención de abrirlo en canal.

Adrik me esquiva, me deja avanzar a trompicones, me coge la muñeca con la mano y me la tira con tanta fuerza que dejo caer los nunchakus al suelo.

Me hace girar para que me apriete contra su pecho.

—¿Recuerdas cuando estaba dentro tuyo? —me sisea al oído—- Claro que te acuerdas. Nunca lo olvidarás.

Grito de frustración e intento clavarle el codo en las costillas, pero Adrik es demasiado rápido. Desliza la pierna y me saca de equilibrio.

Caigo al suelo con fuerza. Me sigue hacia abajo.

—Te pillé —se ríe en mi cara.

—Suéltame —escupo.

Hace lo contrario.

Aparta los labios y se acerca. Tan cerca que mis ojos revolotean, lista para que me bese, incluso después de todo. Incluso después de dejarme desnuda y sola en el comedor.

Entonces, fiel a su estilo, cambia de rumbo, salta y me deja de nuevo. —Esto debería servirte de lección —dice desde lo alto.

—¿Cuál es la lección?

—No me jodas.

Pongo los ojos en blanco para disimular mi frustración y me levanto. —Entendido. Y ahora, ¿te importa irte a la mierda?

—Como hemos discutido, *kiska*, es mi casa.

Pateo los nunchakus hacia el armario. —Bien. Entonces quédate. Pero no me distraigas.

Cojo las vendas del armario y empiezo a vendar mis manos. Solo lo hice un par de veces en mi clase de boxeo, así que estoy oxidada, pero intento disimularlo.

—La estás cagando —Adrik me quita las vendas de las manos—. Permíteme.

—No soy completamente incompetente, ¿sabes? Puedo cuidar de mí misma.

Resopla. —Desde luego que lo intentas.

—¿Los cumplidos irónicos son el único tipo que sabes dar?

—Deja de quejarte y dame tus manos.

No dice nada mientras me aprieta los nudillos con una mano y pasa a la siguiente. Lo que está haciendo no tiene nada de sexual, al menos no en teoría, pero a pesar de todo me provoca descargas eléctricas.

Tiene las manos fuertes y curtidas. Tiene pequeños golpes y cicatrices en los dedos, pruebas de cosas en las que preferiría no pensar.

Quiero extender la mano y rozarlas con el pulgar. Sentir la textura de su piel, el calor de su pulso.

Maldición, gruñe la voz en mi cabeza. *¿Qué más tiene que hacer este hombre para demostrarte que no vale la pena sentir lujuria por él?*

Secuestró a mi hija, me folló y abandonó, y me hizo temer por mi vida mientras me interrogaba por cosas que nunca hice.

Adrik no tiene banderas rojas. Él es una bandera roja.

Y, sin embargo, no puedo olvidar lo que sentí al estar inclinada sobre una mesa delante de él. O lo que sentí cuando me envolvió en sus fuertes brazos en la pista de baile la noche que nos conocimos.

Segura.

Querida.

Me estremezco e intento pensar literalmente en cualquier otra cosa que no sea él.

—¿En qué estás pensando? —pregunta.

Parpadeo y me doy cuenta de que Adrik ha terminado de vendarme las manos.

Probablemente lo terminó hace un rato. Pero he estado soñando despierta.

—Oh, nada —me doy vuelta y me pongo los guantes.

—¿Seguro que no estabas fantaseando con nadie?

Me acerco al saco de boxeo y lo sacudo para familiarizarme con su peso. —En realidad, sí.

—Comparte.

—Se trataba de ti.

—Obviamente.

—Tenía mis manos sobre ti —ronroneo—. Tus ojos revoloteaban... mientras te ahorcaba hasta dejarte sin vida.

Golpeo la bolsa y casi gimo de lo bien que me siento al liberar parte de la agresividad contenida en mi cuerpo. Mis nudillos hacen ese contacto sólido, ese sonido de daño real y, al menos durante un segundo, puedo engañarme a mí misma pensando que tengo control sobre mi vida. Que no soy una damisela indefensa.

Que no lo necesito.

—Y piensa lo que quieras, pero no estoy trabajando con los Filanzees o...

—Volandris.

—Sí, ellos —digo—. No trabajo con ellos. Ni siquiera puedo hacer ejercicio sin que te enteres, así que ¿cómo esperas que sea una espía?

Adrik no dice nada al respecto. Y, durante los siguientes minutos, me pierdo tanto en mi entrenamiento que casi me olvido de que está ahí.

—¿Tienes miedo del mundo, Emery? —pregunta al cabo de un rato.

Escucho la pregunta que hizo en el comedor. *¿Tienes miedo de que te haga daño?* Por un segundo, vuelve a estar encima mío, y yo le miro a los ojos azul grisáceo, desnudando mi alma.

—Me aterroriza —admito, parpadeando para volver al momento actual—. Todo el tiempo. Por eso intento hacer ejercicio, si me dejas hacerlo en paz. Necesito ser más fuerte.

—El entrenamiento no te protegerá de mí.

Sacudo la cabeza. —Eres mi amenaza actual, pero no te hagas ilusiones. Me daban miedo los hombres arrogantes mucho antes de que tú entraras en mi mundo.

—Supongo que tu padre no era un buen hombre.

—¿Lo conoces, supongo? —miro por encima del hombro, pero la cara de Adrik no delata nada —. Oh, no te hagas el tímido. Supongo que a estas alturas ya me habrás investigado a mí y a mi familia. Probablemente has aprendido todo lo que hay que saber sobre Curtis Montague.

—Magnate tecnológico, cincuenta y cinco años, dos exmujeres y una hija —dice Adrik—. Pero los detalles sobre papel no siempre pintan la imagen más clara del hombre al que conciernen.

—Bueno, no hay mucho más. Es una historia tan vieja como el tiempo, me temo. Padre adicto al trabajo que no podía preocuparse menos por su hija, hasta que ella se metió en problemas y lo hizo quedar mal delante de todos sus amigos ricos.

—¿Y tu madre? —pregunta.

—Es una zorra. Tampoco hay mucho más que eso.

Me vuelvo a dejar llevar por el flujo de golpes y movimientos, y mis músculos se aflojan y flexionan a medida que se calientan.

Pero la presencia de Adrik es como un zumbido en mi oído. No importa lo que haga, no puedo ignorarlo.

Miro sutilmente hacia atrás para ver que me observa. Pero tiene el ceño fruncido.

—Lo sé, lo sé —suspiro—. Piensas que soy penosa e ingenua. *Pobre de mí, mi mamá y mi papá ricos nunca me arropaban por la noche y tengo que trabajar para cuidar de mí misma.* —pongo los ojos en blanco—. Ya lo he oído todo antes, ¿bien? Fui una privilegiada y debería callarme y...

—Debe haber sido duro —dice de pronto, con una voz mucho más suave que cualquier otra que le haya oído. Sus ojos son penetrantes, pero no de forma violenta.

Más bien ven formas dentro de mí que me he esforzado en destruir. —¿Perdón?

—Debe haber sido duro —repite—. Cuidar de Isabella tú sola. Especialmente siendo una niña.

—Tenía dieciocho años.

Levanta una ceja. —¿Y crees que ya tenías la vida resuelta para entonces?

—Yo no... pero mucha gente sí.

Resopla. —Nadie cree eso.

—¿Ni siquiera tú? —pregunto—. Es difícil imaginarte alguna vez sin estar bien compuesto. Eres tan... En realidad, no importa. Terminar esa frase no nos hará ningún bien a ninguno de los dos.

Adrik se ríe entre dientes. —Soy lo que soy por quien me hizo.

—¿El imbécil de tu padre?

Asiente. —Ciertamente no es cálido y amoroso. Pero eso estaba bien para mí. Era en Yasha en quien tenía que pensar. Cuando yo tenía dieciocho años, él sólo tenía cinco. Alguien tenía que estar ahí para él, porque mi padre seguro que no lo estaba. Especialmente después de... —la voz de Adrik se apaga y se encoge de hombros—. Su vida fue dura.

—¿Le pasó algo? —pregunto.

Adrik nunca fue tan abierto conmigo. Verlo ligeramente vulnerable es como una droga: cuanto más recibo, más quiero.

—Pasó por una... mala racha —dice vagamente—. No lo cuidé como debía y tuve que arreglar un lío que nunca debió ocurrir. Pero salió bien. Ahora todo va bien.

Vago, tan malditamente vago. Frustrante. Quiero saber todo lo que hay que saber sobre Adrik.

Me pregunto si habrá algún álbum de bebé en algún lugar de esta mansión. Lo que daría por ver una foto de Adrik cuando era un niño regordete o un preadolescente torpe. Una parte de mí piensa que nació así, completamente formado desde el útero, con los tatuajes y el traje de Armani y todo.

—Eres su hermano, no su padre. No era tu trabajo.

—Claro que sí —gruñe—. Cuido a mi familia. De la gente que amo. Pase lo que pase.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal. ¿Cómo sería ser una persona a la que Adrik amara? ¿Ser alguien que le importara?

Sin quererlo, doy un paso hacia él. Está más cerca de lo que pensaba, a solo unos metros. Podría extender una mano y tocarlo.

Me observa con determinación. Sus fríos ojos grises no pasan nada por alto, y sé que me ve empezar a levantar la mano. Sabe que estoy pensando en tocarlo. Y no se aparta.

Pero aún tengo puesto mi guante de boxeo. Una barrera entre nosotros. Hay una metáfora en alguna parte, pero estoy demasiado cansada para entenderla.

Dejo caer los brazos a un lado e inclino la cabeza. —¿Quién cuida de ti, Adrik?

Por un segundo, juraría que vi cómo sus muros empezaban a desmoronarse.

Por un momento, creo que va a abrirse a mí y decirme algo que nunca me ha dicho.

Entonces, suena su teléfono.

Adrik gira y contesta antes de que pueda siquiera registrar de dónde proviene el estridente ruido. —Habla Adrik.

La voz al otro lado está apagada, pero, en la habitación con eco, puedo oírla bastante bien. —Soy Stefan. Tenemos problemas.

Adrik se pone rígido y se aleja de mí. —¿Qué pasa?

La voz de Stefan se hace más difícil de oír, pero dice algo sobre una redada. —¿Qué edificio? —pregunta Adrik.

Más murmullos.

No lo capto, pero Adrik maldice en voz baja. —¿Están siendo interrogados?

Otros segundos de balbuceo incomprensible.

Maldice de nuevo. —Yo me encargo.

Después de colgar, se vuelve hacia mí. Me mira de arriba abajo y tengo la sensación de que intenta recuperar este momento igual que yo.

O quizá me lo estoy imaginando. Porque, en el segundo siguiente, aprieta la mandíbula y cualquier vulnerabilidad que hubiera visto antes desaparece.

—Tengo trabajo que hacer.

—Es tarde —digo—. ¿No puede esperar?

Sacude la cabeza. —Mi gente tiene problemas y yo soy responsable de ellos. Ya sabes lo que es eso.

Se me pasa por la cabeza que Adrik sería un buen padre, todo amor feroz y protección.

Luego, el momento se va.

Y él también.

ADRIK

Empieza a salir el sol y ni siquiera he dormido.

Dentro de la comisaría, sentados en salas sin ventanas bajo luces fluorescentes, era imposible saber a qué velocidad pasaba el tiempo. El reloj de la pared estaba atascado a propósito, supuse, porque los policías de esta ciudad son unos cabrones sádicos que creen que torturar psicológicamente a cualquier pobre infeliz en su sala de interrogatorios es la forma de conseguir confesiones.

Pero mis hombres no se quiebran tan fácilmente.

Los cargos por tráfico no prosperarán. Nunca lo hacen. No mantengo una horda de abogados en mi nómina por nada.

Aun así, es un gran inconveniente, y estoy harto de lidiar con ello.

Aparco delante y dejo el Rolls Royce a mi aparcacoches. Cruzo la puerta principal y subo a mi habitación. Mientras subo, saco el móvil y compruebo las cámaras.

Es el amanecer. Debería estar dormida. O, al menos, tumbada en la cama.

En cambio, está sentada en el suelo frente a la puerta de Isabella con la cabeza entre las rodillas.

—Maldición.

Me guardo el móvil en el bolsillo y me desvío a su habitación en vez de a la mía.

Irrumpo sin llamar a la puerta.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Emery no se mueve. No me grita que me vaya. No la sorprende que haya entrado en su habitación como si pudiera ver a través de las paredes.

Se balancea de un lado a otro, respira fuerte y temblorosamente.

—¿Qué ha pasado? —ladro.

Escudriño la habitación, pero no veo nada fuera de lugar. Ninguna de las alarmas de las ventanas saltó, o mis guardias de guardia me habrían informado, así que no entró nadie.

Lo único que podría tener a Emery tan molesta es...

—¿Dónde está Isabella?

No contesta. Paso a su lado y abro la puerta.

La habitación de Isabella está a oscuras, pero puedo ver la forma de la niña bajo sus sábanas. Suben y bajan suavemente. Está dormida.

Cierro la puerta.

—Por el amor de Dios, Emery, usa tus palabras. Dime qué está pasando.

Finalmente, hace un ruido. Pero no es una palabra. Más bien un sollozo. Un grito estrangulado que me pone los dientes de punta.

—No puedo hacer nada si no me dices qué demonios pasa.

Me arrodillo frente a ella, pero no alza la vista. No deja de respirar superficialmente el tiempo suficiente para hablarme.

Gruño de frustración y la agarro del brazo, tirando de ella.

Grita y me deja hacerlo, tan indefensa como una muñeca. Finalmente, me mira y parpadea... y es como si acabara de darse cuenta de que estoy en la habitación con ella.

—Adrik —su voz es acuosa—. Yo…

La agarro del otro brazo y tiro de ella. —¿Qué está pasando?

Abre la boca para responder, pero le tiemblan los labios. Parpadea y nuevas lágrimas ruedan por sus mejillas manchadas. —Isabella —consigue decir por fin.

Sacudo la cabeza. —Acabo de ver cómo está. Está bien. Está durmiendo.

—Pero ella... se estaba ahogando —Emery aprieta los ojos cerrados, como si estuviera reviviendo un recuerdo que preferiría olvidar—. La oí jadear, y entré allí. Y dejó de respirar durante... mucho tiempo. No sé cuánto tiempo.

De repente, me pongo a dudar. ¿El pecho de Isabella subía y bajaba de verdad o había sido un truco de la luz? ¿Mi mente me mostró lo que yo quería ver?

Casi suelto a Emery y vuelvo corriendo a la puerta de Isabella, pero Emery me agarra de la camisa con las dos manos. —No respiraba y no sabía qué hacer. Conozco la reanimación cardiopulmonar, *se supone* que la conozco, pero se me fue todo de la cabeza. No recordaba nada.

—Ella está bien ahora —digo, feroz—. Está bien. Di que está bien. Di las palabras.

—Sí —dice entre sollozos—. Ella... ella está bien. Se enfadó cuando la desperté asustada.

—Entonces, ¿qué demonios pasó?

—Fue solo una casualidad. Su condición... puede afectar su respiración. Sucede. No por mucho tiempo, pero aun así... me asusté, Adrik. Me paralicé. Y no sabía qué hacer.

—Escúchame: todo es...

—*Me quedé helada* —vuelve a decir, tira de mi camiseta hasta que estamos pecho con pecho. Hasta que puedo sentir cada jadeo de su respiración—. Y, aunque hubiera pasado algo, no sé conducir. ¿Te lo puedes creer? Ni siquiera podría llevarla al hospital.

—Tengo conductores. No necesitas conducir. Solo pide un coche.

—Claro que puedo hacerlo mientras viva aquí —dice—. Pero, ¿y después?

Está diciendo lo que ambos acordamos: que esto no durará para siempre. Nuestro acuerdo es temporal.

Y, cuando termine, volverá a estar sola. Sola y vulnerable. Asustada.

—Pues aprende a conducir.

—Como si fuera tan fácil.

—Un pedal para, un pedal acelera. No es tan difícil.

Gime suavemente. Es solo una suave inhalación, pero su cuerpo se arquea contra mí cuando lo hace. Siento cada suave curva de ella presionada contra mis duros bordes. Mi polla se endurece.

—Enséñame —respira—. Puedes enseñarme.

Resoplo. —¿Parezco un puto profesor de autoescuela?

—Por favor, Adrik.

Se pone de puntillas. Su cuerpo se desliza contra mi erección. Aparto las caderas de ella. Este día ya ha sido lo bastante largo como para volver por ese camino.

Pero Dios, me encanta cuando suplica.

—Por favor —sus nudillos están blancos en mi camisa—. No podré dormir. ¿Todo lo que te dije en el gimnasio, sobre querer sentirme fuerte y capaz? Es esto. Necesito poder cuidar a mi hija. Si le pasa algo o un conductor no está cerca... O cuando no esté... Solo... por favor.

Suspiro y cierro los ojos. Siento que es una mala idea, una tormenta en el horizonte.

Pero a la mierda.

Deja que reviente.

Despego su mano de mi camisa y la vuelvo a dejar a su lado. —Vístete y reúnete conmigo en el vestíbulo en cinco minutos.

~

—NO PUEDO CONDUCIR ESO.

Emery está en la puerta del garaje, demasiado guapa con un vestido de verano estampado.

—Es un coche —respondo impaciente.

—Un deportivo —corrige—. Cuando la gente no sabe montar a caballo, la inicias con un poni, no con un semental. Yo no sé conducir eso.

—Entra.

—Tiene que haber otra manera.

—Entra o nos vamos dentro —le digo bruscamente—. Llevo más de veinticuatro horas sin dormir, y no tengo tiempo ni paciencia para malgastar en rabietas.

Se queda en el umbral y vacila. Luego, con una mueca, entra en el garaje. —Si te mato —advierte—, no puedes enfadarte conmigo.

—Estaré muerto, así que eso no será un problema.

Ella resopla. —Sí, claro. Serías un espíritu vengativo, seguro. Volverías y me perseguirías.

Le pongo las llaves delante. —Mejor que tengas cuidado, entonces. O nunca te librarás de mí.

Emery me coge las llaves con dedos temblorosos y se sube al asiento del conductor con los ojos muy abiertos. —No puedo creer que esté haciendo esto.

En voz baja, murmuro—: Ya somos dos.

Me siento en el asiento del copiloto y cierro la puerta. En el coche reina un silencio casi absoluto, nada más que el sonido de nuestras respiraciones entremezcladas. Su aroma me inunda la nariz, con ligeros toques de fresa y vainilla. Como una puta droga.

Me sacudo el pensamiento y señalo el contacto. —Las llaves van ahí.

Me hace un gesto con el dedo corazón, introduce la llave en el contacto y gira. Se sobresalta cuando el motor se pone en marcha. —Maldición.

—Las manos en el volante. Pisa el pedal de la derecha.

Lo hace y el motor suelta un gruñido feroz. Emery tiene los nudillos blancos sobre el volante.

—Ese es el acelerador —le digo—. Písalo cuando quieras arrancar. Ahora, pisa la izquierda —pisa el freno y el coche se balancea ligeramente.

—Ese es el freno. Písalo cuando quieras...

—Si me explicas qué significa “frenar”, te atropello.

—¿Quieres aprender o no? —suelto un chasquido. Estoy tan cansado que apenas veo bien. Ahora mismo no tengo tolerancia para sus idioteces.

Emery refunfuña, pero asiente.

—Esa es la palanca de cambios. Esos son los espejos. Ahí está la salida. Vamos.

Le tiemblan los dedos como locos, pero consigue poner el coche en marcha y sacarnos del aparcamiento. Paramos y arrancamos, dando tumbos cada pocos metros, mientras prueba la

elasticidad de los frenos y el acelerador. Pero, para cuando llegamos al portón abierto del garaje, ha empezado a suavizarse.

—Esto no está tan mal —dice con una sonrisa tímida.

Sonríe en mi presencia, eso es raro. Estoy acostumbrado a la rabia o las lágrimas.

Lo que es aún más extraño es lo que me produce esa simple sonrisa. Hace que mi pecho se apriete y se suelte de la forma más extraña.

Probablemente no signifique nada.

—Todavía estamos en la entrada, y podría ir más rápido que esto —frunzo el ceño.

Su sonrisa cae. —¿Tienes que arruinarlo todo?

—Te estoy preparando para lo que viene a continuación.

—¿Has pensado alguna vez en vivir el momento? —me echa una mirada, y luego vuelve rápidamente al parabrisas—. Quizá podrías disfrutar de las cosas de vez en cuando sin ponerte paranoico por el futuro.

—Y a lo mejor todo el mundo podría donar todo su dinero a obras benéficas y todos podríamos cogernos de la mano y cantar el puto kumbaya.

Emery me mira con el ceño fruncido cuando el coche se desvía y destroza un seto que bordea el camino de entrada. Me acerco para agarrar el volante y dirigirla de vuelta a un terreno más seguro. —Presta atención antes de que nos mates.

—Me estás distrayendo —resolpa—. No puedo concentrarme contigo... sentado ahí.

—Qué pena. Aprende.

Frunce el ceño. —Tus modales apestan, sabes.

Llegamos a la carretera principal. Está oscuro y vacío en todas direcciones. Me inclino sobre los asientos hacia Emery y le susurro al oído—: Anoche no parecías tener problemas con mis modales.

Ella se pone rígida inmediatamente. —¡Aléjate! Vas a hacer que nos matemos los dos.

—Las distracciones son parte de esto, Emery. Crees que vas por el camino recto y estrecho, por el medio de la carretera. Pero entonces algo... algo *tentador*... atrapa tu atención y te hace reconsiderar.

Arrastro un dedo por la curva de su cuello. La piel de gallina brota a su paso. —Esto no tiene gracia.

—No es una broma. Es una lección —dejo caer la mano sobre su pierna desnuda, acercando los dedos al calor que hay entre sus muslos.

—Adrik, en serio, para.

—Sigue conduciendo el coche —le ordeno.

La carretera está vacía y ancha. Ni un alma a la vista. Aceleramos despacio, lentamente, mientras el motor ruge y Emery gime bajo mis caricias.

—Lo digo en serio. Para.

—Tranquila —canturreo, ignorándola. Le paso el dedo por el interior de la pierna—. Con delicadeza. Debes acelerar el coche suavemente, deja que la velocidad suba y suba. Acaricia el pedal antes de pisar por completo. Dale tiempo para calentarse.

Emery tiene la cara enrojecida. Su respiración es agitada y pesada.

De repente, pisa el freno. Me mira con ojos salvajes y fieros. —No soy un puto juguete, Adrik. Y mucho menos *tu* juguete.

—¿No? Podrías haberme engañado.

Se muerde el labio, como si estuviera sopesando algo. Entonces, para mi sorpresa, pisa el acelerador tan fuerte que me aplasta contra el asiento de cuero.

—Más despacio —le ordeno.

—No.

El motor es una amenaza gruñendo mientras avanzamos por la carretera. Cada vez más rápido. Siento cómo empieza a subirme la adrenalina, la emoción de la velocidad.

Pero no tengo el control.

Y eso es un puto problema.

—Haz el berrinche que quieras, pero no me jodas el coche en el proceso.

—Tienes suficiente dinero para comprar otro. Además, no hay nadie cerca. Y, aunque nos pararan, ningún policía sería tan estúpido como para arrestarte, ¿verdad?

—Probablemente no. Pero tú no eres yo.

Pisa el acelerador con más fuerza. La aguja del velocímetro se acerca a ochenta, ochenta y cinco, noventa. —¿Quieres decir que no pagarías la fianza para sacar a tu mujer de la cárcel?

—Tú no eres mi mujer.

—Me follaste como a tu mujer.

—No, te follé como a una puta —gruño—. No me sorprende que no sepas la diferencia.

El dolor aparece en su rostro, pero desaparece en un segundo. El velocímetro pasa de cien. Ciento diez.

Más adelante, veo el reflejo rojo de una señal de pare, pero Emery no da señales de aminorar la marcha.

—Señal de pare.

Ella se encoge de hombros. —Tú no sabes lo que significa la palabra “parar”, así que ¿por qué

debería saberlo yo?

—Vas a hacer que nos matemos.

—Te dije que era una posibilidad —me recuerda con maldad, saltándose la señal de pare—. ¿Qué pasa, tienes miedo?

Su rostro es impenetrable, extrañamente inexpresivo. Pero algo brilla en sus ojos.

Algo que reconozco al instante.

Poder.

El brillo que surge en los ojos al reclamar el control sobre otra persona. La emoción de tener su destino en tus manos.

La hace jodidamente peligrosa. —Para el maldito coche, Emery.

—Oblígame —dice, torciendo la boca en una sonrisa.

Tiene la espalda recta y el pecho erguido y orgulloso. El rubor se desliza desde sus mejillas hasta la clavícula. Como si ardiera por dentro.

Llegamos a la cima de una colina y veo que la carretera llega a una "T". Más allá hay una gruesa línea de robles. Si Emery no reduce la velocidad, terminaremos envueltos alrededor de ellos.

—Si no te hago parar, los árboles lo harán. Nos aplastarán a los dos. ¿Es eso lo que quieres?

Me vienen imágenes a la mente.

Un coche destrozado.

Un parabrisas destrozado.

Dolor como nunca había sentido antes o después.

Parpadeo mientras Emery susurra—: Ya no sé lo que quiero.

—Entonces será mejor que nos mates —gruño—. Porque, si sobrevivimos... Vas a desear haber acabado con esto en el coche.

—Promesas, promesas —dice. Vamos a más de ciento cincuenta ahora. Tal vez veinte segundos hasta el impacto—. Por desgracia, me has ayudado a darme cuenta de lo poco que puedo confiar en los hombres. Simplemente no te creo, Adrik.

—Emery, detén el maldito coche, ahora.

Me ignora. —¿Algunas palabras finales? ¿Algún pecado que quieras sacarte del pecho antes del final?

Aunque fuera el tipo de hombre que se arrepiente, ahora no hay tiempo para ello. La última oportunidad de dar la vuelta se precipita hacia nosotros.

Por un fugaz segundo, realmente pienso que no parará. Que así es como terminan las cosas para mí. En cierto modo, sería una ironía apropiada.

Y entonces, en el último momento, pisa el freno.

Todo el coche grita en señal de protesta. Reducimos la velocidad, nos tambaleamos, el peso se desplaza de un lado a otro y de delante hacia atrás mientras Emery pierde el control del volante y nos hace dar coletazos en todas direcciones.

Alargo la mano para agarrar el volante y dar un fuerte tirón para que nuestro impulso nos lleve a derrapar. A través de la ventanilla, los árboles se acercan cada vez más.

Observadores silenciosos.

Ocupa todo el espacio que nos quedaba. Pero, finalmente, el coche se detiene.

Exhala un largo suspiro, pero antes de que sus pulmones se vacíen, saco la llave del contacto y la agarro por el pelo.

Emery grita. —¡Suéltame! ¿Qué estás...?

Abro la puerta y salgo mientras la arrastro por la consola central hasta el asiento del copiloto. —Siéntate de una puta vez y, por el amor de Dios, cállate.

—Adrik, yo...

—La cagaste —termino por ella—. La cagaste, Emery.

—Era una broma —parpadea y no sé si lo dice en serio o no. Si de verdad es tan estúpida, tan descuidada, tan ciega.

—No me río —gruño.

Cierro la puerta del coche de un portazo y me dirijo al asiento del conductor. Emery está sentada con los brazos cruzados. Se ha empequeñecido, apretando todas sus extremidades como si pudiera desaparecer. Como si pudiera esconderse de mí.

Pero ahora no hay dónde esconderse. —Ponte el cinturón de seguridad.

—Como si te importara —refunfuña.

No tengo tiempo para esta mierda. Me abalanzo sobre la cabina, le paso el cinturón por el pecho y lo encajo en su sitio.

—A diferencia de ti, yo sí sé lo que quiero. Y no quiero que salgas herida en un puto accidente de coche —gruño—. Quiero hacerte daño yo mismo.

EMERY

Cuando suena el despertador, apenas puedo abrir los ojos.

A medio camino entre el sueño y la vigilia, casi puedo convencerme de que la noche ha sido un sueño. Un sueño horrible y sin sentido.

Pero entonces, abro los ojos y siento el dolor en el hombro que me produjo el golpe contra la puerta cuando el coche empezó a derrapar.

Me arrastro las manos por la cara. —¿Por qué hice eso? —murmuro—. ¿En qué estaba pensando?

No estaba pensando. Esa es la desafortunada verdad.

La mano de Adrik estaba en mi muslo, subiendo. Y yo sentía que me acercaba a él, deseando que redujera la distancia, deseando que me pusiera las manos encima y cumpliera todas sus promesas más oscuras.

Luego, la frustración pasó a ser... otra cosa. Algo que perduró.

Odio cuánto control tiene Adrik sobre mí. Odio el poco control que tengo sobre mí misma.

Toda mi vida ha sido una serie de hombres queriendo controlarme. Mi padre, Malcolm, Adrik... maldición, incluso el padre de Isabella... por una noche, al menos.

Por una vez en toda mi maldita vida, quería tener el control.

—Y mira adónde te ha llevado —balanceo las piernas sobre la cama y me estiro. Sigo en vaqueros. Otra señal de que esta mañana ha sido demasiado real.

No planeo ver a nadie más hoy. Después de todo lo que pasó, probablemente me convenga mantenerme alejada de Adrik. Isabella y yo nos mantendremos a solas.

Me gruñe el estómago. Asomaré la cabeza para ver a Isabella y luego buscaré algo de desayunar abajo. Quizá haya tortitas otra vez. Le encantaron la última vez que el chef...

Mi mente se detiene al girar y darme cuenta de que la puerta de mi hija está abierta.

—Estaba cerrada —digo, como si intentara convencerme a mí misma—. Estaba definitivamente cerrada.

Sé que la cerré. Cuando Adrik y yo volvimos a la casa, me llevó a mi habitación y me metió dentro, dando un portazo. Me preocupaba que el ruido despertara a Isabella, así que metí la cabeza para asegurarme de que seguía durmiendo. Luego, cerré la puerta lo más suavemente que pude.

—...¿O no?

El corazón ya me late con fuerza en el pecho, pero intento respirar hondo. Intento mantener la calma.

—Está bien —digo—. Sigue ahí. Estaba cansada. No la cerré del todo. Eso es todo.

Me levanto y me acerco a la puerta, como si acercarme sigilosamente a una pesadilla fuera a hacerla menos horrible. Mis pies descalzos no hacen ruido en el suelo de madera.

—Está dormida. Está bien.

Adrik me advirtió. Me dijo que me arrepentiría, que me haría daño por lo que intenté hacernos. Pero seguí pisando el acelerador cuando debería haber pisado el freno.

—Es solo una niña pequeña. Adrik no se desquitaría con ella.

¿Por qué no? ¿Qué sabes realmente de él? ¿De verdad crees que hay algo que no haría?

El miedo me sabe ácido en la garganta. Intento tragarlo, pero no puedo. Está alojado ahí, filtrado en cada célula como veneno.

Empujo la puerta para abrirla. Un rayo de luz atraviesa la alfombra de felpa de su habitación y corta la mitad inferior de su cama. El resto de la habitación está a oscuras, pero hay suficiente luz.

Suficiente para que vea que las mantas se echan hacia atrás... Y mi hija se ha ido.

~

—¿DÓNDE coño está? —grito, blandiendo el cuchillo de carnicero como si fuera una espada vikinga—. ¿Dónde está Adrik?

La criada que tengo delante es una mujer robusta, de caderas anchas y pelo negro y espeso. Pero sus ojos están frenéticos al alejarse de mí. —No lo sé, señora. No sé nada.

—¡Mentirosa!

En cuanto me di cuenta de que mi hija se había ido, fui directamente a la cocina. Me dije que quizá se había sentado en su silla y había bajado en busca de tortitas. Que doblaría la esquina y la vería masticando alegremente. La oiría decir: "*¡Buenos días, mamá!*".

Intenté alejar el pensamiento indigno: que alguien se llevó a mi hija de su cama.

Pero, cuando entré en la cocina y vi que no estaba, supe que no podía seguir ignorándolo.

—¿Dónde. Está. Mi. Hija? —gruño de nuevo, puntuando cada palabra con una estocada del

cuchillo en el aire.

La puerta detrás de mí se abre y la criada mira por encima de mi hombro, con la esperanza reflejada en su rostro. Me doy vuelta y me encuentro cara a cara con el intruso...

Que resulta ser una criada alta y rubia, no mayor que yo. Me echa un vistazo a mí y a mi cuchillo y se marcha por donde vino.

—¡No! —grito. Salto y me pongo delante de ella, bloqueando la puerta—. ¿Dónde está Adrik? ¿Qué coño ha hecho con mi hija?

La mujer no parece impresionada por mi arma, pero es lo bastante lista como para no ponerme a prueba. Retrocede hasta colocarse hombro con hombro con la otra criada.

—Estuve preparando el comedor para el desayuno —explica con cautela—. No vi a Jefe Tasarov.

Las dos mujeres se dirigen una mirada extraña que no consigo leer.

Entrecierro los ojos y las apunto con el cuchillo. —Se dan cuenta de que son cómplices de un secuestro, ¿verdad? Cuando esto acabe y recupere a mi bebé, los entregaré a todos. Espero que les caiga todo el peso de la ley.

La mujer de pelo oscuro se arriesga a dar un paso adelante. —Señorita, no tenemos ni idea de dónde está su hija. Deme el cuchillo, y podemos...

—¡Mentirosas! ¡Las dos son unas putas mentirosas! —escupo—. Ustedes saben dónde está. Díganmelo.

Ninguna dice una palabra. ¿Porque no quieren o porque no pueden? No lo sé, y ahora mismo, me importa una mierda.

Solo quiero saber que mi bebé está a salvo.

—Bien —escupo—. No me digan nada. Pero, hasta que no tenga a mi hija de vuelta, destrozaré esta casa. Arrancaré las paredes de los cimientos si es necesario.

Me miran con recelo mientras doy un paso alrededor de la isla y rebusco en el armario más cercano. Me doy la vuelta y, al hacerlo, lanzo tres platos por toda la habitación. Se estrellan contra la pared de enfrente, abollando la placa de yeso.

La criada morena grita.

La rubia maldice. —¡Es una psicótica!

—Claro que sí —lanzo tres platos más y un vaso. Solo pasaron unos segundos y el suelo ya está lleno de fragmentos de vidrio y cerámica—. Díganme dónde está y todo esto se acaba.

Me giro para coger más platos. La rubia corre hacia la puerta. Lanzo un plato en su dirección, pero apenas llega al pasillo a tiempo. Se rompe contra la puerta de madera en vez de contra su espalda.

La otra criada no se mueve. Se apoya en el fregadero y me mira destrozar todo lo que hay dentro de un armario tras otro. Está tan asustada que creo que me lo diría si supiera dónde está Adrik.

La rubia, sin embargo, ocultaba algo.

—¿Hay algo entre esa tonta y Adrik? —pregunto mientras rompo un vaso en la isla de mármol.

La mujer parpadea. —Yo no... qué...

—Están acostándose —enuncio claramente—. ¿Están follando? La mujer parece muy leal a su jefe. Quiero decir, no puede ser tan buen jefe. Debe estar follándosela, ¿no?

No me hago cargo de mi propia hipocresía. El hecho de que estuviera dentro de mí hace menos de doce horas, y ahora me haya arrebatado a Isabella... la idea me eriza la piel.

Como si mis propias manos estuvieran cubiertas de su sangre.

—Oh, yo no... —la mujer se aclara la garganta—. No estoy segura. Quizás.

—¿Quizás?

Dice algo, pero el sonido se pierde cuando tiro una pila de cuencos por la isla de la cocina. Patinan sobre el granito y luego estallan en una explosión ensordecedora sobre el suelo de baldosas.

—El Jefe T… Adrik tiene devaneos con el personal a veces —dice—. Si están dispuestas.

—Seguro que la mayoría están dispuestas —resoplo, aunque no me hace gracia—. ¿Por qué no? Probablemente ven las cosas que yo vi la noche que lo conocí. Es rico, es guapo, es tremendamente inaccesible. Pero piensan: "*Quizá, solo quizá... yo sea la mujer que lo haga sentar cabeza*".

Se me calienta la cara al admitirlo, pero destierro el pensamiento y lanzo tres vasos en rápida sucesión contra la ventana sobre el lavabo. Para mi sorpresa, rebotan sin romperse.

—¿Qué es esto, cristal antibalas?

—Paneles de policarbonato para ventanas, en realidad.

La voz grave me sobresalta. Preparo un vaso en la mano y me doy vuelta para encontrar a Stefan de pie en la puerta.

Mira alrededor de la habitación y suelta un silbido bajo. —Maldita sea, chica. Menudo alboroto has montado.

—¡¿Dónde está mi hija?! —grito cada palabra mientras le arrojo el vaso. Stefan maldice, se aparta y empieza a correr hacia mí.

Doy la vuelta a la isla y agarro el cuenco decorativo del centro, lanzándolo hacia él.

El cuenco le golpea en el hombro, pero él sigue avanzando.

—¡Por el amor de Dios, Emery, detente por un maldito segundo! ¡Solo escúchame!

—Te llevaste a mi hija —le lanzo el cuchillo, aunque falla por mucho, y luego busco cualquier otra cosa que pueda lanzar. Por desgracia, este lado de la cocina se está quedando sin munición —. No escucharé nada de lo que digas hasta que me digas dónde está.

—Y no puedo decirte dónde está hasta que me escuches.

—¡Dime dónde coño está!

—Ella está con Adrik, ¿de acuerdo? —grita—. ¡Ella está con Adrik!

—Ya lo sé —gruño—. ¿*Dónde* están?

—Yo... no lo sé.

Antes de que pueda terminar, abro de un tirón el cajón que tengo delante. Está lleno de especias y empiezo a arrojárselas.

—Maldición, Emery —Stefan esquiva un molinillo de pimienta—. ¡Relájate!

—¿Relajarme? ¡Él secuestró a mi hija!

—¡Porque casi lo matas!

Rebusco en el cajón por orden alfabético, cojo pimienta de cayena, chile en polvo y canela y se los arrojo a Stefan.

El cilantro golpea a Stefan en la mandíbula y maldice. Entonces, de repente, se lanza sobre la isla. Ni siquiera tengo tiempo de reaccionar. Stefan está en el suelo un segundo, y al siguiente vuela hacia mí en el aire.

Grito e intento zafarme, pero me rodea con los brazos y cae como un gato sobre el suelo de baldosas. Me sujeta las manos a los costados.

—Basta.

—Suéltame —me retuerzo, pero su agarre es férreo.

—Ya has puesto furioso a Adrik —dice Stefan—. Destrozar su cocina no ayudará.

Por primera vez, me detengo y miro a mi alrededor. El suelo de baldosas está lleno de fragmentos de vajilla y cristales rotos. Un cajón de cubiertos está volcado sobre la encimera y frutas magulladas ruedan por el suelo como pollos descabezados.

La criada de pelo oscuro sale corriendo ahora que estoy sujeta, pateando manzanas y naranjas a su paso mientras huye hacia la puerta.

—Puede comprar más cosas —digo—. Puede comprarse un coche nuevo. Puede comprar toda una puta flota de coches deportivos. ¿Qué le importa?

—Le importa una mierda el coche. Pero los accidentes no son una broma para él. No tiene muchos botones, pero tú pulsaste uno. Y ahora te está haciendo pagar.

¿Adrik tiene miedo de chocar? Quiero decir, sí. Tener un accidente de coche es una de esas cosas que todo el mundo teme. Como caerse de un acantilado. O ahogarse. Los seres humanos están programados para ello.

Supongo que olvidé que Adrik es humano. No actúa como tal muy a menudo. Pero algo me dice que aquí hay algo más.

Mientras pienso, Stefan me suelta lentamente. —¿Estás tranquila?

—No —digo. Pero es mentira. Ya no puedo luchar.

La falta de sueño me está afectando. El estallido de adrenalina y rabia se está convirtiendo en un pavor glacial. Siento los miembros fríos y pesados, y lo único que quiero es tirarme al suelo y dormir para siempre.

—¿Dónde está? —pregunto en voz baja.

—No lo sé —dice Stefan—. Pero ella está bien. Adrik no le haría daño.

—Eso no lo sabes. Él se la llevó, así que quién dice que no lo hará...

—*Yo* lo digo —se agacha y me mira a la cara—. Confía en mí, Emery, ¿de acuerdo? Conozco a Adrik. Él nunca haría daño a una niña.

Entrecierro los ojos. —Eres su mejor amigo. Claro que dirías eso.

—Soy su mejor amigo, así que lo conozco lo suficiente como para esperar lo peor —dice Stefan —. Pero aun así sé que no le haría daño a Isabella.

La sinceridad en sus ojos es real. De alguna manera, eso me hace sentir mejor.

—¿Solo... solo llámalo y compruébalo? —sugiero—. Podrías llamarlo y pedirle...

Stefan sacude la cabeza antes de que pueda terminar. —Adrik es mi mejor amigo, pero también es mi jefe. No puedo pedirle nada.

Me reclino contra la encimera y cruzo los brazos. —¿Así que se supone que debo sentarme aquí y esperar Dios sabe cuánto tiempo?

Stefan me dedica una sonrisa comprensiva. —Lo mejor que puedes hacer es mantenerte ocupada —echa un vistazo a la cocina—. Haré que alguien limpie la cocina y reponga las cosas que has roto antes de que llegue a casa. Así nos ahorraremos un sermón.

Levanto una ceja. —¿Ahora intentas ser mi amigo?

—Piensa en mí como el ángel guardián que hará que Adrik no estalle.

—Debes mantenerte ocupado.

Suspira. —Es un trabajo a tiempo completo.

EMERY

Estoy agotada a todos los niveles, pero no puedo quedarme quieta. No puedo dormir. No puedo relajarme.

No cuando Isabella está por ahí con Adrik. No cuando no sé lo que planea Adrik a continuación.

Así que, una vez más, voy a la sala de entrenamiento.

Es imposible estar en esta habitación sin pensar en Adrik. Cada vez que entré aquí, él me encontró. Como si supiera que intento olvidarme de él durante unos minutos y viniera a buscarme.

Nada de eso, pequeña, retumba su voz profunda en mi cabeza. *¿Olvidarte de mí? Estás mal de la cabeza.*

Y el Imaginario Adrik tiene razón: es imposible. Especialmente hoy. *Quiero* que me encuentre. Quiero ver a Isabella.

Pero, por ahora... espero.

Vuelvo a entrenar con los nunchakus, intento hacer movimientos rápidos y precisos. Pero lo único que siento son las manos de Adrik sobre las mías, guiando mi agarre.

Lo único en lo que puedo pensar es en su aspecto cuando entrenábamos, todo músculo y reflejos rápidos.

Que se joda por seguir apareciendo en mis ensoñaciones.

Lanzo los nunchakus por la habitación. Se clavan en la esquina de uno de los espejos y este se resquebraja.

—Maldita sea —gime Stefan.

Me doy vuelta y veo que está en la puerta, apoyado en el marco.

—Tienes suerte de que Adrik odie esta habitación. De lo contrario, estaría enojado por eso también.

—¿Ahora eres mi niñero? —voy hacia el armario y empiezo a tirar del equipo de boxeo.

—Parece que tengo que hacerlo. No quiero que destroces otra habitación.

—Fue un accidente.

—"*Fue una broma*" —se burla con su voz ridículamente aguda para imitar la mía—. "*Fue un accidente*". ¿Alguna vez haces algo a propósito?

Me pongo un guante de boxeo y le hago señas para que se acerque. —Acércate un poco más y te mostraré el tipo de daño que puedo hacer a propósito.

Stefan sonríe. No es un tipo feo, pero, por alguna razón insondable, no me atrae. No se me revuelve el estómago, no me tiemblan las piernas... nada. Stefan es bueno con Isabella, algo amable conmigo, y sabe cómo ser un humano civilizado. A todas luces, debería moverme el piso.

Pero a mí no me va eso, por lo visto.

Me van más los secuestradores violentos que me quieren muerta o encadenada. —Solo estoy aquí para observar. Nada de sparring —dice Stefan—. Adrik me castraría si pasara algo.

—Vamos, ¿le tienes miedo o algo? Creía que era tu amigo —practico unos golpes al aire—. Seré amable contigo.

Resopla. —Me gusta mi polla pegada tal y como está, así que gracias, pero no.

—¿Por qué le importaría?

Stefan pone los ojos en blanco. —Ambos son agotadores.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Sabes muy bien lo que significa. Pero no dejaré que me metas en problemas hoy. Solo entrena en paz y dejar de romper su mierda.

—Bien —respiro hondo y alejo todas las preguntas sin respuesta. Ya tengo bastante con lo que lidiar.

Trabajo un rato con el saco de boxeo. Stefan se queda, pero se apoya en la puerta sin decir nada en todo el rato. Hago lo que puedo por ignorarlo.

Ignorarlo todo, en realidad. Cuando mi cuerpo se mueve, soy capaz de ignorar la mayoría de mis pensamientos y preocupaciones. Me siento fuerte y capaz, dos sentimientos que sé que desaparecerán en cuanto Adrik entre por la puerta.

Cuando la tarde toma el relevo de la mañana y empiezan a dolerme los puños por la pesada bolsa, paso a los estiramientos. Me duelen los músculos, pero es bueno. Me hace olvidar las voces de mi cabeza.

Estoy estirando las caderas, con las piernas abiertas en el suelo y el cuerpo arqueado hacia un lado, cuando escucho voces en el pasillo.

Concretamente, una voz aguda de niña.

Me levanto de un salto y corro hacia el pasillo. Las voces resuenan en la entrada. Bajo las escaleras de dos en dos y aterrizo con una palmada en el suelo de baldosas lo bastante fuerte como para que todos los presentes se giren a mirarme.

Isabella gira su silla de ruedas.

O, en realidad... gira una nueva silla de ruedas.

—¡Mamá! —la máquina zumba con ese suave ronroneo eléctrico que solo se consigue con un montón de signos de dólar.

Me dejo caer delante suyo y le agarro la cara. —¡Dios mío, mi niña! ¿Estás bien?

Ella frunce el ceño. —Estoy bien. Adrik me llevó a...

—¿De dónde ha salido esto? —me alejo.

Hay que reconocer que la silla de ruedas es muy bonita. Es rosa, con asiento de cuero negro y cojines para los brazos y la espalda. El joystick está en un brazo giratorio para que pueda acercarlo a ella y sea más fácil de usar. Se adapta perfectamente a la curva de su columna vertebral y a la curvatura de su cuerpo.

Isabella gime. —¡Mamá, escucha! Adrik me llevó a comprar una silla de ruedas nueva. Y luego fuimos...

—¿Dónde has ido? —miro por encima de la cabeza de Isabella, pero no me atrevo a mirar a Adrik.

Sé que está ahí. Su presencia es como el aire antes de una tormenta, cargada y eléctrica. Pero, si lo miro, no sé lo que haré.

En vez de eso, miro sus zapatos. Eso parece más seguro.

—Un amigo mío le consiguió una cita —explica Adrik.

Su voz de barítono me estremece. No sé si quiero estrangularlo o besarlo para poder saborearla.

—Mamá —gime Isabella, intenta llamar mi atención—. Luego fuimos a una feria y...

—Malcolm tardó seis meses en conseguir su última silla. ¿Cómo hiciste tú en unos días? —arrastro la mirada hasta sus vaqueros negros. Son finos, pero ninguna cantidad de material puede ocultar su fuerza bruta. Sus piernas rellenan el vaquero de forma despreciable.

No necesito mirarlo a la cara para saber que sonríe. La diversión es clara en su voz. —Ya te lo he dicho, Emery: siempre encuentro la manera.

Mi cuerpo se convierte en hielo. Es una amenaza, si alguna vez he oído una. De repente, siento un fuerte golpe en la espinilla. Salto hacia atrás. —¡Ay!

Isabella aparta su silla de ruedas de mis piernas. —¡Escucha mi historia, mamá!

—Lo siento, cariño —me arrodillo frente a ella. El alivio me inunda de nuevo al ver que está perfectamente ilesa. Stefan tenía razón—. ¿Qué has hecho hoy?

—Fuimos a una feria —dice—. Había algodón de azúcar, granizados y banderillas...

—¿Hiciste algo más que comer chatarra? —me burlo.

—Me monté en un carrusel —dice—. Adrik me sostuvo en el paseo.

En ese momento, levanto la vista solo un segundo.

Adrik me mira fijamente. Su expresión es de acero. Es imposible imaginarlo acunando a una niña en una atracción de feria, o comprándole un unicornio de peluche, que ahora veo que está encajado en la cesta debajo de su silla de ruedas.

Vuelvo a mirar a Isabella y me inclino para besarle la frente. —Suena muy divertido —murmuro con un nudo en la garganta.

Sonríe y, por alguna razón, se me llenan los ojos de lágrimas.

Parpadeo y me levanto. Stefan está de pie a un lado, observándome con una sutil sonrisa de suficiencia en los ojos.

—Oye, ¿Stef? —nunca lo llamé así antes, pero se pone rígido de inmediato. Mira a Adrik, pero no tiene oportunidad de decir nada—. ¿Puedes llevarte a Isabella unos minutos? Quiero hablar con Adrik muy rápido. A solas.

Stefan mira de mí a Adrik, que asiente, dando su permiso.

Mientras se marchan juntos, Isabella no para de hablar de lo bien que la pasaron Adrik y ella juntos. —...Ojalá hubieras estado allí —le dice.

Le acaricia el pelo. —Ojalá, niña.

Espero a que desaparezcan para dirigirme a Adrik.

Es la primera vez que me permito abarcarlo todo a la vez. Su mandíbula salvajemente apretada. Sus ojos azules como el mercurio. La seguridad con la que está de pie, con las piernas abiertas y los brazos sueltos.

Como si no tuviera preocupaciones. Como si no hubiera hecho nada malo.

Y de repente, la rabia que reprimí en la cocina esta mañana se apodera de mí. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, corro hacia él por la entrada.

Me estrello contra su cuerpo como una bala. Pero, por supuesto, Adrik está preparado.

Me rodea con los brazos y me gira, desviando parte del golpe. Me aprisiona contra la pared y casi derriba una mesita que hay junto a nosotros.

Me coge de los brazos, pero consigo mantener una mano libre y le doy un fuerte bofetón.

El crujido resuena en la habitación. Adrik se queda perfecta y terriblemente quieto. Yo también.

Lentamente, se vuelve hacia mí, con una huella roja en la mejilla. Cuando se inclina y susurra, su aliento es caliente.

—Es la última vez que te saldrás con la tuya.

—Tú te la llevaste —escupo—. Te llevaste a mi hija de su cama mientras yo dormía. ¿Entiendes lo enfermo que es eso?

—La colmé de regalos con los que hace una semana solo podía soñar. Deberías estar de rodillas

dándome las gracias.

—¿Por secuestrar a mi hija?

—Por darle lo que tú no pudiste —gruñe.

Sus palabras caen como un puñetazo en las tripas. Respiro hondo y cierro los ojos hasta que se me pasa el dolor. —¿Por qué?

Acorta la pequeña distancia que nos separa. Su cuerpo presiona con fuerza contra el mío. Odio cómo encajan nuestras caderas, cómo mis piernas se abren instintivamente a su anchura. Odio lo bien que me siento al deslizarme contra él.

—Porque —dice—, haré lo que haga falta para que entiendas que mando yo. Te sometes o sufres. No hay otras opciones. ¿Entiendes?

Mis pensamientos se reducen a una palabra: *Isabella.*

Tengo que proteger a mi hija.

De Adrik. De Malcolm. De todos los hombres de este mundo que querrán herirla y usarla como me han herido y usado a mí.

De repente, no es Adrik quien está frente a mí. Son todos los miedos que he tenido.

Cada duda que he querido vencer.

Él es cada hombre que ha puesto sus manos sobre mí, y esta es mi única oportunidad de dejar mi marca. Mi única oportunidad de luchar.

Vi el destello del abrecartas en la mesa del recibidor cuando Adrik me empujó contra la pared, así que ni siquiera necesito mirar para saber dónde está. Solo tengo que moverme lo bastante rápido para cogerlo antes de que pueda detenerme.

—¿Lo entiendes? —repite, inclinándose tanto que apenas puedo respirar.

—Sí —jadeo, estirando el brazo hacia un lado y cogiendo el mango blanco y liso con la palma de la mano—. Lo entiendo todo.

Entonces, clavo el pequeño cuchillo en el costado de Adrik.

ADRIK

Miro fijamente sus brillantes ojos verdes mientras siento que la sangre se extiende por mis costillas.

Su fuego es admirable. Pero también es una molestia. Y ya es hora de apagar las llamas para siempre.

Eso es lo que pensaba que estaba haciendo esta mañana, en realidad. Sacar a Isabella por el día se suponía que iba a ser un recordatorio para Emery de lo que soy capaz de hacer.

Por supuesto, Isabella es una niña. Una inocente, si es que alguna vez existió tal cosa. No iba a encerrarla y tirar la llave. Y estoy seguro de que no iba a hacerle daño.

Iba a hacer lo que le advertí a Emery hace mucho tiempo que haría: darle todas y cada una de las cosas que deseó y luego arrancárselas. Una por una por una.

Solo para demostrarle que puedo.

Me agacho y me arranco el abrecartas del costado. No es letal; la hoja no es lo bastante larga para eso. Además, me apuñaló justo por encima de la cadera. No hay nada vital al alcance.

Vuelvo a dejar la hoja sobre la mesa. La superficie de madera está manchada de sangre oscura. Emery abre mucho los ojos.

—La próxima vez que me apuñales —le digo, elevándome sobre ella—, te aconsejo que vayas a por la garganta.

Se queda con la boca abierta, incrédula. Como si yo fuera el monstruo de la película de terror que resucita de entre los muertos, justo cuando pensabas que por fin ganaste.

Sus ojos son tan inocentes como los de su hija. Una *kiska* tan frágil.

Se cree dura, pero es de porcelana en un mundo lleno de hombres malvados que blanden martillos.

Giro la cabeza hacia un lado y grito—: ¡Rurik!

Emery se estremece, pero por lo demás no se mueve. No dice nada. El único sonido es mi voz resonando en las paredes.

Dejo de lado mis sospechas sobre ella por ahora. Yasha me llamó mientras estaba fuera para informarme de sus hallazgos.

—Limpia —me dijo—. Está impecable. Hay algunos mensajes con el senador, pero nada incriminatorio. Si los dos están confabulados, están siendo muy discretos al respecto.

—¿Confabulados? —pregunté—. ¿Qué coño eres, un detective privado de los años 50? ¿Has visto alguna mujer bocazas últimamente?

—Vete a la mierda —Yasha se rió—. Hice mi trabajo. Llama si necesitas algo más.

Mirándola ahora a la cara, sigo sin ver signos de traición. Tal vez estén ahí, tal vez no. Al final, no habrá diferencia.

Rurik llega de su puesto de seguridad. —¿Sí, jefe? —pregunta con cautela.

Me alejo de Emery. Ella se queda pegada a la pared.

—Lleva a Emery a su habitación. Cierra las puertas.

Ella jadea. —No te atreverías.

—Por supuesto que sí.

Rurik está de pie sobre mi hombro. Es un chico joven, pero ansioso. —Por aquí, señora —dice. Su tono es respetuoso, pero es lo suficientemente grande como para que ella sepa que no tiene muchas opciones.

Pero no se mueve.

Suspiro. —Haz lo que debas para llevarla. Pero no dejes marcas visibles.

Rurik asiente solemnemente. Lo entiende, aunque ella siga pareciendo confundida. Luego se agacha, agarra a Emery y se la echa al hombro. Ella grita y se agita, encontrando por fin la voz, pero él no vacila.

Justo cuando rodean las escaleras, oigo a Emery gritar. —¡Adrik! ¡Adrik, por favor!

Suena desesperada. Asustada.

Pero se acabó el tiempo de suplicar.

~

Un día después

—¿Empieza el espectáculo? —pregunta Stefan, entrando en mi oficina.

Me doy la vuelta y lo veo comiendo un bol de palomitas. —¿Lo dices en serio?

Se encoge de hombros. —¿Qué? Si todo lo que haremos es ver imágenes de seguridad, también podríamos hacer un evento de ello.

En cuanto lo tengo a tiro, le quito el bol de la mano. Una avalancha de palomitas se desparrama

por la alfombra.

—Tiene razón, eres un imbécil —refunfuña Stefan—. Parece que yo también me uno a la huelga de hambre.

Me alejo de él. En la pantalla, Emery sale del baño y se tumba en la cama. —Podría haber comido. Le envié comida. Pero decidió tirar la bandeja de comida y atacar a mi personal —le digo.

—Ella atacó a Nikki —aclara Stefan—. No la culpo. Nikki es molesta.

Lo miro. —¿Todavía te hace ojitos de cachorrito?

—Fóllate a una mujer una vez y se te quedan pegadas como un tatuaje —se queja—. Tendré que meterme en un monasterio o algo para que me deje en paz.

—No me importaría que hicieras voto de silencio.

Stefan ríe a carcajadas. —Por favor, echarías de menos mi rápido ingenio y mi encanto efervescente.

No me digno a responder a eso.

Nos quedamos en silencio unos instantes antes de que Stefan vuelva a hablar. —¿Cuánto tiempo más vas a matarla de hambre?

Le devuelvo la mirada levantando una ceja. —¿Tienes un ataque de conciencia?

—No. Pero una prometida muerta no te hará jefe. Tu padre quiere una viva. E Isabella...

Chasqueo los dedos. —Ah, ahí está. Estás preocupado por la niña.

—¿Tú no?

Desestimo sus palabras. —Ella está bien. Los niños son resistentes.

Y ella lo es. Lo es. Tengo un equipo de criadas cuidando de Isabella, Stefan ha estado corriendo karts con ella en cada momento libre que puede conseguir, y ella, a diferencia de su madre, ha estado comiendo bien. Es la mejor época de toda su maldita vida.

—Ha estado preguntando por Emery —comenta Stefan—. Mucho. La echa de menos.

—Quizá alguien debería decirle eso a Emery. Porque en cuanto decida escucharme, la dejaré salir.

—Así de fácil, ¿eh?

Me encojo de hombros. —Yasha dice que no está trabajando con los Volandris. Así que sí. Así de fácil.

Me vuelvo hacia el monitor. Emery está mirando la puerta que da a lo que solía ser la habitación de Isabella. Ayer la trasladé a otra parte de la casa y la cerré con llave.

Durante las primeras doce horas de cautiverio, Emery fue una diablesa. Golpeando la puerta y gritando el nombre de su hija.

Ahora, veinticuatro horas después, se volvió mortalmente silenciosa. Mortalmente quieta.

Alguien más ingenuo podría creer que la lucha la abandonó. Pero conozco a Emery mejor que eso.

—¿A qué viene eso? —Stefan pregunta.

—¿Qué?

Me rodea y señala la vista de la cámara del pasillo fuera de la habitación de Emery. Hay movimiento.

Frunzo el ceño. —No ordené a nadie que la vigilara. No debería haber...

La persona en cuestión se da la vuelta y puedo verle la cara.

Rurik.

El joven soldado llama a la puerta antes de abrirla con su llave.

Vuelvo la vista al otro ángulo de la cámara para ver que Emery está de pie, mirando hacia la puerta. Su habitación ha sido vaciada de cualquier cosa que pudiera usar como arma potencial, así que no tiene nada más que sus puños.

Pero, cuando ve a Rurik, sus manos se aflojan.

—¿De qué están hablando? —pregunta Stefan mientras sus bocas se mueven.

—No lo sé —digo con sorna—. Quizá si alguien hubiera conectado los micrófonos correctamente, podríamos escuchar.

Hace un gesto de culpabilidad. —Deberías haberle dicho a Yasha que lo hiciera. Él es mejor con esa mierda de la tecnología que yo.

Entrecierro los ojos e intento leer sus labios, pero es inútil. La cámara no tiene suficiente definición.

Pero, aunque la tuviera, no lo necesito.

Su lenguaje corporal es más que suficiente.

Rurik se abre la holgada chaqueta que lleva puesta y Emery se hunde de alivio. Sonríe y avanza hacia él con las manos extendidas.

Entonces, Rurik saca algo que refleja la luz. Por un segundo, no estoy seguro de lo que es. Pero entonces, Emery se abalanza sobre él y lo desenvuelve con dedos codiciosos.

—Un maldito sándwich —digo—. Tienes que estar de coña.

No puedo decidir qué me enfada más: un soldado Bratva desafiando órdenes... u otro hombre dando placer a la cara de mi futura esposa.

Me levanto de un salto y me dirijo a la puerta. Cuando salgo, Stefan levanta los pies sobre el escritorio y murmura—: Ojalá tuviera palomitas.

Avanzo a toda velocidad por el pasillo hasta la habitación de Emery y abro la puerta de golpe. El picaporte rebota en la pared con estrépito.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Emery está sentada en el extremo de la cama con lágrimas en las mejillas y Rurik está sentado a su lado... frotándole la espalda. Ambos saltan cuando irrumpo. Pero Emery al instante pone cara de desafío.

Rurik va al miedo.

—Eres más tonto de lo que pareces —le gruño.

Todos mis hombres, no importa lo verdes que sean, saben que no deben intentar algo así. Pero Rurik debe ser un tipo especial de estúpido.

—Quita tu mano de mi prometida —enuncio—. Antes de que yo te la quite.

Retira la mano y se aleja, dejándome ver mejor a Emery.

Está sentada al final de la cama, encorvada, con las manos apoyadas a ambos lados. Respira con dificultad.

—No es lo que piensas —empieza a decir Rurik—. Yo…

Lo fulmino con la mirada. —Lo que creo es que será mejor que cierres la puta boca antes de que te corte las pelotas y te las dé de comer.

Emery deja escapar una pequeña risita llorosa. Desvío mi rabia hacia ella. —¿Algo te divierte?

—Stefan no bromeaba con eso —murmura.

—¿Qué?

Ella sacude la cabeza. —No importa. Me estaba ahogando. Rurik no hizo nada. Solo estaba ayudando.

—Si no estuviera “haciendo nada”, no estaría en tu habitación —me vuelvo hacia él—. Ella está en confinamiento solitario. Tú la trajiste aquí, Rurik. Tú lo sabes.

—Lo siento, señor —dice—. Creo que la ventilación de aquí está conectada a la sala de guardia. Puedo oírla. Cuando ella grita, o llora, o lo que sea. Me sentí... mal.

Si fuera cualquier otro, le rompería la pierna en el acto. Estoy tentado de hacer precisamente eso.

Pero Rurik es... maldición, es prácticamente un niño.

Cuando lo miro, veo a Yasha como era en sus días salvajes. Desafiante y testarudo, pero también tan dolorosamente ingenuo. Tan sensible. Tan blando de corazón.

Aprieto los dientes mientras una marea de alguna emoción innombrable abruma mi ira. —Si tanto te interesa traer comida a todo el mundo, puedes trabajar con el personal de cocina esta noche. Las criadas te enseñarán a llevar el servicio de la cena.

Baja los ojos. —Entendido, señor.

—Ahora, vete a la mierda.

Sin volver a mirar a Emery, Rurik se apresura a pasar junto a mí y salir de la habitación, dejándonos solos.

Emery está de pie en medio del suelo. Lleva los pies descalzos y un pijama a juego en un suave color lavanda. Los pantalones cortos apenas le llegan a la parte superior de los muslos, revelan la larga extensión de sus piernas. La blusa es holgada y fluida, pero el cuello le llega hasta el pecho.

—¿Esto es parte de tu plan? —pregunto, señalo su cuerpo—, ¿Prostituirte por un sándwich?

—Yo no… Jesucristo de mierda. Tenía hambre. Y Rurik es agradable.

—Suertudo, eso es lo que es —digo—. Debería haberlo tirado por la maldita ventana.

—¿Por darme un sándwich?

—Por desobedecerme —gruño—. Me imaginé que entenderías las consecuencias de eso, pero supongo que tampoco eres tan lista como pensaba.

Emery abre la boca para discutir, pero luego, lentamente, vuelve a cerrar los labios.

Baja los ojos.

—Solo quiero ver a Isabella —dice en voz baja.

—Por desgracia, mi sentido de la caridad se agotó hace poco —señalo la herida vendada de mi costado.

Sus ojos se entrecierran. —Quizá tengas razón. Debería haber ido a por la yugular.

Arqueo una ceja en señal de advertencia. Inmediatamente vuelve a mirar al suelo —lo… Lo siento —tartamudea.

—¿Por qué?

Emery respira hondo y se endereza. Se le levanta la camisa al hacer ese movimiento y deja al descubierto una fina franja de vientre. El atisbo de piel blanca y cremosa es suficiente para que mi sangre empiece a bombear.

Ese pobre cabrón de Rurik no tenía ninguna oportunidad.

—Por apuñalarte —dice—. No pensaba con claridad. Te llevaste a Isabella, y...

—¿Crees que soy estúpido?

Sus ojos se abren de par en par. —Eso no es lo que estoy...

—No eres ni de lejos la primera persona que intenta matarme —ladro—. Sé lo que parece.

Ella resopla. —Me estabas tocando y... perdí el control —se acerca un poco más—. Yo solo... quería sentir que estaba a cargo de mi vida. Por un segundo.

Hay un latido constante en mi pecho, casi doloroso. Pero he aprendido a controlar mis propias reacciones, a no dar señales al mundo exterior de la agitación interior.

Así que me encuentro con los ojos de Emery con una mirada inquebrantable. —Debería haberlas dejado a ti y a tu hija en la puerta de Malcolm Waters hace días. No vales la pena —le digo—. Pero te retuve aquí por una única razón: para poder enseñarte la lección que te niegas a aprender.

Le pongo un dedo en la sien. Cierra los ojos y se estremece como si la hubiera apuntado con una pistola.

—Aquí no tienes ningún poder —susurro—. No puedes manipularme. No puedes disculparte y hacer que todo vaya mejor. Y no puedes seducir a mis hombres para que hagan a tu voluntad. Yo decidiré cuando termina tu castigo y, hasta que eso ocurra, no puedes hacer nada para hacerme cambiar de opinión.

La suelto de golpe. Se desploma contra el borde de la cama.

—No intentes ser más lista que yo, Emery Montague —le advierto—. Nunca ganarás.

Me giro hacia la puerta, preparado para la lucha que estallará en ella. Sé que está cerca.

Un segundo después, oigo el susurro de Emery levantándose. El golpeteo de sus pies descalzos en el suelo.

Giro justo cuando ella se lanza contra mí.

—¡Déjame salir! —grita, con las manos arañándome la ropa y el pelo. Una de sus piernas se enrosca en mi cadera herida para sujetarme.

Con un par de movimientos, consigo sujetarle los brazos a los costados. Y, con su pierna todavía alrededor de mi cuerpo, la arrastro de vuelta a la cama.

La dejo caer sobre el edredón y me abalanzo sobre ella, apretándola con todo mi peso. Tras unos segundos de forcejeo, jadea. Su cuerpo se arquea, tratando de llenar sus pulmones, y rueda contra mí.

Lo sé en cuanto siente mi erección, porque se queda paralizada.

Sus ojos verdes me encuentran y están ardientes. Dilatados por el odio y la lujuria, por supuesto, la confusa maraña de emociones que parecemos provocar el uno en el otro.

La levanto lo justo para que pueda respirar. La clavícula le ensombrece el pecho. El pulso le late en los huecos a ambos lados del cuello. Sé lo bien que encajarían ahí mis labios.

Cómo sabría. Cómo gemiría.

Sé lo bien que encajo en cada parte de ella. Y el recuerdo me provoca un deseo tan intenso que me sorprende que no nos parta en dos.

Quiero apartar sus diminutas bragas y meterme dentro suyo hasta que grite mi nombre. Hasta que desee que toda la mansión sepa quién es su dueño.

Pero aprendí a no mezclar negocios y placer. Esta mierda con Emery es lo suficientemente complicada.

Así que, en lugar de meterme dentro de ella, me empujo fuera. Jadea cuando me voy, dejándola sin aliento y tendida en la cama.

—De una forma u otra, Emery, aprenderás.

Luego me voy, antes de cometer más errores estúpidos.

ADRIK

La nueva tutora de Isabella tiene unos cuarenta años, pero sus tetas parecen nuevas. Su cirujano plástico hizo un buen trabajo.

Por desgracia, lo único que me hace es poner los ojos en blanco.

—Isabella lo está haciendo de maravilla —dice Susan, mordiéndose el labio inferior en lo que estoy seguro es un esfuerzo por tentarme—. Es una niña brillante. Puede hacer las páginas de lectura sola.

Isabella se sienta en una mesa ajustable de la biblioteca que se elevó para acomodar su silla de ruedas. Delante suyo hay un ordenador abierto. En su regazo hay un pequeño teclado que puede manejar incluso con el limitado rango de movimientos de sus manos.

Relación falsa o no, Isabella recibirá una educación de primera mientras viva conmigo. Para guardar las apariencias, claro, no por otra razón.

—¿Y le va bien con tu equipo? —le pregunto.

Susan asiente y se acerca innecesariamente a mí. —Se lo ha tomado muy bien. La mayoría de los niños tardan unos días en aprender a usar el teclado accesible, pero como ya he dicho, tu hija es brillante.

No me molesto en corregirla. Despertaría demasiadas preguntas. Y sin duda ya tiene unas cuantas, pues Emery gritaba en su habitación cuando Susan llegó esta mañana.

—Mi mujer es dura con el personal —expliqué antes de llevar a Susan al lado opuesto de la casa.

Sin embargo, a Susan no parece molestarle que yo tenga esposa. Sus pechos rozan mi brazo mientras hablamos. Si eso es un accidente, soy un puto burro.

—Sin embargo, está un poco decaída —observa Susan—. Mencionó algo sobre echar de menos a su madre. Ahora... ¿es su madre tu esposa?

—Lo es.

—¿Y vive aquí?

—Así es.

Frunce el ceño. —Si no te importa que pregunte, ¿por qué Isabella la echa de menos si vive en la casa?

—Su madre está enferma —le explico bruscamente—. Tiene mucha fiebre. Está en cuarentena hasta que se le pase.

—Eso explica... los gritos —dice Susan.

Asiento y Susan me acaricia el brazo con simpatía. O, al menos, empieza como algo compasivo. Pero se demora demasiado para que sea un gesto convincente de *pobre de ti.*

—Debe ser tan duro para Isabella —respira—. Y para ti. Deben sentirse tan... solos.

Reprimo una mueca. La sutileza no es el punto fuerte de Susan. —Por suerte —digo—, puedo cuidarme solo.

Susan se sonroja. No se le escapa mi doble sentido.

Tampoco es mentira. De hecho, lo hago mucho últimamente. —Bueno, si alguna vez necesitas... ayuda... —traga saliva y saca pecho. ¿Por qué comprarlo si no lo vas a mostrar, después de todo? —. Estaría feliz de dedicar algo de tiempo extra. Temprano por la mañana, tarde por la noche. Lo que necesite, Sr. Tasarov.

Sería tan fácil aceptar su oferta. Desahogar mi ira e irritación contra la mujer encerrada en el ala oeste de la casa.

Pero incluso ahora, mirando a esta pequeña barbie que prácticamente me suplica sexo, solo puedo pensar en Emery.

Me molesta. Ojalá estuviera aquí, aunque solo fuera para poder señalar a Susan y decirle: ¿Ves? ¿Es tan jodidamente difícil? Ruega. Ruega como ella está rogando.

No es que importe. Nada de esto importa. Todo esto terminará pronto. Me alejo de Susan. —Es suficiente por hoy. Anika te acompañará fuera.

Susan parece abatida solo un segundo. Luego esboza una falsa sonrisa. —Por supuesto. Hasta la próxima, Sr. Tasarov. No olvide mi oferta: si hay algo en lo que pueda ayudarlo, soy suya.

Luego, se da la vuelta y se va.

Miro hacia atrás con los ojos en blanco y me doy la vuelta para ir a mi despacho, solo para ver a Isabella en su silla en la puerta.

—¿Mamá está enferma? —pregunta de inmediato.

Su carita se arruga por la preocupación. Se parece tanto a Emery cuando hace pucheros.

Pero también se parece a... mí.

Es ridículo, pero cierto. Isabella tiene el pelo oscuro como yo, y los ojos sombríos cuando sabe que hace una pregunta seria. Las similitudes me hacen estremecer por razones que no puedo explicar.

—¿Estabas escuchando mi conversación, Isabella? —le pregunto secamente.

Ella duda, luego asiente. —Dijiste que mamá estaba enferma.

Hago una mueca. —Tu madre solo necesita descansar —le digo—. Tiene fiebre, pero mejorará pronto. Mientras tanto...

—¿Mientras tanto? —arruga la nariz.

—Hasta que mejore.

Su labio inferior empieza a temblar peligrosamente. —No quiero que mamá esté enferma. Quiero...

Joder. Una niña llorando es lo último que necesito ahora. Miro a mi alrededor en busca de algo que la distraiga. Mis ojos se posan en el congelador.

A los niños les gustan los dulces, ¿verdad? —¿Quieres ir a tomar un helado?

El labio tembloroso de Isabella se detiene. Su mano se agita alrededor del joystick de su silla de ruedas. —¿Puede venir mamá?

—No hasta que esté mejor. Pero tú y yo podemos ir. Y, cuando tu madre esté mejor —*y menos pesada*— puede venir con nosotros.

La veo sopesándolo. Pero cuando ese labio empieza a temblar de nuevo, tomo la decisión por ella.

—Vamos —digo, caminando hacia la puerta—. Terminaste la escuela temprano, y tenemos mucho tiempo para matar. Vámonos.

—¿Qué vamos a matar? —pregunta con cara de preocupación.

Por el amor de Dios. Realmente no sé cómo hablar con los niños.

—Dos grandes tazones de helado de chocolate —digo—. Con virutas y una cereza encima.

Finalmente, esboza una tímida sonrisa. —Quiero vainilla.

Le acaricio la nuca con un gesto que me resulta tan extraño y familiar a la vez que me estremezco. —Trato hecho.

—MAMÁ A VECES se hace su propio helado —dice Isabella mientras sorbe su batido de vainilla con una pajita.

Le había comprado un cuenco y enseguida me di cuenta de que no podía alimentarse sola, así que le pedí al dueño que nos lo mezclara.

—Eso lo convertiría en un batido —dijo pedantemente—. Y esos cuestan extra.

Entrecerré los ojos ante el escuálido hijo de puta. —Es una niña en silla de ruedas. Mezcla el puto helado.

Hinchó el pecho y me miró como un hombre con ganas de morir. —Claro. En cuanto pagues la diferencia.

La única razón por la que no metí la mano del hombre en una batidora fue por el bien de Isabella. Al final, el hombre accedió a licuar su helado a cambio de que yo no cumpliera mi amenaza susurrada de darle de comer sus propios testículos en un cono de gofre.

Ahora todo está bien. O todo lo bien que puede estar. Estamos sentados en una mesa junto a la ventana, viendo a la gente caminar por la acera. El dueño nos vigila de cerca, pero está demasiado asustado para acercarse a decirnos nada.

Inteligente por su parte. No me contendré una segunda vez. Tuvo suerte de conseguir una tarjeta de "salir libre de la cárcel".

—Tenemos una máquina de helados —continúa Isabella—. Mamá me deja echar los ingredientes. Luego hacemos mucho hielo y da vueltas y vueltas hasta que sale todo cremoso.

—Eso suena... divertido. ¿Ayudas mucho a tu madre a cocinar?

Isabella se encoge de hombros. —A veces, tengo que usar un cuchillo de sándwich para cortar cosas blandas. Como el pan. Y las fresas. Mamá dice que es bueno aprender a hacer las cosas sola. Así puedo ser... —frunce el ceño, pensando en la palabra—. Independiente.

—Me parece bien —murmuro. Un poco más alto, añado—: O puedes hacerte muy rica y pagar a alguien para que cocine para ti. Eso es lo que hacen María y Vlad en la cocina. Llevan años y años haciéndome la comida.

—Seguro que tú también sabes cocinar. O puedes intentarlo —dice con total seriedad—. Mamá siempre me deja probar cosas diferentes. Pero hay gente que no. Piensan que no puedo hacerlo. Por mi silla de ruedas y esas cosas.

Frunzo el ceño. Una llamarada de ira se enciende en mi pecho. No, no ira, protección.

Y, mientras arde, siento un extraño momento de simpatía con Emery. Esto es lo que siente a todas horas. Esta furiosa hoguera, dirigida a cualquiera que desee el mal a su hija.

Frunzo el ceño.

—Eso... no está bien —digo. Hago un gran esfuerzo para mantener mi elección de palabras en la categoría apta para toda la familia. Bajo la mesa, cierro la mano en un puño.

Ella asiente, pero sonríe. —Sí, pero es porque no saben que a veces uso el cuchillo de la mantequilla yo sola. O que tengo una tabla de cortar solo para mí. Dice "Izzy" en ella.

—¿Ese es tu apodo? —le pregunto.

—Lo era —dice—. Pero ya no. Ahora soy más grande, así que mi nombre también.

—Isabella es un buen nombre. Me gusta.

Sonríe y un bigote de helado se extiende por su labio. No sé cómo es posible hacerse un bigote de helado con una pajita, pero, si hay una forma de ser desordenado, los niños la encuentran. Yasha era igual. No pasó una comida sin derramar nada hasta los doce años.

—Adrik es... raro —dice.

—¿Crees que mi nombre es raro?

—Más o menos —se ríe.

Entrecierro los ojos y gruño por lo bajo. Isabella se ríe con más ganas.

Pese a todo lo que pasó, es una niña feliz. Emery hizo un buen trabajo criándola.

Un trabajo mejor que el que hice yo cuidando de Yasha cuando era más joven.

El pensamiento amenaza con agriar mi sorprendente buen humor, así que lo descarto y escucho a Isabella contarme todos sus pensamientos, en un monólogo ininterrumpido de quince minutos.

Hace rato que terminé mi helado y espero a que Isabella termine el suyo cuando suena mi teléfono. Es Stefan.

—Todo bien con... —miro a Isabella y termino—: ¿el proyecto?

—Lo de siempre —dice—. Está lanzando un ataque. Pero no te llamo por Emery.

Me doy la vuelta. —¿De qué se trata, entonces?

—Investigué a Malcolm como me pediste. Sé que viste esa orquídea o lo que sea...

—La orquídea fantasma.

Suspira. —Cierto. Investigué eso, pero fue un callejón sin salida. Luego, busqué cualquier conexión entre Malcolm y los Volandris.

—¿Y? —presiono.

—Se encargan de sus fiestas —dice Stefan.

Hago una mueca. —Todo el mundo en esta puta ciudad usa Volandri Catering.

Isabella jadea. —¡No uses esa palabra!

—*Blyat'* —murmuro—. Olvida lo que dije.

—¿Qué? —pregunta Stefan.

—A ti no. Estaba hablando con... No importa. ¿Estás seguro de que no hay nada más?

—Positivo —dice—. Por lo que pude averiguar, Malcolm está limpio. No significa que lo esté, obviamente, pero no tiene rastro.

—Siempre hay un rastro. Solo tenemos que encontrarlo.

—Hazme saber lo que necesitas —dice Stefan—. Pero mantendré mi oído en terreno.

Apenas cuelgo con Stefan y me vuelvo hacia Isabella, mi teléfono vuelve a sonar. Contesto.

—¿Qué?

—Sr. Tasarov —dice una voz tímida—. Es Daniil de...

—Seguridad, lo sé —digo bruscamente—. ¿Qué pasa?

—Hay alguien en la puerta para usted, pero no tiene nada agendado.

Hoy no tengo ninguna reunión. Pensé que sería mejor no traer a más gente de la necesaria a la casa mientras Emery todavía está haciendo un berrinche.

—Que se vaya.

—Lo intenté —dice Daniil—. Pero es una mujer e insiste en que tiene una cita contigo. Mencionó algo sobre un perro.

—Ah, mierda.

Isabella jadea de nuevo. —Esa es otra mala palabra.

Tapo el teléfono y le digo—: Tampoco repitas eso.

—¿Que no repita qué? —pregunta Daniil.

—No hablaba contigo —suspiro. Entonces, de pronto, me viene a la cabeza—. ¿El nombre de la mujer es Diane?

La entrevista con la criadora.

Con toda la mierda que rodeó la visita al criador ese día y la policía registrando mi coche en el aparcamiento, me olvidé por completo de la visita a domicilio. Diane mencionó algunas fechas que le venían bien y Emery eligió una, pero se me olvidó casi de inmediato.

Ahora Emery está encerrada en su habitación, y las dos últimas veces que la vi, me atacó.

No grita exactamente “familia funcional preparada para la responsabilidad de criar un perro”.

Quizá no sea Diane. Solo un viejo amor pasando por aquí con la esperanza de pasar un buen rato. La mayoría de las mujeres con las que follo saben que no deben aparecer sin avisar, pero no sería la primera vez que una de ellas va demasiado lejos.

—Sí, es Diane —confirma Daniil un momento después—. Ella dice que tiene un...

—Maldita sea. Déjala entrar en el recinto, pero no dentro de la casa —ordeno—. Estaré allí pronto. Déjala entrar por la puerta principal cuando llegue.

—Entendido, jefe —dice.

Meto el móvil en el bolsillo y me levanto. —Llevemos el batido a casa. Tengo que volver.

—¿En el coche? —a Isabella le brillan los ojos—. Mamá nunca me deja llevar comida en el coche.

Agarro su batido y la dirijo hacia la puerta. —Entonces hoy es tu día de suerte, niña.

Pero puede que no sea el mío.

Porque, si Emery la caga, se desatará el infierno.

EMERY

—¡Déjenme salir de aquí, cabrones!

Me duelen los puños de aporrear la puerta, pero no me detengo. Si tengo que quedarme aquí encerrada, sola, hambrienta y aburridísima, tendrán que oírme gritar.

Solo espero que Isabella no pueda oírlo.

Este es el mayor tiempo que pasé sin verla. Durante tanto tiempo hemos sido solo nosotras dos contra el mundo. Sin familia, con pocos amigos.

Algunas noches, cuando llegaba tarde del trabajo, mandaba a la niñera a casa y me acurrucaba en la cama junto a ella a llorar.

Yo soy su madre. Se supone que debo ser fuerte por ella. Pero Isabella es mi roca. Ella me hace seguir adelante cuando nada más lo hace.

Así que echarla de menos ahora se siente como un dolor físico. Cada vez que lo pienso demasiado, pierdo el aliento. Ahora vuelve a ocurrir. Una mano invisible me oprime el pecho, me saca el aire de los pulmones y las lágrimas de los ojos.

Me alejo a trompicones de la puerta y me giro para que las cámaras no me vean llorar. Más concretamente, para que Adrik no me vea llorar.

Eso es lo que quiere: destrozarme y verme caer en pedazos. Pero me niego a ceder.

Justo cuando me alejo para recuperar el aliento, la puerta se abre de golpe. Me sobresalto tanto que pego un grito y me caigo de culo.

Adrik llena la puerta. —¿Ese era tu plan? —me mira con altanería—. ¿Gritar durante días para tropezarte cuando se abra la puerta? Con un plan así, es un milagro que no hayas escapado todavía.

Me pongo en pie de un salto y pongo una distancia de seguridad entre nosotros, aunque no estoy segura de que tal cosa exista cuando se trata de Adrik. Siempre lo siento demasiado cerca. Ocupando demasiado espacio en mis sentidos.

—Teniendo en cuenta que me imaginaba que me ibas a dejar morir de hambre aquí, no esperaba que entrara nadie.

—¿Quién dice que no te dejaré morir de hambre? —dice fríamente—. Tal vez solo quiero mirar.

—Prefiero que me saques de mi miseria ahora antes que verme obligada a pasar mis últimos minutos contigo, gracias —me alejo de él, intentando ignorar el cosquilleo que me recorre la columna sabiendo que está detrás de mí.

—¿Qué pasa con Isabella? —pregunta—. ¿Te gustaría su compañía en su lugar?

Mi corazón se para y vuelve a latir en cuestión de segundos. En cuanto vuelve a latir, doy media vuelta y corro hacia él. Casi me agarro al brazo de Adrik, pero me lo pienso mejor y entrelazo los dedos detrás de la espalda.

—Por favor —digo, ahogando un sollozo—. Quiero verla. Haré lo que sea.

Sonríe y es directamente devastador. La plenitud de su boca. Ojos azules brillantes contra su pelo oscuro como la medianoche.

Si me dijera ahora mismo que estoy en el infierno, le creería. Solo el diablo podría verse tan bien.

—Ojalá tuviéramos tiempo para poner a prueba los límites de esa promesa —murmura. Luego se encoge de hombros, decepcionado—. Tendré que conformarme con que hagas tu papel para Diane.

Frunzo el ceño. —¿Quién?

—La criadora de perros de servicio viene a visitarnos —explica—. Quieren ver qué tipo de entorno cariñoso y enriquecedor fomentamos aquí. Que es exactamente lo que les mostraremos. ¿Verdad?

—Oh, mierda —respiro—. Lo olvidé. Eso se siente como... como hace toda una vida.

—Intentaste matarme dos veces desde entonces —me recuerda—. Sugiero que no le mencionemos esa parte.

—¿De verdad quieres que vaya a hablar con ella? —pregunto.

—No tenemos elección.

—Eres Adrik Tasarov —digo, como si necesitara que se lo recordaran—. ¿No tienes siempre otra opción? Podrías echarla y decirle que se quede con su perro. No tienes por qué hacerlo.

—Claro que no tengo que hacerlo —responde—. No tengo que hacer nada de esto. Pero por culpa de tu bocaza, le prometí a una niña un perro de servicio. ¿Debería ir a romperle el corazón a Isabella?

Se da la vuelta para marcharse y cumplir su amenaza. Me abalanzo sobre él, lo agarro del brazo y lo arrastro de vuelta a la habitación.

—¡No! Por supuesto que no. Pero…

—Pues ponte ropa de verdad —sus ojos revolotean sobre mis piernas desnudas y mi camiseta de tirantes. —No creo que quieras que haga eso por ti.

—Ni lo pienses.

—Lo pensaré todo lo que quiera, cariño.



—TIENEN UNA CASA… encantadora —Diane duda sobre la palabra, como si no estuviera segura de cómo llamarla.

Completamente comprensible.

Adrik lleva media hora enseñándole su "casa", y aún no estoy del todo segura de que hayamos estado en todas las habitaciones. Es la primera vez que hago una visita oficial y me he quedado sin palabras.

—A veces parece más un castillo —río entre dientes—. Solía perderme yendo al baño.

Diane me sonríe, pero la expresión no llega a sus ojos. —Hay muchos sitios donde esconderse por aquí.

—La mayoría de las puertas permanecen cerradas para calentar y refrigerar —explica Adrik—. Y hay puertas ocultas para cerrar pasillos enteros cuando no se utilizan. Nuestros aposentos familiares están aislados en un ala de la casa. Ahí es donde estaría el perro.

Ah, cierto. Todavía estamos en una entrevista. Sigo olvidando esa parte. Estar encerrada un par de días hizo mella en mis habilidades sociales.

Sonrío y asiente. —Isabella está tan emocionada que no estoy segura de que pierda de vista al perro.

Justo antes de que Adrik dejara entrar a Diane, pude ver a Isabella por primera vez en dos días.

—¿Te encuentras mejor, mamá? —me preguntó en cuanto me vio.

Miré a Adrik, pero no me dijo nada. Ni un movimiento de cabeza, ni un guiño. No tengo ni idea de lo que le dijo cuando preguntó dónde estaba. Así que me limité a apretar con fuerza a Isabella. —Mucho mejor. Sobre todo, ahora que puedo aplastarte.

Soltó una risita y Stefan se la llevó al salón de baile para que Adrik y yo pudiéramos ocuparnos de Diane.

Diane sonríe y anota algo en el bloc de notas que lleva. —¿A dónde vamos ahora?

—Eso fue todo —dice Adrik—. La visita completa. Si quieres seguirme a la cocina, hice que las criadas preparen una bandeja de...

—¿Y eso? —Diane señala al final del pasillo.

Sigo su dedo y veo un callejón sin salida. Estoy a punto de decirlo cuando me doy cuenta... de que no es un callejón sin salida. La pared por la que pasé diez veces desde que vivo aquí es en realidad una puerta.

Es una puerta oculta, construida a juego con la pared. Pero, efectivamente, hay una manilla de bronce empotrada en la pared y una ranura casi imperceptible que recorre el borde del marco.

Diane tiene ojos de águila.

—El perro no entrará ahí —retumba Adrik. Ella no percibe la amenaza en su voz, pero yo sí. Conozco el sonido de la violencia. Los signos más evidentes están en su mandíbula apretada y los puños.

—Me lo creo, porque yo tampoco he estado nunca ahí —lo digo riendo, pero, cuando miro, Adrik no sonríe. Tiene la boca rígida. Su mano en mi espalda se tensa.

Pero ella no se dejará disuadir. —¿Qué hay ahí detrás?

Buena pregunta, Diane.

—Habitaciones del personal —Adrik se aparta de la conversación, volviendo en la otra dirección —. Esta entrada fue sellada hace mucho tiempo. El personal entra por otra puerta en el exterior. La dejo para su uso personal.

Diane devuelve la mirada escéptica a la puerta. Me pregunto si presionará. Hasta ahora, Adrik mantuvo la calma, respondiendo a sus preguntas y siguiendo el procedimiento. Pero sigo esperando que pierda la paciencia con todo esto y lo cancele.

La paciencia no es una de sus virtudes.

—Como iba diciendo —continúa bruscamente—, las criadas han preparado un tentempié y bebidas mientras resolvemos los detalles restantes.

Adrik camina confiado en la otra dirección, seguro de que ambas le seguiremos. No tiene motivos para creer que no lo haremos. Estoy segura de que todo el mundo lo ha seguido toda la vida, demasiado intimidado para oponerse.

Diane anota algo en su libreta y se aleja tras él. Yo empiezo a hacerlo y me detengo, mirando hacia la puerta.

Sé dónde están las habitaciones del personal.

Y no están detrás de ese muro.

¿Qué hay ahí detrás?

Cuando me doy vuelta, Diane me mira con un brillo curioso en los ojos. Sonrío y me apresuro a seguirlos, prometiéndome que volveré más tarde para ver qué esconde.

Tengo la sensación de que Adrik tiene más de un esqueleto en su armario.



DIANE SE SIENTA en su silla, con una magdalena a medio comer en la mano. —Tiene una respuesta para todo, Sr. Tasarov. Estoy impresionada.

Ya somos dos.

Mientras tomaba café y comía pastelillos, Diane le lanzó un aluvión de preguntas a Adrik, pero

él no vaciló en ningún momento.

¿Qué tipo de alimentos comprará?

—Tengo una lista de recomendaciones del veterinario. Esperaremos a ver los problemas o aversiones del perro antes de hacer una elección final —dijo Adrik—. Pero será una dieta de croquetas, con acceso a carnes blancas sin condimentar de vez en cuando.

¿Dónde dormirá el perro?

—En una perrera en la habitación de Isabella.

Adrik tenía preparadas respuestas sobre el tipo de medicamento contra pulgas y garrapatas que utilizaríamos, la periodicidad con la que llevaríamos al perro al veterinario y dónde dormiría el animal si alguna vez salíamos de la ciudad.

Realmente investigó. Yo... no puedo creerlo.

Adrik rechaza el cumplido de Diane. —Me gusta estar preparado.

—Se nota. Nos gusta eso en un dueño de perro —sonríe y, por primera vez en todo el día, parece que lo dice en serio.

Diane termina su magdalena justo cuando entra Stefan. —¿Está bien si nos unimos a ustedes?

Antes de que Adrik pueda decirles que no pasa nada, Isabella pasa por delante de las piernas de Stefan y se acerca a la mesa. Ella mira las ofrendas como un niño en la mañana de Navidad.

Me identifico. Después de dos días sin comer nada, la mesa me pareció el paraíso. Apenas me contuve de desparramarme sobre el mantel y hacer un ángel con la comida.

—¿Me das una magdalena, mamá?

Adrik coge una magdalena de chocolate y se la tiende. Isabella le da un mordisco sin dudarlo.

—Mejor pedir perdón que pedir permiso —aconseja a Isabella.

Diane se ríe entre dientes, pero a mí apenas me hace gracia. Está clavando sus garfios en mi niña poco a poco. Tan insidioso que ella ni siquiera sabe que está pasando.

Diane se sienta en su silla. —En cuanto termines de comer, me encantaría dar un paseo fuera contigo, cariño. Como pasarás la mayor parte del tiempo con el perro, también quiero hablar contigo.

—¿Conmigo? —pregunta Isabella.

Diane asiente. —Tengo algunas preguntas para ti. Pero no te preocupes, son fáciles.

Isabella parece nerviosa. Mira a Adrik. Él le hace señas para animarla. —Ve. Estarás bien.

Solo entonces me mira.

Sonrío, intento ocultar el destello de celos que siento porque ella se dirigió primero a Adrik. Quizá estuve encerrada más de dos días. Porque las cosas no podrían haber cambiado tan rápido en tan poco tiempo.

Diane conduce a Isabella a través de las puertas francesas hasta el patio de la parte trasera de la casa. Sus voces se hacen más bajas a medida que avanzan, pero aún puedo oírla preguntar—: ¿Quieres al perro?

—Más que nada —jura Isabella justo cuando se cierran las puertas.

En cuanto se van, siento un aliento cálido en el cuello. —Te portaste bien. ¿Crees que te mereces un premio?

Me enderezo y me vuelvo hacia él. —Creo que estás confundido. Los premios son para los perros. Yo soy tu mujer.

Sonríe. —Todavía no lo eres. Si fueras mi mujer, sabrías cómo responder a una pregunta así.

Resoplo. —Sigue soñando. No soy tan estúpida como para seguir jugando a estos juegos contigo.

—No es un juego, Emery. Nunca es un juego. Le daré a Isabella este perro, ¿no? Hice mi investigación e impresioné a la criadora. Ella está prácticamente comiendo de mi mano.

—No dejes que te oiga decir eso. Podría darle ideas.

—Ya tengo ideas —Adrik mueve las cejas—. Después de todo, mi prometida estuvo... indispuesta. Seguramente alguien debería encargarse. Incluso la tutora de Isabella se ofreció a ayudarme a aliviar un poco la tensión. "*Si hay algo en lo que pueda ayudarlo, soy suya*", fueron sus palabras exactas, creo.

Se me revuelve el estómago, aunque intento mantener la compostura. Pero es difícil.

Sobre todo cuando estoy sentada en el mismo sitio donde, hace apenas unas noches, Adrik me inclinó sobre la mesa y me llenó.

Me siento vacía desde que se retiró. Y no solo porque no comí nada en casi dos días.

—Me sorprende que tuvieras tiempo de hacer toda esa investigación mientras estabas tan ocupado follándote a tu empleada.

Adrik mira hacia las puertas. Diane e Isabella siguen fuera, charlando alegremente fuera del alcance del oído. —Cuidado, querida. No queremos que Diane piense que no somos exactamente lo que parecemos.

Lo miro fijamente durante unos segundos, intentando desesperadamente vislumbrar detrás de la máscara que lleva. O quizá no sea una máscara. Quizá Adrik es así. Frío un segundo, juguetón al siguiente. Cruel y generoso. El que te toque queda a la suerte.

Es exasperante.

Solo quiero abrirle la cabeza y ver cómo funciona. Quiero entender lo que piensa, por qué me hace esto, si siquiera sabe lo que es "esto".

—¿Por qué haces esto, Adrik? —pregunto de repente—. El perro, todo el espectáculo con Diane. Pusiste verdadero trabajo en esto. Solo estoy tratando de entender por qué alguien como tú se molestaría.

—¿Alguien como yo? —pregunta—. Dime, Emery: ¿quién soy yo?

Abro la boca y la cierro.

No sé nada de Adrik. La verdad es que no. No sé lo que le gusta o lo que hace con sus días. Ni un solo dato sobre él.

La forma en que se siente dentro de mí probablemente no cuenta mucho.

—Un hombre que puede tener lo que quiera —digo simplemente—. Un hombre que no tiene que ser amable con una madre soltera y su hija discapacitada. Un hombre que...

—Isabella —dice bruscamente.

Frunzo el ceño. —¿Qué?

—No es solo tu hija discapacitada. Se llama Isabella —dice.

Parpadeo. Quizá el rey de hielo tiene una debilidad después de todo. Una vulnerabilidad que puedo usar.

—No le gustará que me mantengas encerrada, ¿sabes? Puede que Isabella se trague tus mentiras por ahora, pero se dará cuenta. No puedes tenerme ahí para siempre.

—Encerrarte para siempre nunca fue el plan —dice—. Pero parece que no puedes comportarte.

Hago un mohín exagerado con el labio inferior. —Pero dijiste que era una buena chica —digo con malicia—. ¿Y qué pasa con mi premio?

No le hace la menor gracia. —No vales la pena.

Pongo los ojos en blanco y me tumbo en la silla. —¿Me dirás al menos qué era?

Se inclina, su voz es un suave silbido. —Una cena conmigo.

ADRIK

Stefan entra en mi despacho con un par de vasos de café de papel en las manos.

—¿Frappuccino? —me dice, ofreciéndome uno.

Pongo los ojos en blanco. —¿Parezco el tipo de hombre que bebe frappuccinos, Stefan?

Se encoge de hombros. —Como quieras. Te lo pierdes. El sirope de caramelo está mortal —me mira y ve cómo me rebota la rodilla—. Igual no necesitas la cafeína. ¿Estás nervioso por el gran día? No me digas que te estás acobardando.

Le dirijo una mirada fulminante. —¿Vienes aquí con otro propósito que no sea molestarme?

Se deja caer en la silla frente a mi escritorio y levanta los pies. —Las criadas están alborotadas porque le enviaste el desayuno a Emery esta mañana. Hablan de ustedes dos como si fuera una telenovela que se desarrolla ante sus propios ojos.

—Deberían meterse en sus putos asuntos —murmuro.

—No eludas la pregunta. ¿Le enviaste o no el desayuno? —pregunta—. ¿Ha terminado la huelga de hambre?

—Eran tostadas secas y huevos. No te des tanto crédito.

Si Emery quiere comida caliente con sabor, tendrá que hacer mucho más que interpretar su papel durante una hora con Diane.

Stefan sonríe. —Me alegro de verlos a los dos locos funcionando. Creo que lo conseguirán.

Hoy está en una actitud rara. Cuando se pone así, es mejor ignorarlo. La única otra opción es estrangularlo y, desafortunadamente para mí, es demasiado útil para hacer eso.

Me vuelvo hacia los monitores. Isabella está en la habitación de Emery enseñándole el teclado que usa para sus clases particulares. Emery está tumbada en el borde de la cama junto a la silla de ruedas de Isabella, sonriendo y asintiendo. Es obvio que están contentas de volver a pasar tiempo juntas.

Pero su reunión fue todo por el bien de Isabella. La felicidad de Emery es incidental.

—¿Cuándo se supone que tengo que ir a buscar a Izzy? —pregunta Stefan.

Le devuelvo la mirada. —¿Sabe Isabella que la llamas así?

—Oh, sí —dice Stefan—. Me dió una gran charla sobre cómo ese era su apodo de cuando era pequeña. Ahora es mayor y se supone que debo llamarla Isabella. Pero le dije que la llamaría como quisiera.

—¿Y qué dijo a eso?

—Me llamó “Steffy”.

Me echo a reír. —Tiene sentido.

Stefan se encoge de hombros. —De tal palo, tal astilla, supongo.

Cuando me vuelvo hacia los monitores, veo una furgoneta blanca que se acerca por el camino de entrada. Le digo a mi teniente. —Esa es tu señal. Ve a buscar a Isabella. Mantenla ocupada toda la tarde.

Stefan me saluda y sale por la puerta mientras yo miro la entrada. Una mujer mayor sale de la furgoneta y abre las puertas traseras. Dentro veo dos grandes percheros cargados de ropa.

No puedo evitar sonreír.

Emery está a punto de montar un puto berrinche.

~

CUANDO LLEGO A SU HABITACIÓN, está tumbada en la cama, sonriendo al techo. La sonrisa se le borra cuando me ve.

—¿Qué quieres? —frunce el ceño.

Me quedo en silencio en la puerta mientras pasan por delante de mí dos percheros cargados de vestidos de novia.

Emery se incorpora, con los ojos muy abiertos cuando ve lo que es. —¿Qué coño es esto?

Despido a las criadas con un gesto de la cabeza. Salen corriendo y cierran la puerta tras de sí.

—La prueba de tu vestido —le explico—. ¿No es obvio?

—¿Mi qué? —se acerca a los percheros, pero mantiene la distancia. Como si se fuera a quemar al menor roce de encaje blanco contra su piel.

—A menos que quieras casarte desnuda, tienes que elegir un vestido —le digo—. En realidad, tengo que elegir un vestido para ti. Y ahora que lo digo, “desnuda” no suena tan mala idea.

Me fulmina con la mirada. —¿No da mala suerte? Ver el vestido antes del día de la boda.

—¿Peor suerte que apuñalar al novio antes del día de la boda?

Por una vez, no tiene una respuesta preparada.

—Eso pensaba —paso por delante de ella, cojo un montón de vestidos del perchero y los tiro

sobre la cama—. Prueba esos primero.

Emery entrecierra sus ojos verdes y cruza lentamente los brazos. —Si tengo que casarme contigo, entonces lo menos que puedes hacer es...

Cruzo la habitación en tres zancadas y agarro su mandíbula, forzando sus ojos hacia los míos. —¿Lo menos que puedo hacer? He hecho lo máximo. Por ti y por tu hija —escupo—. Isabella sigue en el ensayo médico. Gracias a *mí*. Tú estás libre de Malcolm Waters. Gracias a *mí*.

Intenta apartar la mandíbula, pero yo la agarro con más fuerza. Le lloran los ojos.

No es el dolor lo que hace eso. Es el miedo.

Ya era hora.

—No *tienes* que casarte conmigo, Emery Montague —digo, inclinándome—. Tienes *la suerte* que casarte conmigo. Te estoy haciendo un maldito favor. Es hora de que empieces a actuar como si así fuera.

Sus ojos verdes son nucleares, hierven de ira. Pero aprieta los dientes y no dice nada.

Después de unos segundos, le suelto la mandíbula. Después de unos segundos más, ella descruza los brazos y se estremece.

—¿Puedes al menos darme privacidad para cambiarme?

Emery juega a ser inocente. Como si fuera una mujer sencilla tratando de salir adelante. Pero sabe lo que hace. No terminas *accidentalmente* como el caramelo del brazo de un senador que tiene el poder de conseguirle a tu hija la medicación que necesita. Y tampoco fue casualidad que viniera a mi despacho la noche de la gala.

Emery sabe jugar a este juego mejor de lo que parece. Pero nunca ha jugado contra mí. Yo juego para ganar.

Paso junto a ella y me siento en el borde de la cama.

Suspira. —¿Eso es un no, entonces?

—Eso es un "*date prisa de una puta vez, no tengo todo el día*" —le digo.

Sus fosas nasales se agitan, pero empieza a quitarse lentamente el pijama. Los pantaloncillos resbalan por sus suaves piernas, encharcándose alrededor de sus pies. Su espalda se arquea mientras se quita la camiseta.

Me palpita la polla. Maldición, es preciosa. —Ropa interior también.

Se pone rígida y me mira. —¿Por qué? No necesito estar desnuda para una prueba de vestido.

—Estoy diciendo que sí. Por lo tanto, lo haces.

Quiere discutir, pero se lo traga. Respira entrecortadamente y se quita las bragas. Le tiemblan los dedos al quitarse el sujetador.

Mi polla es una barra de acero entre mis piernas. Estoy debatiendo si follármela encima de su

futuro vestido de novia mejoraría o empeoraría nuestra mala suerte cuando se abre la puerta.

—Toc, toc —dice la mujer, un poco innecesariamente en este punto.

Emery grita, y se cubre cuando entra una mujer de mediana edad.

—No me asusta un poco de desnudez. Tú tampoco deberías asustarte —reprende Julia. Se vuelve hacia mí con una sonrisa—. Ha pasado demasiado tiempo, Sr. Tasarov.

—Adrik —le digo.

Julia sacude su cabeza rubia como una botella. —Cuando la gente gasta tanto dinero como usted en mi ropa, es llamada por títulos formales.

Emery emite un sonido ahogado. Cuando nos volvemos hacia ella, está sonrojada e intenta cubrirse. —¿Puedo ponerme algo de ropa?

—Todavía no —dice Julia—. Necesito medirte.

—¿Mientras estoy desnuda? ¿Es realmente necesario?

—Julia sabe lo que hace —interrumpo.

—Mi ropa no es algo que simplemente "te pones". Es algo con lo que vives —dice Julia con un gesto práctico de la mano—. Quiero que este vestido de novia se amolde a tu figura. Quiero que la gente piense que has nacido con él.

Emery se estremece cuando Julia envuelve una cinta métrica alrededor de su pecho con la delgada banda cubriendo sus pezones. —Quiero decir, es solo un vestido.

Oh, mierda.

Julia deja caer la cinta métrica como si la hubiera mordido y mira fijamente a Emery. —¿Perdón?

Emery se encoge de hombros. —Es solo un vestido, ¿verdad? No creo que tenga que ser…

—No hay nada de *solo* en la ropa —replica Julia—. Confiamos en la ropa para cubrir nuestro cuerpo, protegernos de los elementos, expresar nuestro interior y definirnos. La ropa puede tranquilizarnos o elevarnos a nuevas alturas. Y el día de tu boda, nada es más importante que el vestido.

—Creo que el certificado de matrimonio no estaría de acuerdo, pero da igual —murmura Emery.

Julia la ignora y sigue. —He trabajado con las modelos más famosas del mundo. Hombres poderosos se han arrodillado y han llorado al ver la ropa que diseño. Se han unido amantes. Han nacido bebés. Mis diseños contribuyen al florecimiento de la raza humana.

Me resisto a poner los ojos en blanco. Julia tiene un don para lo dramático, pero no se puede negar que es la mejor en lo que hace.

Emery frunce el ceño. —¿Qué has diseñado? ¿Algo de lo que haya oído hablar?

Julia mira las bragas de algodón que Emery tiró al suelo. —Dado el estado de tu ropa interior,

supongo que no. Pero está bien. Te dejaré con una línea completa de mi última colección de lencería —se gira y me guiña un ojo—. Un regalo para mi mejor cliente.

—¿Lencería? —Emery frunce el ceño—. Pensé que eras sastre.

Julia se vuelve y me dedica una sonrisa seductora. —Soy su sastre, su diseñadora personal, cualquier otra cosa que él quiera que sea. Hago cualquier cosa por el señor Tasarov. Incluso diseñar vestidos de novia, por lo visto.

Emery mira de Julia a mí y viceversa, tratando de encontrarle sentido.

Le deseo suerte. Nunca he sido capaz de encontrarle mucho sentido a Julia, tampoco. Por eso me gusta. Tiene un trabajo, lo hace bien y no se anda con tonterías. Es por eso que estoy pagando una maldita fortuna por el vestido de novia de Emery.

Mi novia tendrá lo mejor que este mundo puede ofrecer, le guste o no.

Julia empieza a hablar sobre la selección de dobladillos y el diseño de siluetas. Sigue hablando de su proceso, pero no le presto atención.

Estoy mirando a mi prometida. Tentativamente, Emery se acerca a la cama para mirar las tres batas que le reservé. Sigue desnuda, su cuerpo gloriosamente expuesto hace estragos en mi autocontrol, pero no puedo apartar los ojos de su rostro.

Veo cómo su expresión pasa de la curiosidad... a la confusión... al horror. Arranca el vestido del montón y lo levanta. La luz del sol atraviesa el tejido, resaltando los paneles transparentes de la cintura y la falda de encaje. La espalda es otro panel transparente con intrincadas flores bordadas a lo largo.

Las únicas piezas sólidas están sobre los pechos y un triángulo delgado entre las piernas.

Emery me mira con la mandíbula abierta. —Sobre mi cadáver.

Le devuelvo la sonrisa. —Eso se puede arreglar.



EMERY SE COLOCA FRENTE al espejo mientras Julia se afana en alargar la cola de encaje, admirando su trabajo.

—Precioso —murmura Julia—. Perfección absoluta. Tú también estás guapa, cariño.

Se ríe de su propia broma y se vuelve hacia mí. —¿Qué le parece, Sr. Tasarov?

Miro a Emery por el espejo. Su enfado desapareció, sustituido por una fría resignación.

Casi echo de menos su fuego. —Hm —digo, acercándome.

Emery se tensa. Es el tercer vestido que se prueba y aún está nerviosa. Tiene mucho que ver con lo expuesta que está, estoy seguro.

Lo cual, por supuesto, era el objetivo.

Arrastro el dedo por el borde festoneado de la espalda del vestido. La tela ondea suavemente sobre la pequeña figura de Emery. Es favorecedor, se ciñe a ella en los lugares adecuados y muestra más que suficiente piel... pero algo no va bien.

—Es demasiado... mundano —digo—. Parece...

—¿Un vestido de novia normal? —ofrece Emery. Sus palabras destilan indignación.

—Exacto —chasqueo los dedos—. Es ordinario. Y tú, *Kiska*, eres cualquier cosa menos ordinaria.

Emery se resiste a poner los ojos en blanco. A medida que ha ido pasando la prueba, se ha vuelto cada vez más dócil. Casi como si finalmente estuviera aprendiendo la lección.

Tengo mis dudas, por no decir otra cosa.

—Me gusta más este —se queja.

Julia me mira y se encoge de hombros.

Me inclino y presiono con el dedo la discreta cremallera de su espalda. Emery se aparta de mi contacto, lo que la hace aún más tentadora.

—Por desgracia para ti, me importa una mierda lo que más te guste —le bajo la cremallera las primeras muescas—. Quiero volver a ver el primero.

Julia intenta ayudar a Emery a desvestirse, pero levanto la mano y la mujer se queda inmóvil. —Nadie toca a mi mujer excepto yo —gruño suavemente—. Ve a preparar el siguiente vestido.

Se dirige a las estanterías de la pared del fondo y nos deja a Emery y a mí solos frente al espejo. Nuestras miradas se cruzan en el reflejo.

—Hacemos una bonita pareja, ¿verdad? —comento. Mientras hablo, deslizo la cremallera hasta justo por encima de su trasero. Mi mano se detiene, rozando sus suaves curvas—. Oscuridad y luz. Fuerza y docilidad.

Su ceño se arquea. —¿Soy dócil?

—No del todo. Todavía no —susurro—. Pero lo serás.

Parece que quiere discutir, pero, antes de que pueda, le quito el vestido de los hombros.

La tela cae en cascada y se acumula a sus pies, dejándola desnuda de nuevo. Desde mi posición, puedo ver la turgencia de sus pechos por encima del hombro.

Deslizo la mano por su cintura y subo hasta tocar su pecho. Rozo un pezón con el pulgar.

Emery se estremece. —No hagas eso —respira.

Vuelvo la vista al espejo y me doy cuenta de que tiene los ojos cerrados. Sus carnosos labios se entreabren en un suspiro y su cabeza se inclina hacia mí.

—¿Por qué? —palmeo su carne caliente. Se tambalea hacia atrás, se hunde en mi cuerpo.

—Porque —dice—, nosotros... no deberíamos.

Le pellizco un pezón y tiro de él. Tiene que morderse el labio para no soltar un gemido. —Esfuérzate más, *kiska*.

—Porque... te odio.

Mi mano se desliza por su vientre. Cuando cruzo por encima de sus caderas, ella se inclina a mi encuentro, forzando mis dedos en los rizos entre sus piernas. Pero me contengo. No voy más lejos. Por mucho que se retuerza, no cedo ni un centímetro más.

—¿Qué odias de mí? —le susurro al oído—. ¿Odias que no te toque? ¿Odias que no esté dentro tuyo? ¿Odias que nadie te folle como yo?

—Sí —jadea—. Eso es lo que más odio.

Sonrío. —Buena chica. Entonces, ¿estás lista para tu regalo?

Parece que Emery va a negarse. Como si reuniera la fuerza para alejarse, para detener esto en seco.

Pero entonces, mi mano finalmente baja. Acaricio su humedad. Y así, el último de sus fuegos se apaga.

—Julia —digo por encima del hombro mientras la costurera se acerca con un montón de encajes blancos en la mano—, déjanos a solas.

EMERY

El clic de la puerta cuando se cierra es como el martillo de una pistola. Contengo la respiración, esperando lo que sé que viene a continuación.

—Abre los ojos —Adrik susurra las palabras contra mi piel.

Ni siquiera me di cuenta de que los había cerrado, pero ahora tengo miedo.

Lo apuñalé hace unos días. Me encerró en una habitación. Me hizo desnudarme frente a una extraña para probarme vestidos de novia que son ropa interior glorificada.

Entonces, ¿por qué no puedo decir que no?

Abro los ojos y me sorprendo de nuevo con nuestro reflejo en el espejo. Adrik es una sombra sobre mi hombro. Sus ojos azules son la única luz, lo único que insinúa que no es el monstruo que parece ser.

—Sin esconderse —dice.

—Recibí el mensaje alto y claro —señalo la cama donde yacen los vestidos desechados—. No dejan mucho a la imaginación.

—La imaginación está sobrevalorada —arrastra las yemas de sus dedos sobre mi piel—. Prefiero lo real.

Me presiona con la palma de la mano. Todo mi cuerpo se estremece.

—Ya estás mojada —murmura—. Estás goteando en mi mano. Te deben gustar los vestidos tanto como a mí.

—Odio los malditos vestidos —digo.

Adrik sonríe satisfecho. —¿De la misma forma que me odias a mí?

¿Odias que nadie te folle como yo?

Entrecierro los ojos y me niego a responder a su pregunta. Puede que no controle la respuesta de mi cuerpo, pero puedo controlar mi mente. Y Adrik no puede saber nada del espinoso nudo que hay detrás de mis ojos.

—Puedes engañar a todos los demás —dice, pasando el dedo por mi clítoris, arrancándome un

gemido—. Pero a mí no puedes engañarme, Emery.

—No significa que no lo intente.

—Te lo he dicho una y otra vez, este falso matrimonio no tiene por qué ser miserable. Puede ser... amistoso —vuelve a pasar un dedo sobre mí antes de deslizarlo hacia abajo y meterlo dentro—. Incluso puede ser... placentero. Siempre y cuando me escuches.

Alargo la mano y me agarro a su muslo, intentando estabilizarme. Siento que mis piernas flaquean y, con cada movimiento del dedo de Adrik, se debilitan aún más.

Sus músculos se doblan y flexionan mientras me excita más y más, y odio estar tan desnuda y vulnerable mientras él está completamente vestido. Odio ser la única que está perdiendo la cabeza.

En medio de mi niebla de lujuria, echo los brazos hacia atrás y tanteo el botón de sus pantalones. Se los abro y su polla sale de los vaqueros. Está dura y caliente, y la rodeo con la mano, acariciándola de la base a la punta.

Me sisea al oído, y lo odio un poco menos por ello.

—Pide lo que quieras —enrosca un dedo dentro de mí y un escalofrío recorre todo mi cuerpo—. Suplícamelo, *kiska*. Te lo daré.

Me muerdo el labio y me estiro sobre las puntas de los pies, intentando darle más mientras mis manos trabajan su longitud detrás de mí. Nuestros cuerpos son una confusa maraña de placer. Nunca experimenté nada tan excitante.

—No, no lo harás. Mientes —jadeo—. Si digo lo que quiero, te negarás. Es un truco.

—No es un truco. Es un regalo, ¿recuerdas? —mueve las caderas contra mi mano y noto su respiración agitada contra mi espalda. Esto también le afecta, aunque intente ocultármelo—. Adelante. Usa tus palabras.

Recuerdo la noche en el comedor.

Estaba desnuda delante de él, igual que ahora, y me ofrecí en bandeja. *Los mendigos no pueden elegir*, dijo.

Pero ahora mismo quiero ser ambas cosas.

—Quiero darme la vuelta —susurro—. Quiero mirarte a la cara mientras estás dentro de mí. Quiero mirarte a los ojos mientras haces que me corra.

Tuerzo mi mano en su base, y él gruñe y presiona su frente contra mi hombro. Entonces, de repente, me saca el dedo y me levanta de un tirón. Grito de sorpresa, pero, antes de que pueda orientarme, Adrik me deja caer sobre la cama, justo encima del montón de vestidos de novia.

—Julia nos matará —me río, vadeando un mar de encajes y mallas.

Pero Adrik no contesta. Me empuja de nuevo a la cama y se arrastra sobre mí. Le bajo los pantalones por los muslos y él se quita la camisa por la cabeza.

—Santo cielo —respiro. Arrastro los dedos por su musculoso pecho y abdomen.

Sonríe y agarra mis dos manos con una de las suyas. Me estira los brazos por encima de la cabeza, clavándolos en el colchón.

—Quiero tocarte —me quejo.

Sacude la cabeza. —No. Yo toco. Tú miras.

Lucho contra su agarre, pero es inútil. Es mucho más fuerte que yo. —Debería haber sabido que habría una trampa.

Se agacha y pasa la lengua por un pezón y luego por el otro. Jadeo y me arqueo hacia él hasta que me mete en su boca.

Su cabeza oscura se inclina sobre mí e intento liberar mis manos de nuevo. —Quiero pasarte las manos por el pelo.

Me aprieta la muñeca. —No.

Gruño de frustración y él se ríe. Es la primera vez que oigo esa risita grave y sexy, y por supuesto es a costa de mí.

Pero eso no significa que no me encienda la piel.

Finalmente, se arrastra sobre mí. Levanto las piernas para rodear su cintura. Pero Adrik se inclina de repente y, de algún modo, consigue pasarme las piernas por encima de los hombros. Se inclina contra mí, plegándome bajo su peso, y noto cómo se burla en mi abertura.

—Por favor —susurro, contoneando las caderas—. Te quiero dentro...

Antes incluso de que termine la frase, Adrik se aprieta dentro de mí hasta la empuñadura.

Grito. Mi cuerpo se estira a su alrededor, acomodándose a su tamaño, y no quiero que termine. Está en todas partes, presionándome por dentro y por fuera, y aún quiero más.

Me penetra varias veces, y nuestros cuerpos se golpean con cada embestida. No puedo hacer otra cosa que aguantar.

—Maldición —gimo—. Adrik, déjame... oh, Dios. Déjame tocarte.

Me penetra con más fuerza. Parece un castigo.

—Bésame —jadeo—. Por favor.

Se sale por completo antes de volver a penetrarme. —Me encanta cuando suplicas. “Por favor” suena precioso en tus labios.

—Bésame, *por favor* —repito. Nunca he deseado nada más.

Adrik me mira a los ojos. Tiene la frente arrugada por la concentración, pero sus labios muestran una mueca. —Te estoy dando lo que quieres, Emery.

—Pero yo quiero...

—Quieres mirarme a los ojos mientras te corres —dice—. Lo recuerdo —desplaza ligeramente

su peso, liberando una mano, y la desliza entre nosotros.

Ya estoy al borde. Él está sobre mí y dentro de mí, y mi cuerpo está tan fuertemente enrollado que no estoy segura de que me sea posible deshacerme. Dios sabe que no fue posible durante años antes de esto.

Pero entonces, Adrik me roza el clítoris con el dedo, y estoy como una presa a punto de estallar.

El calor me inunda. Me aprieto contra él. La sensación es demasiado. Demasiado abrumadora. Se me cierran los ojos. Pero al instante...

—Abre los ojos —gruñe Adrik.

Ah, claro. Eso es lo que quería. Mirarlo mientras me corría, saber que era Adrik el que estaba dentro de mí.

Pero, de repente, tengo miedo.

—Ábrelos —ladra, todavía empujando dentro de mí—. Ahora.

Yo obedezco.

Está justo encima de mí, mirándome a la cara. Su frente se levanta. Solo Adrik Tasarov podría encontrar la forma de parecer altivo en pleno acto sexual.

—No puedes mentirte a ti misma ahora. Me quieres dentro tuyo y a nadie más. ¿No es así?

Aprieto los labios, intento reprimir el resto de mi orgasmo como un estornudo que no quiero. Pero sigue recorriéndome, implacable. Me tiemblan las piernas sobre sus hombros.

Gira la cabeza y me da un beso con la boca abierta en la pantorrilla. —Dime la verdad y haré que te corras otra vez.

¿Otra vez? Eso podría matarme. No estoy segura de poder soportarlo. Pero estoy dispuesta a averiguarlo.

—Sí —suspiro, recuperando por fin el control de mi respiración.

—¿Sí qué?

—Te quiero dentro de mí —admito—. Y a nadie más.

Adrik me quita con cuidado las piernas de los hombros una a una, me aparta un mechón de pelo de la cara y sonríe. —Buena chica.

Luego, separa mis muslos y vuelve a llenarme.

Empieza a follarme más fuerte y rápido. Su ritmo es brutal y poco puedo hacer para no caerme de la cama.

Pero, tal y como prometió, la presión dentro de mí aumenta cada vez más hasta que vuelvo a caer, con mi cuerpo sacándole hasta la última gota.

Solo entonces Adrik termina con un gruñido que proviene de lo más bajo de su pecho.

Cuando terminamos, nos tumbamos encima de los vestidos de novia, sudorosos y agotados.

—Joder... —murmuro. Mis labios se sienten pesados e inútiles. El resto de mí es pura gelatina.

—Deja los elogios efusivos para la noche de bodas —se ríe Adrik.

—No me digas que planeas abstenerte hasta que estemos oficialmente casados. No me pareces del tipo célibe.

—Lo creas o no, puedo controlarme durante dos días.

Sus palabras me llegan despacio. Pero, cuando lo hacen, me quedo inmóvil. —¿Qué va a pasar dentro de dos días? —pregunto, aunque creo que ya lo sé.

—Es el gran día —dice Adrik, abotonándose los pantalones y pasándose una mano por el pelo—. Espero que estés lista.

EMERY

Agarro puñado de encaje y hago todo lo posible por pasármelo por el cuerpo, a pesar de que Adrik ya lo ha visto todo. De repente quiero estar más cubierta, menos vulnerable.

—¿No pensaste en decirme cuándo es mi propia boda? —me quejo.

Adrik se pone la camiseta. Incluso ahora estoy triste por la pérdida de su cuerpo. Contemplar sus músculos definidos y sus abdominales ondulantes hace definitivamente más soportable estar en su presencia. Pero, más que eso, me gusta ver la línea de bronceado alrededor de su cuello y la cicatriz sobre su cadera derecha. Me gusta ver el lunar de su hombro izquierdo.

Todas las pequeñas cosas que me recuerdan que es realmente humano.

—Acabo de decírtelo —responde—. Pero, por si no ha quedado suficientemente claro: nos casamos dentro de dos días. Inclúyelo en tu apretada agenda.

—Imbécil —escupo—. ¿No pensaste que tal vez querría un poco más de aviso?

—No pensé en ti en absoluto, en realidad.

Sus palabras duelen. Tal como él quería, estoy segura. Adrik no hace nada sin algún tipo de motivo. Incluso esto, tomarme encima de una pila de vestidos de novia, probablemente fue planeado. Quizá pensó que sería más agradable después de una buena cogida.

Pues piénsalo otra vez.

—Pero tuviste tiempo suficiente para encargarme un perchero de vestidos de novia a medida de una famosa diseñadora —señalo—. Y asegurarte de que fueran ridículamente inapropiados para todo el que los viera excepto tú.

Los ojos azules de Adrik brillan con demasiada picardía. —¿Tienes miedo de ser vista de verdad, Emery?

—Eso no es lo que yo... —gruño—. ¡Estoy diciendo que obviamente pensaste en mí!

Sacude la cabeza. —He pensado en la boda. La Bratva necesita que me case, así que lo haré. Quién esté a mi lado mientras se celebra es completamente intrascendente.

Intrascendente. Eso resume todo. Lo que siento en esta casa, en esta habitación, en sus ojos.

Y lo odio.

Me pongo de pie, cubierta por un haz desordenado de encajes y gasas. —¿Es inconsecuente que no puedas mantener tu polla fuera de mí?

Adrik me evalúa con expresión fría, estudiándome como si fuera un problema que necesita arreglo.

Luego, lentamente, camina hacia mí. Un paso delante del otro. Como una pantera al acecho.

—Follarte es aceptable —dice—. Bueno incluso, cuando suplicas por mi polla y te corres en mis dedos como una putita. Pero si piensas por un segundo que no puedo encontrar a otra mujer dispuesta a caminar hasta el altar con una sonrisa en su cara, te engañas a ti misma.

Pongo los ojos en blanco, intentando ocultar lo profundamente que me hieren sus palabras, una y otra vez. —Vale, entonces ve a buscar...

—No he terminado.

Ahora está justo delante de mí. Tiene el pelo revuelto por el sexo y la luz que entra por la ventana capta las hebras salvajes hasta que brillan alrededor de su cabeza como una corona llameante. Ahora mismo, es imposible creer que sea real y no solo un producto de mi imaginación más oscura.

—Hiciste un trato conmigo —dice Adrik con voz ronca—. Cumplí mi parte. Cuidé de tu hija y Malcolm Waters ya no es un problema. Ahora, es hora de que tú cumplas la tuya.

—No soy un perro al que puedas dar órdenes —digo, aunque me acobardo. Adrik es alto en un sentido objetivo. Pero más que eso, se *siente* alto. Como un animal que levanta sus garras, parece crecer cuando se enfada.

—Creo que eso es exactamente lo que eres —responde ácidamente—. Diablos, incluso podría ponerte un collar y una correa.

Levanto la mano como para abofetearlo, pero Adrik me agarra del brazo y me lo pega al costado. El encaje que me cubre se cae y deja al descubierto mis pechos. El aire frío corre sobre mis pezones aún puntiagudos.

Pero Adrik ni siquiera le dedica una mirada a mi cuerpo desnudo.

—Todo lo que tienes que hacer es caminar hasta el altar y fingir ser mi esposa mientras mi padre mira. Es una tarea sencilla. Incluso algunas de mis criadas que no tienen ni dos neuronas que hagan sinapsis en el cerebro podrían hacerlo —dice—. Así que sí, espero que aparezcas y hagas tu papel. Espero que hagas lo que yo diga.

Levanto la barbilla. —¿Y si no lo hago?

—Entonces el trato se cancela. Tú e Isabella se van. Y tú vuelves a valerte por ti misma... o a defenderte de Malcolm Waters. Lo que ocurra primero.

Se encoge de hombros como si realmente no tuviera importancia. Como si no le importara.

Lo miro fijamente, esperando que las emociones encontradas que me embargan no se reflejen en

mi cara. De repente me doy cuenta de que... no sé lo que viene a continuación.

Lo de Adrik es confuso y, sobre todo, temporal. Incluso en las mejores circunstancias, o en las peores, supongo, nos quedamos en su mansión unos meses mientras espera a que muera su padre. Pero podría ser solo cuestión de semanas.

Y después ¿qué? ¿Dónde iremos Isabella y yo?

¿Y con quién se casará realmente Adrik?

Miro su rostro demasiado apuesto y su cuerpo demasiado esculpido, e intento imaginarme a su homóloga femenina. Trato de imaginarme el tipo de mujer que podría estar a su lado y parecer de su clase.

Pero no me imagino a nadie.

En realidad, eso no es del todo cierto. Porque, quizás lo peor de todo... es que puedo imaginarme a mí misma.

Y, por mucho que intente luchar contra ella, la imagen no morirá.

Intento encontrar algo que decir. Algo sarcástico, preferiblemente, pero el tumulto en mi interior me impide encontrar las palabras.

Adrik se aburre y se da la vuelta. —Decidas lo que decidas, deberías decírselo a Isabella. Pronto. Deberías prepararla para la dura realidad.

Como si nada, llaman a mi puerta.

—¿Hola? —Isabella llama—. ¿Adrik? ¿Mamá?

—Mierda —murmuro, tirando el encaje al suelo y abalanzándome sobre mi ropa—. ¿Qué está haciendo ella aquí?

Adrik se alisa el pelo tranquilamente en el espejo. —La llevaré a almorzar.

Me doy vuelta, con los vaqueros a medio subir por encima de los muslos. —Nunca me avisaste.

—Porque no tengo que hacerlo. Esta es mi casa.

—Y esa es mi hija —susurro en voz baja.

—Nos vamos a casar. Lo que es tuyo es mío, *kiska*.

La idea me produce una especie de emoción, pero la alejo pronto. Adrik no quiere ser el padre de Isabella. Puede que sea amable con ella, pero eso no significa que le importe. O yo, para el caso. Solo la usa para meterse en mi piel para su propio placer retorcido.

—Haz lo que quieras conmigo...

—Cuidado con lo que deseas —interrumpe Adrik.

—…Pero no te metas con mi hija.

Adrik pasa junto a mí y se desliza despreocupadamente hacia la puerta. —¿Piensas ponerte una

camisa antes de que la abra, o...?

Sigo desnuda de cintura para arriba. Maldigo en voz baja y me pongo una camiseta justo cuando Adrik abre la puerta.

—Isabella. Me alegro de verte.

—Hola, Adrik —dice Isabella con una risita tímida—. ¿Qué onda?

Se ríe entre dientes. —¿Stefan te enseñó eso?

Isabella responde con otra risita.

Adrik empieza a moverse hacia el pasillo, cerrando la puerta tras de sí, pero Isabella rueda hacia delante y la bloquea con su silla.

—¿Mamá?

—Hola, nena —me arrodillo frente a ella—. ¿Escuché que fuiste a algún lugar divertido?

—Fuimos a conseguir suministros para el perro. Adrik dijo que necesitamos una correa, un collar y una perrera —sus ojos se abren de par en par—. ¡Mamá, ven con nosotros!

Adrik da un paso adelante. —Oh, no. Tu madre está ocupada. Solo seremos nosotros dos...

Isabella suelta un quejumbroso ruido de sufrimiento que conozco demasiado bien. —Mamá, *por favor*. Será divertido.

—¿Sabes qué? Claro, cariño. Me encantaría ir —le retiro el pelo de la frente.

No miro a Adrik. No necesito hacerlo. Sé que está enfadado. Puedo sentirlo como una fusión radioactiva.

Isabella chilla de emoción, y luego recorre mi atuendo con la mirada. —Adrik dijo que necesitaba ropa bonita. Como una princesa. Vamos a ir a un sitio elegante a comer.

Por primera vez, me doy cuenta de que lleva un vestido nuevo. La parte de arriba tiene mangas casquillo y lentejuelas plateadas y moradas, y la falda es una gran nube de flores moradas. Estoy a punto de preguntarle cómo le queda por debajo de la silla cuando me doy cuenta de que ha sido diseñado especialmente para ese fin. La parte trasera de la falda es un sencillo tejido de punto morado, que se recoge cómodamente.

—Vaya. Pareces una princesa —digo, dando vueltas a su alrededor—. Eres preciosa. No tengo nada tan bonito, pero encontraré algo.

—Quizá Adrik también pueda conseguirte un vestido —dice Isabella, mirando a Adrik con esperanza.

Por fin me arriesgo a mirarlo a la cara. Adrik me devuelve la mirada. Su expresión es ilegible, lo que suele significar que está completamente furioso.

—También le compré un vestido a tu madre. Pero creo que no le gustó.

Isabella está a punto de desatar una avalancha de preguntas, lo sé. A mi chica, que adora los

karts, también le encantan los vestidos bonitos. No puede imaginar un mundo en el que alguien pueda rechazar uno.

Antes de que pueda interrogarme, los apuro. —Déjame cambiarme y nos vemos en la entrada, ¿de acuerdo?

Adrik asiente. —Empieza a bajar las escaleras, Isabella. Stefan está esperando para subirte al todoterreno.

Isabella duda, pero la voz de Adrik es el clavo en el ataúd. Le gusta demasiado como para desobedecerlo.

Lo cual me asusta demasiado como para contemplarlo en su totalidad.

Sale rodando por el pasillo. Justo cuando estoy cerrando la puerta, Adrik mete el pie y la abre. Su cara aparece en la rendija.

—La única razón por la que te permito venir es porque me ahorra tiempo.

Pongo los ojos en blanco. —¿Nunca puedes perder con gracia? No me estás permitiendo ir. He manipulado la situación. He ganado. Acéptalo.

—Sobreestimas cuánto temo herir los sentimientos de Isabella —dice Adrik simplemente—. Podría haberle roto el corazón y dejarte aquí para recoger los pedazos.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —respondo bruscamente.

—Como dije, me ahorra tiempo —repite—. Estaba preparado para planear una cena especial para los tres, pero ahora no tengo que hacerlo.

Frunzo el ceño. —¿Una cena especial para qué?

—Para contarle a Isabella lo del matrimonio.

Se me cae la cara. Sé que Adrik se da cuenta. No se le escapa nada.

Por un segundo, pensé que había sido más astuta que él. Pensé que quizá finalmente había hecho algo a mi favor. Pero él siempre está maquinando y planeando, siempre esperando torcer algo a su favor. Y es muy, muy bueno en eso.

Sonríe sin ninguna humanidad en su rostro. —Te veré en el coche.

Pero lo que realmente está diciendo es *Jaque Mate.*

~

EL RESTAURANTE ES MAGNÍFICO.

Siempre consideré el almuerzo como una comida informal, pero la gente de este restaurante no está de acuerdo. Todo el mundo va vestido con sus mejores galas. Hombres con chaquetas de sport y camisas de cuello, mujeres con vestidos semi formales y zapatos planos a la moda.

Mi jersey blanco y mi falda vaquera están lejos de encajar, pero ya no se puede hacer mucho al

respecto.

—Hay una fuente dentro —susurra Isabella con asombro, señalando la mitad delantera del restaurante. En el centro de una amplia mesa de piedra hay una gran esfera de cristal. El agua brota del orbe y fluye hacia una grieta en el borde.

—La hay —digo, igual de asombrada—. Y una lámpara de araña. Y luces de hadas.

—Quiero luces de hadas en mi habitación —Isabella se vuelve hacia Adrik—. ¿Puedo tener luces de hadas en mi habitación?

Le pellizco suavemente el brazo —Disculpe, señorita. Sea educada. Después de todo lo que hizo Adrik hoy, démosle un respiro a su cartera, ¿eh?

—¿Te refieres a los suministros para el perro? —Adrik agita la mano desdeñosamente—. Eso no fue nada.

—Solo si "nada" significa una montaña de juguetes, una cama para perros más cara que un colchón de tamaño humano y una perrera digna de un caballo —digo entre dientes.

—Convenientemente, es así —Adrik mira a Isabella—. Así que sí, Isabella, te conseguiremos algunas luces de hadas. Y cualquier otra cosa que quieras.

Isabella le sonríe y se me aprieta el corazón.

Ver a Adrik con Isabella es como verlo a través de una lente diferente. Con un filtro que lo hace parecer... amable. Cálido, incluso. Casi humano.

Pero sé la verdad. No puedo permitir que me engañen.

Y ciertamente no puedo dejar que Isabella sea absorbida demasiado lejos en esta fantasía. No cuando no tengo ni idea de cómo va a terminar.

—Bien —digo—. Pero espera a que pueda ayudarte a colgarlas, ¿vale?

—¡Pero las criadas pueden ayudarme!

—Ya tienen bastante trabajo sin preocuparse por nosotras.

—Es su trabajo preocuparse por ustedes —interviene Adrik—. Ustedes dos son prácticamente familia.

Él lo dice fácilmente, pero yo sé exactamente lo que es. Un cambio.

Uno sin fisuras, por cierto. Si no lo odiara tanto, podría aplaudirlo.

Isabella lo mira, y luego a mí. Veo cómo las palabras se arraigan en su mente. Veo que la pregunta se formula antes incluso de que sus labios se muevan. Pero aún no estoy preparada para cuando por fin le da voz.

—¿Somos familia? —pregunta tentativamente—. ¿Es por eso que ahora vivimos con Adrik?

Me está mirando directamente. No quiero mentirle. Nunca se me ha dado bien.

Familia. Qué palabra tan curiosa. Después de irme de casa y darle la espalda al dinero de mi

padre, Isabella fue la única familia que tuve. Ella estuvo ahí para mí mientras yo tropezaba a través de la adultez temprana. Y yo estuve ahí para ella, apoyándola en todo lo que pude durante su diagnóstico.

Pero no puedo decirle la verdad ahora.

Porque la verdad es que estoy con Adrik para mantenerla a salvo. Para mantenerla en el ensayo del fármaco que detiene la progresión de su enfermedad. Si no estuviera con Adrik, seguiría con Malcolm.

La razón es simple: Haré lo que sea para protegerla.

Y, ahora mismo, "lo que sea" significa mentir.

Me inclino hacia delante y le cojo la mano. Froto mi pulgar sobre sus pequeños nudillos. —Bueno, en realidad es algo de lo que queríamos hablar contigo.

—¿Qué clase de algo?

—Vale, ¿cómo...? —no preparé en absoluto cómo debo anunciar esta noticia, y voy a tientas. ¿Acaso Isabella sabe lo que es el matrimonio?—. Bien, ya sabes que las princesas de las películas que te gustan conocen a un príncipe y...

—Viven felices para siempre —termina Isabella, con los ojos brillantes.

Reprimo una risa amarga. Ah, ser joven e inocente.

—Exactamente —digo—. Bueno, normalmente se casan al final, ¿verdad? Con un gran vestido y flores, y...

Ella jadea. —¿Se van a casar Adrik y tú?

Bien, parece que sí sabe lo que es el matrimonio.

Respiro hondo. —Sí.

Por un segundo, hay un silencio atónito. Ni siquiera Adrik se mueve. Puede que el hombre sea capaz de controlar todo lo demás en la vida, pero nadie puede controlar las emociones de una niña de seis años.

Finalmente, Isabella chilla. —¡Lo sabía!

—Claro que no —digo, demasiado aliviada de que no esté llorando como para pensar en otra cosa—. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Porque están enamorados —afirma—. La gente enamorada siempre se casa. Y tú y Adrik están enamorados, ¿no es así?

De todo lo que ha pasado hoy, esas son las palabras que casi me derrumban. Las palabras que casi rompen el pequeño hilo por el que aún me aferro a la realidad.

Nos vamos a casar. Por supuesto que deberíamos estar enamorados. Y, sin embargo...

Miro a Adrik y me mira con una expresión ilegible en los ojos.

—Oh, um... bueno... —suspiro—. Es por eso por lo que la gente se casa, ¿verdad?

Después de todo, ¿qué es una mentira más?

Y, honestamente, ambos necesitamos esto.

—Lo sabía —vuelve a decir Isabella, sonriendo para sí misma.

Por suerte, no tiene más preguntas. Y también por suerte, este restaurante tiene una amplia carta de postres. Está tan concentrada en elegir qué sabor de tarta de queso quiere que no se da cuenta de que Adrik se queda inquietantemente quieto a mi lado.

Cuando levanto la vista, su rostro está casi irreconocible. Ya no es el pensativo ángel de la guarda de unos minutos antes.

Ahora, la expresión de Adrik es mortal. Parece frío como una piedra y peligroso.

—¿Qué pasa? —susurro.

—Sena… —empieza a decir entre dientes apretados.

—Sí, lo sé. Querías que fuera una cena, pero... —interrumpo.

—*Cena* no —corrige—. *Senador*.

No entiendo lo que quiere decir hasta que sigo su mirada. Sentado en una mesa, un poco más allá de la fuente, está el Senador Malcolm Waters.

Y está mirando hacia nosotros.

ADRIK

—Quédate aquí.

Empiezo a levantarme, pero Emery me agarra del brazo. —¡No! No vayas.

Me la quito de encima. —No me esconderé del maldito Malcolm Waters. Le dije que tenía que mantener las distancias. Necesito hacerle saber que está fallando.

—Pero... —mira a Isabella, que sigue señalando los platos de la carta de postres y parloteando, y luego vuelve a mirarme—. ¿No podemos simplemente tener un buen almuerzo y olvidarlo?

Durante un cuarto de segundo, me permito considerar esa posibilidad. Un mundo en el que pudiera almorzar tranquilamente con mi prometida y su hija. Un mundo en el que no tuviera enemigos que derrotar ni un imperio que dirigir.

Una puta fantasía. Ni siquiera vale la pena perder el tiempo. —No. No te muevas. Volveré.

Dejo la servilleta en la silla y atravieso el restaurante a grandes zancadas. Nuestra camarera intenta detenerme al pasar por la puerta de la cocina.

—¿Está todo bien con su comida, Sr. Tasarov? —pregunta—. Solo venía a tomar sus pedidos de postre.

Paso junto a ella sin decir palabra.

Malcolm me ve llegar. Se remueve en su asiento cuando me acerco, pero hace lo posible por parecer imperturbable. Parece que los años de campaña le sientan bastante bien.

Me detengo en el borde de su mesa. —¿Cenando solo?

—A menos que quieras acompañarme —dice, señala el asiento vacío frente a él—. La verdad es que me sorprende verte por ahí, dadas las circunstancias.

—¿Te refieres a la circunstancia en la que te dije que mantuvieras las distancias o te cortaría el puto cuello? —pregunto, con la voz calmada y agradable—. Porque para ser sincero, Malcolm, yo también estoy sorprendido. Creí que mis instrucciones fueron bastante claras.

Se ríe, pero no hay humor en ello. El recuerdo de la botella dentada apretada contra su garganta está probablemente todavía demasiado fresco en su mente.

—Me refería a la enfermedad de la familia —aclara—. A tu padre.

No me muevo, pero siento el cambio. La ligera inclinación a su favor.

Sabe que mi padre está enfermo.

Lo que significa que los Volandris también lo saben. Precisamente cuánto saben es lo que importa ahora.

—No debería sorprenderte verme. Mi padre no necesita que me quede en casa todo el día limpiándole el culo —le digo.

—Por supuesto que no. Pero es bastante peor de lo que dices, ¿no? —Malcolm se inclina. Su voz es suave a pesar de que puedo decir que quiere gritar sus palabras desde la cima de una montaña —. Dicen que es terminal. Permíteme darte mi más sentido pésame.

No me jodas.

Quería que Malcolm se diera cuenta de que mostrar su cara es un error drástico. Una extralimitación de su parte, que pagará con dolor. No me extrañaría que sobrestime demasiado su propia invencibilidad. No te metes en política con un ego pequeño, después de todo.

Pero los Volandris saben que mi padre está muriendo. Saben que la Bratva Tasarov está a punto de experimentar un cambio de poder. Así que me veo obligado a concluir que están haciendo lo único lógico en una situación así.

Apuntar a matar.

—Quédate con tus condolencias. Aceptaré las felicitaciones —digo como si no me afectara, como si no me dieran vueltas todos los engranajes de la cabeza.

Malcolm hace un gesto de dolor. —Eso es un poco duro. Festejar sobre la tumba de tu padre, ¿no?

—La muerte es parte natural de la vida. Y una parte inminente de la tuya, si no te alejas.

Se ríe tristemente. —Esperaba que la paternidad te hubiera ablandado. Viendo tu pequeña fiesta del té por ahí, pensé que tal vez podríamos dejar lo pasado en el pasado. Después de todo, no soy una amenaza.

—Nadie dijo que seas una amenaza —replico—. No se mata a una mosca porque sea una amenaza. Se la mata porque es una molestia. Eres una plaga, Waters. Nada más.

Inclina la cabeza y me mira como si me viera bajo una nueva luz. —Ahora sí que lo tienes todo, ¿verdad, Sr. Tasarov? El poder, la mujer... el dinero de la mujer. Supongo que hay que felicitarte.

—Tengo dinero propio.

—Entonces, ¿por qué molestarse con ella? —pregunta Malcolm, se inclina hacia adelante.

Puedo decir que siente genuina curiosidad. Lo que hace que esta molestia sea un uno por ciento más agradable para mí.

Le sonrío. —¿Por qué te importa?

—No me importa —me asegura rápidamente—. Pero no me pareces el tipo de hombre que hace las cosas sin motivo. Ergo, debes tener una razón. ¿Por qué es tan importante la bebé con el fondo fiduciario si no necesitas su fondo fiduciario?

—Esto te molesta, ¿no? —digo—. Por qué lo hice. Por qué te avergoncé llevándome a tu prometida. Siento curiosidad: ¿qué le cuentas a la gente? ¿Cómo lo explicas?

Aprieta los labios pastosos. Veo la tensión en su cuerpo, aunque intenta disimularla.

—Debe haberte estado matando —musito—. Estar en mi fiesta un minuto con una cita preciosa del brazo. Y al siguiente, se va conmigo. Te debe estar comiendo por dentro.

—Mucho ha cambiado desde aquella noche, Tasarov —sisea.

Me encojo de hombros. —Puede ser. Pero el recuerdo todavía escuece, ¿no? Así que diría que no ha cambiado lo suficiente. Si no, no estarías aquí.

El senador se levanta y se aclara la garganta. Intenta recuperar el control. Mira más allá de mí, hacia donde están sentadas Emery e Isabella.

—Quizá vaya a saludar —dice, poniéndose en pie.

Mi brazo es una barra sobre su pecho, reteniéndolo. —Solo si tienes ganas de morir.

Ahora estamos atrayendo miradas. La gente empieza a darse cuenta. Con los Volandris de su lado o no, el senador Waters todavía tiene una reputación que mantener. Una pelea pública con un rico filántropo no le haría ningún favor en las encuestas.

Alza las manos y da un paso atrás. —No quiero problemas contigo, Adrik. Y no estoy aquí para resolver nuestros problemas. Solo creo que los dos tenemos intereses comunes.

—Tu interés por mi prometida terminó en el momento en que se convirtió en la mía.

—Ella no —dice, riéndose como si me hubiera perdido la broma—. Poder, Adrik. Ambos queremos poder.

Pongo los ojos en blanco. —Te equivocas. Tú quieres poder. Yo ya lo tengo.

—Por ahora.

—Por el amor de Dios, Waters. ¿Saben los Volandris que estás aquí alardeando de sus planes como si fueras un girador de banderas en un maldito desfile?

—¿Cómo haré un trato contigo si no entiendes lo que está en juego? —pregunta.

Arqueo una ceja. —No deben pagarte muy bien si quieres hacer un trato conmigo.

Lo ignora y me mira a los ojos. —Devuélvemela.

Le lanzo una carcajada a la cara. —Debes estar de broma.

—Ya has dicho que no necesitas su dinero. Tienes más que suficiente. Y, si es una mujer lo que necesitas, estoy seguro de que un hombre de tu particular... encanto... podría encontrar una sin una bastarda lisiada y raquítica adjunta.

Rabia. Al rojo vivo y en ebullición. Eso es lo que siento, surgiendo dentro de mí como una maldita llamarada solar.

En mis días de juventud, incluso hace unas semanas, la habría desatado. Lo destriparía como a un cerdo aquí y ahora. Me importaría un bledo quién mira, o cuáles son las consecuencias. Nadie habla así de la gente que está bajo mi protección.

Pero Malcolm tiene razón en una cosa: las cosas han cambiado desde aquella noche.

Para todos nosotros.

Y lo que Emery necesita, lo que Isabella necesita, lo que mi padre y mi Bratva y yo necesitamos, es que yo mantenga la calma.

Así que, con un gran esfuerzo, empujo toda esa ira de vuelta al lugar de donde vino. No se ha ido para siempre, sino que espera el momento oportuno para hacer llover el infierno sobre este engreído hijo de puta.

—¿Se supone que te la devuelva por un sentido de caridad hacia ti? ¿Ese es el trato?

Malcolm sacude la cabeza. —No. Es para ahorrarnos a los dos un montón de hostilidad innecesaria.

Inclino la cabeza hacia un lado, estudiándolo. Por una vez, no lleva su imagen pública como una máscara. Su expresión es uniforme y plana.

Dice la verdad.

—¿Así que los Volandris no te pagan lo suficiente para cuidar de ti mismo, pero empezarán una guerra conmigo para recuperar a tu prometida? Perdona mi escepticismo.

—Sé tan escéptico como quieras, Adrik. Vendrán a por ti. Y podrías hacer que todo desaparezca devolviéndome a Emery.

Doy un paso hacia él, acercándome lo suficiente como para que se estremezca cuando exhalo en su cara. —Aunque eso fuera cierto, no lo haría.

—¿Por qué? —responde—. Ella no es nada. Intrascendente.

La palabra se me queda grabada. Se la dije a Emery hace unas horas.

La Bratva necesita que me case, así que lo haré. Quién esté a mi lado mientras se celebra es completamente intrascendente.

Y en muchos sentidos, es verdad. Podría ser cualquiera. Emery no es esencial.

O, al menos, eso es lo que llevo semanas diciéndome a mí mismo.

Empiezo a sospechar que hablo pura mierda.

—Ella no es intrascendente —siseo—. Ella es mía.

Malcolm abre la boca para decir algo, pero las palabras mueren en sus labios. En su lugar, oigo una voz familiar por encima de mi hombro.

—Qué alegría verlo, Sr. Waters.

Me tenso. Se suponía que Emery me esperaría en la mesa.

—¿Alegría? Tal vez no —dice Malcolm—. ¿Sorpresa? Sí. No tenía ni idea de que las putas trabajasen a plena luz del día.

Me inclino hacia delante gruñendo, pero la voz de Emery atraviesa mi rabia antes de que pueda responder.

—Es curioso —dice—. Yo pensaba lo mismo de los políticos gordos y corruptos.

Su respuesta me arranca una risita. La risita se convierte en carcajada cuando veo que la cara de Malcolm se pone cada vez más roja.

Su labio superior se curva con rabia mientras se vuelve hacia mí. —Sabes, Adrik, quizá tu nueva prometida no se sentiría tan valiente si supiera cómo terminó tu último compromiso.

Emery inhala bruscamente detrás de mí.

—¿Qué pasa, cariño? —continúa Malcolm—. ¿No te ha hablado de Sofía?

Estoy a punto de aplastar a ese puto gordo con mis puños y dar a mis abogados otra cosa más que borrar de mi historial.

Pero, antes de que pueda, un grito agudo atraviesa el restaurante. Emery y yo nos damos la vuelta para buscar a Isabella.

Sigue en nuestra mesa, pero un joven camarero está de pie detrás de su silla de ruedas, levantando las dos ruedas traseras por el manillar para intentar apartarla del camino de un camarero que viene con una gran bandeja de comida.

—Puedo hacerlo —chilla Isabella, dando tirones a su joystick para intentar que el hombre la suelte—. ¡Suelta mi silla! Puedo hacerlo.

Sus ruedas traseras giran inútilmente en el aire mientras ella se deja caer hacia delante contra la sujeción del pecho.

—¡Mierda! —grita Emery. Se lanza alrededor de las mesas para llegar a su hija.

—Piensa en mi oferta —me dice Malcolm—. El tiempo se acaba.

—Ahógate con tu oferta, *mudak*. Te veré en el infierno.

~

ESTOY HABLANDO por teléfono cuando Emery entra por la puerta que vuelve a unir su habitación con la de Isabella.

—Por fin se ha dormido —suspira, dejándose caer en el borde de la cama.

Las criadas deben haber limpiado los vestidos de novia mientras no estábamos, o Julia se los llevó cuando volvió para recoger, porque la cama está limpia y hecha. Ni rastro de lo que

hicimos en ella hace unas horas.

Tendré que enviar a Julia una bonificación por el inesperado final de nuestra sesión.

—Creo que estaba cansada —continúa Emery—. A veces se pone gruñona después de días agotadores. El tipo no debería haber agarrado su silla, pero no lo hizo...

—¿Diga? —dice una voz al otro lado de la línea.

—Por fin, maldición —gruño, poniéndome de pie.

Emery me sigue con la mirada. Frunce el ceño. —¿Quién es? —forma las palabras sin sonido.

La ignoro. —Ya pasé por suficientes pruebas. Es un perro de servicio, no una bomba nuclear. Corta el rollo y dime por qué esto no está terminado todavía.

El hombre balbucea—: Señor... tenemos que seguir un proceso. Es para asegurarnos de que el perro está legalmente reconocido como animal de servicio. Puedo ponerlo en contacto con mi gerente o con alguien del departamento comercial si tiene preguntas concretas sobre...

—De hecho, tengo una pregunta concreta —interrumpo—. ¿Tuviste que introducirte quirúrgicamente la cabeza tan adentro del culo o naciste así?

Emery jadea. —¡Adrik!

El hombre al otro lado del teléfono tartamudea y balbucea, inseguro de qué hacer. Así que continúo.

—Mi hija fue abordada por un hombre que la agarró de la silla de ruedas en un restaurante. La agarró de la silla y la movió, y quiero saber cuánto tiempo más tengo que esperar para que llegue este animal.

—Siguiendo el calendario habitual, debería ser en un par de semanas —dice—. Señor, le diré que parece que está disgustado. Como debe ser. Pero nuestros animales no son perros guardianes. No son animales de ataque. Están adiestrados para responder a emergencias médicas y ayudar a sus dueños en las tareas cotidianas.

—Precisamente. Tareas diarias como ahuyentar a los cabrones que no saben mantener las manos quietas.

—Bueno, no estoy seguro de que eso sea…

De repente, Emery me coge el teléfono y me lo aparta de la oreja. —¿Qué estás haciendo? Lo estás arruinando todo.

—No, estoy arreglando todo —replico.

—¿Deshaciendo todo el trabajo duro que hicimos al pasar por esas entrevistas? —sisea—. No nos darán un perro si llamas y agredes verbalmente a sus empleados. Cuelga.

—No hasta que me den lo que quiero.

—¡Cuelga! —enuncia con claridad. —Maldición.

—Señor —dice el empleado, con voz temblorosa—. Lo siento, pero... tengo que... colgar ahora. Lo siento.

La línea se corta. Tiro mi teléfono contra las almohadas, disgustado. —Hijo de puta.

—¡Tenía todo el derecho a colgarte! —grita Emery—. ¿Qué demonios ha sido eso? Pensé que íbamos a seguir los protocolos y hacer esto de la manera correcta.

—No hago las cosas de la *manera correcta* —ladro. —No me atengo a protocolos ni sigo "el horario habitual". Consigo lo que quiero cuando quiero. Y no tengo que rendir cuentas a nadie. Y menos a ti.

Se acerca a mí, más preocupada que asustada. —¿Es por lo que pasó en la comida? Porque ese tipo de cosas pasa todo el tiempo con Isabella. No deberías dejar que te moleste.

Alarga la mano para agarrarme del brazo, pero me la quito de encima.

—Lo que me molesta es que estoy pagando una puta fortuna por un perro que todavía no tengo. ¿Y por qué es así? Porque me rogaste que te siguiera el juego.

—¿Así que esto es culpa mía?

—No. Eso te da demasiado crédito. Es mía —digo—. Porque pensé que, si te dejaba ganar esta mierda intrascendente, serías más agradable. Pero has sido un incordio desde que apareciste por aquí. Es hora de que aprendas cómo funcionan las cosas de verdad.

Frunce el ceño y se coloca el pelo rubio detrás de las orejas. —Dejaste bastante claro cómo funcionan las cosas cuando me encerraste en mi habitación durante dos días y me separaste de mi hija.

—Parece que no. Te dije que esperaras en la mesa hoy, pero ¿qué hiciste?

—He ido para que no montes una escena —responde ella.

—Y dejaste que tu hija fuera maltratada por un camarero —aplaudo sarcásticamente—. Bravo. Madre del año.

Ella entrecierra los ojos. —No fue culpa mía.

—No habría pasado si me escucharas. Así que adelante: dime de quién no es la culpa.

—¿De qué va esto realmente? —pregunta—. ¿Se trata de lo que le pasó a Isabella o se trata de Malcolm?

—Maldición —me burlo—, de verdad que no sabes escuchar. Quizá debería devolverte a Malcolm. Me ahorraría un dolor de cabeza de puta madre.

Se ruboriza, pero se reafirma y me mira a los ojos. —No, no se trata de esto. Se trata de otra cosa. ¿Es... Sofía?

Me pongo rígido de inmediato. —No lo hagas.

—¿Qué no haga qué? —pregunta ella—. Solo hago una pregunta.

—Y te advierto que no la hagas.

—Malcolm sabe lo que le pasó. Parece que por fin debería estar al tanto. Soy tu prometida, después de todo.

—Mi *falsa* prometida —le recuerdo con frialdad—. Mi prometida *temporal*. Y, a cambio, te llevas una buena recompensa. No te debo nada más. Y menos respuestas.

He terminado con esta conversación. Con toda esta mierda.

—Mantente fuera de mi camino hasta la boda. Tengo demasiado que hacer como para preocuparme por lo que tramas.

Me giro hacia la puerta, pero entonces siento la pequeña mano de Emery alrededor de mi muñeca. —Por favor, Adrik. Solo háblame.

No podría retenerme, aunque quisiera, pero el hecho de que lo intentara es suficiente. Le suelto la mano de un tirón y giro hacia ella, empujándola contra la cama.

—¿Quieres saber qué le pasó a Sofía?

Inhala bruscamente y su garganta se agita nerviosa. Me mira a la cara. La conozco lo suficiente como para saber que intenta decidir hasta dónde puede empujarme.

Intenta decidir si debe contenerse o cruzar la línea una vez más.

Pero estoy cansado de que me ponga a prueba.

—Entonces, sigue preguntando —siseo—. Sigue insistiendo y descubrirás exactamente qué le pasó a Sofía. Pero, a menos que quieras que Isabella acabe huérfana, no te lo recomiendo.

Su cara se pone perfectamente blanca. Como si hubiera visto un monstruo.

Lo ha hecho, en todos los sentidos.

EMERY

—Esta cosa es como una segunda piel. ¿Realmente necesita sastrería?

La costurera que Julia ha enviado hoy en su lugar hace caso omiso de mi pregunta y sigue cociendo el encaje ya de por sí ceñido a mi cintura. A diferencia de su jefa, esta mujer no es muy habladora. Casi me hace echar de menos a Julia. Si no otra cosa, era entretenida.

Suspiro y me miro en el espejo.

El vestido es precioso. Eso es innegable. Los tejidos son extravagantes y delicados. El encaje perfectamente colocado y el satén color piel apenas me cubren los pezones, y la mitad inferior es tan transparente que ni siquiera puedo llevar ropa interior o "estropearía la visión de la diseñadora", según la costurera.

La visión de la diseñadora, al parecer, es dejarme tan expuesta como sea humanamente posible. Que fue sin duda la visión de Adrik en primer lugar.

Pero, para un hombre que quiere verme tanto, se ha hecho de rogar. No he visto ni oído nada de él desde ayer después de nuestro almuerzo.

Sigue insistiendo y descubrirás exactamente qué le pasó a Sofía.

La respuesta a lo que le ocurrió a su última prometida está ahí, en la amenaza, pero no me atrevo a creerlo. Adrik es muchas cosas, incluso podría ser un asesino. Pero ha cuidado de Isabella y de mí. Incluso cuando estaba claro que no quería hacerlo.

No puedo imaginarlo matando a una mujer con la que estaba comprometido.

Dicho esto, puedo imaginarlo mintiendo sobre matarla para que me calle. De hecho, eso suena exactamente como algo que él haría.

—¿Has trabajado antes con el Sr. Tasarov? —le pregunto a la mujer arrodillada frente a mí.

Tararea lo que supongo que es un "sí", aunque es difícil saberlo porque tiene la boca llena de alfileres.

—Estuvo prometido antes —le digo lo más despreocupadamente que puedo—. ¿Trabajaste en el vestido de su anterior prometida?

Solo puedo ver la parte superior de la cabeza morena de la mujer, pero ella se estremece

notablemente.

—Eso es un “sí”, ¿eh?

Me mira con los ojos muy abiertos y se quita los alfileres de entre los dientes. —Desde luego que no. No sé nada y me ordenaron no hablar con usted. Ahora, por favor, cállese y déjeme hacer mi trabajo.

Parpadeo. —¿Te dijo que no me hablaras?

—No, una criada —dice—. Pero me dijo que él le dijo a *todo el mundo* que no hable con usted —la mujer reanuda su trabajo, haciendo todo lo posible por fingir que no existo.

—¿Todo el mundo en esta puta casa sabe lo que le pasó a Sofía excepto yo? —grito.

La costurera se sobresalta y maldice en voz baja. —Mierda. Se... se ha roto. Maldita sea, me hizo romperlo. ¡Maldita sea!

Se levanta y se aleja de mí antes de volver a mirar los daños. Hace una mueca de dolor y maldice de nuevo.

—Julia me matará —gimotea—. Su marido me matará.

—No es mi marido.

—Y nunca lo será si no puedo arreglar su vestido —se hunde en otra ola de desesperación.

Miro hacia abajo, donde estaba trabajando en mi cintura, y veo el trozo suelto de encaje que cuelga sobre el hueso de mi cadera. Es una tira de encaje con un desgarrón de medio centímetro.

—¿Por eso estás tan preocupada? No es casi nada.

—El vestido en sí es casi nada, lo que hace que ese rasgón lo sea todo —responde con amargura —. Julia lo verá a la legua. Tengo que... tengo que arreglarlo.

Saca el teléfono como si fuera a llamar a alguien, pero cambia de idea y lo deja caer en el reposapiés.

—Mierda. Yo... volveré. Necesito algo de la furgoneta —se gira hacia la puerta, duda, y luego sigue adelante.

Ahora que estoy sola, me siento ridícula delante de un espejo de tres pliegues con un vestido tan extravagante. Pero no puedo relajarme con él. Puede que el material sea endeble, pero aprieta. Si me doblo, la pobre costurera podría tener que arreglar más de un desgarrón microscópico.

Así que divido la diferencia y me alejo del espejo. Puede que no sea capaz de correr gritando como me gustaría, pero ya he visto suficiente de mi propio reflejo por un día.

Un reloj hace tictac en la esquina. Mi propia respiración es el único ruido. El silencio es extrañamente inquietante, y no sé muy bien por qué, pero me encuentro silbando, tarareando sílabas sin sentido en voz baja. Tal vez para alejar todos los pensamientos que se agolpan en mi mente para atacarme.

Entonces me doy cuenta.

De repente, me doy la vuelta y veo el teléfono de la mujer en el reposapiés. No tengo mi teléfono desde antes de que Adrik me encerrara en mi habitación. Estoy completamente aislada, separada del mundo y de todas las vías de información.

Y ahora, justo delante de mí... un salvavidas.

Con cuidado de no estropear el vestido, me apresuro a coger el teléfono.

—Por favor, que no esté bloqueado, por favor, que no esté bloqueado —susurro mientras pulso el botón de inicio.

Gloriosamente, la pantalla se despliega sin una sola solicitud de introducir un código de acceso o una huella dactilar.

—Gracias a Dios.

El fondo es el logotipo de la empresa de diseño de Julia, así que supongo que es el teléfono del trabajo de la mujer. En cualquier caso, tiene acceso a Internet. Abro rápidamente un navegador y escribo un término de búsqueda.

Muere Sofía, la prometida de Adrik Tasarov

Es genérico, pero el primer resultado es una noticia de una emisora local, fechada seis años antes. Hago clic para abrirla y doy saltitos mientras la página se carga con demasiada lentitud.

—Vamos, vamos, vamos —murmuro, mirando hacia la puerta cada medio segundo y escuchando pasos en el pasillo.

Por fin, ya está.

Sofia Volandri, hija de Marco Volandri, Director General de Volandri Enterprises, falleció en un accidente de tráfico la madrugada del martes. Ninguna otra persona resultó herida.

Representantes del departamento de policía confirmaron que Sofía murió a consecuencia de sus heridas.

“El coche circulaba a gran velocidad, pero en este momento no tenemos motivos para sospechar que las drogas o el alcohol tuvieran algo que ver en el accidente”, dijo el sheriff Boynton. “La Sra. Volandri chocó con una barrera de cemento justo después de la medianoche del martes y falleció casi instantáneamente. Enviamos nuestras condolencias a su familia y a su prometido”.

Salgo del artículo y hago clic en el siguiente enlace. Este es de una revista más pequeña, de unos meses más tarde.

Paso de los primeros párrafos y voy al grano.

“La muerte de Sofía Volandri se calificó de accidente, pero no sé cómo alguien podría saberlo”, dijo Valerie, la amiga más cercana de la Sra. Volandri. “No hubo investigación. La policía cerró el caso a los pocos días. He intentado averiguar si hubo un informe toxicológico o una autopsia, pero no encuentro nada”.

Valerie (apellido suprimido a petición suya) también dijo que Sofía era una conductora

prudente.

“La mayoría de la gente va cinco por encima del límite de velocidad. Sofía iba cinco por debajo”, dijo Valerie. “Saben que chocó con la barrera yendo al menos veinte por encima. Y quiero saber por qué”.

—Yo también —susurro. Salgo de la historia y hago clic en el tercer enlace.

Este artículo es más de lo mismo, repitiendo la historia oficial y señalando algunas incoherencias, pero es el primero que menciona a Adrik por su nombre.

Adrik Tasarov, prometido de la fallecida, no quiso hacer comentarios.

—Concuerda con el personaje.

Sigo con el teléfono en la mano cuando oigo a la costurera caminando por el pasillo. Su respiración es tan agitada que cualquiera pensaría que ha corrido una maratón en vez de salir por el pasillo y llegar a la entrada.

Pero agradezco el ruido. Me da tiempo a dejar su teléfono donde lo dejó.

Ella nunca sabrá nada.

Pero ahora, yo por fin lo sé.



EN CUANTO ME arreglan el desgarro y me hacen la prueba, me quitan el vestido como si lo hubiera robado. Luego traen a Isabella.

Me sonríe y señala algo envuelto en plástico transparente, enganchado al respaldo de su silla. —¡Adrik también me compró un vestido blanco, mamá! Soy la niña de las flores.

La ayudo a ponerse el vestido. Está diseñado exactamente igual que el vestido morado que se puso ayer para comer. La falda es grande y esponjosa, el sueño de cualquier niña, pero la espalda es lisa para que le siente bien y quepa dentro de la silla de ruedas.

Como antes, aprieto los dientes y finjo que esto no dice nada de Adrik. Su preocupación por la comodidad de mi hija no tiene sentido.

—Solo tengo que hacer unos pequeños ajustes —dice la costurera mientras examina a Isabella con ojo avizor—. No me llevará más que diez o quince minutos.

Isabella asiente y tararea la melodía, ensimismada. Me quedo mirando cómo levanta y suelta una y otra vez el dobladillo de su vestido de niña de las flores.

Ni siquiera parece que esté haciendo nada.

Finalmente, después de verla enhebrar una aguja y dejarla a un lado por segunda vez, siento demasiada curiosidad como para resistirme.

—¿Va todo bien? —suelto—. ¿Con el vestido, quiero decir?

La mujer me mira con los ojos muy abiertos. —¿Ah? Sí. Sí. Todo está bien.

—Vale. Es que... aún no has hecho nada.

—¡Sí que he hecho! —insiste la costurera—. Solo estoy comprobando puntadas. Es un proceso tedioso. Tenga paciencia.

Mira preocupada a Isabella y luego a mí y se me hace un nudo en el estómago. Llámalo intuición materna, instinto visceral o lo que sea, pero de repente sé que pasa algo.

—¿Sabes qué? —suelto de pronto, agarrando la silla de Isabella y tirando de ella hacia atrás—. Nos vamos. No estoy segura de a qué juego estás jugando, pero no me quedaré para averiguarlo.

—¡Espera, no! —grita la mujer—. Por favor, quédate. Lo siento.

—¿Perdón por qué?

Suspira. —Me... me dijeron que te distrajera hasta que...

—¿Hasta qué? —gruño.

La puerta detrás de mí se abre. —Hasta que pudiera aparecer.

Reconozco de inmediato la voz de Adrik, pero eso no impide que el corazón se me suba a la garganta. De hecho, saber que es él solo me pone más nerviosa.

Entonces me doy la vuelta y veo lo que tiene en los brazos.

Isabella hace lo mismo. Jadea al mismo tiempo que yo. —¡Mi perrito!

—Quería que fuera una sorpresa —explica Adrik mientras mi hija chilla de alegría—. Lo he recogido esta mañana. Es todo tuyo.

Isabella se acerca mientras Adrik pone al perro sobre sus patas. El perro mueve la cola, pero espera pacientemente en su sitio hasta que Isabella le da una palmadita en la rodilla. Solo entonces se abalanza sobre ella y la lame hasta que suelta una risita.

Isabella acurruca su cara contra el hocico peludo del perro. —Es perfecto.

Me arrodillo a su lado y acaricio la suave cabeza del cachorro. Apoya la cabeza en la palma de mi mano y levanta una de sus gruesas patas de cachorro para tumbarse en el regazo de Isabella.

—Creo que ya le gustas —le digo.

Le pone la mano sobre la pata. —Yo también lo quiero.

Se me estruja el corazón. Todas esas noches sentada a su lado en la mesa, ayudándola a recortar fotos de perros de revistas y a pensar en nombres. Todas las veces que me suplicó que le comprara un perro y tuve que romperle el corazón una y otra vez. Todos esos momentos parecen tan lejanos.

Porque ahora tiene algo que siempre quiso. Algo que nunca habría podido hacer por mi cuenta.

Y tengo que agradecérselo al hombre que está arruinando mi vida.

Sigue junto a la puerta, observando cómo Isabella y el perro se conocen. Me levanto y me acerco a él.

—Hey, um... gracias por esto.

—Ya me lo has agradecido —dice con frialdad.

—Lo sé. Pero te lo agradezco otra vez —me paso una mano por el pelo y suspiro—. Se supone que esta es una conversación agradable.

—No estoy seguro de que nosotros tengamos de esas.

—Históricamente, no —admito—. Pero quizá, como es la víspera de nuestra boda... —me encojo de hombros—. ¿Podríamos darle una oportunidad al placer? ¿Solo esta vez?

Los ojos de Adrik están más azules que de costumbre. Probablemente porque su camisa de manga larga es azul real. Resalta el color de sus ojos. Pero hay algo más, también...

Me mira y, por primera vez, me permito albergar la esperanza de que las cosas puedan ser agradables entre nosotros. Que tal vez este matrimonio, dure lo que dure, pueda ser amistoso, como él dijo.

Y creo ver esa misma esperanza en sus ojos.

Inspira como si estuviera a punto de decir algo, pero entonces la costurera cruza la habitación para ponerse a nuestro lado.

Me molesta la intrusión, pero me vuelvo hacia ella con una sonrisa cortés. —Gracias por tu trabajo de hoy. Y siento haber roto el vestido. Y por acusarte de... bueno, por lo de la rareza. Gracias por ayudar con la sorpresa.

Su cara está pálida, y sus labios rojos resaltan aún más sobre su piel blanca. —No, lo siento —dice.

Frunzo el ceño. —¿Por qué?

—Esto —le tiende su teléfono a Adrik—. Dejé mi teléfono aquí antes cuando corrí a la camioneta. Acabo de mirarlo y... bueno...

Inhalo bruscamente.

Perra.

Veo en cámara lenta cómo Adrik le quita el teléfono a la mujer y estudia la pantalla.

Veo cómo el azul sereno de sus ojos se vuelve gris y tormentoso.

Mientras la sensual plenitud de sus labios se aplana en líneas duras y furiosas.

Cuando levanta la vista y me mira, desaparece cualquier rastro del hombre amable que encarga vestidos especiales para niñas discapacitadas o se toma la molestia de conseguir un perro de servicio.

En su lugar está el jefe Bratva.

Es amenazador y violento, y quiero alejarme de él y esconderme.

De hecho, intento hacer exactamente eso. Pero él lo ve venir antes de que el impulso se forme por completo en mi cabeza. Me agarra el brazo con fuerza y le devuelve el teléfono a la mujer.

—Quédate con la chica —ordena a la temblorosa mujer—. Necesito hablar con mi prometida.

Entonces, antes de que se me ocurra ningún tipo de argumento o excusa, Adrik me empuja al pasillo.

La puerta se cierra con un golpe seco. Parece como si Isabella estuviera a un millón de kilómetros de distancia.

Respiro hondo. —Escucha, Adrik, yo solo...

—Lo sé todo —me corta—. Todos los que entran en esta casa me son leales. No puedes ni limpiarte la nariz sin que una de mis criadas sepa cuántos putos pañuelos usaste.

—Ya lo sé —replico—. Pero no me diste otra opción. Les dijiste a todos en la casa que no me hablaran.

—Porque no te has ganado el derecho a la información.

Toda la esperanza que sentí al otro lado de la puerta de la habitación se hace en polvo. Era la fantasía de una mujer desesperada. Ahora la fría y dura realidad de dos metros y medio de altura está frente a mí, y cada célula de su interior vibra con la evidente verdad: Adrik Tasarov y yo nunca estaremos en paz.

Mi cara se endurece. —¿Información como que tu última prometida terminó untada en una pared de cemento?

Los ojos de Adrik se entrecierran. —Exactamente eso.

—¿Debería esperar un accidente similar, ahora que he descubierto la verdad?

Hago todo lo que puedo para igualar su energía, para no retroceder, pero me tiemblan las manos. Adrik tiene el control aquí. Todo el poder. Todos los recursos.

Si quisiera untarme a lo largo de un tramo desolado de autopista, podría hacerlo. Y nadie más que Isabella haría preguntas.

Se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en mi hija llorando sobre mi tumba, pero las reprimo rápidamente.

—No —dice Adrik, sacude la cabeza y da un paso adelante—. No, yo no te haría eso, *kiska*. Tu destino va a ser mucho, mucho peor.

EMERY

La estilista lleva dos horas pinchándome, tirándome y cepillándome el pelo y la piel, y ya he tenido bastante.

Sería más indulgente si al menos me hablara. Si respondiera a algunas de mis preguntas sobre los ruidos de golpes que escucho abajo. Sobre las voces flotando por los conductos de ventilación.

Pero no. Nada. Cero.

—Podríamos perdernos la ceremonia si no terminas pronto —digo en un pobre intento de broma.

La severa mujer se limita a estirar con más fuerza sus labios manchados de vino y a rozarme las mejillas. No se molesta en responder.

Aparte de las criadas que me traen la comida, no he visto a nadie desde que Adrik me sacó ayer al pasillo. Probablemente debería estar agradecida de que no me haya "llevado de paseo". O, si hay que creerle, sería afortunada de acabar como Sofía.

Tu destino va a ser mucho, mucho peor.

—No puedo creer que esto esté pasando de verdad —me susurro a mí misma—. No puedo creer que accedí a esto.

Miro a la estilista. No estoy segura de cuánto sabe ella, ni nadie más, sobre mi "acuerdo" con Adrik. Quizá se supone que es un secreto.

Por otra parte, si Adrik va por ahí diciéndole a la gente que no me hable, no pueden pensar realmente que esto es un encuentro amoroso. ¿Verdad?

—Si me acobardo, ¿crees que podrías sacarme de aquí rodando en uno de tus estuches de maquillaje? —pregunto con una risa entrecortada—. Desde luego son lo bastante grandes como para que quepa un cuerpo.

En lugar de responder, la mujer cuyo nombre ni siquiera sé da un paso atrás, inclina la cabeza hacia un lado mientras me estudia y luego asiente una vez. —Hecho.

Tiene un acento marcado. De Europa del Este, al parecer. —¿Hablas español? —le pregunto.

De nuevo, no responde. Se da la vuelta y sale por la puerta, dejándome sola. —Señora rara —murmuro.

Me levanto de la silla del salón y el aire frío me recorre la espalda. Llevo tanto tiempo sentada que casi olvido lo que llevaba puesto. Pero ahora se me pone la piel de gallina y es imposible olvidarlo.

No puedo creer que un sacerdote vaya a verme en lo que equivale a lencería. Eso tiene que ser un pecado, ¿verdad?

Aliso la parte delantera del vestido, presionando el material contra mi piel, y finalmente me giro para mirar mi reflejo en el espejo.

En cuanto me veo, me paralizo.

En la prueba del vestido con Julia, me sentí como una niña pequeña jugando a un escandaloso juego de disfraces. No pude imaginar cómo podría estar más que ridícula con el vestido.

Pero ahora, con el pelo y el maquillaje...

Se abre la puerta detrás de mí. Me doy vuelta, esperando que sea la estilista. En cambio, es Adrik.

Y va vestido con un impecable esmoquin azul noche.

Durante unos segundos, sin darme cuenta, dejo de respirar. Mi cuerpo no puede hacer otra cosa que absorberlo. La forma en que el esmoquin resalta el color de sus ojos y juega con los matices dorados de su piel. La forma en que enmarca sus anchos hombros y recorta su cintura. Sus piernas, fuertes y musculosas, se tensan contra los pantalones perfectamente entallados.

Es guapísimo.

Cuando vuelvo a acercarme lentamente a su cara, veo un destello de emoción en su rostro mientras me asimila. Lujuria, tal vez. O satisfacción.

Pero entonces desaparece, fuera lo que fuese, y avanza hacia mí con una gran caja blanca extendida en sus manos.

—Esto es para ti —dice.

Me vuelvo hacia el espejo y me concentro en mi propio aspecto. Es más fácil hablar con él si no lo estoy mirando.

Excepto que yo también estoy aturdida al verme a mí misma.

Nunca me había visto así. Empapada en encaje y diamantes, con el pelo alisado hasta adquirir un brillo dorado, la piel pulida y perfeccionada. Dejo caer los ojos al suelo.

—¿Qué es? —pregunto.

—Esa es la gracia de un regalo —dice—. Es una sorpresa hasta que lo abres.

—¿Me has traído un regalo? —Miro por encima del hombro. Adrik sigue siendo una figura impresionante. Pero es más fácil mantener la cordura si no lo miro directamente.

—No te emociones demasiado. Es más por mí que por ti.

—Creí que *todo* esto era para ti —resoplo, extiendo los brazos para señalar el vestido.

—Exacto —abre la tapa, la deja caer al suelo, y revela un manojo de seda blanca metido dentro de la caja—. Hoy es para mí. El vestido es para mí. Sobre todo, *tú* eres para mí, y solo para mí.

Me pica la curiosidad. Me acerco y suelto el material. Cae al suelo y se encharca a mis pies.

—¿Otro vestido? —pregunto, desconcertada.

—Una capa —corrige Adrik—. Hoy cambié de opinión sobre tu aspecto. Ningún hombre pasará esta boda fantaseando sobre lo que es mío.

—*Quién* es tuya —digo, pasando los dedos por la seda. Luego sacudo la cabeza, consternada por la parte que me pareció necesario corregir—. Aunque, para que quede claro, yo no soy tuya.

—Dilo tantas veces como quieras, *kiska*. Eso no impedirá que sea verdad.

Antes de que pueda responder, Adrik me quita la capa de seda de las manos y me la pone sobre los hombros. El cuello se sujeta firmemente con un broche de cristal.

Inmediatamente, me siento mucho más cubierta.

Adrik me hace girar hacia el espejo. No me quita las manos de los hombros, solo me mira fijamente en el reflejo.

Con él de pie tras mi hombro, no puedo evitar pensar en la última vez que estuvimos así. En la forma en que sus brazos se enroscaron alrededor de mi cuerpo. La forma en que sus dedos se deslizaron dentro de mí.

Siento que mi piel se ruboriza, y de golpe estoy acalorada, incluso con el escaso vestido.

—Espero que hoy hagas tu papel —retumba.

Asiento. —Lo sé.

—Si me molestas, no tengo ningún problema en quitarte la capa y dejarte ahí de pie para que te vea todo el mundo.

Frunzo el ceño. —Pero pensé que no querías que todo el mundo viera...

—Lo que es mío —termina bruscamente—. Si te comportas, si haces lo que te pido, entonces eres mía. Ese fue nuestro trato. Siempre protegeré lo que es mío. Recuérdalo.

Luego, tan rápido como apareció, Adrik se da la vuelta y se va.



MEDIA HORA MÁS TARDE, Adrik está de pie al final de un pasillo largo y estrecho. Y yo camino hacia él.

El salón de baile donde nos conocimos se transformó en una capilla para bodas.

Un escenario bajo se asienta frente a amplios ventanales que dan al terreno. El día está nublado y

gris, pero el sol brilla blanco entre las nubes, empapando de luz natural el improvisado salón de bodas.

A ambos lados del pasillo se han colocado sillas plegables blancas de madera en hileras ordenadas. La mayoría de los asientos están ocupados por hombres y miembros del personal de Adrik. Veo a su padre sentado en una silla de ruedas a la derecha, pero estoy tan nerviosa que no puedo fijarme en ningún rostro en particular.

Por una vez, es más fácil centrarse en Adrik.

Se mantiene erguido y orgulloso frente a mí. La facilidad con la que se desenvuelve me ayuda a calmarme.

Cuando pongo un pie delante del otro y me acerco al escenario, veo por fin a Isabella sentada a la izquierda. Lleva el pelo oscuro rizado y recogido en un complicado moño. Las pequeñas perlas entrelazadas hacen que parezca que lleva un halo de estrellas.

Me sonríe y prácticamente rebota en su silla. Travis, el perro de servicio, se sienta a su lado con una pajarita negra alrededor del cuello y su larga cola ondeando alegremente detrás de él.

Por un segundo, puedo convencerme de que esto es real.

Somos una familia feliz.

Este es mi "felices para siempre".

Quizá si lo digo lo suficiente, empiece a parecerme verdad. Aprovecho la falsa energía y esbozo una sonrisa.

Cuando vuelvo a mirar a Adrik, su oscura ceja se arquea divertida. Pero sé lo que dice. Lo que está pensando.

Buena chica.

Entonces, demasiado pronto, estoy allí. En el altar de la boda falsa de mis pesadillas.

Adrik toma mi mano entre las suyas, pero no se parece en nada al cálido tacto de un amante. Se parece más al cierre de hierro de unas esposas.

La ceremonia se celebra en ruso. El sacerdote, un hombre mayor con barba canosa que le cuelga sobre el pecho, lleva una túnica blanca y dorada de respaldo alto sobre sus ropas negras. Unos puños de tela blanca y dorada a juego cubren cada uno de sus brazos desde la muñeca hasta el codo.

Cuando Adrik se inclina, yo me inclino. Cuando dice algo, murmuro algo parecido en voz baja.

No es para nada como imaginé que sería mi boda. Pero, de nuevo, nada de esto es como me lo imaginaba, así que, en ese sentido, me parece normal.

El cura se detiene un par de veces para toser en el codo, pero, por lo demás, la ceremonia transcurre sin contratiempos, por lo que veo.

Cuando intercambiamos los anillos, Adrik coloca un gran diamante en mi dedo y luego arrastra las yemas de sus dedos por mi piel tan lentamente que siento que voy a arder en el altar.

Deslizo el anillo en su dedo lo más rápido que puedo y miro hacia otro lado para que no vea lo mucho que me sonrojo.

Entonces, el cura vuelve a darse la vuelta. Tose un par de veces más, pero, en lugar de aliviarse, el ataque se intensifica. Se dobla sobre sí mismo, resollando.

Estoy a punto de ir a ver si está bien cuando se vuelve con dos coronas en las manos. —Ya casi termina —me susurra Adrik al oído mientras el sacerdote deposita la corona sobre mi cabeza.

Coloca una segunda corona en la mano de Adrik y nos entregan sendas copas de vino tinto.

—¿Pensaron que necesitaría estar borracha para hacer esto? —susurro.

Adrik me lanza una mirada de advertencia, pero no me pierdo la chispa de diversión que hay en ella. —Solo te tomas tres tragos.

De nuevo, sigo el ejemplo de Adrik, bebiendo cuando él bebe. Uno, dos, tres. El vino sabe rico y dulce en mi lengua.

El sacerdote retira las copas y luego nos conducen en círculo mientras el sacerdote recita algún tipo de bendición sobre nosotros.

—Uno —dice Adrik en voz baja mientras hacemos un círculo completo.

El cura tose, pero no aminora la marcha y nos conduce por segunda vez.

—Dos —dice Adrik de nuevo mientras hacemos nuestro segundo circuito completo.

El cura tose con violencia. Me doy cuenta de que Adrik está molesto y le lanza miradas desagradables.

Pero ya casi terminamos. Casi casados.

Santo cielo.

El último círculo parece durar una pequeña eternidad ahora que comprendo.

Unos pasos más y... ya está. Seré la señora de Adrik Tasarov.

Para bien o para mal, mientras ambos vivamos.

Me recorre un escalofrío y Adrik me mira. Hago lo que puedo por mantener la cabeza alta. Por hacer mi papel.

—Tres —dice Adrik cuando el sacerdote nos guía por tercera vez y se coloca frente a nosotros.

La cara del cura es más oscura de lo que recuerdo, más bien púrpura. Sonríe pero parece tenso. Dice algo en ruso que hasta yo entiendo qué significa—: Puedes besar a la novia.

Adrik se vuelve hacia mí. Me rodea la cintura con un brazo, me rodea la mandíbula con una mano y aprieta los labios contra los míos.

La siguiente parte no requiere mucha actuación.

El calor estalla en mi pecho. Instintivamente, le agarro la cara y le devuelvo el beso, acercándome y deslizando la lengua por sus labios carnosos.

A lo lejos, oigo aplausos y al cura tosiendo de nuevo, pero todo es ruido de fondo, ahogado por el palpitar de mi corazón. Por la necesidad de seguir besando a Adrik.

Porque, cuando hacemos *esto*, todo está bien. Todo cuadra. Todo tiene sentido.

Entonces la multitud jadea.

Adrik me rodea la cintura con el brazo. Rompe el beso, pero me estrecha contra él, con todo el cuerpo tenso.

No estoy segura de lo que pasa... hasta que miro al cura.

Tose, pero esta vez el ataque no parece tener fin. Una y otra vez tose, hasta que puedo ver motas de sangre que manchan la manga de su impecable túnica blanca.

—¡Dios mío! —alargo la mano para ayudar al hombre, pero Adrik me tira hacia atrás—. Necesita ayuda. ¿Qué está...?

Adrik sacude la cabeza y empieza a ladrar órdenes en ruso.

Veo que Stefan sube corriendo al altar y agarra a Isabella. Travis trota tras ellos a paso ligero, sortea el caos de los invitados a la boda, que también intentan averiguar qué está pasando.

Los hombres de Adrik rodean el escenario, acercándose a nosotros hasta que no puedo ver a nadie más.

—¿Qué está pasando? —pregunto. El miedo se apodera de mí con dedos helados.

Antes de la ceremonia, tenía miedo de estar casada con Adrik. Ahora, me aferro a él como si mi vida dependiera de ello.

Al otro lado del altar, el sacerdote golpea el suelo y cae de bruces sobre la alfombra.

Ha dejado de toser, pero la sangre le mancha y le gotea por la comisura de los labios.

—Adrik, ¿qué es...?

—Veneno —dice, acercándome a su lado y bajándonos del escenario. Sus hombres mantienen su círculo protector a nuestro alrededor mientras nos movemos.

Parpadeo. —¿Qué significa eso? ¿Qué pasa? ¿Alguien... alguien mató al cura?

Gruñe un sí.

—Pero... ¿por qué?

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

—Me siento... confusa —suelto—. Asustada. No sé, estoy...

—¿Caliente? ¿Fría? —pregunta—. ¿Te aprieta la garganta? ¿Te duele el estómago?

—Espera, ¿estás diciendo... —jadeo—. ¿Fui envenenada?

El brazo de Adrik vuelve a apretarme hasta casi aplastarme contra él. Pero no me importa. Es lo único que me mantiene en pie.

—Aún no lo sé. Pero vamos a averiguarlo.

ADRIK

—Metan a Isabella en mi bañera —ladro a dos de las criadas que están de pie, estupefactas—. Frótenla, vacíen el agua y vuelvan a hacerlo. Y tráiganle algo de beber.

Mi dormitorio se convirtió en una estación de triaje. Normalmente, me atrincheraría en mi despacho después de algo así, pero ahora tengo que pensar en Isabella y Emery.

Tienen que ser inspeccionadas y limpiadas a fondo. Mis hombres tienen que barrer el resto de la casa, incluidas sus habitaciones, en busca de cualquier tipo de brecha en nuestra seguridad.

Además, las quiero a las dos cerca. Para vigilarlas mejor.

Emery me adelanta hacia el baño, pero la tomo del brazo. —No. Tú también necesitas que te revisen.

—Necesito estar con Isabella —argumenta.

—Ya se están ocupando de ella. Déjame cuidar de ti.

Me mira dispuesta a discutir, pero se detiene. Veo cómo se le escapa la lucha.

—¿Qué pasa, Adrik? —gimotea.

La volteo bruscamente y le bajo la cremallera oculta que recorre su costado derecho. —¿Me estás diciendo que no es así como te imaginabas tu luna de miel?

Se estremece sin reír. —Esto no es como imaginé ningún momento de mi vida, nunca. Esto es... Es como una película. Una película de terror.

No es exactamente un día normal para mí, pero no es de los peores que he tenido. Decido no decírselo a Emery todavía. Ya está al borde del colapso.

—¿Por qué tengo que quitarme el vestido? —pregunta—. ¿Así envenenaron al cura? ¿Su ropa?

Sacudo la cabeza. —Poco probable. Probablemente fue administrado oralmente de alguna manera.

Se pone rígida. Su rostro se vuelve blanco como el fantasma. —El vino.

—Si el vino estuviera envenenado, ambos lo sabríamos ya. Solo tengo que asegurarme de que no hay un agente químico en nuestra ropa o la piel en cualquier lugar.

También es una pena. Emery tiene un aspecto increíble.

El vestido iba a ser el centro de atención. Pero la mujer es una tentación en unos simples vaqueros y una camiseta. En lencería glorificada, no hay competencia.

Pero no esperaba quedar tan asombrado por todo lo demás. Cada pequeño y sutil detalle.

El brillo de los diamantes en sus orejas.

El brillo de sus ojos tras el velo.

Durante toda la ceremonia, imaginé lo que sentiría al enredar mi mano en su pelo dorado. Tener sus labios rosados apretados contra los míos.

Aparto las imágenes de mi mente y me centro en la tarea que tengo entre manos.

Vivir es más importante que follar en este momento.

Estoy a punto de sacarle el brazo de la manga de encaje cuando entra una ráfaga de doncellas, cumpliendo mis órdenes para Isabella. Emery cruza los brazos para no ser vista.

—¿Tímida? —observo—. Eso no es propio de ti.

Ni siquiera contesta antes de que la empuje hacia la puerta que hay al otro lado de mi habitación. La atravesamos y entramos en otra habitación.

—Este baño no está ocupado. Podemos ducharnos aquí.

Emery se pone rígida. —¿Ducharnos? ¿Tú y yo?

—¿Conoces otro significado de la palabra?

Vuelvo a intentar coger el vestido y ella retrocede. —Puedo desvestirme sola.

—Por supuesto —me quito la chaqueta y empiezo a desabrocharme la camisa.

Emery me observa durante unos segundos, sin moverse. Apenas respira, por lo que veo. Luego se da la vuelta y saca los brazos de las mangas de encaje.

Cuando el vestido resbala por su cuerpo y se encharca en el suelo, no hay nada más que la cubra. Está completamente desnuda.

Y estoy completamente duro.

Emery se da la vuelta y se da cuenta. Sería difícil no hacerlo.

—¿Necesitamos duchas separadas, o puedes comportarte? —intenta aparentar calma, pero puedo ver lo nerviosa que está por la última media hora. No la culpo. Lleva tiempo aprender a bailar cerca de la muerte y no sucumbir al miedo.

—Mantendré las distancias —prometo—. A menos que decidas no mantener la tuya.

En lugar de contestar, se acerca a la ducha y abre el grifo. Mientras esperamos a que se caliente, Emery se acerca al espejo. Gira la cara de un lado a otro para ver su reflejo.

—Tengo que quitar todo esto —dice—. Ni siquiera estoy segura de por qué me molesté en peinarme y maquillarme.

Me coloco detrás suyo y empiezo a arrancar alfileres. —Porque parecías un puto ángel.

Me mira en el espejo y luego aparta la mirada, con las mejillas sonrojadas. —Tú también tienes buen aspecto. O... tenías...

Sonrío. —¿En presente o pasado?

Ella pone los ojos en blanco. —Sabes que todavía te ves bien, bastardo engreído.

—El matrimonio me sienta, supongo.

Exhala bruscamente. —*Matrimonio*. Jesús. ¿Estamos realmente casados? Quiero decir, el sacerdote como que se perdió allí al final.

—Estamos casados —digo con desgana.

—¿Estás seguro? —pregunta.

—Muy.

No estoy seguro de si eso la hace sentir mejor o peor, pero ha empezado a salir vapor en espiral de la ducha. Cojo su mano entre las mías y tiro de ella para que entre.

—Las damas primero —digo.

—Creía que eran los imbéciles los que iban primero —replica ella.

Me río entre dientes. —Haré una excepción en este caso.

Entramos, yo detrás de ella. El agua está caliente. El vapor empaña los espejos.

Emery se lanza al agua. El agua le cae por los hombros y entre los pechos. Echa la cabeza hacia atrás y se pasa los dedos por la larga melena rubia mientras los riachuelos se le encharcan en el hueco de la clavícula.

Estoy tan duro que es doloroso.

Quiero levantarla y apretar su espalda contra las frías baldosas. Quiero que sus piernas me rodeen mientras me entierro dentro de ella. *Mi esposa*.

Nunca había tenido una de esas. Dudo que cambie nada, pero no me importaría averiguar hasta qué punto es cierto o no.

Pero reprimo mi deseo. Habrá tiempo de sobra para follar cuando estemos seguros de que no nos han envenenado y el responsable esté muerto.

—Tu turno —dice, saliendo del agua para hacerme sitio.

Avanzo y vuelvo la cara hacia la corriente. El agua brota sobre mis oídos, mis ojos cerrados y me enjuaga la boca.

Entonces, siento una mano pequeña y cálida que se desliza por mi espalda.

Miro detrás de mí. Emery me mira la piel y se niega a mirarme a los ojos. Tiene un chorro de jabón en la palma de la mano y me está enjabonando.

—Suelo bañarme solo —le digo, imitando su tono de antes.

Me pasa la mano enjabonada por la espalda. —Me sorprende. Eres la Srta. Independiente y no necesitas a ningún hombre.

Me doy la vuelta, aprieto su barbilla contra la mía y la miro fijamente a los ojos, a ese tajo rojo que es su boca, al fino hilo de rímel que cae en cascada por sus mejillas.

—Pero necesito algunas cosas —digo con voz ronca.

Emery se estremece, pero no se separa durante una respiración imposiblemente larga.

Nuestros pechos suben y bajan sincronizados. El simple contacto de mis dedos en su mandíbula es lo más erótico que he sentido nunca.

Entonces, con un parpadeo, se rompe. Dejo caer la mano. Emery vuelve a ocuparse de enjabonarme, manteniéndolo todo por encima de la cintura. Muy casto, muy profesional.

Cuando termina, vuelvo a meterme en el agua y dejo que me limpie el cuerpo de jabón. Luego la rodeo para echarme jabón en la palma de la mano.

—Tu turno —murmuro.

Vuelve a estremecerse cuando la toco. Lo hago con suavidad, despacio, metódicamente. Mis dedos rozan sus costillas, bajan por su espalda, rodean sus caderas. Masajeo la tensión de su cuello y subo serpenteando por las raíces de su pelo.

—Suelo odiar que me laven el pelo en la peluquería —murmura mientras mis pulgares pasan en suaves círculos por su cuero cabelludo.

—¿Y ahora?

Ella sonríe. —Es... agradable.

Hay algo sensual en tener mis manos enterradas en su pelo. Que se entregue a mí, que cierre los ojos y me confíe su cuerpo.

Le aclaro el pelo, peinando con los dedos las gruesas hebras doradas hasta que el agua sale limpia.

Luego la giro para que vuelva a mirarme. El hambre en mi pecho es un doloroso latido. La polla me duele el doble. Está empapada, con el pelo pegado a la cara y al cuello como un velo.

Un *puto ángel* la llamé. Y lo decía en serio.

Supongo que eso me convierte en un demonio.

La hago retroceder hasta que choca con la pared de azulejos. Jadea suavemente por el frío repentino, pero entonces aprieto mi cuerpo contra el suyo. Sus ojos bailan ante los míos. Tentativos, sí, pero bajo ellos veo un hambre como el que me consume a mí.

—Sería tan fácil deslizarme dentro de ti ahora mismo —susurro.

Ella traga saliva. —No puedes tomarme cuando te plazca, sabes.

—Puedo tomar lo que quiera, *kiska*. Y, si quiero follarme a mi mujer en mi noche de bodas, también puedo hacerlo.

Mi polla se retuerce, prácticamente rogándome que ceda. Encontrar mi alivio dentro de ella, duro y rápido.

Se echa hacia atrás, con las cejas fruncidas. —No es una verdadera noche de bodas.

—No le digas eso al cura —le digo—. Puede que no le guste saber que casi muere por nada.

—Solo quiero decir... —se desliza ligeramente por mi cuerpo y me aprieta contra su entrada. Un empujón es todo lo que necesitaría y estaría enterrado en ella—. No importa. No sé lo que quiero decir.

Se muerde el labio. Si lo dijera, esas dos palabritas: *Te deseo*, caería en la tentación y la penetraría hasta la inconsciencia. La penetraría hasta sacarle el último gemido. La penetraría hasta que me diera todo de ella.

Pero no lo dice.

Y, a pesar de lo que dije, a pesar de saber que podría tomarlo si quisiera... no lo hago.

Retrocedo y salgo de la ducha. Sigue ahí dentro cuando me visto y salgo.

~

—¿ERA el medio de un ataque realmente el momento para un rapidito? —pregunta Stefan tan pronto como entro en el pasillo.

—No te enfades porque no tienes con quién follar —le digo, pasando junto a él por el pasillo. Rápidamente se pone en fila detrás de mí—. Y nos estábamos duchando. Solo duchándonos. Tú también deberías hacerlo.

—Ya lo hice —dice—. Estaba solo, así que lo hice más rápido.

—¿Entonces asumo que tuviste tiempo de ponerte al día?

Asiente. —El cura está en el hospital. Estaba vivo cuando salió de aquí, pero estamos esperando más información de los médicos.

—¿Alguien más está enfermo?

—Todavía no —dice.

—Bien. Llama a Toma Orlov y que venga. Quiero que eche un vistazo a Isabella y Emery para estar seguros.

—Es un médico Bratva, no un venenólogo —dice Stefan—. Se ocupa más de heridas de bala y huesos rotos, ¿no?

Saco la llave y abro mi despacho. Tras el ataque, fue una de las primeras habitaciones registradas. Cuando entro, todo está exactamente como lo dejé, así que sé que es seguro.

—Lo contraté porque es el mejor. Y quiero que el mejor cuide de mi mujer y mi hija.

Stefan levanta las manos en señal de rendición. —De acuerdo. Lo que quieras.

—Así está mejor. ¿Revisaron sus habitaciones? —pregunto—. Quiero que revisen e inspeccionen todo lo que hay allí. Nada de cámaras, micrófonos o trampas que no hayamos puesto nosotros.

—Ya está hecho —dice Stefan—. Esas habitaciones eran las segundas en la lista después de tu oficina.

—Compruébalas de nuevo.

Ya he dedicado mucho tiempo y recursos valiosos a asegurarme de que Emery e Isabella estén a salvo, pero no me parece suficiente. Nada lo parece.

Cuando Emery y yo nos estábamos besando y oí al cura caer al suelo, lo primero que pensé no fue en mí ni en mi Bratva, sino en ellas.

En mi mujer.

En mi hija.

Supe de inmediato que nos estaban atacando, y lo único que quería era ponerlas fuera de peligro lo antes posible.

¿Es eso lo que significa ser marido? Cuando el sacerdote colocó la corona sobre mi cabeza, ¿me dio también la carga de preocuparme demasiado por estos otros dos humanos?

¿Es eso una bendición?

¿Es una maldición?

A la mierda si sé alguna de las respuestas.

Stefan saca su teléfono. —Claro, jefe, lo que quiera, pero no creo que encontremos nada. El sacerdote probablemente fue atacado fuera del complejo, pues...

—Pues es uno de los únicos sacerdotes rusos de la zona —termino—. Los Volandris debieron enterarse de que nos casábamos, y supusieron que el reverendo Belyaev iba a celebrar la ceremonia. Era más fácil llegar a él que a mí o a Emery.

—¿Así que envenenaron al cura para impedir tu boda? —murmura Stefan—. ¿Por qué?

Me dejo caer en la silla y me reclino hacia atrás. —Malcolm Waters sabe de algún modo que mi padre está enfermo. Quizá también sepa lo de la estipulación del matrimonio. Podría ser un intento de impedir que me convierta en Jefe.

—Dijiste que Malcolm quería que le devolvieras a Emery, ¿verdad? —pregunta Stefan—. Tal vez él no quiere que te cases con ella.

—Es mucho trabajo por un poco de celos.

—Lo es —Stefan asiente y se muerde la comisura del labio. Me doy cuenta de que se está guardando algo.

—¿Qué? —pregunto.

Sacude la cabeza. —Nada.

—No me enfadaré. Solo dilo.

Arquea una ceja. —Ya estás enfadado —pero, cuando lo fulmino con la mirada, esperando, suspira—. Está bien. Es solo que... ¿has considerado que quizá tu esposa fuera parte de este complot?

—Ten cuidado con lo que dices a continuación, *sobrat*.

—Solo digo, ¿no es posible que sea una espía que busca obtener información o exponer vulnerabilidades? La sorprendiste con el día de la boda. Quizá esto fue lo mejor que pudo hacer con tan poca antelación. Eso tendría más sentido que muchas de nuestras otras ideas.

—No me quedaré sentado por tonterías sobre teorías conspirativas, Stefan —gruño. Me levanto del escritorio y me pongo de pie—. Organiza un vuelo a... maldición, no lo sé. A algún lugar tropical. Quiero un alquiler privado. Aislado.

—De acuerdo. ¿Para qué?

—Mi luna de miel, obviamente.

Stefan abre mucho los ojos. —Nos acaban de atacar, ¿y quieres irte de luna de miel? ¿Con la persona que puede, probablemente no, pero puede haber orquestado el ataque?

—Quiero llevármela a miles de kilómetros y beber y follar y tener conversaciones profundas y románticas.

Stefan me mira como si estuviera loco antes de que finalmente haga clic. —Oh. Vas a interrogarla.

—Ahora lo entiendes —sonrío—. Haz los arreglos.

EMERY

Me inclino sobre el pasillo para ver cómo está Isabella. Nunca estuvo en un avión, ni en vacaciones de ningún tipo, y me preocupa que las últimas veinticuatro horas hayan sido una locura para ella.

Pero cuando me asomo, está sorbiendo un granizado de uva con una pajita larga y viendo una película en la pantalla empotrada en la pared de paneles de madera.

—No puedo creer que haya granizados en este avión —murmuro, dejándome caer de nuevo en mi asiento.

—Cuestan centavos —dice Adrik—. No es exactamente un artículo de lujo —está reclinado hacia atrás con los tobillos cruzados, con un aspecto fresco sin esfuerzo incluso cuando está relajado.

—Vale, entonces no puedo creer que tengas un avión privado.

—Probablemente debería deshacerme de él —comenta Adrik—. Los aviones privados dan más problemas de lo que valen.

—Entonces ¿por qué usamos uno ahora?

Suspira. —Porque nos acaban de atacar. ¿Recuerdas?

Adrik habla de lo que pasó en nuestra boda tan a la ligera. Aún no llegué a ese punto. Incluso sabiendo que el cura sigue técnicamente vivo, no deja de revolvérseme el estómago cuando pienso en él tumbado boca abajo, en un charco de su propia sangre.

En ese momento, la escena era demasiado impactante como para pensar en otra cosa.

Y entonces nos fuimos directamente a la ducha, a hacer las maletas y a correr hacia el aeropuerto. No hubo mucho tiempo para procesar y pensar en lo que realmente ocurrió.

Pero ahora...

—¿Te pasa a menudo? —pregunto tan despreocupadamente como puedo—. Que te ataquen, quiero decir.

Su voz es seca como el desierto. —Bueno, una vez me apuñalaron con un abrecartas...

Le doy un codazo. —Ya sabes lo que quiero decir. Tienes enemigos. Hombres armados que trabajan para ti. Nuestra boda fue interrumpida porque envenenaron al cura. Nada de eso es normal.

—Deberías ampliar tu definición de “normal”.

—¿Así que eso es normal, entonces? ¿Debo acostumbrarme a ataques aleatorios y no provocados como si viviera en una película de James Bond?

Suspira y me mira por encima del teléfono que tiene en la mano. —Si estás preocupada por tu seguridad o la de Isabella, no lo estés. Haré lo que tenga que hacer para mantenerlas a salvo a las dos.

—Eso no es lo que he preguntado.

Rápidamente, pone su asiento en posición vertical y se vuelve hacia mí. —Entonces, ¿qué estás preguntando, *kiska*?

La pregunta está ahí, en el fondo de mi mente, desde la noche en que estuve por primera vez en su salón de baile, mirando a los dioses y diosas míticos pintados sobre nuestras cabezas.

—He oído a la gente decir que estás... conectado —digo en voz baja, demasiado avergonzada para entrar de lleno en la conversación.

—Se queda corto, ¿verdad?

Trago saliva. —Malcolm era senador y muy querido y respetado, pero ambos sabemos que no es un buen hombre. Que las cosas parezcan respetables desde fuera no significa nada.

—Las apariencias engañan.

—Exactamente —digo—. Pero tú no eres como Malcolm.

Resopla. —¿Crees que soy un buen hombre?

—No. Diablos, no. O, bueno... no clásicamente, no. Eres dulce con Isabella y leal, pero eso no significa mucho. Y tienes grandes eventos de caridad y políticos en tu casa, pero... no eres como ellos. Eres... peligroso.

Se inclina más cerca, su voz es un susurro tentador en mi oído. —¿Qué tan peligroso soy, Emery?

La respuesta obvia: increíblemente peligroso.

Ni siquiera me está tocando, y siento que estoy a punto de arder.

Así de peligroso es. Suficiente para hacerme perder el sentido.

Pero no esta vez. Enderezo la columna. —¿Eres...? —me aclaro la garganta y reformulo—. Eres el líder de una... ¿mafia?

—¿Es una pregunta o una afirmación? —pregunta.

Lo miro fijamente, intentando encontrar algún indicio de la respuesta en su cara, pero no hay

nada. ¿Cómo puede hacer eso? ¿Ser frío como una piedra mientras me hace sentir fundida?

—Las dos cosas —admito.

Por un segundo, Adrik parece casi decepcionado. Luego se deja caer en su asiento y mira al techo, aburrido. —No, no lo soy.

—¿No qué? —pregunto.

—No soy el líder de una mafia.

No me dice la verdad. Al menos no toda. Me siento como si estuviera sentada frente a una puerta con un juego de ganzúas. Los bombines suenan, pero no encajan. No todavía.

Suspiro y me dejo caer en la silla. —Bien. Sé críptico.

Se ríe —Te di una respuesta directa.

—No conoces el significado de la frase —replico—. Contigo siempre hay gato encerrado. Por cada palabra que dices, hay diez que no dices.

—¿Y eso te molesta?

—¡Claro que sí! —me quejo—. Estamos casados, se supone, y apenas sé nada de ti.

—Tienes que dar un poco para conseguir un poco, Emery.

Cuando miro hacia él, me está mirando fijamente. El deseo que estuvo a punto de apoderarse de mí en la ducha está de vuelta, enroscándose en mi vientre.

Aprieto los muslos para contenerlo. —Eres repugnante.

Adrik suelta otra carcajada. —Vaya, vaya, *moya zhena*, estamos treinta mil pies en el aire, y sin embargo tu mente está todavía en la cuneta. No todo se trata de sexo, ya sabes.

—Eso me parece irónico, viniendo de ti —murmuro. Tengo la cara enrojecida.

Se ríe de nuevo. —Vamos a jugar a un juego. Pregunta por pregunta.

Trago saliva y me enderezo en el asiento. —Vale. Así que estás en la...

—Ah, ah —me señala con el dedo—. Ya preguntaste. Es mi turno.

—Si hubiera sabido que jugaríamos un juego, habría hecho otra pregunta.

—Demasiado tarde. Mi turno —dice—. ¿Por qué renunciaste a tu herencia?

—¿Eso es lo que quieres saber?

—¿Esperabas que esto fuera un juego de verdad o reto? —con voz aguda y femenina, dice—: *Emery, ¿te gusta Adrik?*

—Eres un imbécil.

—Me han llamado cosas mucho peores —sonríe y me da una suave patada en el tobillo—. Vamos. Deja de dar rodeos y responde a la pregunta. Quiero saber por qué abandonarías una

fortuna y pasarías tu vida dependiendo de escoria como Malcolm Waters.

—No me gusta hablar de eso —murmuro—. Pregúntame otra cosa. Te diré si me gustas.

—Claro que te gusto. Tienes ojos. Y un coño que se moja en cuanto entro en la habitación. Ahora contesta.

Casi me atraganto con un sorbo de agua. Tardo varios segundos en recuperar la compostura. Adrik me observa todo el tiempo, sin pestañear, inmóvil.

—¿Y bien?

Gruño. —No tuve muchas opciones. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir.

—La mayoría de la gente diría que heredar millones hace bastante fácil sobrevivir.

—No cuando tienes que fingir ser otra persona para conseguirlo.

Cruzo las manos sobre el regazo, con los dedos rodeándose nerviosos. —Estoy segura de que mucha gente probablemente me llamaría estúpida por irme. Quiero decir... no me fue muy bien una vez que me fui. Pero no podía quedarme allí.

—¿Por qué no?

Quizá sea mi imaginación, pero Adrik casi suena genuinamente interesado. —Porque a mi padre le importaba más su imagen pública y la reputación de la familia que yo.

—Ahora mira quién está siendo críptica —reprende—. ¿Qué pasó?

Podría decírselo. No es que me avergüence de mi historia. Ya no.

Esa es en parte la razón por la que dejé a mi familia en primer lugar: para poder ser honesta sobre quién soy.

Pero la confianza lleva tiempo, y Adrik no se ganó toda la verdad de mí.

—"*Tienes que dar un poco para conseguir un poco*" —me burlo. Extiendo la mano y muevo los dedos—. Entonces, ¿estás listo para dar más respuestas, o...?

Vuelve a reclinar el asiento y se cruza de brazos. —Supongo que me vuelvo a dormir.

Me quedo mirándolo unos segundos, observando cómo aletean sus largas pestañas mientras intenta dormir. Es demasiado guapo. Un hombre tan complejo y complicado como Adrik no debería ser tan universalmente atractivo. Es confuso.

Justo cuando estoy a punto de apartar la mirada, gira la cabeza y me pilla mirando.

Espero una sonrisa burlona, una puya, algún cumplido indirecto. Lo normal en Adrik Tasarov.

Pero su sonrisa se desvanece y me mira con una intensidad perceptiva de la que solo he visto destellos. Como si me abriera la piel, los nervios y los músculos, y rozara con un dedo mi corazón desnudo y palpitante.

—¿Te arrepientes? —pregunta de repente.

Por alguna razón, mi corazón se aprieta. —¿De qué?

—De renunciar a tu dinero.

—¿Por qué iba a arrepentirme?

—Si lo hubieras guardado, probablemente no estarías aquí ahora.

No estoy segura de si es su forma de argumentar a favor o en contra de que me deshiciera de mi herencia. Pero no importa. Ya sé la respuesta.

Porque, a pesar de Malcolm Waters y el caos de la boda... A pesar de toda la confusión y el dolor...

A pesar de los juegos y las exquisitas torturas, y las lágrimas y la rabia y las huelgas de hambre y el aislamiento forzoso...

Tengo la respuesta honesta en la punta de la lengua.

—No —susurro—. No me arrepiento. Lo volvería a hacer hoy si pudiera.

El rostro de Adrik es plano y carente de emoción. Me observa un segundo más.

Luego, se echa hacia atrás y cierra los ojos.



ATERRIZAMOS en una pista privada en el rincón más alejado de una isla remota. Mientras el avión desciende, me quedo mirando por la ventanilla, segura de que nos vamos a estrellar. —No hay casas —digo, nerviosa—. Ni gente. ¿No debería haber coches o algo? Este lugar está desierto.

Adrik no me contesta ni una sola vez. Sigue sin ayudarme cuando despegamos en lo que parece ser un campo de tierra.

—¿Sabe siquiera el control aéreo que estamos aquí? —pregunto mientras caminamos hacia el hangar de chapa—. ¿Esto es legal? ¿Es tuya esta isla?

En cambio, responde pacientemente a las preguntas de Isabella, que van desde si puede tomar otro granizado para el viaje hasta cuándo podrá nadar.

—¿Quieres nadar? —pregunta Adrik mientras abre un coche negro poco llamativo que han dejado cerca de la pista de aterrizaje. Las llaves están dentro del portavasos.

Isabella sorbe los restos de su tercer granizado y asiente. —En el océano. Nunca he estado en el océano.

Se vuelve hacia Isabella. —Hay una piscina en la casa.

—Pero yo quiero bañarme en el mar —protesta.

Le doy un codazo. —Oye. Estaremos aquí un rato. Seguro que habrá tiempo de sobra para nadar en el océano. Quizá esta noche...

—Nademos en el océano —Adrik me corta—. Tenemos que pasar por la casa e instalarnos, pero quedan unas horas hasta la puesta de sol. Tiempo de sobra para llegar a la playa.

Isabella aplaude con otro largo sorbo de su pajita, y yo sigo a Adrik hasta el otro lado del coche.

—Isabella nunca ha nadado en el mar —le siseo.

—Hm, sí, ella mencionó eso —abre la puerta y pulsa un botón que activa la puerta de Isabella. Una pequeña silla elevadora se desliza para que ella se suba.

Ni siquiera vale la pena preguntarle a Adrik de dónde sacó tiempo para conseguir un coche accesible a sillas de ruedas en esta isla desierta. A estas alturas, no me sorprendería saber que es Batman.

—No estoy segura de que sea seguro. Y su silla de ruedas no puede atravesar la arena. Tal vez sería mejor si nosotros...

Se vuelve hacia mí de repente y me agarra la cara. Sus dedos me pellizcan suavemente las mejillas hasta que se me cierra la boca. —Para, Emery. Deja de preocuparte. Deja de pensar. Déjame hacer cosas.

Para variar, no es cruel ni duro. Es una reprimenda suave. Casi tierna.

De todos modos, le aparto la mano de un manotazo. —No me preocupo, solo...

—Te preocupas —rodea el coche y sujeta a Isabella sin esfuerzo, como si ya lo hubiera hecho miles de veces. Cierra la puerta y me mira por encima del techo—. ¿Qué tal si confías en mí e intentas disfrutar por una vez?

¿Confiar en él? Imposible.

Sin embargo, la parte de relajarse se hace mucho más fácil cuando veo dónde nos alojaremos.

Adrik conduce por un largo camino lleno de baches, rodeado de palmeras y espesa maleza tropical. Empiezo a preguntarme si esto no habrá sido un elaborado plan para dejarnos a Isabella y a mí en medio de la nada cuando, de repente, el follaje se abre.

Y veo el paraíso.

La casa es baja y elegante, construida con madera clara y enormes planos de cristal.

Si no se mira con atención, casi podría fundirse con el entorno.

Aparcamos y salimos. Dentro, el suelo es de baldosas naturales rugosas que calientan mis pies descalzos. Las paredes son amarillas como el sol y azules como el océano.

—Los dormitorios están por allí —Adrik señala un estrecho pasillo. Luego señala la sala de estar hundida que da a una amplia terraza y al brillante océano. —Este es el salón. Y la cocina está...

—Que se pudra la cocina —digo, acercándome al cristal y apretando las manos contra él—. Dijiste que tendríamos tiempo para ir a la playa esta noche. No mencionaste que la playa está justo ahí.

Oigo una risita detrás de mí. —Se me debe haber olvidado.

—¡Quiero ir a nadar! —grita Isabella, tan emocionada que su silla de ruedas se tambalea peligrosamente de un lado a otro.

—Tenemos que deshacer las maletas y encontrar nuestros trajes de baño —miro por la ventana hacia el horizonte. —Y el sol ya está empezando a ponerse. ¿Por qué no esperamos a mañana y lo intentamos entonces?

Isabella saca el labio inferior y se vuelve hacia Adrik. —Pero dijiste que podíamos nadar esta noche. Quiero nadar esta noche. ¿Por favor?

—Hay tiempo de sobra —dice Adrik con una sonrisa sorprendentemente fácil—. Ahora estamos de vacaciones.

Sacudo la cabeza. —Todos estamos cansados del viaje. Creo que sería bueno que nos quedáramos en casa y...

—¡No! —grita Isabella—. Mamá, por favor. Se vuelve hacia Adrik—. ¿Por favor?

Adrik asiente. —Como desee, princesa.

Lo fulmino con la mirada. —No estoy segura de que sea una buena idea.

—Por suerte para los dos, yo estoy seguro de que sí —dice—. Vámonos.

Los ojos de Isabella se abren de par en par. —¿Ahora? ¿No necesito mi traje de baño?

Adrik se encoge de hombros. —La ropa se seca.

Le tiende las manos a Isabella, ofreciéndose a levantarla, y ella levanta los brazos todo lo que puede para dejarlo.

—Espera —digo, ya arrastrándome tras ellos mientras Adrik la lleva a través de la cubierta—. Necesita cambiarse. ¡Y su chaleco salvavidas!

Me preocupo constantemente por Isabella. Es parte de mi trabajo como madre, un dolor interminable en mi pecho.

Pero, en el agua, el miedo cobra vida propia.

La mayoría de los padres pueden enviar a sus hijos a clases de natación e intentar mitigar el miedo, pero Isabella no sabe nadar. Nunca sabrá nadar. Incluso con el chaleco salvavidas puesto, que es más bien un flotador que rodea su cuello y apenas le mantiene la barbilla fuera del agua, podría volcar y ahogarse porque no tiene la capacidad de enderezarse.

Quiero decir todo esto mientras Adrik lleva a mi hija hacia el océano, pero no quiero aterrorizar a Isabella.

—La estoy sujetando —dice Adrik mientras me apresuro a seguirle el paso—. Estará bien.

—Estaré bien, mamá —repite Isabella.

Adrik se quita los zapatos y camina por la arena blanca hacia las olas.

—Solo... solo espera —grito. Ya tengo arena entre los dedos de los pies y en la pernera del

pantalón de alguna manera—. Por favor, espera... ¡mierda!

Pierdo el equilibrio y caigo de culo sobre la arena mojada. *Bien hecho, Em.*

Adrik acelera y avanza por la orilla hacia las olas de zafiro. Isabella chilla en sus brazos de alegría desbocada.

Mientras tanto, el corazón se me sale del pecho.

Yo tomo las decisiones con Isabella. Desde el primer día, he sido yo quien ha tomado las decisiones, quien las ha llevado a cabo, sin tener ni un segundo para relajarme o dejar que otra persona se haga cargo.

Pero ahora, Adrik se está haciendo cargo. Y odio cada segundo.

Consigo ponerme en pie, pero, cuando alzo la vista, él ya se ha metido en el oleaje.

El agua es bastante tranquila a lo largo de la orilla, pero, no muy lejos, se agita.

Corro tras ellos, pero no llego a tiempo. Adrik ya está con el agua por las rodillas y luego por la cintura.

—¡Sujétala! —grito, aterrorizada.

El agua está fría contra mis pies, pero me aclimato rápidamente a la temperatura. Sin embargo, los vaqueros me dificultan el movimiento. El agua empapa los vaqueros y empieza a tirar de la cintura hacia las caderas. Necesito las dos manos para mantenerme en pie. No sé cómo hace Adrik para sujetar a Isabella sin que el mar la desnude.

—¡Sujétala! —vuelvo a gritar mientras él empieza a bajarla al agua, acunándole la nuca con una mano enorme—. No sabe nadar. No puede...

Entonces, Isabella echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

Y me congelo.

En su silla, no puede inclinar mucho la cabeza hacia atrás. El reposacabezas le sirve de apoyo. Pero ahora echa la cabeza hacia atrás. Mira al cielo y sonríe.

Y Adrik sonríe con ella.

—¡Algo me ha rozado la pierna! —grita, todavía encantada.

—Probablemente solo un tiburón —se burla Adrik—. O un calamar gigante.

Isabella suelta una risita y me mira. —¡No dejes que te coja el calamar, mamá! Date prisa. Nada para que Adrik pueda salvarnos.

Mi corazón sigue latiendo con fuerza en mi pecho. El miedo y la preocupación amenazan con destruir este pequeño y hermoso momento.

Pero me lo trago. Respiro hondo, me deslizo unos centímetros más en el agua y le devuelvo la sonrisa.

—Puedo salvarme sola, muchas gracias —corto dramáticamente el agua con la mano, fingiendo

luchar contra una criatura invisible.

—¡Tú puedes! —Isabella se ríe.

Forcejeo con la criatura de mentira y me sumerjo bajo el agua para volver a emerger mucho más cerca de donde están Adrik e Isabella. Me quito el agua de los ojos, probablemente manchándome de maquillaje, pero de repente no me importa.

Mi hija, mi preciosa niña, suelta una risita y echa de nuevo la cabeza hacia atrás, riéndose tanto que apenas puede respirar.

Adrik me mira a los ojos. Tranquilo e imperturbable. *Deja de preocuparte. Déjame hacer las cosas.*

Así que lo hago. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Y, por primera vez en horas, o días, o tal vez incluso años, mi miedo se desvanece, tan inalcanzable como el horizonte.

ADRIK

Aunque no estuviéramos solos en la villa, reconocería el sonido de los pasos ligeros de Emery.

Levanto mi vaso mientras ella baja al salón. —¿Whisky?

—No, gracias —dice ella. Se acomoda en el profundo sofá en forma de L—. No bebo.

—Cierto. Lo dijiste la noche en que nos conocimos.

La miro. Lleva un pantalón corto de pijama de seda con una camiseta de tirantes a juego. Los tirantes son finos, y unos delicados faldones de encaje recorren la parte superior de sus muslos y sus pechos.

—Que me jodan —murmuro.

Frunce el ceño. —¿Qué?

—Quizá debería dejar de beber. Si estuviera sobrio, me habría guardado ese comentario para mí —digo—. Pero, si estuviera más borracho, ni siquiera estaríamos perdiendo el tiempo hablando ahora mismo. No sé qué prefiero.

—Y por eso no bebo —ríe entre dientes—. Me gusta controlarme. Tanto como puedo.

—Siempre tengo el control. Así que bebo todo lo que quiero —alzo mi vaso en un brindis y luego bebo un sorbo—. Pero, si no puedo prepararte un trago, deja que te traiga otra cosa.

—¿Eh? —parpadea confundida.

Recojo la caja que hice preparar a una de las criadas antes de salir de la mansión y la pongo sobre la mesita. —Esto.

Emery me mira, con ojos cautelosos pero curiosos. —¿Qué es?

—Ábrelo y descúbrelo —digo bruscamente—. ¿No sabes cómo funcionan los regalos?

—No recibo muchos regalos —admite.

—Entonces, tendré que cambiar eso. A partir de ahora —le hago señas para que se acerque de nuevo a la caja y, finalmente, alarga la mano y levanta la tapa.

—Oh —jadea. Una sonrisa se dibuja lentamente en su cara—. ¿Es... es nuestro pastel de bodas?

El nivel superior de la tarta está envuelto en plástico y perfectamente vertical en el centro de la caja de cartón. Las camareras hicieron un buen trabajo asegurándolo para el vuelo. Aparte de unos pocos lugares donde el plástico presionó demasiado firmemente en el glaseado, se ve perfecto. Una novia y un novio en miniatura se inclinan hacia un lado.

—La única parte de la boda que merece la pena salvar —murmuro.

—La mejor parte —asiente Emery con un movimiento de cabeza.

Retira con cuidado el envoltorio de plástico. Se mancha un poco de glaseado el dedo y se lo lame. Lo veo en cámara lenta. El arrastre de sus labios rosados sobre su delicado dedo, sus ojos cerrados.

—Dios mío, está tan bueno —gime.

Alargo la mano y deslizo un dedo por el glaseado para saborear por mí mismo.

Se ríe al verlo. —Adrik Tasarov es goloso. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro.

Emery coge uno de los tenedores que metí dentro de la caja y corta un bocado. El bizcocho es blanco y suave, con una esponjosa capa de glaseado entre las capas. Hay motas negras de auténticas vainas de vainilla esparcidas por todo el bizcocho. Huele dulce y rico y se me hace la boca agua.

Pero no solo por la tarta.

Sino por lo que siento al verla disfrutar.

Emery gime mientras mastica y traga. —Puta mierda. ¿Puedes enamorarte de una tarta? Porque creo que se ganó mi corazón.

Rodeo la mesa de café y me siento a su lado en el sofá. Su muslo desnudo roza mi pierna, cálido y suave. Renuncio a los cubiertos, cojo un trozo con los dedos y se lo tiendo.

—Abre la boca —le digo en voz baja.

Se lame los labios antes de separarlos. Acerco el bocado. Sus ojos se cierran y el pastel casi roza sus labios...

—En realidad, antes tengo una pregunta —digo, retirando el pastel rápidamente.

Emery parpadea, un poco aturdida —de acuerdo.

—¿Dónde está el padre de Isabella?

Se echa hacia atrás. —¿Qué... qué te hizo pensar en eso?

—Responde a la pregunta.

—¿Me estás torturando? —la cautela vuelve a sus ojos—. ¿Me tientas con pastel y luego intentas sonsacarme información incómoda?

—¿Incómoda para quién?

—Para mí, para empezar —dice—. No me gusta hablar del hombre que... el padre de Isabella. Si es que se le puede llamar así. Él no vale la pena ni como pensamiento.

—Entonces, hagamos esto rápido. Dime dónde está.

Una pequeña arruga se forma entre sus cejas. —No puedo.

—¿Por qué no? —me quejo—. Ahora soy tu marido. Merezco saber si...

—Porque no sé dónde está —dice—. No sé dónde está desde hace mucho, mucho tiempo. Créeme, no está en su vida. No tienes nada de qué preocuparte.

—No me preocupa.

—Cierto, lo olvidé. Tú no te preocupas —pone los ojos en blanco—. Eres el Sr. Siempre en Control.

El ambiente está cambiando y no me gusta. Era tan sencillo, tan natural coexistir con ella en esta cómoda tregua que encontramos tras el caos de la boda. Como si por fin hubiéramos encontrado el ritmo de nuestro baile.

Más allá de eso, me facilitó obtener de ella las respuestas que quería. —Eso te convierte en la Sra. Siempre en Control, ¿no?

No puede evitar sonreír. —Supongo que sí.

Dejo la tarta a un lado, ignorando el pequeño gruñido de protesta de Emery, y la acerco más a mí. Mi rodilla se desliza entre sus cálidas piernas, que se abren más para dejar espacio. Sus ojos verdes pasan de los míos a mis labios y viceversa.

Puede que no esté bebiendo, pero tiene las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Y desde luego no tiene control sobre sí misma. Ni siquiera un poco.

—Parte de tener siempre el control significa entender quién quiere quitarme las riendas —digo en voz baja—. Pero no comparto y no juego bien con los demás.

—No hay nadie con quien compartir —susurra Emery—. Nunca hubo nadie más.

A mi lado posesivo le gusta oír eso. Especialmente de los labios de Emery. No quiero que haya nadie más. Nunca.

Es mía y solo mía.

—Buena chica —respiro—. Y, si eso es realmente cierto, debería adoptar a Isabella.

Los ojos de Emery se abren de par en par. —¿Qué? ¿Estás... quieres decir eso?

—Te dije que cuidaría de las dos, y mi nombre es un escudo. La protegerá incluso cuando yo no esté.

Lentamente, la mano de Emery se desliza desde su pierna hasta la mía, cruzando el pequeño espacio que nos separa. Dibuja un círculo sobre mi piel. Sus ojos permanecen fijos entre nosotros, como si no se atreviera a mirarme.

—Te preocupas por ella, ¿verdad?

Quizá en algún momento de un pasado no tan lejano lo habría negado. O inventado otra excusa.

Pero quiero la verdad de Emery, lo que significa que tengo que darle la verdad a cambio. Parte de ella, al menos. Y este es un bocado fácil de dar.

—Es una chica dulce. Inocente. Quiero protegerla de toda la oscuridad del mundo.

—Solo tiene seis años. No estoy segura de cuánta oscuridad hay para ella todavía.

—Te sorprenderías —digo entre dientes apretados—. Mi hermano no era mucho mayor que ella cuando... bueno, cuando la oscuridad lo encontró.

—¿Qué pasó? —sus ojos se levantan hacia los míos, y me doy cuenta de lo cerca que estamos. Solo unos centímetros nos separan.

Sacudo la cabeza. —No es mi historia. La cuestión es que no pude salvarlo. No a tiempo. Es el único momento de mi vida en el que fracasé de verdad. Lo único de lo que me arrepiento.

—Estoy segura de que hiciste todo lo que pudiste.

Todas las señales que me perdí, todos los cambios en Yasha... se reproducen en mi mente como una película que no puedo controlar. En retrospectiva, no entiendo cómo no me di cuenta.

—Lo intenté. Pero, una vez que la oscuridad te toca... nada puede deshacerlo. No pude proteger a mi hermano. Pero haré todo lo que esté en mi poder para salvar a Isabella. No cometeré el mismo error dos veces.

Emery me lleva la mano a la cara, arrastrándola por la barba incipiente de mi mandíbula. Su pulgar me roza la barbilla. —Siempre estás cuidando de la gente, Adrik. Pero ¿quién cuida de ti?

Antes de que pueda responder, Emery acorta la distancia que nos separa. Sus labios rozan los míos. Al principio suavemente, luego cada vez más atrevidos.

Me pasa la lengua por el labio inferior y me rodea el cuello con las manos, arrastrándome más cerca. La agarro por las caderas y la subo a mi regazo, acomodándome en los cojines para que se siente a horcajadas sobre mí.

Siento su sonrisa contra mis labios. —Me prometieron pastel.

—Y soy un hombre de palabra —la rodeo y cojo un pellizco de tarta del plato que tenemos al lado.

Se lo acerco a los labios y ella los cierra alrededor de mis dedos, chupándolos hasta dejarlos limpios. En la comisura de los labios le queda un puntito de glaseado. Tiro de su cabeza hacia mí para poder lamérselo.

Emery se ríe y su sonrisa se acentúa. Arrastra el dedo por el glaseado y se lo extiende por el cuello y el pecho. Cuando vuelve a mirarme, hay un desafío en sus ojos.

—Aquí está tu porción —bromea.

Me tomo mi tiempo. Le doy pequeños besos en el cuello y le pellizco la clavícula, dando vueltas

y vueltas, hasta que saco la lengua y absorbo su dulzura. La dulzura de la tarta, su dulzura... es difícil saber dónde acaba una y empieza la otra. Al final, no importa.

Suspiro y me inclino hacia atrás. —Te dije desde el principio que esto no tiene por qué ser doloroso.

Se pone rígida. —No lo estoy haciendo doloroso.

—Sí, lo haces. No sabes escuchar.

Emery se aparta para mirarme con el ceño fruncido. Sus labios están rojos e hinchados por el beso. —Sé escuchar.

—¿Ah, sí?

Ella asiente.

—De acuerdo, entonces —me apoyo en los codos—. Quítate la ropa.

Respira hondo, temblorosa. No aparto la mirada de ella, ni siquiera un instante.

Luego, lentamente, se pone en pie. Lentamente se quita la camiseta por la cabeza. Lentamente deja que caiga de sus dedos al suelo.

El sujetador que lleva debajo es de encaje y apenas le cubre los pezones.

—¿Te has puesto eso por mí, *kiska*? —pregunto.

—Quizá —admite tímidamente, mientras sus mejillas se sonrojan.

Contengo un gruñido salvaje. —Buena chica. Ahora deshazte de él.

Alarga la mano, se desabrocha el sujetador y se lo quita de los brazos. Sus pechos se liberan. No puedo resistir extender la mano y rozar con el pulgar su pezón puntiagudo. Emery cierra los ojos.

—Sigue —gruño—. Te quiero desnuda. Ahora.

Sin abrir los ojos, engancha los dedos en la cinturilla de sus pantalones cortos y deja caer el material al suelo.

Es perfecta. Sus muslos fuertes, sus caderas turgentes y su cintura estrecha y afilada.

Quiero recorrer con mis manos cada centímetro de ella. Pero primero... —De rodillas.

Ahora está ansiosa por obedecer. Emery se tira al suelo delante de mí y coge mis pantalones antes de que pueda ordenárselo. Me baja la cremallera y me libera. Cuando me mira y se lame los labios en anticipación, siento que podría explotar aquí mismo.

—Pruébame, *moya zhena*.

Se inclina hacia delante y me lleva hasta su garganta.

Imaginé esto demasiadas veces para contarlas, descargando mis frustraciones a solas por la noche, pero nada es comparable a la realidad. Su lengua roza mi pene mientras me agarra por la base, masajeando con las manos todos los lugares a los que su boca no llega.

—Maldición —gruño. Se ha duchado después de venir de la playa, así que tiene el pelo suave y limpio. Le agarro un puñado de la nuca y empujo suavemente.

Suelta una sola arcada antes de encontrar el ritmo, llevándome cada vez más adentro con cada caricia. Cuando gime, las vibraciones me atraviesan hasta lo más profundo. Tengo que luchar para no acabar en su garganta.

Me la quito de encima y jadea.

—Túmbate. Ahora —señalo el sofá, y Emery se tumba boca arriba a mi lado.

Separo sus piernas y rodeo con mis manos sus cálidos muslos. Beso el interior de cada una de sus piernas. Respiro sobre su piel sensible hasta que tiembla.

Es una tortura lenta, así que, cuando por fin lamo su humedad, gime. Ese sonido por sí solo casi me hace explotar.

Pero ella acabará primero. Varias veces, si me salgo con la mía.

Con cada latigazo de mi lengua, sus caderas se agitan. Aprieto la lengua dentro de ella y todo su cuerpo se levanta del sofá como si levitara de felicidad.

—Acaba para mí —le digo.

Con esas tres palabritas, se quiebra. Su cuerpo se paraliza, primero rígido y luego suave y flexible entre mis brazos. El placer la recorre en oleadas de contracción y relajación.

Cuando termina, la tumbo en los cojines y me arrastro sobre ella.

—¿Ves lo bonitas que pueden ser las cosas cuando escuchas? —susurro contra su estómago. Arrastro mi lengua por su cuerpo en una línea, moviéndome entre sus pechos y luego alrededor de ellos—. Haz lo que te digo... escúchame... y me haré cargo de ti.

Me coge de la cara y me mira a los ojos. —Entonces hazte cargo de mí.

Me quito rápidamente los pantalones, me los bajo por las piernas y me los quito de una patada. Emery bloquea sus talones en mi espalda baja y me deslizo dentro de ella como si estuviera hecha para mí. Como si hubiéramos sido creados para encajar así.

—Dios mío —respira, deja caer su frente sobre mi hombro—. Esto es... se siente...

Retrocedo y vuelvo a apretarla, disfrutando de cómo su boca se abre en un gemido silencioso.

—Es raro verte sin palabras —comento.

—Cállate —jadea—. Cállate y fóllame.

—Pide y recibirás.

Introduzco mis caderas brutalmente dentro de ella. Emery grita y me araña el pecho.

Con cada embestida, siento que me aprieta con más fuerza. Siento que la presión entre nosotros aumenta hasta convertirse en un silbido humeante.

Y, cuando finalmente estalla, nos lleva a los dos con ella.

Me corro con un rugido, vaciándome dentro suyo. *Dar un poco para recibir un poco*, en este instante es literal. Le doy todo lo que tengo. Ella lo toma y me devuelve todo lo que tiene. Cada gemido entrecortado y jadeante. Cada aleteo de sus dedos, sus pestañas, su respiración.

Me da su cuerpo.

Me da su corazón.

Me da su alma.

Y, que Dios nos ayude a los dos... me lo llevo todo.

Cuando los dos estamos limpios y agotados, corto dos trozos de tarta y los sirvo. Nos tumbamos en los profundos cojines del sofá, desnudos y envueltos en una manta, con la tarta en el regazo.

—Esta es la luna de miel perfecta —dice Emery, dando un gran mordisco a la tarta—. La boda fue una pesadilla, pero esto es un sueño.

—He soñado muchas cosas —le digo—. Nada como esto. Nada como tú.

Se sonroja y se mueve nerviosamente. —Lo mismo digo. Literal y figuradamente.

Frunzo el ceño. —¿Qué significa eso?

—Solo significa que estás por encima del resto. Por descarte.

Mi ceño se frunce. —Tienes a Isabella. Debes haber tenido...

Emery mira su pastel. La sonrisa de felicidad de hace un momento desaparece. Su cuerpo está tenso. Si pudiera arrancar su tensión, lo haría.

—Emery.

Ella sacude la cabeza. —No es nada. No pasa nada. No quiero...

—Emery —vuelvo a decir. Solo su nombre, pero funciona como la llave que abre compuertas.

—No lo recuerdo —dice de repente. Respira hondo y me mira. Sus ojos están vidriosos, con lágrimas atormentadas—. Lo que pasó con el... padre de Emery. No recuerdo quién era ni qué hicimos. Solo recuerdo que me desperté a la mañana siguiente, sola y llena de moratones.

Se calla.

Y, mientras lo hace, una especie de rabia que nunca había sentido surge dentro de mí. No es caliente y afilada como suele ser mi ira, arremetiendo y cortando todo a su paso. Es más como un fuego bajo la tierra. Una llama eterna, que arde lentamente.

En lugar de marearme de rabia, siento más claridad que nunca en mi vida. —Te violaron —digo con voz ronca.

Emery suspira. —Quizá estaba borracha. O drogada. La verdad es que no lo sé. Pero nueve meses después tuve a Isabella.

—Y por eso tu familia te dejó.

Ella asiente, vacilante. —Querían que me deshiciera de ella. No les gustaba cómo quedaría, y no querían que contara mi historia.

—Pero te la quedaste.

—Sí, me quedé con ella. Y me fui. Lo hice todo por mi cuenta, porque no había otra opción.

Me acerco a ella y le peino el pelo detrás de la oreja. Está mirando su regazo, pero la obligo a mirarme. —Claro que tenías otra opción. Podrías haber cedido a sus exigencias. Pero hiciste lo más valiente. Hiciste lo que querías y tomaste el camino más difícil.

—Lo hice a trompicones —protesta débilmente—. No sabía lo que hacía. Y, aunque no recuerdo lo que pasó, no he sido capaz de tener... intimidad con nadie, incluso conmigo misma, desde que me quedé embarazada.

—Quieres decir que no habías tenido un orgasmo...

—En seis años —termina—. Sí. Lo sé, soy un bicho raro.

Cojo su mano y llevo sus nudillos a mis labios. —No, eres fuerte. Más fuerte de lo que sabía.

Me dedica una sonrisa triste. —¿Un cumplido de Adrik Tasarov? Lo acepto.

—Entonces, acepta esto también: Te prometo que si alguna vez descubro quién te hizo daño... lo mataré.

Sus ojos verdes brillan. —No necesitas hacer eso.

—Sé que no —digo—. Pero lo haré.

—Lo superé —alza la mano izquierda y mueve el dedo anular—. Y tengo a Isabella. Así que, aunque pudiera, no volvería atrás ni cambiaría nada.

—Que lo hayas conseguido no significa que esté bien —gruño—. Quise decir lo que dije, lo que sigo diciendo: Prometí protegerlas a Isabella y a ti, y eso es lo que haré. Si alguna vez descubro quién les hizo daño, lo mataré. Así de simple.

Me mira fijamente durante un segundo, con la incertidumbre reflejada en su rostro.

Luego, poco a poco, vuelve a acomodarse. Se apoya en mi pecho desnudo y nos sumimos en un silencio fácil y saciado.

EMERY

La luz dorada de primera hora de la mañana se cuela a través de las cortinas de gasa del dormitorio principal.

Realmente no recuerdo haberme movido del sofá al dormitorio, pero eso es solo porque Adrik estaba dentro de mí en ese momento. No es exactamente fácil recordar así.

No recuerdo la última vez que me sentí tan bien como anoche. No estoy segura de haberlo hecho nunca. Incluso ahora, al levantarme por la mañana agotada y dolorida, siento una ligereza que me recorre. Como si flotara.

Me estiro hacia atrás en las almohadas, con una sonrisa que no puedo quitarme de la cara.

—Alguien se despertó feliz.

Miro y veo que Adrik me observa. Tiene el pelo enmarañado y los ojos pesados. Tiene la voz ronca por el sueño.

—Nunca te he visto a primera hora de la mañana —susurro, pasándole los dedos por el pelo. Estoy preparada para que se eche atrás en cualquier momento, para que se ría de mí por intentar siquiera un gesto tan tierno.

Pero no se mueve.

—Poca gente lo ha hecho —dice.

—Oh. Bueno, me siento especial.

Resopla y se gira, dándome un beso en el hombro. —Como deberías, esposa mía.

Esposa. Lo dice como si significara algo sagrado. Como si lo que tenemos aquí fuera más que un acuerdo. Más que un trato de negocios. Pero soy demasiado cobarde para preguntarle si lo dice en serio o si es solo el sueño febril de una niña ingenua e ilusa.

Me acurruco aún más bajo las mantas y contra su piel desnuda. Irradia un calor reconfortante. —Isabella se levantará pronto.

—Bien —dice—. Tengo planes para hoy.

—¿Más planes que implican darme un ataque al corazón?

Se ríe entre dientes. —Le gustó estar en el mar. Y yo la tenía agarrada. No tenías de qué preocuparte.

—Puede que estés empezando a convencerme de eso.

—¿Aún no estás segura? —Adrik se pone de lado para mirarme—. ¿Qué más tengo que hacer para convencerte?

Su rostro es estoico, pero puedo oír la burla en su voz. A Adrik le encantan sus jueguecitos.

—Hm... —digo, frunciendo los labios y arqueando ligeramente la espalda—. Se me ocurren algunas cosas que podrían funcionar.

A Adrik le brillan los ojos. Alarga la mano y baja la sábana para revelar mis pechos desnudos. Anoche no nos molestamos en volver a vestirnos. Solo habría estorbado.

Se acomoda entre mis muslos. Ya está empalmado, con la punta presionando mi entrada.

—Entonces supongo que debo intentarlo. Y si no funciona a la primera —comenta—, estaré encantado de volver a intentarlo. Tantas veces como haga falta.

Entierra su cara entre mis pechos y yo le paso los dedos por el pelo. —No sé. Incluso eso podría no ser suficiente.

Estoy bromeando, pero también hay verdad ahí. Cuanto más se me muestra Adrik, cuanto más me da... más quiero. No estoy segura de que alguna vez sea suficiente.

Me pasa la lengua por el pezón, arrancándome un pequeño gemido. —Eso ya lo veremos.

Siento sus caderas tensas y me preparo para que me llene. Solo pasaron unas horas, pero me siento vacía. Le deseo.

Pero, antes de que pueda, suena su teléfono. —Puta mierda.

Alarga la mano y silencia el teléfono sin comprobarlo, dejándolo sobre la mesilla. Cuando se arrastra de nuevo sobre mí, arquea una ceja.

—Recuérdame: ¿dónde estábamos?

Introduzco la mano entre los dos y rodeo su polla palpitante. Sisea, sus pupilas se dilatan. Lo aprieto de nuevo contra mi húmedo coño. —Estábamos justo *ahí*, si mal no recuerdo.

—Ah, por supuesto —respira roncamente—. Estaba a punto de...

Su teléfono vuelve a sonar, rompiendo el momento. —Maldita sea —gruñe.

—Quizá deberías contestar —le digo—. Podría ser importante.

—Más vale que lo sea —se da la vuelta, coge el teléfono de la mesilla y se lo pone en la oreja—. ¿Qué es tan importante que tenías que llamar e interrumpir...?

Adrik deja de hablar y se incorpora. No oigo nada al otro lado, pero, a medida que pasan los segundos, su actitud cambia por completo.

Desde que embarqué ayer en el avión con él, casi me había acostumbrado a verlo sonreír. Ha

estado tan relajado las últimas veinticuatro horas. Tan... libre.

Pero ahora, en cuestión de un minuto, el Adrik que reconozco de antes ha vuelto.

Tiene los labios apretados en una línea brutal, la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados.

Asiente. —Te veré pronto.

Quiero abalanzarme sobre él para pedirle información en cuanto cuelga el teléfono, pero me calmo. Espero a que venga a mí.

No lo hace.

En lugar de eso, balancea las piernas sobre el borde de la cama y se levanta. Quiero distraerme con la perfecta tonificación de su trasero y sus piernas desnudas y musculosas. Pero no puedo. Tengo un nudo en el estómago.

Algo va mal.

—Tengo que irme —dice finalmente, poniéndose unos calzoncillos negros—. Surgió algo.

Me tapo con la sábana. —¿Hay algún sitio al que ir? Cuando volamos, no vi nada más. La isla parecía bastante desierta.

—No, no en la... tengo que volver a casa —aclara impaciente—. De vuelta al recinto.

—Espera. ¿Te vas?

Asiente. —Llamaré para que preparen el avión. Saldré de aquí en un par de horas. Pero tú e Isabella pueden quedarse.

Sacudo la cabeza. —Espera. Espera. ¿Te vas y quieres que nos quedemos?

—No hay nadie más aquí, excepto ustedes dos y algunos de mis hombres —continúa, exponiendo el plan—. Aquí estarán a salvo. Iré a ocuparme de lo que haya que hacer y luego mandaré a buscarlas.

Se vuelve hacia el baño como si la conversación hubiera terminado. Pero está lejos de terminar. Tiro las mantas a un lado, sin tener en cuenta que estoy tan desnuda como el día en que nací, y agarro la mano de Adrik.

—Adrik, espera, por favor.

Se vuelve hacia mí, sus ojos azules recorren mi cuerpo desnudo. —Tienes que ponerte algo de ropa, o nunca me iré.

—Entonces nunca me pondré ropa —agarro el dobladillo de su camisa y lo acerco—. Es nuestra luna de miel. Pensé que nos íbamos a quedar aquí, y...

—Las cosas cambian —dice mientras voltea—. El deber me llama. No tengo elección.

—Entonces, llévanos contigo.

Sacude la cabeza. —Acabamos de llegar. E Isabella quiere nadar y divertirse.

—Contigo.

Adrik me mira malhumorado, con las cejas fruncidas.

—Ella quiere hacer esas cosas contigo —repito—. Y sé que, si le preguntáramos, preferiría que estuviéramos todos juntos a que nos separáramos.

—¿Y tú? —retumba—. ¿Qué prefieres?

La mano de Adrik me rodea la cintura y luego baja hasta mi culo. Al apretar mi desnudez contra su ropa, me siento extrañamente vulnerable, pero una sensación de desesperación que no puedo explicar me grita que lo haga quedarse, cueste lo que cueste.

Como que, si lo dejo salir por esa puerta, nunca lo volveré a ver.

—No puedes cuidar de mí cuando ni siquiera estamos en el mismo hemisferio —susurro con mis labios rozando su pecho—. Llévanos contigo.

Aprieta las caderas contra mí y noto su erección a través de los pantalones. La llamada puede haber interrumpido las cosas, pero Adrik todavía quiere esto. Todavía me quiere.

Y no estoy lista para dejarlo ir.

Aprieto mis labios contra su cuello. —Por favor.

Algo pasa sobre sus ojos como una nube ante el sol. No es malo, exactamente, pero tampoco lo llamaría bueno. Es solo... Adrik. Más de él. Más de su distancia, su constante huida de mí cada vez que parece que podríamos estar bailando más cerca.

Cierra los ojos y suspira. —Ve a hacer las maletas.

Quiero hacerle un millón de preguntas. Quiero presionarlo para que me dé respuestas y explicaciones, para saber qué dijo la persona que llamó y por qué nos apresuramos a volver a la civilización basándonos en una llamada de dos minutos.

Pero, por primera vez en semanas, me siento... a salvo. Pasé los últimos seis años de mi vida navegando una tormenta en una balsa salvavidas. Y por fin tengo un barco que evita que me ahogue. Me gusta el barco. Es fuerte, está seco, es un refugio para mí y para mi hija.

Todavía no quiero molestarlo.

~

LAS NUBES PERMANECEN ENCAPOTADAS sobre la mirada de Adrik mientras embarcamos y partimos.

—Deberías dormir —dice sin echar una mirada en mi dirección.

La decepción de Isabella por abandonar la isla tan rápido se disipó con la promesa de una película y otro granizado de uva, así que no se dio cuenta de que algo iba mal. ¿Yo, en cambio? No me distraigo tan fácilmente con el azúcar.

—No estoy cansada —digo. No es mentira. Apenas dormimos anoche, pero estoy nerviosa y ansiosa.

Adrik se encoge de hombros. —Como quieras. Yo me voy a dormir.

Me paso las horas siguientes retorciendo las pulseras en mis muñecas una y otra vez. Como si pudiera convencer al universo de que vuelva a alinearse como a mí me gustaba si doy con la combinación adecuada.

También miro a Adrik una y otra vez. Me pregunto qué estará pasando detrás de sus ojos cerrados, en esa mente suya que mantiene amurallada como una fortaleza.

Cuando el avión desciende y él vuelve a abrir los ojos, no estoy convencida de que realmente haya dormido. Me parece más probable que estuviera fingiendo para evitar hablar conmigo o con cualquier otra persona.

—¿Te sientes mejor? —pregunto.

Adrik mira. —Cuando aterricemos, tú e Isabella volverán a la casa con Stefan.

—¿Y tú?

—Tengo que estar en un sitio —dice.

—Pero hablamos de esto. Queremos estar contigo, Adrik.

—No.

Me acerco y le aprieto el brazo. —Por favor, Adrik. Déjame ir contigo. Por favor.

—La palabra mágica no te ayudará esta vez —su voz es casi una mueca, y me inclino hacia atrás como si me hubiera abofeteado—. Haz lo que te digo.

Desde el momento en que lo conocí, Adrik ha sido frío y dominante. Pero una noche haciendo el amor y comiendo tarta fue todo lo que necesité para imaginar que las cosas podrían ser diferentes.

Incluso ahora, no estoy dispuesta a renunciar a esa esperanza.

La llamada telefónica es lo que lo tiene tan alterado. En cuanto se arreglen las cosas, se sentirá mejor.

Cuando el avión aterriza y se abren las puertas, Adrik nos hace bajar a Isabella y a mí. Sus hombres se ocupan rápidamente de nuestro equipaje y lo cargan en otro camión para llevarlo de vuelta al complejo.

Stefan espera en el asfalto, junto a un todoterreno negro de lujo. —Siento interrumpir la luna de miel —dice cuando nos acercamos.

—Lleva a Emery e Isabella de vuelta a la casa —dice Adrik en lugar de saludar—. Quiero que las vigiles.

Stefan frunce el ceño. —Pensé... bueno, supuse que todos iríamos al...

—Llévalas a la casa —dice Adrik—. Si no puedes hacer tu trabajo y proteger a mi mujer y a mi hija, haré que te sustituyan.

Parpadeo, sorprendida de oír a Adrik hablar así. Sé que Stefan trabaja para Adrik, pero siempre los he visto más como amigos que otra cosa. Esto es nuevo.

Para Stefan, también, aparentemente.

Aprieta la mandíbula, pero asiente. —Por supuesto, Jefe Tasarov. Las llevaré a la casa.

—Bien. Ahora vuelvo.

Luego, sube a un segundo coche y se marcha.

En cuanto se va, Stefan se vuelve hacia Isabella con una sonrisa. —¿Te divertiste en tu viaje?

—Supongo —dice, encogiéndose de hombros—. Tuvimos que irnos. Ni siquiera pude bañarme de verdad en el mar. No con el bañador puesto.

Acaricio su pelo. —Sé que estás decepcionada, cariño. Pero volveremos en otra ocasión.

—Tal vez Adrik no quiera —dice Isabella—. Quiso irse temprano, así que tal vez...

—¡No quería irse! Quería quedarse allí con nosotras dos —le digo—. Pero... surgieron cosas y tuvo que volver. ¿De acuerdo?

No estoy segura de cuándo se volvió importante para mí que a Isabella le guste Adrik. Hace solo unos días estaba celosa de su conexión. Quería cortarla por completo.

Parece que todo cambia tan rápido que no puedo seguir el ritmo.

Isabella asiente débilmente y rueda hacia delante para que los hombres la ayuden a subir a la parte trasera del coche.

—¿Es un secreto, entonces? —Stefan me murmura—. ¿No quieres contarle a Isabella lo del padre de Adrik? Solo necesito saber si debo...

—¿Eh? ¿Esto es por su padre?

Stefan me mira, confundido durante un segundo. Luego da un respingo. —Mierda. Tal vez ni siquiera debía decírtelo.

El corazón me late en el pecho. En todo el caos de prepararme para la boda y la luna de miel, casi me olvido del padre de Adrik. Sobre la condición de nuestro trato.

Adrik solo necesita una esposa falsa mientras su padre esté vivo. Así que, si su padre ya no está vivo...

¿Qué significa eso para nosotras?

—Dime —le digo, estirando la mano y cogiéndolo de la muñeca—. Por favor, Stefan.

Suspira. —Su padre se puso mal ayer después de la boda. Está en el hospital.

—¿Pero está vivo?

Stefan asiente. —Por ahora.

El alivio me recorre por todas las razones equivocadas. No me importa Vadim. Apenas lo conozco.

Pero me preocupo por Adrik. Más de lo que probablemente debería. Más de lo que es seguro. Me acabo de convertir en su esposa, y me gustaría jugar el rol por un tiempo más.

Si Vadim está vivo, eso significa que Adrik sigue siendo mi marido.

Por ahora, susurra la vocecita en el fondo de mi cabeza. *Por ahora es tu marido*.

ADRIK

—El sacerdote sobrevivió al ataque y el recinto está limpio —digo—. Todas las pruebas dicen que fue envenenado antes de llegar a la ceremonia. No tuvimos ninguna brecha.

Mi padre tararea desinteresadamente, sin aportar nada a la conversación. Y yo me estoy quedando sin nada que decir.

Yo no vigilo. No está en mi naturaleza. Si alguien va a morir, morirá, estés o no sentado en la habitación de al lado. Mejor aprovecha tu tiempo y haz algo productivo mientras esperas.

Y, sin embargo, aquí estoy, sentado sobre mi culo, esperando a que mi padre muera.

—Si hubiera sabido que iba a recibir invitados, habría aceptado otro baño de esponja de esa guapa enfermera —dice mi padre cuando me quedo en silencio.

Es extraño ver su mente tan aguda como siempre, completamente inmutable, incluso mientras su cuerpo se pudre ante mis ojos.

Adelgazó desde la última vez que lo vi. Tiene ojeras, nuevas arrugas alrededor de la boca y la tez cetrina y apagada. Es como si se lo estuvieran comiendo vivo de adentro hacia afuera.

—Me temo que tendrás que sufrir con mi aspecto actual —añade.

—Te ves bien.

Lanza una carcajada. —Tus mentiras pueden engañar a todos los demás, pero yo soy quien te enseñó a engañar. Conozco tus trucos.

—No estoy mintiendo, solo...

—Mentira.

Suspiro. —No tiene sentido golpear a alguien cuando ya está en el suelo, a menos que planees matarlo.

Me sonríe, con los labios secos apretándose sobre sus dientes amarillentos. —Me vendría bien una muerte piadosa ahora mismo.

—Pareces una mierda —digo—. Mierda recalentada. ¿Es eso lo que quieres oír?

—Prefiero las duras verdades a las mentiras. O, mejor aún, el silencio. No quiero perder el

tiempo que nos queda siendo deshonestos.

—El médico no cambió tu diagnóstico, ¿verdad? Estás en el hospital por una caída, no por el cáncer.

—Una caída causada por el cáncer —corrige. Luego ríe sin gracia—. El jefe de la Bratva Tasarov ni siquiera puede valerse por sí mismo para mear. ¿Crees que los Volandris lo saben?

No me sorprendería. Pero esa es mi carga, no la de mi padre.

—No importa lo que sepan. Podemos manejarlos —digo.

Me mira fijo durante un largo momento, estudiándome. Luego, sacude la cabeza. —Lo sabía. No suelo regodearme. No es mi estilo. Pero deja que este moribundo se divierta.

—¿Qué diversión? ¿De qué te regodeas?

Sonríe. —Tú. Y tu novia.

Emery. Su nombre resuena en mí sin que nadie tenga que decirlo. —¿Qué pasa con ella?

—No se trata de ella —dice—. Se trata de ti. De ustedes. Sabía que ella sería buena para ti.

Frunzo el ceño. —Ni siquiera la conoces.

—Pero te conozco, hijo —dice—. Sin embargo, aquí estás, midiendo tus palabras con un moribundo. Diciendo mentiras piadosas para aliviar mi sufrimiento. Ella te hizo amable —se encoge de hombros—. Bueno, más amable, al menos. Todavía me dices que parezco una mierda. Pero has cambiado bastante. Justo lo que esperaba.

—¿Esperabas que me volviera más amable? —resoplo—. ¿Desde cuándo la amabilidad ha ganado una guerra?

—¿Desde cuándo el derramamiento de sangre y la violencia por el mero hecho de serlo no han conducido a otra cosa que a más de lo mismo? —replica.

Sacudo la cabeza, sin entender. —Tú me criaste para ser así.

—Te crié con la esperanza de que, algún día, encontrarías algo por lo que mereciera la pena luchar —sonríe con orgullo—. Y ahora, lo has hecho.

Quiero mentirle y decir que no solo parece una mierda, sino que además está lleno de ella.

Pero no puedo.

Porque no se equivoca.

—Te preocupas por ella —dice, cruza las manos sobre su vientre hundido—. La noche que fui a cenar, no me lo creía. Pero ahora, es tan claro como el día.

Pongo los ojos en blanco. —Ahórrame el puto sermón.

—Esto es algo bueno, hijo mío.

Le presto atención. —No recuerdo que dijeras eso la última vez que me preocupé por una mujer.

Parpadea, imperturbable. —Porque Sofía era la mujer equivocada.

—Por el amor de Dios —gruño—, ¿cuándo te convertiste en el viejo y sabio oráculo de mi vida? ¿Cómo puedes saber que esto no estallará tan literal y figuradamente como aquello?

—No lo sé —se encoge de hombros—. Nadie puede saberlo.

—Qué útil —digo.

—Pero no hace falta saberlo todo. Ser un buen líder no consiste en tener siempre la razón, sino en estar siempre preparado. Estás preparado, Adrik. Para liderar la Bratva. Para ser un marido. Para todo. No importa lo que venga, puedes manejarlo.

Esto podría ser lo último que mi padre me diga. Debería escuchar. Anotarlo. Pero no puedo evitar que un estribillo suene en mi cabeza.

Mentira. Mentira. Mentira.

Traer a Emery e Isabella a escena es como señalar la grieta de mi armadura con una diana roja brillante.

Si le pasa algo a alguna de ellas, no sé si podré soportarlo. Ni siquiera estoy seguro de sobrevivir.



CUANDO VUELVO A LA CASA, me dirijo directamente a la habitación de Emery.

Cuando la encuentro vacía, camino por el pasillo hasta el gimnasio. Es la habitación que menos me gusta de la casa, así que, por supuesto, Emery no puede mantenerse alejada.

Efectivamente, ahí está.

Está de pie delante de un saco de boxeo, con unos leggings negros y un sujetador deportivo verde esmeralda. Lleva el pelo recogido en trenzas vikingas y rebota sobre las puntas de los pies, haciendo que todas sus partes blandas reboten con ella.

—Pensé que había quemado toda tu energía anoche —mi voz resuena en el suelo de madera.

Salta sorprendida y se da la vuelta. En cuanto me ve, su frente se arruga de preocupación. —¿Estás bien?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a estarlo?

Se quita los guantes y los deja caer sobre la alfombra. —He oído lo de tu padre.

Aprieto los dientes. Maldito Stefan. El hijo de puta no podría guardar un secreto ni que su vida dependiera de ello.

—El cáncer no es contagioso, por suerte.

Me fulmina con la mirada. —Eso no es lo que quise decir y lo sabes.

—Estoy bien. De maravilla. No te preocupes por mí.

—Cada día encuentras nuevas formas de ser aún más irritante.

—El sentimiento es mutuo, *kiska* —gruño. Doy un paso hacia ella y suavizo el tono cuando añado—: Lástima que nuestro periodo de luna de miel parezca haber terminado tan pronto. Segundo día de casados y ya nos estamos peleando.

Cruza los brazos sobre el pecho, subiendo aún más los pechos. Lo que daría por quitarle la ropa ahora mismo. Arrastrarla hasta las colchonetas y follármela frente a los espejos para que vea lo hermosa que es cuando se desmorona a mi alrededor.

—No estamos peleando. O supongo que no estamos peleados, siempre y cuando no vuelvas a decirme "cálmate" o "deja de preocuparte" —responde ella—. Créeme, si pudiera dejar de preocuparme a voluntad, lo haría. Me ahorraría mucho tiempo.

—¿Pasas mucho tiempo preocupándote por mí, *moya zhena*?

Sus ojos verdes se abren de par en par. —Bueno, no quería decir... quiero decir, ahora eres mi marido, así que... eso no es lo que... —exhala un largo suspiro—Que molesto eres.

Sonrío a mi pesar mientras las palabras de mi padre se repiten en mi cabeza. *Te preocupas por ella.*

A lo que otra voz en el fondo de mi cabeza añade *demasiado*.

—Preocuparte no te sirve de nada —le digo—. Es una pérdida de tiempo y energía.

—Lo dice el hombre que se siente responsable de todos los que le rodean. Te has propuesto preocuparte por cada maldita persona que conoce tu nombre, y te guardas esas preocupaciones para ti solo, aunque te niegues a admitirlo. Así que sí, me preocupo por ti. Por lo que te hace.

—No me hace nada.

Emery se acerca. Puedo ver el sudor brillando en su piel. Huele a almizcle, a dulce. —¿No? Te preocupas por tu hermano, ¿verdad? Lo único que lamentas en la vida es que le haya pasado algo malo y no hayas estado allí para evitarlo. Eso no es sano, Adrik.

Me quedo quieto. —Eso es muy jodidamente diferente.

Me ignora y sigue adelante. —Asumes demasiadas cosas tú solo. Ocurren cosas malas y no puedes culparte. Es imposible cargar con toda esa responsabilidad tú solo —Emery apoya una mano en mi antebrazo, me mira a los ojos y susurra—: Quiero ayudar.

—Eso es lo que jodió todo en primer lugar —digo—. Pedir ayuda.

Emery frunce el ceño. —¿Qué significa eso?

Le doy la espalda y no respondo durante un buen rato.

—¿Quieres saber por qué odio esta habitación? —suelto de repente—. ¿Por qué nadie más la usaba hasta que llegaste tú?

Me parpadea, claramente nerviosa, pero asiente.

—Porque contraté a un entrenador para mi hermano —me alejo de ella, incapaz de quedarme

quieto mientras cuento la historia que cambió el curso de mi vida. O, mejor dicho, la historia que marcó ese rumbo—. A Yasha le encantaba entrenar, y quería que yo le enseñara todo. Pero yo tenía otras responsabilidades. No podía pasar todo el día todos los días en esta habitación con él. Así que contraté a un profesor. Alguien que viniera un par de veces por semana y le enseñara mientras yo hacía otros trabajos.

Mis manos se cierran en puños a los lados. Intento respirar y permanecer relajado, pero mi mandíbula se aprieta y el aire silba entre mis dientes. —Lo dejé solo con un desconocido... y abusaron de él.

Emery jadea. —Dios mío, Adrik.

Levanto una mano para detenerla. —Pasó durante jodidos años. Y yo no tenía ni idea.

—Pero no puedes saberlo todo —protesta—. No puedes estar en todas partes.

—Ser un buen líder no consiste en saberlo todo —digo, repitiendo las palabras de mi padre—. Se trata de estar preparado. Yo estaba preparado para hacer lo que tenía que hacer para arreglar las cosas.

Emery parpadea. —¿Qué has hecho?

—Maté al hijo de puta que se atrevió a profanar a mi hermano pequeño. Le corté la garganta aquí mismo, en esta misma habitación.

Espero que retroceda. Que se aleje de mí con asco y miedo. Pero Emery no se mueve.

—Ya me dijiste que habías matado a gente —susurra—. ¿Se lo merecían todos?

Me pregunto si está pensando en Sofía. No me sorprendería. Le hice creer que fui yo quien la mató. Quizá un día, cuando Emery sea lo suficientemente valiente como para preguntarme, le diré toda la verdad.

—Ninguno tanto como él.

Emery se acerca a mí y me aprieta con una mano la camisa. Su otra mano se desliza por mi pecho hasta rodearme el cuello. Sus dedos son cálidos y suaves sobre mi piel, en marcado contraste con la tormenta de hielo que se desata bajo mi superficie.

—Eres leal, Adrik. Eres un protector —arrastra un dedo por mi mandíbula—. Es algo bueno... hasta cierto punto. Pero no puedes arreglarlo todo.

—Te equivocas en eso, Emery Montague.

Me dedica una sonrisa triste. —¿Has hablado con tu hermano? ¿Sabe lo de tu padre?

Frunzo el ceño. —No.

—Quizá deberías hablar con él —sugiere—. Esto es algo por lo que los dos podrían pasar juntos. Para que no estés solo.

—No me importa estar solo.

La vida de un jefe es solitaria. No hay nadie más que comparta tus cargas, que tome decisiones

en tu nombre. Solo estás tú.

He hecho las paces con eso.

—Pero no tienes que estar solo todo el tiempo. Me tienes a mí. Lo tienes a él.

Me quedo inmóvil, sintiendo un extraño revuelo en las tripas al oír esas palabras. Nunca pedí ayuda con el peso sobre mis hombros, ni siquiera una vez. Que me la ofrezcan es... inquietante.

—Además —continúa—, estoy segura de que a tu hermano le gustaría tenerte a su lado durante todo esto. Y a mí me gustaría conocerlo.

—Cierto. Olvidé que aún no se conocen.

—Entonces, ¿es un plan? —pregunta—. Me reuniré con tu hermano y los dos pensarán cómo cuidar de tu padre.

Suspiro. —Que así sea.

EMERY

Me quito el tercer vestido que me probé y lo tiro a la creciente pila de desechos sobre la cama.

—Ese me gustó —protesta Isabella. Está sentada junto a la ventana de mi habitación, jugando a un juego en la tableta que le dio su tutora. De vez en cuando, levanta la vista y me da consejos de moda.

—Te han gustado todos.

—¡Porque son bonitos!

Isabella cree que todos los vestidos son bonitos. No le importaría llevar un vestido de gala al supermercado.

—Las mangas con volantes parecen demasiado veraniegas para una cena —vuelvo al vestidor y me paro delante de la estantería. Era casi más fácil cuando tenía un armario de una décima parte de este tamaño. Menos opciones.

—Llevo mi vestido morado —dice Isabella—. Porque tiene flores. Y brillos.

—Y te verás increíble —prometo.

—¿Cómo se llama?

—Yasha. Y no es un tipo cualquiera: es el hermano de Adrik.

El tío de Isabella, si Adrik realmente la adopta.

Se me revuelve el estómago al pensarlo. Adrik no lo mencionó desde la noche de nuestra boda, pero las cosas van... bien entre nosotros. Realmente bien. Entramos en un ritmo, un tipo de relación natural que me ha hecho cuestionarme si creo en cosas como la suerte, la esperanza y el destino.

—Ya-sha —dice Isabella, tanteando el nombre—Yasha. *Yasha*.

—Sé amable —le advierto.

Pero ella ya se está riendo, repitiendo el nombre cada vez más animada. —Yasha, Yasha, Yasha.

Sonrío a mi pesar y cojo un vestido verde de flores. Lo saco de la percha, me lo pongo y me hago un nudo en la cadera izquierda.

—Ahora, escucha —digo, haciendo lo posible por sonar severa—, serás amable con Yasha, ¿vale? No está bien burlarse del nombre de nadie. Así que seremos amables.

Por alguna razón, estoy más nerviosa por esta noche que por conocer al padre de Adrik. Probablemente tiene algo que ver con el hecho de que, esta noche, no estoy actuando.

Con Vadim, se suponía que yo tenía un papel. Pero ahora... soy solo yo. Isabella y yo como nosotras mismas. Y, por alguna maldita razón, quiero gustarle a la familia de Adrik.

Salgo del armario y me pongo delante del espejo.

—Ooh, me gusta este —digo—. Tiene clase, pero es lo suficientemente informal como para que no parezca que me estoy esforzando demasiado. ¿Qué te parece?

Cuando me doy vuelta, Isabella sigue sentada junto a la ventana, pero tiene la tableta en el regazo. Frunce el ceño y se mira el brazo izquierdo. Mueve los labios, pero no dice nada.

—¿Qué pasa, cariño? —me acerco corriendo y me arrodillo frente a ella—. ¿Estás bien?

Presiono su frente con el dorso de la mano para tomarle la temperatura.

Está ardiendo.

—¿Cariño? —agarro sus mejillas y traigo sus ojos a los míos—. ¿Qué está pasando?

—Siento algo raro en el brazo —murmura—. Me hormiguea.

Giro su brazo entre mis manos. Parece estar bien, pero, a medida que desciendo, veo que sus dedos se ponen morados. Están helados.

Me devano los sesos buscando los efectos secundarios que puede causar la medicación experimental. La lista que me leyó el médico que dirigía el estudio era más alta que yo, así que no recuerdo si había mala circulación o no. Pero, aunque así fuera, eso no explica su fiebre.

—¿Mamá? —pregunta Isabella. Hay miedo en su voz—. ¿Estoy enferma?

Le aliso el pelo oscuro y le beso la frente. —No estoy segura. Pero estarás bien, ¿sí?

Parpadea. Me doy cuenta de que no me cree. El producto de demasiadas noches pasadas en el hospital. Demasiados viajes a urgencias.

La verdad es que yo tampoco me lo creo.

Me doy la vuelta y cojo mi teléfono.

Adrik es la primera persona en la que pienso, pero está en el hospital visitando a su padre. Sé que volvería a casa en cuanto le llamara, pero no tiene sentido que corra a casa solo para llevarnos de vuelta al hospital.

—Un segundo, cariño —digo mientras salgo a toda prisa de mi habitación.

Antes de la boda, siempre había guardias de seguridad merodeando por el pasillo.

Adrik nunca explicó su presencia, pero comprendí que no estaban allí para protegerme, sino para vigilarme.

Ahora, sin embargo, el pasillo está vacío.

—¿Hola? —llamo, mi voz hace eco en el espacio—. ¿Stefan?

No hay nada. No hay pasos. Ni voces.

—Mierda.

Respiro hondo, preparándome para lo que sé que ocurrirá. Luego, vuelvo a la habitación.

—Vale, vamos, cariño —le hago señas a Isabella para que suba—. Vamos al hospital.

Si cabe, Isabella parece aún más asustada ante la perspectiva. —¿Me vas a llevar tú?

—Sí. Ahora. Deprisa.

Quizá, si sueno segura, ahuyente la ansiedad que zumba bajo mi piel. Pero no hay otra opción.

Meto a Isabella en el elevador y salto sobre mis talones mientras espero a que la máquina la baje. Parecen siglos. Desde lo alto de la escalera hasta abajo, las mejillas de Isabella se sonrojan más y sus párpados se vuelven pesados.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

Sacude la cabeza. —Tengo sueño. Y me... me duelen los huesos.

Ver su carita aplastada por el dolor es suficiente para que se me salten las lágrimas.

Pero parpadeo y asiento. Ahora necesita que sea fuerte.

—De acuerdo. Sigue contándome cómo te sientes, ¿de acuerdo? Si algo cambia, dímelo enseguida.

Con cuidado, la saco del elevador y la vuelvo a sentar en su silla de ruedas.

Cuando la siento, hace una mueca de dolor que me hace sentir una nueva chispa de miedo. De camino al garaje, sigo esperando que nos encontremos con alguien. Tal vez Stefan o alguno de los guardias. En este punto, dejaría que una de las criadas nos llevara al hospital.

Pero la casa está obstinadamente vacía.

—Bien —respiro, hablando más conmigo misma que con Isabella—. Estaremos bien. Solo tenemos que conseguir unas llaves y... estaremos bien.

Isabella se desvanece rápidamente. Parece medio dormida en su silla. Tan sonrojada que su frente está húmeda de sudor.

—Estaremos bien —vuelvo a decir, deslizando su puerta para cerrarla después de hacerla subir.

No me subí a un coche desde aquella noche con Adrik en la que casi nos mato a los dos. Conducir me había resultado sorprendentemente fácil. Vi a suficiente gente hacerlo a lo largo de mi vida como para entender la mecánica básica. Pero eso no hace que sea menos angustioso volver a ponerme al volante.

—Puedo hacerlo —murmuro para mis adentros—. Tengo que hacerlo.

La puerta del garaje se abre. Doy marcha atrás por el camino.

El Rolls Royce negro que suele aparcar delante de casa, el coche preferido de Adrik, no está. Lo que daría porque se detuviera ahora mismo.

¿Pero qué le acabo de decir hace unas horas? Adrik no puede proteger a todos. Él no puede manejar todo, todo el tiempo.

El hombre puede jugar a ser un superhéroe, impermeable a las cosas que derrumban a los mortales más débiles.

Pero en el fondo, es humano. Y tengo que ser capaz de manejar las cosas por mi cuenta.

Tengo que manejar esto por mi cuenta.

—¿Estás bien ahí atrás, cariño? —pregunto.

No hay respuesta.

Me giro e intento verla. La posición de la silla dificulta la visión desde el asiento del conductor, pero veo que Isabella tiene la cabeza echada hacia atrás. O está dormida o...

No me permito considerar otra posibilidad. Está cansada y se ha quedado dormida.

Cuanto antes la lleve al hospital, antes tendremos una respuesta.

—No te preocupes, cariño. Me ocuparé de esto, ¿bien?

Sigue sin contestar. Me trago la preocupación y piso el acelerador.

~

APARCO FRENTE a la entrada de urgencias.

Me tiemblan las manos cuando saco las llaves del contacto y salgo del coche de un salto. Isabella está desmayada en su silla, con su dulce rostro enrojecido por la fiebre.

Espero que un equipo de enfermeras del interior se percate de nuestra llegada y salga corriendo a ayudar, pero no viene nadie.

Mientras hago pasar a Isabella por la puerta, nadie nos recibe en la entrada. Tengo que caminar hasta el mostrador de la enfermera. Una mujer de mediana edad con el pelo negro y grisáceo habla por teléfono, con una taza de café en la mano.

—Hola, hola —digo, agitando una mano para llamar la atención de la mujer.

Cuando levanta la vista, su oscura ceja se arquea con desdén. —¿Sí?

—Mi hija está... está enferma —le digo—. Tiene distrofia muscular, pero esto es otra cosa. Tiene fiebre y...

—Bien, necesito que rellenes esto —me dice, interrumpiéndome para deslizar un portapapeles por el escritorio—. Hay un bolígrafo ahí, y puedes esperar...

—No puedo esperar —digo—. Está dormida, pero podría estar inconsciente. No lo sé. Estaba despierta cuando la subí al coche y ahora no se despierta.

—¿Has probado a despertarla? —pregunta, sonando notablemente desinteresada.

—He estado un poco ocupada metiéndola —grito—. Pero normalmente tiene el sueño ligero. Ya estaría despierta si se sintiera mejor. Quiero que alguien la vea inmediatamente. Solo tiene seis años.

La mujer suspira y coge un bloc de papel a su lado. —¿Cómo se llama? La apuntaré en una lista y haré que un médico se ponga en contacto con usted en cuanto esté disponible.

—Se llama Isabella... —hago una pausa. De pronto, oigo la voz de Adrik en mi cabeza.

Mi nombre es un escudo. La protegerá incluso cuando yo no esté.

—Isabella Tasarov —termino, alzando la barbilla con orgullo.

La mujer se tensa. Me mira con los ojos entrecerrados. —¿Dijo Tasarov?

Trago saliva y asiento. —Así es.

—Un momento —se aparta del escritorio y prácticamente corre por una puerta cercana.

En cuanto se va, cunde el pánico. Adrik es un hombre poderoso, pero también tiene enemigos. ¿Y si acabo de poner una diana en la espalda de Isabella?

Antes de que pueda maquinar demasiado, la puerta se abre de nuevo y la mujer viene acompañada de otra más joven con bata blanca. Lleva el pelo oscuro recogido en una apretada coleta.

—Sra. Tasarov —me dice, saludándome con una inclinación de cabeza—. Soy la Dra. García, jefa de neurología. Me encargaré personalmente de los cuidados de su hija esta noche. Acompáñeme.

La siguiente media hora es un borrón. Pero por primera vez puedo sentarme y observar.

La Dra. García no se separa de Isabella, le hace personalmente todas las pruebas y le toma muestras. Cuando Isabella se despierta, la Dra. García la tranquiliza, lo que también me ayuda a respirar.

Todo el tiempo, todo lo que puedo pensar es lo mucho que le debo a Adrik. Ni siquiera está aquí y sigue cuidando de nosotras.

Finalmente, la Dra. García vuelve a entrar en la habitación y cierra la puerta tras de sí.

—La buena noticia es que Isabella está bien —nos sonríe a las dos—. Tiene una infección de vejiga que le causó fiebre. Y la fiebre provocó la inflamación de sus articulaciones...

—¿Por eso le duelen los huesos? —pregunto.

—Exactamente —dice la Dra. García—. Manos y pies fríos pueden ocurrir con fiebre. Su cuerpo dirigió el calor hacia los órganos vitales y lo alejó de las extremidades. Todo muy normal.

Respiro hondo por primera vez en lo que parecen horas. —Así que está bien. Como ¿realmente bien?

—La tengo con un buen analgésico y empezamos con antibióticos —explica—. Dele una dosis cada doce horas durante los próximos diez días.

—¿Eso es todo?

—Así es —confirma—. Pero hizo bien en traerla. Siempre estaremos encantados de ayudarla si surge algo, Sra. Tasarov.

Le doy las gracias con una sonrisa. Algo me dice que no se lo dice a todos los que entran por la puerta.

—Bueno, cariño —digo, alisando el pelo de Isabella hacia atrás para poder besarle la frente—. ¿estás lista para irnos?

Ella sonríe alegremente. —Estoy lista.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor —levanta el brazo, que está cubierto de pegatinas de flores—. Tengo pegatinas.

Así, sin más, se me derrite el corazón. Lo está haciendo mucho estos días.

De camino al vestíbulo, vuelvo a pasar por recepción. La mujer de mediana edad de antes sigue sentada allí, aunque esta vez es mucho más atenta y educada.

—¿Hay algo más que necesite de mí? —pregunto.

—No, Sra. Tasarov —dice—. Ya nos hemos ocupado de todo el papeleo. Puede irse.

Frunzo el ceño. —Pero no he rellenado ningún...

De repente, siento una mano en el hombro. Es grande y cálida, y me vuelvo a hundir en el tacto instintivamente.

—Adrik —respiro antes incluso de darme la vuelta—. ¿Cómo...?

Adrik me da la vuelta y me abraza. —Estaba arriba con mi padre. Las enfermeras me dijeron que estabas aquí. ¿Por qué no me llamaste?

—No quería molestarte. Estabas ocupado.

Me agarra por los hombros y me aleja de él. —La próxima vez, llámame —gruñe—. Juré que las mantendría a salvo. Lo dije en serio.

Quiero discutir con él. Puedo manejar esto por mi cuenta. Lo *hice* por mi cuenta.

Pero Dios, se siente tan bien tenerlo a mi lado de nuevo. Tener a alguien en quien apoyarme.

Así que dejo que la discusión muera en mis labios. En lugar de eso, aprieto mi cara contra su pecho e inspiro profundamente. Inspiro profundamente en *su* pecho. —Gracias.

EMERY

Cuando bajamos a cenar, Isabella es una chica nueva.

—Quiero tarta —proclama en voz alta desde el asiento del elevador—. Y refresco. ¿Puedo tomar refresco?

—Agua o leche —le digo—. No deberías tomar bebidas azucaradas ahora. No es bueno para tu infección.

Arruga la nariz. —Estoy bien. Lo ha dicho el médico.

—Y el médico también dijo leche y agua —respondo con severidad—. Sin discusiones, ¿bien?

Me doy cuenta de que quiere discutir. Tiene cara de testaruda, los orificios nasales abiertos y los dientes enseñados. Pero entonces ve a Adrik a mi lado y suspira. —Bien, mamá. Pero, ¿puedo comer tarta?

El elevador se detiene en la base de la escalera. Adrik desata a Isabella y la traslada a su silla de ruedas.

—Eres una difícil negociadora —le dice—. Tienes un talento natural.

—No la animes —siseo.

—Por favor —canta Isabella—. Por favor, ¿puedo comer pastel?

—Si te comes toda la cena, entonces... bien —concedo—. Puedes comer pastel.

Isabella lanza un grito de triunfo. —¡Sí!

—¿Y yo qué? —dice una voz burlona desde el fondo del pasillo—. Si me como toda la cena, ¿puedo comer tarta también?

Me doy la vuelta y veo a un hombre que solo puede ser el hermano de Adrik. Tienen el mismo pelo oscuro y los mismos ojos azul cerúleo. La misma postura arrogante.

Pero, donde Adrik es ancho, Yasha es delgado. Enjuto, pero con una especie de energía cinética latente, como una serpiente que pudiera arremeter en cualquier momento. Se me pone la piel de gallina.

—Termina tus verduras y puede que incluso te den un trago con lo bueno —le contesta Adrik

bromeando.

Me he acostumbrado más a esta faceta suya, cómoda y burlona. Pero escucharlo con su hermano lo lleva a otro nivel.

Adrik quiere mucho a su hermano. Es obvio desde el momento en que los veo juntos.

—Eso *sí* que es motivación —Yasha sonríe. Es una sonrisa sin esfuerzo, y me pregunto qué había en él que me daba escalofríos en primer lugar. No queda rastro de esa vibra inquietante. Es encantador, de verdad.

Se da la vuelta, mirando hacia el pasillo. —¿Dónde se ha metido mi mujer?

—¡Estoy aquí, estoy aquí!

Una mujer alta y rubia aparece por la esquina.

En realidad, eso no es del todo exacto: la barriga embarazada de una mujer alta y rubia aparece por la esquina, seguida de la propia mujer. Lleva un mono de color canela y el pelo liso, elegantemente cortado por encima de los hombros.

Me sonríe. Al igual que Yasha, es el tipo de sonrisa que encontrarías en la cara de un amigo que no has visto en mucho tiempo. —Tú debes ser Emery.

Adrik se interpone entre nosotros. —Emery, este es mi hermano, Yasha, y su esposa, Veronika.

Le tiendo la mano. —Encantada de conocerlos a los dos.

Yasha me aparta la mano. —¿Estamos en el juzgado o algo así? —se ríe—. Ahora somos una familia. Las familias se abrazan.

Antes de que pueda discutir, me estrecha en un fuerte abrazo.

Por un segundo, estoy demasiado aturdida para corresponderle. Mis brazos cuelgan inútilmente a los lados. Pero entonces, recupero el sentido y le devuelvo el abrazo a Yasha.

—Típico de Yasha —murmura Veronika a Adrik—. No puedo llevarlo a ningún lado.

Yasha lleva una camisa oscura de manga corta. Tiene los brazos dos veces remangados. Veo los zarcillos de tinta de un tatuaje, un atisbo de bíceps nervudo.

Y entonces, abajo, en su antebrazo, veo algo que hace que mi corazón empiece a palpitar dolorosamente.

Ba-bom.

Ba-bom.

Cada latido es como un martillo que golpea mis costillas. Todo mi esqueleto tiembla con él.

Se me revuelve el estómago y siento náuseas. Es casi como si estuviera en una de esas montañas rusas de un parque de atracciones y el mundo entero se me cayera encima.

Inhalo bruscamente. Yasha se aparta, con la preocupación dibujada en su rostro. —Lo siento. No quería aplastarte. Solo estoy emocionado por conocer por fin a la nueva esposa de mi hermano.

Me siento mareada, pero hago lo que puedo para asentir y sonreír.

Yasha se vuelve hacia Adrik y pasa un brazo alrededor de los hombros de su hermano. Al hacerlo, veo mejor la mancha en el costado de su brazo.

Es una cicatriz queloide. Una mancha oscura de piel levantada en una línea irregular por el interior de su antebrazo.

Y la he visto antes.

Recuerdos reprimidos que ni siquiera sabía que tenía vuelven a mí como una película de la que no puedo escapar.

Veo un pecho desnudo que se cierne sobre mí, con los brazos apoyados a ambos lados de mi cuerpo.

Y la cicatriz... la veo recorriendo el brazo del desconocido. La siento bajo las yemas de los dedos cuando intento apartarlo, alejarlo de mí.

Quiero gritar, pero su mano me tapa la boca.

—No digas una palabra, niñita. No digas una puta palabra.

Se me saltan las lágrimas. Me trago el pánico.

—¿Emery?

Parpadeo y vuelvo al presente. Adrik me está mirando. Su ceño está fruncido con preocupación. —¿Estás lista?

Hace un gesto hacia el pasillo por el que caminan Yasha y Veronika. Isabella rueda entre ellos, ya hablando hasta por los codos.

—Sí, claro —sacudo la cabeza—. Lo siento, es que... me he mareado.

—¿Estás bien?

Asiento. —Estoy bien. Sí, vamos... vamos a comer. Estoy lista.

Camino junto a Adrik, pero bien podría ser sonámbula. Apenas siento que mis pies tocan el suelo.

Yasha ayuda a Isabella a subir a la mesa cuando entro en el comedor. Le sonríe.

Hay algo en él que me resulta familiar.

Se parece a su hermano, sí. Pero... es más que eso.

Es el arco de su labio superior. La estrecha inclinación de su nariz y la forma en que se curva al final. Tardo un momento en verlo, pero, cuando lo hago, casi me derrumbo.

Se parece a Isabella.

—¿Seguro que estás bien? —murmura Adrik.

Asiento como una loca. —Estoy bien. Estoy bien.

Quizá, si sigo diciéndolo, se convierta en verdad. Porque ahora mismo no estoy bien. Estoy por enloquecer.

Literalmente.

No puede ser él. No puede ser, no puede ser, no puede ser.

Estoy loca por incluso considerarlo. Acabo de conocer al hombre hace treinta putos segundos, ¡por el amor de Dios! ¿Cómo puedo estar ya sacando conclusiones tan horripilantes?

—Así que vamos a escucharlo: ¿cómo te trata el matrimonio, hermano? —pregunta Yasha—. ¿Es todo lo que pensaste que sería?

Adrik sacude la cabeza. —Es... tolerable.

—Es el mayor elogio que he oído cruzar tus labios —Yasha se ríe, y otro flashback se apodera de mí.

Estoy tumbada de lado en una cama extraña. El aire frío corre sobre mi piel desnuda. Un hombre está de pie junto a la cama. Tiene el pelo oscuro y una cicatriz en el brazo derecho.

Está al teléfono y... se ríe.

La risa de Yasha es una y la misma.

Cierro los ojos con fuerza, intentando expulsar el recuerdo.

—¿Qué hay de ti, Emery? —pregunta Yasha—. ¿Hay algo que quieras compartir sobre la vida de casada?

Lo miro. La habitación nada.

Adrik me sonríe, pero, cuanto más lo miro, más parecen inclinarse las comisuras de sus labios. La expresión se vuelve siniestra.

Y de repente, estoy convencida de que Adrik sabe lo que me hizo su hermano.

Quizá fue una coincidencia que me presentara en su casa esa noche con Malcolm Waters. ¿Pero todo después de eso? ¿La propuesta y la forma en que Adrik es tan dulce con Isabella? Nunca tuvo sentido para mí. Esto pondría todo en perspectiva.

Lo sabe. Lo sabe, maldición.

La noche que conocí a Adrik y me llevó a su despacho, su hermano llamó a la puerta.

Adrik me dejó sola mucho tiempo y, cuando volvió, me propuso matrimonio.

Tal vez Yasha me reconoció. Tal vez le dijo a Adrik lo que pasó. Y... mierda, no sé, Adrik quiere cuidar de su familia de una manera no villana.

Esa es la versión bonita de las cosas. Luego está la otra versión.

El que todo esto es una estratagema para arrebatarme a Isabella y causarme el máximo daño en el

proceso. Ella es su sangre, después de todo. Me la quitó antes.

Respiro hondo, estremeciéndome. *Respira, Em*. Aún no sé nada con certeza.

—¿Emery? —presiona Adrik, inclinándose hacia adelante.

Me fuerzo a sonreír y me pongo de pie. —Lo siento. Ha sido un día de locos y... lo siento. Acabo de recordar que tengo que darle a Isabella su medicina.

Yasha y Veronika parecen preocupados. No parecen monstruos. Adrik no parece alguien capaz de...

—¡Oh, no! —dice Veronika, mirando a Isabella—. ¿La princesita no se siente bien?

Ignoro su preocupación. —Está bien. Solo tengo que cumplir el horario. ¿Nos disculpan?

Isabella tiene los ojos muy abiertos mientras mira de Adrik a Yasha y Veronika. A la chica le encantan las fiestas. Tiene puesto su vestido de lujo, a punto de comer comida y pastel. Por supuesto que no quiere irse.

—Podemos tomar la medicina aquí —protesta—. Tráela y yo esperaré.

Sacudo la cabeza. —No. Tú ven conmigo. Volveremos enseguida.

Abre la boca para discutir, pero me inclino hacia ella con la voz baja. —Necesito que vengas conmigo. Sin discusiones, ¿vale?

Intento sonar ligera, normal, igual que cuando negociábamos el postre.

Pero también necesito que Isabella sepa que no es momento de discutir. Intento infundir a mis palabras algo de la gravedad que siento.

Porque, si Isabella y yo no salimos juntas de esta habitación, una parte de mí siente que nunca la volveré a ver.

Los hombros de Isabella se hunden. —Bien.

Da marcha atrás y se aleja de la mesa. Apenas resisto el impulso de agarrarme a las asas y salir corriendo de la habitación.

—Volveremos enseguida.

Ni siquiera puedo mirar a Adrik a los ojos. Si lo hago, verá la verdad. Verá el pánico en mis ojos, y me detendrá antes de que pueda...

Ni siquiera sé lo que voy a hacer.

En cuanto estamos en el pasillo, siento que puedo respirar un poco mejor.

Pero dudo. A la derecha, subiremos a nuestras habitaciones.

A la izquierda, hacia las puertas principales, y hacia la libertad.

—¿Por qué estás quieta, mamá? —pregunta Isabella—. Estás como una estatua.

Me doy la vuelta y la miro. Sus grandes ojos azules me devuelven la mirada. Inocentes, curiosos, puros.

Ahora es tan fácil ver los rasgos que comparte con los Tasarov. No puedo creer que haya tardado tanto en darme cuenta. Pero, de nuevo, nunca pensé... nunca habría imaginado...

Todo lo que veo cuando la miro es a Isabella. *Mi* Isabella.

Mía, no suya.

Desde el momento en que nació, ha sido lo más hermoso del mundo para mí. El alma más dulce que moriría por proteger.

Y nadie se la va a llevar.

Me agacho y beso su frente. —Olvidé a dónde iba.

—Ya tomé mi medicina —dice—. La cosa rosa que me dio el médico no sabía a chicle. Era asquerosa. No quiero más.

—No tienes que tomar más —le digo—. Solo ven conmigo, ¿vale? Todo irá bien.

Respiro hondo, esperando no estar mintiéndole.

Entonces, giro a la izquierda.

Hacia las puertas delanteras, y lejos de mi falso marido.

Hacia la libertad, y lejos del monstruo que me violó.

ADRIK

Emery se ha ido hace diez minutos.

Parecía fuera de sí en cuanto llegamos a cenar. Estaba pálida y distraída. Lo atribuí a que Isabella estaba enferma y al largo día, pero empiezo a sospechar.

—¿Deberíamos preocuparnos? —Yasha pregunta, comprueba su reloj—. Tu esposa se ha ido por un tiempo.

—No la vigilo —digo bruscamente.

Yasha resopla. —¿A quién intentas engañar? Tú vigilas a todo el mundo. El Gran Hermano siempre vigila —mira dramáticamente alrededor de la habitación, buscando cámaras. Como si fuera a hacerlas lo suficientemente obvias como para ser descubiertas.

Es tan descuidado, tan inocente. No sabe lo que es tener la vida de otros en tus manos. Emery, Isabella, Yasha, cada uno de mis hombres y sus familias, mis enemigos y sus familias... es una lista que se alarga hasta el infinito.

Y tengo que ser consciente de todo eso.

Yasha debería saberlo mejor que nadie. Cuido de él tanto como cualquiera, y por una buena razón.

Porque érase una vez, cuando el Gran Hermano no vigilaba, un monstruo se coló. Veronika le da un codazo a Yasha y le frunce el ceño. Luego se gira para sonreírme.

—Si Isabella no se siente bien, podemos reprogramar.

—Isabella fue una parlanchina habitual —dice Yasha—. Emery probablemente se está preocupando por nada, ¿verdad, Adrik?

—Estuvo en el hospital esta tarde —le explico. Los ojos de Veronika se abren de par en par, pero no le hago caso—. Era una infección de vejiga. Le dieron antibióticos, pero toda la experiencia ha conmocionado a Emery. Seguramente la está revisando.

Veronika se vuelve hacia Yasha. —¿Sabías de esto? Lo habría reprogramado si lo hubiera sabido.

—Y habría reprogramado si fuera necesario —interrumpo—. Emery está emocionada por

conocerlos a los dos.

—¿Le contaste todo sobre mí? —Yasha se burla.

No tiene ni idea de cuánto le conté. A Yasha no le gusta hablar de su pasado. Comprendo por qué. Mucha gente vería lo que le pasó como una debilidad, un defecto de carácter.

—Ya le he dicho bastante —digo vagamente—. Tal vez por eso se fue. Probablemente vio todo lo que necesitaba ver.

Yasha suelta una carcajada y pasa el brazo por encima del respaldo de la silla de Veronika. Esta noche lleva una camisa de manga corta. Puedo ver la marca en el interior de su brazo.

La cicatriz se ha ido alargando a medida que él crecía. Cuando se la hizo por primera vez, más bien, cuando yo se la hice por primera vez, era una raja pequeña y fina, apenas visible. Ahora está más nudosa, como la raíz de un árbol.

Mi pecho se agita con el tipo de emociones que normalmente guardo bajo llave. Los niños son tan jodidamente inocentes. Hice muchas cosas a mucha gente, pero solo un monstruo haría daño a un niño.

Y Pietro Volandri es un monstruo.

Incluso ahora, diez años después, mi mano se aprieta alrededor de mi vaso al pensar en él. Tengo que obligarme a soltarlo antes de hacerlo añicos.

Me aclaro la garganta y vuelvo a sentarme en la silla, intentando sacudirme la oscura nube que se cierne sobre mi cabeza.

Ojalá Emery se diera prisa en volver. Cuando está cerca es más fácil olvidar toda la mierda que tengo en la cabeza. El día de nuestra luna de miel fue la primera vez en más de una década que me sentí en paz.

Nací para ser Jefe. Es para lo que he trabajado toda mi vida. Pero todo el mundo necesita un respiro.

De alguna manera, Emery se ha convertido en el mío.

Miro hacia la puerta. Cuando lo hago, Yasha silba. —Ni de coña.

—¿Qué?

—Te gusta —dice.

Frunzo el ceño. —¿Te refieres a Emery?

—No, me refiero al gato de la casa —pone los ojos en blanco—. Sí, por supuesto que me refiero a Emery. En realidad, te gusta.

—¿Qué tiene eso de extraño? —dice Veronika—. Es su mujer.

—Eso no significa nada —Cuando Veronika lo golpea en la nuca, Yasha levanta las manos en señal de rendición—. Me gusta mi mujer, obviamente. Porque es una verdadera delicia en todos los sentidos, y mi vida está infinitamente bendecida por su presencia.

Veronika levanta la barbilla. —Gracias. Así está mejor.

—Pero —continúa Yasha—, no creí que Adrik siguiera el camino tradicional. Especialmente no con la estipulación de papá. Sin embargo, aquí estamos. ¿Cómo sucedió?

Pongo los ojos en blanco. —No le demos importancia.

—Demasiado tarde. Es un hecho —dice Yasha—. Estás enamorado de tu mujer.

—Déjalo en paz —dice Veronika—. Estás siendo un imbécil.

Yasha se inclina hacia delante, con esa sonrisa salvaje dibujada en su cara. —Solo digo...

—Pues no lo hagas —interrumpo con un gruñido feroz que hasta Yasha sabe que significa que se calle.

Me pongo de pie y alejo mi silla de la mesa. —Voy a buscar a Emery y traerla de vuelta.

Antes de que pueda dar un paso, se abren las puertas del comedor.

—O tal vez allí est... —Me giro y veo a Stefan de pie. No es Emery. Tiene el ceño fruncido, los ojos oscuros y fijos en mí.

Algo va mal.

—¿Qué pasa? —exijo.

Mi primer pensamiento es Isabella. Empeoró. Está enferma otra vez. Tenemos que llevarla al hospital.

O tal vez Emery está enferma. Tal vez por eso parecía tan fuera de sí. O tal vez...

—Se han ido.

Parpadeo, sorprendido por un momento. —¿Qué coño quieres decir con que se han ido? —escupo—. ¿Quién se las llevó?

Desde que Emery e Isabella se mudaron, he colocado más cámaras alrededor del perímetro del complejo. He tenido a mis espías reuniendo toda la información posible sobre los Volandris y sus movimientos. Este lugar es una maldita fortaleza.

O eso creía yo.

Stefan sacude la cabeza. —No, quiero decir, no es... nadie se las llevó. Emery se fue. Por su cuenta.

Oigo la silla de Yasha raspar el suelo mientras se levanta. —¿Qué está pasando, Adrik?

Stefan suspira y se frota las sienes. —Tenía hombres apostados en las puertas, pero era cambio de turno y ella estaba en tu coche. La dejaron pasar sin registrarla.

Con un rugido, me doy vuelta, cojo la silla, la levanto por encima de la cabeza y la estrello contra el suelo de madera. La silla estalla en pedazos, y los trozos de madera rebotan en todas direcciones. El crujido resuena en todo el comedor, como un trueno.

Luego, sin decir nada más, me doy la vuelta y salgo furioso de la habitación.

ADRIK

—No puedes entrar ahí solo —dice Stefan, mirando la imagen del motel en la pantalla de mi ordenador—. Podría ser una trampa.

Deslizo mi pistola en la funda bajo la cintura. —Por eso llevo un arma.

Resopla. —¿Tú y una pistola contra toda la mafia Volandri? Eso saldrá bien.

—No sabemos si está... —vuelvo a respirar hondo. He necesitado hacer eso muchas veces en la última hora—. Que Emery esté trabajando para los Volandris es una teoría.

—Nuestra mejor teoría —insiste—. Hay que admitir que tiene mucho sentido.

Stefan lo ha explicado todo varias veces. Oigo lo que dice, pero me niego a creerlo.

Emery no es tan buena actriz. Nuestra luna de miel, y los días después, eso no era una actuación. De ninguna manera.

—Todo el personal cuchicheaba sobre ustedes dos follando como conejos por toda la casa —dice Stefan. Cuando le lanzo una mirada, levanta las manos—. No juzgo. Yo en tu lugar también aprovecharía las ventajas del matrimonio. Pero no sé... quizá perdiste un poco de vista la misión. Tu padre se enfermó, lo que fue una bola curva. Y no serías el primer hombre que se distrae con un buen coño. Créeme.

—No me distraje —digo bruscamente—. Confié en mis instintos. Parecía auténtica. Cuando nos fuimos de luna de miel, tenía mis dudas. Pero se ganó mi confianza.

—Tus instintos suelen ser sólidos como una roca.

—Y no tenemos motivos para creer que no lo sigan siendo —digo secamente.

Stefan asiente, obviamente no convencido. —Vale, bien. Digamos que tienes razón. ¿Qué viene después?

Levanto las llaves y vuelvo hacia la puerta. —Voy a ocuparme de esta mierda yo mismo. No me esperes levantado.

Me sigue hasta la salida. —Al menos déjame ir contigo. Deberías tener refuerzos.

Ignoro su petición. —Volveré pronto con Emery e Isabella.

Se queja cuando me alejo de él, pero no intenta detenerme. Sabe que no funcionaría. Necesito hacer esto solo.

Si Stefan tiene razón y Emery está trabajando con la mafia Volandri y la dejé entrar en mi casa, entonces soy el puto tonto que permitió que un espía se acercara a mí de nuevo.

Y, si ese es el caso, entonces soy yo quien tiene que limpiar el desastre.

El déjà vu se instala en mí cuando entro en la autopista. No es la primera vez que tengo que subirme a un coche para localizar a una novia traidora a la fuga.

Solo puedo esperar que esta noche termine de forma diferente a la anterior.



SEGÚN EL GPS, el motel está a menos de una hora. Llego en treinta minutos.

Cuando llego al edificio de dos plantas en ruinas, ya es de noche. Hay unos cuantos coches en el aparcamiento, pero el que llama mi atención es negro y está aparcado en la última fila. Está claro que Emery intentó esconderlo detrás de un gran contenedor azul para ocultarlo de la carretera, pero tendrá que hacerlo mucho mejor si quiere ocultarme mi propia mierda.

El vestíbulo está en un edificio aparte, a un lado. La fachada es totalmente de cristal, y las luces fluorescentes amarillas brillan a través de las persianas baratas como un cazabichos.

Me detengo frente al vestíbulo y atravieso la puerta metálica. Un timbre anuncia mi llegada.

—Bienvenido al Priority Inn —zumba el hombre tras el mostrador—. ¿Tiene una reserva?

—No estoy aquí para quedarme.

Levanta la vista de la pantalla del ordenador donde juega al Solitario. —Entonces, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito saber en qué habitación se aloja Emery Tasarov. O Montague. O... —hago una mueca—. No sé qué puto nombre usó, pero una mujer rubia y una niña en silla de ruedas entraron aquí esta noche. Necesito saber en qué habitación están.

Inmediatamente, sé que la vió. Los hombros del hombre se tensan. Traga saliva. —Lo siento, señor. No puedo dar ese tipo de información.

Suspiro y me crujo los nudillos. —Te lo preguntaré una vez más —le digo—. ¿En qué habitación está?

Sacude la cabeza. —No sé lo que pasa entre ustedes dos. Pero no me pondré en medio. Aquí en el Priority Inn, la privacidad de los huéspedes es importante para nosotros. No sacrificaré esa confianza para…

Saco mi pistola y la aprieto contra la frente del hombre. —Te sugiero que hagas de “sobrevivir a la noche” tu nueva prioridad.

Traga saliva y asiente lastimosamente.

—Llévame a su habitación —ordeno—. Ahora.

El hombre coge lentamente un juego de llaves de la pared y rodea el escritorio. —Tranquilo, amigo, ¿bien? Estoy cooperando. No hace falta que me apuntes con la pistola.

—¿Qué tal si cierras la puta boca y haces lo que te pido?

—Sí, sí, totalmente —Asiente como un muñeco, apestando a sudor de miedo—. Eso está bien, también.

El hombre atraviesa las puertas principales y sale a la acera. Toma una escalera en el lateral del edificio que lleva al segundo piso, y luego baja hasta una puerta en el centro. La número 71. Veo una luz encendida a través del pequeño hueco entre las cortinas.

—Toca —le digo.

Se tambalea, claramente indeciso. —Por favor, hombre, solo déjame volver a la oficina, y...

Aprieto el arma contra su espalda. —Llama y di que eres de mantenimiento. Ahora.

—Maldición —refunfuña el pobre desgraciado en voz baja. Luego llama a la puerta tres veces. Me pongo de lado, fuera de la vista de la mirilla.

—¿Hola? —la voz de Emery viene del otro lado de la puerta. No se mueve para abrirla.

Chica lista. Me está esperando.

—¿Señorita Smith? —la voz del empleado es temblorosa, pero es lo suficientemente convincente. O mejor que lo sea. No tengo ganas de patear una puerta en este momento—. Soy de la oficina principal.

—¿Qué necesitas? —pregunta.

Me mira como si esperara que tuviera en la mano los putos apuntes. Entrecierro los ojos.

—M… mantenimiento —suelta—. Um, estoy aquí por algo de... mantenimiento.

Debería disparar al pobre cabrón ahora y acabar con su miseria. Es un inútil.

—Es tarde —dice Emery—. ¿Puedes volver por la mañana después de que nos vayamos? La habitación está bien.

—Gas —gruño en un violento susurro—. Fuga de gas.

—Hay una fuga de g… gas —dice el hombre—. Necesito comprobar el... gas.

Silencio. Maldita sea.

Sacudo la cabeza y empiezo a maquinar otra forma de entrar cuando, de repente, oigo el ruido metálico del cerrojo deslizándose desde el interior.

La puerta se abre ligeramente. Un rayo de luz atraviesa el cemento. Entonces, aparece su rostro.

—¿Hay una fuga de gas en nuestra habitación? —pregunta—. ¿O en el edificio?

El hombre sacude la cabeza, con la boca abierta inútilmente. —Um... bueno, yo no...

Me mira. Pongo los ojos en blanco, doy un paso adelante y lo empujo. Intenta escapar hacia las escaleras, pero lo agarro por la camisa y lo mantengo sujeto a mi lado.

Satisfecho de que no vaya a ninguna parte, me dirijo a mi mujer.

—¿Me echas de menos? —gruño con maldad.

Emery jadea y se tensa como si fuera a cerrar la puerta de un portazo, pero le enseño la pistola. —No montemos una escena —canturreo.

—Adrik —susurra—. Por favor.

—"Por favor" ya no funcionará, *kiska* —le hago señas para que retroceda—. Abre la puerta. ¿Isabella y tú están solas?

Ella frunce el ceño. —Sí, estamos... ¿Por qué no estaríamos solas?

—¿Por qué estarías aquí? ¿Por qué te escabullirías de mi casa sin decir una puta palabra? —me inclino hacia delante—. ¿Cómo coño voy a saber lo que te traes entre manos?

Mira hacia atrás y supongo que está vigilando a Isabella. Pero, por lo que sé, podría tener detrás a media mafia de Volandri.

—No quieres disgustar a Isabella. Así que sé una buena chica y haz lo que te digo.

La barbilla de Emery vacila mientras lucha contra las lágrimas. —No eres el único que no sabe lo que está pasando —sisea—. Yo también tengo preguntas, y no me iré hasta que....

Es oficial. Se me ha acabado la paciencia.

Apunto la pistola a la cabeza del dependiente una vez más. Maúlla como un gato callejero. Cobarde repulsivo.

—Haré un trato contigo —gruño—. Por cada pregunta que hagas, aprieto el gatillo.

El empleado ahoga un sollozo. —Por favor. Lo siento, Sra. Smith. Por favor, por el amor de Dios, no haga preguntas.

Golpeo el cañón contra su sien. —Es la Sra. Tasarov para ti.

Luego me vuelvo hacia Emery y sonrío. —Bueno, ¿qué va a ser, cariño? ¿Tienes alguna pregunta más o estamos listos para irnos?

Emery gimotea y abre la puerta de golpe. —Bien. Maldición, no dispares. Ya vamos.

Asiento con recelo. —Buena chica.

EMERY

Isabella está tan cansada que no se pregunta por qué dejamos el motel ni a dónde vamos. Pero parece aliviada cuando ve a Adrik.

Ojalá pudiera sentir lo mismo.

En el coche, la rabia se desprende de él en oleadas palpables. Incluso cuando no tiene una pistola apuntando a la cabeza de un hombre inocente, estoy demasiado nerviosa para decir algo o hacer preguntas.

Sobre todo, porque ahora mismo no estoy segura de querer respuestas.

Paramos delante de la casa. Parece más ominosa que antes. Como si las ventanas me estuvieran mirando y juzgando.

Veo cómo Stefan baja los escalones y abre la puerta trasera.

—Espera —digo cuando el elevador empieza a moverse—. Quiero... ¿Puedo acostar a Isabella?

Por última vez. Es el pensamiento que cruza mi mente. Intento desterrarlo.

Adrik me ignora y se vuelve hacia Stefan. —Llévala a su habitación.

Stefan asiente y lleva a Isabella dentro. Veo sus piernecitas colgando de su brazo mientras suben las escaleras.

—¿Qué va a pasar? —las palabras son apenas un susurro. Ni siquiera lo suficiente para empañar el cristal—. ¿Qué vas a hacer?

Me doy la vuelta. Adrik sacude lentamente la cabeza. —¿Sigues con la farsa?

—¿Qué significa eso?

Se burla. —Nunca hubiera adivinado que hacerte la tonta era una actuación. Se te da tan bien.

—¿Qué demonios estás...?

En un instante está al otro lado del coche, con la mano en mi mandíbula. Tiembla de furia, pero sus palabras son extrañamente tranquilas. —Ya no puedes hablar. ¿Me entiendes?

—Pero...

Aprieta más fuerte. Siento que se me va a romper la mandíbula. —Maldita sirena —respira—. Tentadora. Lo predije, ¿verdad? Lo sabía. Lo sabía, maldición.

Parpadeo, demasiado aterrorizada para hablar.

Finalmente, Adrik suelta mi mandíbula y se deja caer de nuevo en el asiento del conductor con cansancio. —¿Nada que decir? Pues quién lo diría. Mira quién aprendió por fin a escuchar.

Sale del coche y camina hasta mi lado, abriendo la puerta de un tirón. Me aterroriza lo que viene a continuación. Me tiembla tanto el cuerpo que me cuesta mantenerme en pie, pero me las arreglo para levantarme.

Me empuja hacia la casa. Lo sigo dentro.

Camina unos pasos por delante de mí, sin molestarse siquiera en darse la vuelta. Sabe que no tengo a dónde huir. Acaba de demostrarlo siguiéndome al motel. No hay ningún lugar al que no pueda ir, ningún lugar al que no pueda llegar.

Avanzamos en silencio por la casa hasta llegar a lo que parece el final de un pasillo. El mismo lugar en el que estábamos con Diane cuando se dio cuenta de la puerta secreta incrustada en la pared.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

Adrik se da la vuelta y me agarra bruscamente por la parte superior del brazo. Me empuja y me lleva hacia la puerta.

—Dijiste que eran las dependencias del personal —digo, clavando los talones en la alfombra—. Pero estabas mintiendo. ¿Qué hay aquí abajo?

—Estás a punto de descubrirlo.

Utiliza una llave que nunca había visto antes para abrir la puerta y luego la empuja, revelando una oscura escalera que baja.

Adrik da los pasos con confianza, incluso en la oscuridad, pero yo tropiezo. Lo único que me mantiene en pie es su fuerte agarre en mi bíceps.

—Por favor. Por favor, no... —mi susurro resuena en las paredes de piedra. Y de repente me doy cuenta de que solo puedo pedir una cosa. Solo una cosa que realmente importa—. Por favor, no lastimes a Isabella.

Si Adrik y Yasha conspiraron juntos para robar a Isabella, espero que eso signifique que la cuidarán. Que la amarán.

Si tengo que sufrir para que ella viva, lo haré mil veces más. Solo quiero que esté a salvo.

Adrik se detiene de repente. Al principio, creo que es por lo que dije. Pero entonces se enciende una tenue luz amarilla sobre mi cabeza y veo que estamos en la base de la escalera.

Sin soltarme, Adrik utiliza la otra mano para desbloquear una puerta metálica que hay detrás de mí. La abre de un tirón y, antes de que pueda entender lo que ocurre, me empuja dentro.

Retrocedo dando tumbos. La única razón por la que no me caigo de culo es porque antes me

golpeo contra un muro de piedra. Me deja sin aliento.

—¡No! —jadeo, lanzándome hacia delante justo cuando Adrik cierra de golpe la puerta de la jaula.

Porque eso es lo que es: una jaula.

—¡No puedes dejarme aquí! —siento que se me cierra la garganta de pánico. Nunca me consideré claustrofóbica, pero es porque nunca estuve atrapada así—. No puedes...

—En realidad, puedo hacer lo que me dé la puta gana —escupe Adrik. Su apuesto rostro aparece entre los barrotes. Incluso ahora, no puedo negar que es hermoso. Hermoso pero inalcanzable, como la aurora boreal—. Tienes suerte de seguir viva.

—¿Por qué? —sollozo—. ¿Por qué no terminarlo?

No es que quiera convencerlo de que me mate, pero si su plan era llevarse a Isabella... ¿qué utilidad podrían tener aún para mí?

—La misma razón por la que Isabella estará a salvo conmigo —dice Adrik, retrocediendo, con el dedo rondando el interruptor de la luz—. Porque yo no soy el monstruo de esta historia.

Entonces, acciona el interruptor y me pierdo en la oscuridad.

EMERY

Es imposible mantener el tiempo aquí.

No hay ventanas, no hay grietas en los cimientos, no hay forma en absoluto de que me llegue ni una pizca de luz diurna.

Podrían haber pasado días. U horas. Pero una parte de mí piensa que solo pasaron minutos desde que Adrik estuvo frente a mí.

Todavía puedo olerlo. Cuando miro lo suficiente a través de los barrotes de mi prisión, juro que puedo ver su sombra allí, observándome.

Mis ojos se adaptaron ligeramente a la penumbra durante la primera hora, pero todo sigue siendo un gris confuso. De vez en cuando, agito la mano delante de la cara para asegurarme de que no estoy completamente ciega. Mis dedos se agitan ante mis ojos como si los viera a través de agua sucia.

Así que, cuando un rayo de luz atraviesa el hueco de la escalera e ilumina la pared de piedra frente a la puerta de mi celda, es tan repentino y cegador que grito.

Mi corazón retumba en mi pecho, mi adrenalina se dispara, preguntándome qué vendrá después.

Pero no puedo mirar. Hay demasiada luz.

Entierro la cara entre los brazos, con los ojos llorosos en la manga. —¿Quién está ahí? —digo con voz ronca.

Dios, tengo sed.

—¿Hola?

Es extraño oír mi voz, o cualquier voz, en realidad, resonando en las paredes. No dije una palabra desde que Adrik me dejó. No era necesario. Obviamente estoy sola aquí abajo. De eso se trata.

Unos pasos bajan suavemente las escaleras.

Levanto la cara y parpadeo rápidamente ante la luz, intentando que mi vista se adapte. Pero es como intentar adaptarse a estar ardiendo. Me arden los ojos.

—Maldición —gimo, secándome las lágrimas que ruedan por mis mejillas—. ¿Quién es?

—¿Quieres callarte? —sisea una voz.

No es Adrik. Ya lo sé.

Lo supe incluso antes de que la persona hablara. Adrik está muy feliz de dejarme aquí y olvidarse de que existo. No le importa lo que me pase. A la persona que habló *le importa*, de alguna manera que no puedo determinar.

—¿Quién es? —vuelvo a preguntar, con la voz un poco más suave.

De repente, una forma oscura se aprieta contra los barrotes de mi jaula. La luz sigue siendo tan cegadora que no puedo distinguir ningún rasgo. Mis ojos solo ven en los extremos, negro profundo o blanco brillante.

—¿Quién es...?

—Es Rurik.

—¿Qué haces aquí? Pensé que tú... —no estoy segura de lo que pensé que le había pasado. No lo vi desde la última vez que Adrik me encerró. Aunque prefería esa vez. Al menos tenía una cama y una bañera. Los buenos viejos tiempos.

—Después de intentar ayudarte, Adrik me dejó claro que debía mantener las distancias —explica.

—Entonces ¿por qué estás aquí ahora? —me alejo como si hubiera algún lugar a donde ir—. ¿Te envió Adrik?

—No —casi se ríe, pero lo mata rápidamente—. No, pero yo... he oído dónde te puso. No... no parece correcto.

No tengo ni idea de por qué Rurik se preocupa por lo que me pasa. Adrik parecía pensar que era un enamoramiento de colegial, y tal vez lo sea. Pero no estoy por encima de usar eso para conseguir lo que quiero. Lo que necesito.

Y eso se reduce exactamente a dos cosas.

Salir de esta celda.

Ver a mi hija.

—¿Puedes sacarme? —susurro, dando un paso hacia la luz.

Debo verme tan mal como me siento, porque los ojos de Rurik se abren de par en par. —Mierda —sacude la cabeza—. No. No tengo llave. Pero... mierda. Aunque pudiera dejarte salir, Adrik me mataría. No, en realidad, me torturaría tanto como pudiera soportarlo. Luego me mataría.

—Nunca lo contaré. No importa lo que haga para sacarme respuestas, nunca...

—No hagas promesas que no estás dispuesta a cumplir —interrumpe Rurik—. Nunca has visto un interrogatorio Bratva.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Cualquier cosa —respiro, rodeando la barra con una mano—. Cualquier cosa que puedas hacer o darme. Cualquier cosa ayudaría.

Rurik rebusca en su bolsillo y saca un pequeño cuchillo. Lo entrega a través de los barrotes. —Yo tengo esto. Es...

—El abrecartas —giro el pequeño cuchillo de plata entre mis manos. Todavía puedo ver la débil mancha de carmesí seca. La sangre de Adrik, coagulada en la hoja.

—No es mucho, pero es algo —dice Rurik. Mira hacia las escaleras. Me doy cuenta de que se está poniendo nervioso. Cuanto más tiempo permanezca aquí, más probable es que lo atrapen—. Me gustaría poder hacer más, pero... lo siento. Es que... no puedo.

—Gracias, Rurik. De verdad.

Asiente y, con una última mirada, se da la vuelta y sube las escaleras.

Su sombra se proyecta a lo largo de la pared mientras asciende. La luz que haya encendido está arriba. En cuanto vuelva a cerrar la puerta, me veré sumida en la oscuridad.

Con los últimos segundos de luz que me quedan, paso la mano por la puerta metálica hasta encontrar el agujero de la cerradura. Aprieto el dedo índice justo cuando la puerta se cierra y la luz se apaga.

—Al menos ahora tengo algo que hacer —murmuro para mis adentros.

Saco la navaja del bolsillo y la encajo a ciegas en el agujero. Luego, empiezo a retorcerla sin delicadeza.

No tengo ni idea de cómo es la cerradura ni de lo sofisticada que es, y aunque la tuviera, no tendría la menor idea de cómo abrirla. Por lo que sé, estoy perdiendo el tiempo. Pero es mejor que estar sentada inútilmente en la oscuridad, esperando... bueno, no sé lo que estoy esperando.

Tampoco quiero imaginármelo.

Al cabo de un rato, me hago una idea de cómo es el interior de la cerradura. Me imagino los engranajes metálicos y los bombines en su interior, listos para ser colocados en su sitio. Y mi torpe tanteo se vuelve más sofisticado, más preciso. Introduzco el cuchillo en el agujero y pego la oreja al metal para escuchar un clic, un chasquido o algo parecido. Alguna señal de que lo he conseguido.

Pero, al final, no hay ningún sonido. Simplemente estoy sentada allí, girando el cuchillo en el agujero un segundo, y al siguiente, la puerta se está abriendo.

Ocurre tan de repente y tan silenciosamente que me caigo hacia delante cuando se mueve la puerta. Casi me caigo de bruces sobre el suelo de cemento.

—Maldición —susurro, quedándome totalmente inmóvil sobre las manos y las rodillas, sin acabar de creerme lo que he hecho—. Lo conseguí. Soy... soy libre.

Excepto que no soy libre. Ni mucho menos.

Estoy fuera de la jaula, pero, cuando vuelvo a subir las escaleras por las que me llevó Adrik, la puerta de arriba estará cerrada. Podría intentar forzarla también, pero, aunque eso funcionara milagrosamente, me atraparía la seguridad antes de llegar a la puerta principal.

Pero encuentro el interruptor de la luz al final de la escalera. Lo pulso y las tenues luces amarillas se encienden, iluminando las escaleras y el interminable pasillo.

—Al menos no moriré en la oscuridad —el sonido de una voz, incluso la mía, me ayuda a mantener la calma. Así que tarareo para mis adentros mientras vuelvo a bajar las escaleras y entro en el aire espeso y húmedo de lo que he estado llamando "el calabozo".

El tinte amarillo de las luces me da náuseas, pero también puede ser porque me salté la cena para intentar escaparme con Isabella.

—Fue mi idea tener esa cena. Pero habría conocido a Yasha eventualmente. Todo esto habría ocurrido en algún momento. No es culpa mía, pero...

Las cosas iban bien.

No puedo decirlo en voz alta porque duele demasiado. Pero es verdad. El matrimonio con Adrik era... agradable, a falta de una palabra mejor. Por un momento, tuve la esperanza de que las cosas funcionarían. Que haríamos que este matrimonio funcionara. Al menos por un tiempo.

—Eso te pasa por tener esperanza —murmuro.

—Oh, no lo sé —retumba una voz profunda a mi lado—. Creo que la esperanza es algo hermoso.

Me trago mi grito creciente, apenas, y me aprieto contra la pared de piedra. —¿Qué...? ¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Un hombre sale cojeando de la oscuridad de la celda contigua a la mía. Incluso en la penumbra, puedo ver años de heridas mal curadas y feas cicatrices retorcidas que se entrecruzan por su cara y sus brazos. Sus ojos están nublados, doloridos. Cuando sonríe, su boca está llena de dientes podridos.

—Soy Pietro —dice, llevándose una mano al pecho e inclinándose ligeramente en un movimiento que sugiere que vivió una vida muy diferente en algún momento—. Y tú eres la bendición que estaba esperando.

Parpadeo ante el hombre, demasiado aturdida para procesar lo que acaba de decir. —¿Quién eres?

—Pietro —repite—. Un compañero de prisión. Oí que te uniste a mis filas hace doce horas.

—¿Tienen un reloj por aquí?

Sonríe y se da golpecitos en la sien. —Contar mantiene mi mente fuerte. No tengo mucho más en qué ocupar mi tiempo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí abajo? —por su aspecto, por no hablar del olor, diría que... desde siempre. Pero no quiero decirlo.

—Ni siquiera yo sé contar tanto —se ríe—. Pero empecé a contar cuando te oí llegar.

—¿Por qué no dijiste nada?

Se encoge de hombros. —No servía de mucho si los dos estábamos atrapados aquí abajo. Pero ahora que eres libre... —hace sonar la puerta de su celda—. ¿Te importaría abrir la mía también?

Tiene las manos torcidas y deformes. La piel está plagada de marcas de quemaduras y cicatrices plateadas y dentadas. Más cicatrices que piel, en realidad.

—¿Por qué estás aquí abajo? ¿Qué te pasó?

—Adrik Tasarov mató a mi hermana —dice. Su voz se vuelve ácida.

—¿Y luego te encerró? —pregunto—. ¿Por qué haría eso?

—Porque el tormento emocional no era suficiente. También tenía que torturarme físicamente —dice—. Eso es lo que yo creo. Pero nadie conoce realmente la mente de ese monstruo.

La acusación escuece, incluso después de lo que Adrik me ha hecho.

Una parte de mí aún no quiere creer que pueda ser tan malo.

Me dijo que había matado a gente. Me dejó claro en muchas ocasiones que haría lo que fuera necesario para proteger sus propios intereses y cuidar de su Bratva.

Pero nunca pensé que eso resultaría en... esto. Esto es horrible.

—¿Sabes cómo escapar? —pregunto—. ¿Conoces una forma de salir de aquí?

El hombre vuelve a sonreír, aunque desearía que no lo hiciera. —Si me sacas de esta celda, puedo sacarte de este calabozo. Lo juro.

Respiro hondo.

—No te conozco —le digo—. Pero aparentemente tampoco conozco a mi marido. Así que lo que puedas hacerme no puede ser peor que lo que él haya planeado.

Sus ojos lechosos se abren de par en par. —¿Eso es un sí?

Saco mi cuchillo y lo deslizo en la cerradura. —Es posible que quieras empezar a contar. Esto podría llevar un rato.

ADRIK

—¿Dónde está mi mamá?

Isabella está sentada en mi puerta. Su silla de ruedas impide que Stefan la siga al interior.

Hago contacto visual con él por encima de la cabeza de la niña. —No esperaba visitas hoy.

El trasfondo es obvio: *¿qué coño?* Le pedí a Stefan que la mantuviera ocupada. Karts, tarta, otro perro, otros diez perros... lo que hiciera falta para que no se preocupara por Emery.

Y sin embargo...

—Ella insiste —dice con un débil encogimiento de hombros.

Algo me dice que no luchó mucho contra ella. He visto a Stefan cargarse a un enemigo con nada más que una botella de cerveza y un brazo roto, pero es una puta magdalena cuando se trata de Isabella.

—¿Dónde está mi madre? —pregunta Isabella de nuevo.

No está enfadada conmigo, lo que me dice que no sospecha que yo haya tenido nada que ver. Solo quiere información.

—Tu madre está... enferma.

Isabella gime. —No. Porque cuando mamá se pone enferma, vemos películas. Y yo puedo cenar cereales.

—No quiere que tú también enfermes —le explico—. Así que se fue para mantenerte a salvo.

—Nos fuimos anoche —dice—. ¿Dormimos en ese otro lugar porque ustedes dos están peleando?

Sacudo la cabeza. —No estamos peleando.

Si es posible que una niña de seis años tenga un detector de mentiras, Isabella lo tiene. Y es impecable. Me fulmina con la mirada. —Sí, lo están.

Miro impaciente a Stefan para que se encargue de esto, pero él se queda ahí de pie, observando la interacción como si fuera un reality show.

Aprieto los dientes. Esta no es la clase de mierda con la que estoy acostumbrado a tratar. En mi mundo, la gente que hace demasiadas preguntas se queda de repente sin lengua.

Pero obviamente no puedo hacerle eso a esta niña.

Lo que me deja con nada más que mis palabras como armas. ¿Cómo le explico todo esto a una niña? Este es el tipo de tarea que con gusto le habría pasado a Emery. Pero ella no está aquí.

Por una buena razón.

—Escucha —digo, poniéndome de pie y caminando alrededor de mi escritorio—. Tu madre... Tomó algunas decisiones que me pusieron en una mala posición.

—¡Pero están casados! —exclama Isabella—. Están casados y se quieren, ¿verdad?

Me mira con tanta sinceridad y expectación en los ojos. Tanta fe en que algo como el amor puede existir en general. Que puede existir en este matrimonio en particular.

Y no tengo ni idea de qué decir a eso.

Stefan, tan inútil como siempre, intenta no reírse en el fondo. Lo miro fijamente por encima de la cabeza de Isabella.

—¿No se quieren? —insiste—. ¿No la amas?

Antes de que pueda decir nada, o de que se me ocurra qué decir, mi teléfono empieza a sonar en mi mesa. Medio segundo después, también suena el de Stefan.

Entonces, se desata el infierno.

Oigo sonar las alarmas de seguridad a ambos lados del pasillo. Mi teléfono no para de vibrar con mensajes de emergencia del equipo de seguridad, uno tras otro tras otro.

—Pero ¿qué...? —cojo el móvil e intento encontrarle sentido—. ¡Stefan! ¿Qué coño está pasando?

Isabella jadea. —¡Esa es una mala palabra!

La ignoro y miro a Stefan. Mira el móvil con la cara blanca. Entonces, estalla la bomba.

Aún está lejos, pero siento el estruendo bajo mis pies. Me lanzo hacia delante, protegiendo a Isabella de cualquier cosa que pueda saltar de las estanterías.

—Trae seguridad aquí ahora —le rujo a Stefan—. Quiero a todos los hombres disponibles en el perímetro. Averigua quién está haciendo esto y...

Un golpeteo rápido resuena en el pasillo. Un sonido que conozco demasiado bien. Disparos.

—Y mátalos —termino.

Stefan asiente y sale corriendo por el pasillo. Isabella, con los ojos muy abiertos, intenta girar la silla para ver a dónde ha ido Stefan.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta—. ¿Qué es lo que...?

—Al armario —le digo, abriendo de golpe las puertas de mi armario. Es una habitación del pánico improvisada. Todos los armarios de la casa están equipados así. Las paredes están reforzadas y se pueden cerrar desde dentro—. Entra en el armario ahora.

—¡Pero Travis! —grita, intentando volver al pasillo—. Travis est...

Antes de que pueda terminar, el perro entra en la habitación desde su puesto en la puerta y se instala a su lado.

—Travis —gimotea.

—Métete en el armario ahora —le digo—. Tengo que ir a ocuparme de esto y necesito que estés a salvo. Quédate aquí y no salgas, pase lo que pase. No salgas hasta que vuelva a buscarte.

Ahora le lloran los ojos y tiembla. —No te vayas, Adrik. Quédate conmigo.

Mi corazón se desgarra. No quiero dejarla asustada y sola.

Pero no tengo elección.

—Estarás bien, ¿vale? Escúchame: eres fuerte y valiente y no tienes miedo y nada malo puede pasarte mientras lo recuerdes. ¿Me entiendes?

Asiente con los ojos llenos de lágrimas. Pero ese asentimiento es suficiente. —Travis está aquí contigo —añado—. Y volveré antes de que te des cuenta.

Ella asiente una vez más.

—Esa es mi chica —guiño un ojo y cierro las puertas del armario, encerrándola dentro.

En cuanto me ocupo de Isabella, pongo manos a la obra. Funciono con el piloto automático, cojo las armas del compartimento oculto en la pared de mi despacho y salgo al tumulto.

Hay humo en el aire, flotando desde más abajo en el pasillo, y agujeros de bala excavados en la pared de yeso.

Mientras intento averiguar qué camino tomar, una bala pasa silbando junto a mi oído.

Me dejo llevar por el instinto y levanto el arma. Justo cuando la oscura silueta del tirador toma forma, aprieto el gatillo.

Se cae.

Cuando me acerco y el humo se disipa, puedo ver al hombre. Es joven, delgado. Pelo oscuro y equipo táctico.

Pero mi disparo lo alcanzó en una sección expuesta del cuello. La sangre brota de la herida, pero estoy concentrado en el otro lado de su garganta.

En un tatuaje familiar.

Es una “V” estilizada, cuyo extremo está oculto justo debajo del cuello de la camisa negra del hombre.

—Puto Volandris —gruño.

Aparentemente, Emery pudo sacar su información antes de que la encerrara.

La idea debería enfurecerme. Debería querer quemar a esos invasores y luego pasar directamente al calabozo para ejecutarla como debería haber hecho cuando la encontré en el motel.

Pero la ira no viene.

Está enterrada bajo una pesada capa de decepción. Decepción porque la fantasía que me permití creer, solo por un momento, pero un momento que podría costarme todo, se ha hecho añicos en mis manos como cristal de azúcar.

Hay otra explosión más adelante en el pasillo. Dejo atrás mis ilusos pensamientos y corro hacia el ruido.

Mis hombres están entrando en la lucha desde todos los lados. Veo a Stefan guiando a un grupo desde el salón de baile. Las balas rebotan en las paredes como una muerte metálica.

—Retrocede, Adrik —grita Stefan—. ¡Tomaremos la primera línea!

Le hago un gesto con la mano y me deslizo a su lado.

—Maldito seas —gruñe—. No podemos perder al jefe por esta mierda de medio pelo.

—Todavía no soy Jefe, ¿recuerdas?

Stefan dispara a una ventana destrozada mientras otro hombre con el mismo atuendo intenta atravesar el marco. La bala le da de lleno en la cara y cae hacia atrás con un gemido.

—Eres prácticamente el Jefe y lo sabes —suelta—. No podemos perderte.

Un grupo de hombres carga por un pasillo a la derecha justo cuando cruzamos por delante de la cocina. Nuestra unidad gira, formando dos líneas, la primera de rodillas, y dispara. Los invasores se alejan y solo alcanzan a uno de mis hombres en el hombro, pero no lo bastante rápido.

Me giro hacia Stefan y lo empujo hacia el pasillo. —Entonces, cierra la puta boca y sigue disparando para que podamos sobrevivir los dos.

Cuantos más hombres derribamos, más obvio es que se trata de un ataque de la mafia Volandri. Hay demasiados hombres para que sea una facción rebelde.

Los hijos de puta realmente piensan que pueden tomar lo que es mío.

Tienen una lección que aprender.

A medida que avanzamos por el pasillo hacia la entrada principal, pasamos de luchar contra rezagados y pistoleros solitarios a enfrentarnos a escuadrones entrenados.

Algunos de mis hombres retroceden al ser heridos, y nuevos soldados se desplazan para reemplazarlos. Pero ya sé que nos superan en número y maniobra.

—¿Cuántos hay fuera? —le pregunto a Stefan después de escondernos momentáneamente tras un muro para cubrirnos y recuperar el aliento—. ¿Tenemos hombres luchando en los jardines?

Stefan coge su teléfono y maldice. —Envié un grupo por el lado de la casa, pero no tengo

ninguna actualización. Y las cámaras no funcionan. Alguien les disparó.

—¿Cómo coño han sabido dónde están nuestras cámaras? —gruño.

¿Y qué más saben del complejo?

¿Serán capaces de encontrar la mazmorra?

Ese pensamiento no debería molestarme. Emery sin duda está trabajando con los invasores. Si los hombres de Volandri llegan allí, será una reunión jodidamente feliz.

Pero ¿y *si no es* una traidora?

¿Y si la matan?

Aparto el pensamiento cuando las balas llueven sobre nuestro escondite. Stefan se pone delante de mí para protegerme, pero lo empujo.

—Solo devuelve el fuego —ladro—. No eres mi maldito guardaespaldas.

Es reacio, pero escucha y se agacha al otro lado del pasillo para tener una mejor línea de visión.

El recinto es un caos. Las alarmas siguen sonando, el aire está cargado de humo y oigo cristales romperse en todas direcciones.

Los Volandris pagarán por destruir mi casa. Solo tengo que sacarlos de la propiedad primero.

Una figura vestida de negro se separa de las líneas Volandri y carga hacia delante, dirigiéndose directamente hacia Stefan.

Ni siquiera me ve venir.

Salgo de detrás de la pared y apunto. Mi primer disparo alcanza al hombre en el hombro, haciéndolo retroceder. En cuanto cae al suelo, vuelvo a dispararle. Esta vez en el estómago. Al pobre hijo de puta le espera una muerte lenta.

—¿Estás intentando molestarme? —Stefan refunfuña—. Lo tenía.

El hombre gime en el suelo, con los ojos desorbitados por el pánico, mientras la sangre le brota a borbotones.

—No, yo lo tenía —puntualizo con un último disparo a la cabeza del hombre.

Estamos a punto de seguir avanzando cuando oigo estática. Me agacho y encuentro un walkie talkie en la cadera del hombre.

—*...esquina este. Sena… acercándose, mantengan… línea* —ladra una voz.

Stefan frunce el ceño. —¿Se acerca *la cena*? ¿Qué coño significa eso?

Aprieto la radio con fuerza y los nudillos se me ponen blancos de tensión. Antes de romperla, me la meto en el bolsillo.

—No “cena” —corrijo—. Sena, de senador. El maldito Malcolm Waters está aquí.

De repente, hay otra explosión. Esta vez, está cerca. El suelo se balancea peligrosamente bajo nuestros pies, y la pared detrás de Stefan se agrieta cerca del techo.

—Entonces, démosle una calurosa bienvenida —dice Stefan, recargando.

Pongo un nuevo cargador en mi arma y seguimos adelante.

A medida que nos acercamos a la entrada, hay menos combatientes Volandri, pero tampoco veo tantos de mis propios hombres.

Ninguna de las dos cosas parece una buena señal.

Stefan también lo nota. Está en alerta máxima mientras nos movemos. Se mueve inconscientemente delante de mí, sigue intentando protegerme, aunque le ordené que no lo haga.

Es una de las razones por las que hice a Stefan mi segundo: es leal hasta la exageración.

Algunos hombres aparecen mientras nos movemos y los eliminamos. Es fácil porque casi parecen sorprendidos de vernos. Como si *nosotros* fuéramos los invasores, no ellos.

—Algo va mal —dice Stefan, ralentiza el paso—. Debería haber más hombres aquí. Nuestros o de ellos. Y yo debería tener noticias de lo que está pasando fuera. Algo no va bien.

Entonces, una figura sale del humo.

Stefan y yo levantamos las armas instintivamente. Mi dedo está en el gatillo, listo para apretar.

—Yo no haría eso si fuera tú —dice una voz áspera, embrujada y enfermizamente familiar—. A menos que estés listo para enterrar a tu novia una vez más.

Me congelo.

El humo parece disiparse a cámara lenta, separándose como cortinas mientras él camina hacia mí... sosteniéndola.

Emery tiene la cara sucia. Tiene un moratón en el lado derecho de la cara y rastros de lágrimas en las mejillas.

Además, tiene un cuchillo en el cuello.

—No dispares —le gruño a Stefan—. No dispares, joder.

Una risa ahumada resuena en el suelo de mármol. —Es bueno saber que es tan buena moneda de cambio como esperaba.

El último poco de humo se disipa. Por fin puedo ver claramente su rostro pálido y lleno de cicatrices. La misma cara que he visto al menos una vez a la semana en las sombrías mazmorras bajo mi casa durante los últimos diez años.

Pietro Volandri.

Vuelve a apretar a Emery contra su pecho y sujeta con más fuerza el pequeño cuchillo contra su cuello. Ahora veo que no es un cuchillo, sino el abrecartas con el que Emery me apuñaló.

Debería haber tirado esa estupidez, pero quería demostrarle algo. Quería dejarlo sobre la mesa y

demostrarle que nada de lo que haga para resistirse a mí importa.

Debería haber sabido que la arrogancia se volvería en mi contra.

—Suéltala —gruño.

Pietro sonríe, mostrando sus dientes amarillentos, y niega con la cabeza. —No, no creo que lo haga. Este angelito dijo que me liberaría. Todavía tiene trabajo que hacer.

EMERY

Adrik está delante de mí como un ángel. Aunque no estoy muy segura de qué tipo.

O un ángel guardián...

O un ángel de la muerte.

Pietro ha dejado claro a qué bando pertenece. En cuanto abrí la puerta de su celda, me estampó contra la pared de cemento, me robó el cuchillo y me lo puso en la garganta.

—Mi turno —susurró. Su aliento rancio me dio arcadas—. Sé buena o te mato.

Pietro me clava ahora los dedos en el brazo, arrancándome un gemido.

—Lo admito, no estaba seguro de que este plan fuera a funcionar —dice Pietro—. Dependía de que tuvieras algún tipo de preocupación por la vida de tu mujer. Y, como ambos sabemos, tienes un historial de lo contrario.

—Vete a la mierda —escupe Adrik.

—Mala jugada, hombre —Pietro me pasa una mano por la cadera—. Enviaste un tierno trozo de carne para mí. Si no hubiera oído los golpes aquí arriba, habría pasado unos minutos mostrándole cómo folla un hombre de verdad.

Me encojo lejos de su horrible aliento, y sus palabras aún más horribles.

—Ella es un poco vieja para tu gusto, ¿no? —la voz de Adrik tiembla de rabia. Todo su cuerpo es como una cuerda demasiado tensa. Un movimiento es todo lo que necesita para romperse.

Pietro se ríe. —No soy exigente.

—Déjala ir y te mataré —dice Adrik.

—No es un buen trato —señala Pietro.

—Eso es porque no te das cuenta de lo mucho peor que te irán las cosas si te mantengo con vida —los ojos de Adrik son completamente negros. Parece un hombre poseído—. Estarás rogando por la muerte al atardecer.

Pietro tararea sin verse afectado. —¿Por qué te preocupas tanto por ella? Estaba en el calabozo, después de todo. ¿Te preocupa que la mate yo mismo y te robe toda la diversión?

—Yo no maté a Sofía.

—¡Mentiroso! —ruge Pietro. Hasta ese momento, había sonado sorprendentemente cuerdo para un hombre atrapado en una celda oscura durante una década. Pero ahora suena desquiciado. Una bestia cruda y salvaje—. Mataste a mi hermana. ¡Admítelo! Dime la verdad o le abriré la garganta a tu nueva esposa. Lo haré, juro que lo haré.

Trago saliva. La hoja presiona dolorosamente mi tráquea. —¿Sofía era... era tu hermana?

—¿Sabes algo de ella? —me pregunta Pietro—. ¿Y aun así te casaste con él? Tal vez realmente eres una puta estúpida.

Adrik no me mira a los ojos. Mira fijamente a Pietro, casi como si yo no existiera.

No sé por qué no dispara. ¿Qué importa si las balas me dan? No soy importante para él. Soy una espía. Soy el enemigo. Soy una propiedad que ha sobrevivido a su propósito.

—Este puto enfermo mató a mi hermana —continúa Pietro—. La sacó de la carretera y la dio por muerta.

—Y tú abusaste de mi hermano —brama Adrik.

Jadeo. —¿Este es... este es el entrenador de Yasha?

Hay tanto que Adrik no me dijo. Tanto que no entendí. Todas las pequeñas piezas irregulares empiezan a unirse en una sola imagen ahora.

Y la imagen es espeluznante.

Adrik tiene la cara roja. Las venas de su cuello sobresalen como cables de tensión. Nunca lo había visto tan enfadado, tan letal.

—Tienes suerte de que tú y toda tu familia no hayan tenido una muerte peor por lo que hiciste.

Pietro se endereza. —¿Esa es tu confesión? ¿Estás confesando finalmente que mataste a Sofía porque...?

—Se salió de la carretera —interrumpe Adrik—. Sofía murió porque conducía demasiado rápido y no sabía manejar su coche. Se mató por negligencia.

—¡Porque la estabas persiguiendo!

—¡Porque tenía que saber la clase de persona que era su hermano! —Adrik grita de nuevo. Da un paso adelante—. Cuando te encerré, Sofía pensó que lo hacía para castigarla por espiarme. Por seducirme. Murió sin saber qué clase de monstruo pedófilo y depredador era su hermano mayor. En todo caso, deberías agradecerme por concederle esa misericordia. Murió felizmente ignorante.

—Incluso si eso es cierto, ¿me dices que la habrías dejado vivir después de descubrir que era una espía? —pregunta Pietro—. Tu Bratva te habría expulsado si lo hubieras dejado pasar.

—Tú y tu hermana se colaron en mi casa cumpliendo las órdenes de la mafia de Volandri. Si la hubiera matado, habría estado justificado. Porque ese es el riesgo que corrió jugando a ser espía —Adrik se encoge de hombros—. Pero nunca quise esta guerra. Tu familia se la buscó. Y todo lo

que venga después, tenga que matar a quien tenga que matar para acabar con esta disputa, no será culpa mía. La sangre está en tus manos.

—¿Qué tal si me mancho las manos de sangre de verdad? —gruñe Pietro. Me pone una mano en la frente y me sujeta la cabeza contra su hombro. El cuchillo me muerde la piel.

Creo que siento sangre caliente bajando por mi cuello, pero puede que todo esté en mi cabeza. Estoy medio loca de miedo y ya no sé qué es real.

—Lastímala y masacraré a cada miembro de toda tu familia como perros rabiosos —gruñe Adrik —. No pararé hasta que el linaje Volandri no sea más que un recuerdo. Polvo ensangrentado en el viento.

Ni siquiera tengo un momento para preguntarme por qué Adrik está tan preocupado por mí. Porque, antes de que Pietro pueda responder, se oye otro fuerte golpe y Adrik da un fuerte tirón hacia atrás.

Nunca había visto ese movimiento en concreto, al menos no en la vida real, pero sé lo que es en cuanto se produce.

Ese movimiento revelador. El chorro de sangre. El horror en los ojos de Adrik. Le dispararon.

Mi mundo se reduce al hilillo de sangre que cae por su costado. Oigo a unos hombres que se acercan detrás de nosotros, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en Adrik tendido en el suelo. No se mueve. Su pecho no sube ni baja.

Es entonces cuando empiezo a gritar.

Stefan sale de las sombras para proteger a Adrik. Sus ojos recorren la oscuridad detrás de mí, en busca de la procedencia de la bala.

—Esa es mi señal —susurra Pietro. Luego, me aparta de él y corre hacia la puerta principal.

Caigo de bruces sobre el mármol, golpeándome la mejilla ya magullada contra el suelo.

Los pasos están más cerca. Golpean el suelo y me recorren el cuerpo como un segundo latido.

Ruedo sobre mi espalda y miro hacia un mar de caras desconocidas. Todos van vestidos de negro y llevan armas en el torso. Uno de ellos, que no parece tener más de veinticinco años, se inclina y me apunta con una pistola en la frente.

—Levántate —ladra.

No tenía ni idea de que pudiera haber tantos villanos en una historia. Primero Malcom. Luego Adrik. Luego Pietro. Ahora... quien demonios sean estos hombres.

—¿Por qué todo el mundo quiere matarme? —gimoteo, levantándome sobre piernas temblorosas —. ¿Qué está pasando?

El hombre me sujeta por el brazo, con la pistola apuntándome a la cabeza, y me hace girar para que me enfrente a la primera línea de los Tasarov.

Siento un alivio sin sentido cuando veo a Adrik levantarse. Hay sangre brotando como rosas de una herida en su hombro.

Pero está vivo.

Sus hombres forman una línea detrás de él. Cada vez más de ellos se unen a las filas, emergiendo del polvo y las sombras con la violencia escrita en sus rostros.

Esto es una guerra, no cabe duda. Y yo estoy justo en el centro.

—Déjanos ir y no te mataremos — le dice a Adrik el hombre que está detrás de mí—. Tampoco la mataremos.

Adrik se queda mirando al cabecilla durante un rato, sin decir nada. Mira a cada uno de los hombres vestidos de negro que se agrupan a su alrededor.

Finalmente, me mira.

Su cara está más pálida que hace un momento. Pérdida de sangre, probablemente. Pero su expresión es tan ilegible como siempre.

Le devuelvo la mirada y ni siquiera sé qué decir. No sé qué pedirle.

¿Quiero irme con estos hombres? ¿Quiero que Adrik luche por mí? ¿Quiero terminar con él?

¿Y dónde demonios está mi hija?

El mundo tal y como lo conozco se ha vuelto del revés. Estoy atrapada en una pesadilla despierta, y no estoy segura de que haya una salida.

Así que digo lo único que sé que es verdad. —No quería que nada de esto pasara, Adrik.

Sus ojos se clavan en los míos. Tengo tantas ganas de saber qué clase de hombre se esconde tras esos iris oscuros.

¿Es el hombre al que me he dicho que soy capaz de amar?

¿O es el monstruo que insiste en interpretar cada vez que puede?

Cada vistazo detrás de la cortina en los últimos días, semanas y meses solo lo hace más difícil de descifrar. Lo he visto amarme. Lo he visto adorarme. Lo he visto acunar a mi hija mientras dormía, como si molestarle un solo pelo de la cabeza fuera el mayor pecado de la historia de la humanidad.

También lo he visto hacer cosas horribles. Matar y mutilar y arremeter con una crueldad insoportable.

Se siente como si todo eso hubiera llegado a un punto de ebullición. La tormenta en sus ojos rabiando, enfureciéndose, llegando a algo final y definitivo.

Y luego dice—: Tómame a mí en su lugar.

Se me cae la mandíbula. De repente olvido todas las palabras que conozco. Lo único que puedo hacer es mirarlo boquiabierta mientras esas nubes oscuras se apartan y el hombre al que amo brilla a través de ellas.

—¡No! —grita Stefan, ahogando mi voz.

Adrik continúa—: Ella no es importante para ti. Llévame a mí en su lugar.

El hombre que está detrás de mí se ríe en mi oído. —Nunca esperé este tipo de sacrificio del que pronto será Jefe Tasarov. Qué noble de tu parte.

—Déjala ir —dice Adrik—. Pongamos fin a esta guerra sin sentido.

—¿Crees que esto es la guerra? —pregunta el hombre. Da un paso hacia la puerta principal, llevándome con él—. Esto no es la guerra. Solo estamos empezando. La perra viene con nosotros.

Luego, me arrastran.

Adrik y sus hombres son superados en número cuatro a uno. Incluso si Adrik quisiera luchar, sería una misión suicida. Eso está claro para mí, así que sé que debe estar claro para Adrik.

Aun así, mientras me sacan por la puerta, alargo la mano hacia él. Está a veinte metros y palidece cada segundo más rápido por la pérdida de sangre, pero trato de alcanzarlo de todos modos.

Porque sé que no hay nada que no pueda hacer.

—¡Adrik!

No dice nada ni me persigue. Pero sus ojos azules se clavan en los míos, viéndome marchar.

Hasta que doblamos la esquina y Adrik se pierde de vista y me arrastran por el camino de entrada, gritando y gritando y gritando.

Hasta que mi garganta esté en carne viva y no pueda gritar más.

De repente, estoy demasiado débil para luchar, discutir o suplicar. Dejo que me arrastren por la hierba y me metan en el asiento trasero de un coche que me espera.

Me desplomo contra el cuero en un montón sin gracia. La puerta se cierra de golpe. Ni siquiera me molesto en intentar abrirla. Sé que no funcionará.

—Esto no puede estar pasando —murmuro—. Esto no puede estar pasando.

—El tiempo fuera te ha vuelto dócil, por lo que veo —dice una voz.

Doy un grito de sorpresa y retrocedo bruscamente contra la puerta. Las ventanillas están tintadas de oscuro y no me había dado cuenta de que había una tercera fila en el coche. Me doy vuelta y veo que no estoy sola. Hay alguien sentado detrás de mí.

Entonces, se inclina hacia delante y veo más de cerca el cruel rostro del senador Malcolm Waters.

Sonríe. —Hola de nuevo, Emery.

—¿Qué haces aquí? —jadeo—. ¿Estás...?

Ni siquiera sé qué preguntar. La devastación que vi en el recinto de Adrik, las balas, las bombas y los cadáveres, es demasiado para comprender.

Sacudo la cabeza. —¿Todo esto es por tu culpa? Que hicis… Murió gente ahí dentro, Malcolm.

¿Qué clase de monstruo eres?

—Tranquila —dice Malcolm, levantando una mano—. Deberías vigilar cómo me hablas, creo.

—¿Se trata de que me case contigo? —escupo—. ¿Se trata de poner tus codiciosas manos en el dinero de mi padre? ¿Realmente puedes ser tan superficial y de mente tan simple que llegarías a estos extremos para...?

—¡Cierra la boca, zorra! —sisea Malcolm. Para subrayar sus palabras, me da una fuerte bofetada en la cara.

Saboreo la sangre. Me zumba la cabeza, mi vista se nubla. La adrenalina se apodera de mí, y un maremoto de todas las cosas odiosas que alguna vez quise decirle a Malcolm se asienta en la punta de mi lengua.

Pero lo contengo todo.

—Bien —dice, reclinándose en su silla con una sonrisa—. Eres más lista que tu padre, lo reconozco.

Frunzo el ceño. —¿Qué significa eso?

—Cuando me presenté en su casa sin avisar, también tenía cosas desagradables para decirme —dice Malcolm—. Su muerte habría sido más agradable si hubiera mantenido la boca cerrada.

—Su... él... ¿mi padre está muerto?

Malcolm alarga la mano y se enreda un mechón de pelo en el dedo. Apenas puedo resistir el impulso de arrancarle el dedo de un mordisco.

—No te preocupes, Emery. No tengo planes de matarte.

Llega demasiada información a la vez. Demasiada para procesar. Si no dejo algo de lado, perderé la cabeza.

Así que intento centrarme en el presente. En este momento. Paso a paso.

—Entonces —respiro—, ¿todavía quieres...? Quiero decir, ya estoy casada. Adrik y yo… nosotros...

—No tengo ningún deseo de casarme contigo —ríe Malcolm—. Ese barco zarpó.

Por un breve momento, me siento aliviada.

Entonces, los ojos de Malcolm se oscurecen y se entrecierran. Su sonrisa es socarrona y me produce un escalofrío. —Una esposa es tan... doméstica. Tan ordinaria. Los planes que tengo para ti son mucho más depravados.

Sin dejar de sonreírme, Malcolm agita una mano sobre su cabeza. A su orden, el coche da un bandazo hacia delante.

El complejo de Adrik sigue humeando cuando salimos a la carretera y nos alejamos.



La historia de Adrik y Emery continúa en el Libro 2 del Dúo de la Bratva Tasarov, MENTIRAS DE MEDIANOCHE.